

FRANCIS TROCHU

EL CURA DE ARS

TOMO I

EDICIONES PALABRA

Madrid

© Evéché de Mantés

© Ediciones Palabra, S.A. Alcalá, 55 - Madrid-14

Cubierta: Busto del Cura de Ars, modelado en cera por el escultor

Emiliano Cabuchet, mientras el Santo explicaba el Catecismo

La versión original de este libro apareció con el título:

LE CURE D'ARS

Traducción: Equipo de Traducción de Ediciones Palabra, S.A.

Con licencia eclesiástica

I.S.B.N.: 84-7118-384-6

Depósito legal: AV-197-1986

morgan editores

PROLOGO DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Bajo la impresión con que acabo de leer esta « Vida del Cura de Ars», escrita por el laureado Vicario de Nuestra Señora de Nantes, señor Trochu, tomo la pluma para decir una palabra sobre el libro y sobre su héroe.

EL LIBRO

Un modelo de vidas de santos: así lo puedo llamar con toda justicia,

Y lo es porque el autor ha acertado a salvar los dos escollos con que, a mi ver, tropiezan ordinariamente esta clase de obras literarias: la suplantación de la persona o la negación de la naturaleza del biografiado.

Me explicaré brevísimamente.

El peligro de la suplantación de la persona

Uno de los grandes riesgos de la veracidad histórica es la tendencia del espíritu humano a establecer la ecuación de la inteligencia, no con las cosas como son en sí, sino como se las representa el prejuicio de escuela, de nación, de familia, de corporaciones o del propio gusto o capricho.

¡Cuántas veces vemos en la historia, o en los libros de historia, que la hazaña que para un historiador es una gesta, para otro es una villanía, y que el personaje que para unos es un coloso, para otros es un pigmeo!



Y ¡cómo a las veces esos prejuicios mueven las plumas de los hagiógrafos, y, en vez de presentar a los santos como Dios los hizo y ellos fueron, vivieron y hablaron y respiraron, presentan un héroe tan a la imagen y semejanza de los gustos y aficiones de su historiador, que el resultado más que la «Vida de un Santo», es la «suplantación de un Santo», al que se le hace pensar, sentir, hablar, proceder y dejarse influir al modo y por los motivos que al autor le place!

Y cuenta que en la mayor parte de los casos no es la superchería la que induce a esa torpe acción: es una inconsciente equivocación del propio juicio, extraviado por el amor propio disfrazado con el nombre de amor de clase, de patria, de escuela, de tradiciones, de partido, etc.

De mí, puedo deciros que, después de leer biografías de un mismo Santo escritas por diversos autores y de distintas escuelas y tendencias, me he decidido a esperar a conocerlos de verdad en el cielo.

El peligro de la negación de la naturaleza

Es el otro escollo con que suelen tropezar los biógrafos de santos. Realmente, subyuga tanto la santidad cuando de cerca se la contempla; arrebatan tan impetuosamente las heroicidades de los santos cuando se les ve moverse en plano tan alto al en que nos movemos los demás mortales, que el que los examina y trata de describirlos corre el riesgo de perder de vista al hombre y lo humano, y absorto en lo inexplicable y sobrehumano de aquella existencia, acaba por casi quitarle la naturaleza humana para sustituirla con otra angélica o divina.

Aunque sea un defecto excusable, es engendrador de extravíos en el conocimiento de los héroes y de desalientos en la imitación de sus virtudes. Que más asequible para nuestro entendimiento y más imitable para nuestra flaca voluntad es distinguir lo que hay de humano y de divino en el santo y persuadirse de que no todas las obras del santo han sido santas, ni todos los santos lo fueron siempre, ni de un golpe, sino que

se hicieron luchando contra sus imperfecciones y tentaciones, jaitas y pecados, a las veces, gravísimos.

Los dos peligros evitados

Esta « Vida del Santo Cura de Ars» huye con igual empeño y acierto de estos dos obstáculos; ni suplantación de persona ni negación de naturaleza.

No hay suplantación de persona, porque el autor ha tenido el singular mentó de desaparecer.

En un estilo sobrio y fácil, en un lenguaje preciso y atractivo y en unas descripciones llenas de vida y sinceridad de los «marcos» en que se movió la gran figura de su cuadro, ha ido engarzando palabras y hechos del Santo, testimonios de los que lo trataron, documentos y fechas de autenticidad depurada, como tomados en su mayor parte del Proceso de canonización, y ha obtenido por ese procedimiento de quitarse de en medio para que no se vea, ni oiga, ni se sienta más que al Santo, mutiplicar los retratos vivos de su héroe, no sólo según el número de ejemplares impresos, sino según el de los lectores de su libro.

¡Buen premio para la imparcialidad crítica y la modestia literaria del escritor!

No hay negación de naturaleza, porque este libro más que la vida santa de un hombre, es la vida de un hombre que llega a hacerse santo.

¿Cómo?

Luchando.

Luchando contra un carácter duro, impetuoso, contra un temperamento excesivamente nervioso, contra una rebeldía mental, contra resabios y prejuicios de un tiempo jansenista y rigorista, contra enfermedades ininterrumpidas del cuerpo y tentaciones espantosas del alma, contra la maledicencia de feligreses, envidias de compañeros, halagos de admiradores exaltados y fieros ataques del demonio en persona.

Realmente en este libro se ve labrarse a un santo a fuerza de golpes y se confirma el pensamiento consolador y cierto de

EL CURA DE ARS

un asceta que afirma que «los santos no son los que nunca cayeron, sino los que siempre se levantaron».

EL HÉROE

¡El Cura de Ars!

Si ya es obra ardua decir lo que es un Cura, tal cual la Santa Madre Iglesia lo desea y forma, es obra insuperable para toda lengua de hombre y pluma de escritor decir lo que es el Santo Cura de Ars.

El misterio del Cura

Si la vida y acción de todo cura (y cuando cito ese nombre me refiero al que lo es opere et veritate) son siempre un misterio de poder en la debilidad, de riqueza en la pobreza, de influencia transformadora y vencedora en definitiva en la humildad y en el silencio, la vida y la acción de un cura santo, como el Cura de Ars, es misterio sobre misterio.

Hablando el Maestro de lo que llegarían a hacer en el mundo los discípulos que con El permanecieran unidos, como los sarmientos a la vid, profetizó que harían lo mismo que El hizo y aún mayores obras que El.

Pues bien, de entre todos los discípulos de Jesús, puede afirmarse que el que llega a hacer de modo habitual y permanente cosas mayores que los demás discípulos y aún a las veces que el Maestro, es el discípulo-Cura.

Lo que es el Cura en la economía' de la Iglesia

No trato de establecer comparaciones ni competencias entre los miembros de la familia de Jesús; pero, sin temor a establecerlas ni a ser desmentido, se puede atribuir a la acción del Cura, como tal, una universalidad, o más bien, una catolicidad, una fecundidad y sobre todo una desproporción, a lo menos aparente, entre lo que es y lo que hace, que no puede

atribuirse a la acción del religioso más austero, del misionero más apostólico, del canónigo más docto, del sacerdote particular más celoso, del seglar más desinteresado y emprendedor.

Poned en un pueblo corrompido de corazón y de cabeza un colegio, el más perfecto en religiosidad y en pedagogía que podáis, un convento de religiosos santos, o de santas religiosas, una obra de acción católica social de positiva influencia contra la usura, la explotación de los pobres, la ignorancia o contra cualquiera de esas lepras sociales o morales; formad juventudes, catequesis, asociaciones de propaganda y de beneficencia y, si, cuando lleguéis a tener en movimiento todas esas magníficas y reformadoras obras, me preguntáis: ¿Podremos esperar que se recristianice nuestro pueblo?, yo os contestaré preguntándoos a mi vez: ¿Tenéis Cura?, más claro: ¿esas buenas instituciones cuentan con el Cura y el Cura puede contar con ellas? ¿Sí? Mi respuesta es afirmativa también: vuestro pueblo en plazo más o menos largo volverá a ser un pueblo cristiano de cabeza y de corazón.

¿No? ¿No se entienden con el Cura ni se dejan aprovechar por él, por culpa de quienquiera que sea?

Mi respuesta: Vuestro pueblo podrá llegar a tener algunos niños, o jóvenes y hombres buenos y cristianos; pero no llegará a ser un pueblo cristiano; mas, como vuestro pueblo logre tener un Cura según los quiere la Madre Iglesia, vuestro pueblo tendrá cura y curará.

Proveedores y constructores

Queréis establecer una colonia y para ello levantáis en medio de un campo fábricas y talleres dirigidos por competentes artífices que os den recias vigas, sólidos portajes y muebles, abundancia de ladrillos, cales, cementos y todos los elementos de construcción. Os pregunto: ¿ Tenéis ya el pueblo formado? ¿Verdad que mientras no tengáis un hábil arquitecto o maestro de obras que ponga en aprovechamiento mutuo todos esos excelentes materiales, no tendréis ni pueblo ni aun una sola casa?

Ese arquitecto o maestro de obras es en la edificación cristiana y moral de cada pueblo su Cura, como de toda la diócesis lo es el Obispo.

¿Por qué? Porque así lo quiere y lo manda la Santa Madre Iglesia, como quiere y manda que las demás instituciones, buenísimas y excelentísimas, sean, más que edificadoras, proveedoras de la edificación diocesana y parroquial.

Sin meterme a profundizar razones impropias de este lugar y limitándome a hacer constar hechos, siempre comprobados, es cierto que, a la corta o ala larga, no hay pueblo malo para un Cura bueno, y ¡ojalá no fuera tan cierta la contraría, de no haber pueblo que se conserve bueno con mucho tiempo de Cura malo!

Desorientaciones funestas

Y ¡cómo apena el ánimo contemplar tanta acción católica y tanta piedad desorientadas por desconocer u olvidar que en la Iglesia todo es jerárquico y todos sus grandes tesoros de doctrina, gracia y buen gobierno se administran, reparten y contrastan jerárquicamente!

¡Cuánto tiempo y cuántos esfuerzos valiosos destruidos o inutilizados cuando los proveedores se empeñan en ser a la vez edificadores de lo suyo y para provecho y honor suyo, soslayando la obra común y católica, o los edificadores se obstinan en no aprovechar o en mirar con recelo los materiales presentados por los proveedores!

Y ¡cómo hay que deplorar hartas veces fracasos, esterilidades, competencias ruinosas y banderías poco o nada edificantes, por no buscar o por empeñarse en no aprovechar la sombra, el abrigo, el auxilio mutuo, la catolicidad, la fecundidad, la segundad y la abundancia de dones y aciertos de Dios, que, en medio de pobreza materiales y escaseces de elementos humanos, da pródigamente a sus hijos la Madre Parroquia por medio de su Padre Cura!

Mi fe en el Cura

De mí, honradamente os confieso que, mientras más me adentro en la vida de la Iglesia y en el ministerio de las almas, mayor arraigo y crecimiento tiene en mi fe esta afirmación que guardo y pronuncio, como síntesis de mi Credo: Creo en el Cura.

Sí, creo con alegría y esperanza en el poder misterioso del Cura bueno, porque de él, directa o indirectamente, vendrán todos los bienes, y creo con miedo y horror en el poder del Cura malo, porque de él, por comisión, omisión, complicidad o castigo, vendrán todos los males sobre su pueblo.

Lo que puede el Cura «ex opere opéralo»

Guardando la debida proporción entre la institución divina de los Sacramentos y la eclesiástica de la Parroquia, yo diría que hay en ésta una eficacia esencial y propia que obra como ex opere opéralo, y otra accidental ex opere operanlis, o sea, según las prendas del que la representa.

Cuando atribuyo tanta eficacia al Cura bueno, no es porque la haga brotar principalmente de esta bondad y virtud, de tal modo que sea una influencia personal, pues en este caso habría que atribuir esta misma influencia a todos los buenos, fueran o no Curas, sino que la hago fluir de la misma institución parroquial, que precisamente sólo los que son buenos o tienen empeño serio o aspiración constante de serlo son los que dejan pasar por ellos, sin represas, obstáculos ni mixtificaciones, toda la influencia y atracción que la Santa Madre Iglesia ha querido ejercer por medio de los Párrocos.

No se olvide que éstos, independientemente de su ciencia, virtud y prendas personales y sólo por la institución de su Obispo, dentro de su pueblo y de su parroquia son la representación más genuina de la Iglesia católica y el más eficaz y apto de los instrumentos de su acción moralizadora y santificadora de las almas, de las familias y de los pueblos.

Pero como es instrumento consciente y libre, todo el gran

poder de que por disposición de la Iglesia e institución del Obispo está revestido el Cura, está sujeto al uso que de él quiera hacer.

Lo que puede el Cura «ex opere operantis»

Y aquí entra la parte que pudiéramos llamar personal del Cura.

¿Es descuidado, perezoso, infiel?

En la misma medida en que lo sea, comienza a frustrarse la acción de la Iglesia por medio de la Parroquia y a asomar, en vez del benéfico influjo de ésta, la sombra de un poder destructor siniestro.

¿Es humilde, discreto, abnegado, celoso?

¡El Cura bueno! ¡Lo que la Iglesia hará y recogerá por medio de él!

¿Es santo?

Esperad la respuesta. En mis primeros años de apostolado parroquial escribí un librito que titulé «Lo que puede un Cura hoy», y con datos incontestables a la vista, demostré la omnipotencia del Cura en su esfera de acción; y, al volar por esos mundos de Dios el libro y el autor, éste ha recogido, no sé si como comentario o reparo a la tesis aquella, esta palabra: «¡Es que esa omnipotencia exige un Cura Santo...!» Así es: Los Curas mientras más buenos más pueden y, cuando llegan a santos, lo pueden todo, ¡hasta hacer milagros!, ¡son omnipotentes!

«Harán mayores cosas que yo», dijo el Maestro.

Una gran comprobación

Ved ahora en las páginas de este libro una prueba rotunda e inapelable de la tesis.

Un Cura de pocas letras, de no atrevente figura, de carácter más seco y rigorista que dulce y contemporizador, llega a un pueblo indiferente, vicioso, rutinario, apático, rebosante de odios y prejuicios revolucionarios, y sin ejercer otro oficio ni otras funciones que las de Cura como la Iglesia los quiere, hace de su pueblo, de todo su pueblo cuanto quiere.

¡Qué grande, qué magnífico, qué alentador, qué sólido es el triunfo de la Madre Iglesia por medio del Cura santo! y a la par ¡qué misterioso!

Cómo se forman los Curas santos

Dios que «puede hacer de las piedras hijos de Abraham» no quiere que de ordinario salgan de ellas los buenos Curas, sino de tierra bien preparada y de cultivo muy asiduo.

No es el Cura ordinariamente un fruto espontáneo en la Iglesia.

Uno de los méritos de este libro está precisamente en ir descubriendo la tierra, la semilla y el cultivo que produjeron ese fruto.

El Cura santo es la flor y el fruto de la familia cristiana.

El Santo Cura de Ars ha brotado de la tierra de un hogar labrado y sostenido con la hospitalidad generosa de sus padres para con los peregrinos, con la fortificante austeridad del pan ganado con el sudor de cada día y con la oración en familia y con la silenciosa y fecunda práctica de las virtudes domésticas, y tiene por cultivador el celo de apóstol y el ejemplo de cura cabal del Sacerdote Balley, y por rodrigón, que le impide ladearse y crecer torcido, el amor, transformado en pasión obsesionante y triunfador de imposibles, por su vocación sacerdotal y su hambre de salvar almas.

Hecho sacerdote, su oración interminable ante el Sagrario, en la que, hablando con Dios, aprenderá a hablar con los hombres, su Misa de cada mañana, en la que aprenderá a vivir en cruz, cada día y su obediencia rendida a su Prelado en cuanto le mande o pida, darán la última mano para hacer del hijo de los cristianos labriegos Vianneyel Cura santo de Ars.

Cómo se multiplicarían los Curas de Ars

El problema de vocaciones sacerdotales y religiosas no es sólo ni principalmente problema de dinero con que dar de comer a los candidatos o aspirantes; es sobre todo problema de oración al Amo de la mies, de tierra y de cultivo, esto es, de tierra de familias neta y austeramente cristianas, y cultivo de

sacerdotes modelos que, por su candad para con la Iglesia, celo por las almas y discreción, defiendan, protejan, curen, enderecen y rieguen la semilla de los dos Seminarios necesarios para producir la flor y el fruto de Curas santos: el de la familia cristiana y el de la Iglesia diocesana.

Así formados los sacerdotes, quizás no llegarán todos a Curas de Ars; pero seguramente tendríamos derecho a esperar que se repitieran con más frecuencia en la Iglesia.

Sin Cura no hay paz

Los hombres de gobierno y de saber hablan, estudian, escriben, se congregan, se organizan, se afanan con incansable ardor buscando la paz para los pueblos, et non est pax.

En un rincón de Francia turbulento y sin paz, como las grandes ciudades y reinos del mundo, ha vivido unos cuantos años un Cura, y sólo con su acción y pasión de Cura la aldea turbulenta y los pueblos circunvecinos llegaron a encontrar la paz de sus conciencias, de sus familias y la paz social y con ella hasta el bienestar material que sigue siempre a la destrucción de los vicios y al orden de la vida.

Y no es ese caso único en la historia de la Iglesia.

En donde quiera que mora un Cura bueno, la paz y la abundancia tarde o temprano vienen a morar bajo los techos de sus feligreses.

Si San Pablo dijo que no había más salvación para el mundo y para las almas que la que se busca y viene por el nombre de Jesús, la historia autoriza para afirmar que no hay salvación para los pueblos, ni paz, ni orden, ni vida moral sin buenos Curas.

Un buen Cura, lo he escrito muchas veces, es la mejor acción social de un pueblo.

Y un Cura Santo, añado ahora, es el grito de Pío XI al mundo: «La paz de Cristo en el reino de Cristo», trocado en hermosa realidad en los pueblos que tengan la dicha de tenerlo.

MANUEL GONZÁLEZ
Obispo de Málaga

INTRODUCCIÓN BIBLIOGRÁFICA

He aquí la primera *vida* del Cura de Ars escrita según los documentos del *Proceso de Beatificación y de Canonización*. Gracias a la benevolencia de Monseñor Manier, obispo de Belley, a quien desde el comienzo de este libro nos complace- mos una vez más en testimoniar nuestro reconocimiento, he- mos podido disponer para este trabajo no sólo del *Proceso informativo* o *Proceso del Ordinario*, dirigido por la Autori- dad diocesana desde 1862 a 1865, sino también de dos *Proce- sos apostólicos sucesivos instruidos entre los años 1874 y 1886 en nombre y bajo la vigilancia directa de la Santa Sede*'.

Los testimonios de la Causa de Ars ofrecían al autor una documentación de primer orden, la cual por sí misma hu- biera bastado para dar a conocer en su justo valor la admi- rable y atrayente figura de San Juan-Bautista-María VIAN- NEY. Es la *Causa de Ars* una mina riquísima de hechos con las mejores garantías de autenticidad y veracidad. Tales son, recogidas por jueces competentes, las manifestaciones de quienes mejor conocieron al Cura de Ars —su hermana Mar- garita, sus compañeros de infancia, sus discípulos de se-

' En el último capítulo haremos la historia de la *Causa de Ars*. El *Proceso del Or- dinario* y los *Procesos apostólicos* forman cinco volúmenes in-folio y un conjunto de 4560 páginas.

El *Proceso apostólico sobre las virtudes heroicas* tiene dos fases. En primer lugar, el llamado *Proceso incoativo* (anticipado) *ne pereant Causae probationes*, durante el cual se oye a los ancianos y a todas aquellas personas cuya pronta desaparición de es- ta vida puede sospecharse. Más tarde, el *Proceso continuativo super virtutibus e mi- raculis in specie*, hecho en el tiempo normal señalado por los procedimientos, en el que son interrogados todos los testigos que han podido esperar. Entre estas dos par- tes de un mismo proceso se coloca el *Proceso apostólico sobre* /« fama de santidad (*su- per jama sanctitatis vitae, virtutum et miraculorum in genere*).

Para abreviar, en las notas de este libro, llamaremos *Proceso apostólico ne pereant* al Proceso incoativo, y *Proceso apostólico in genere* al Proceso sobre la fama de santi- dad.

minado, sus feligreses, sus colegas en el sacerdocio, los auxiliares en sus heroicos trabajos... Testigos serios y dignos de fe, a quienes no cegaban ni la pasión ni el interés; almas profundamente cristianas ligadas por el solemne juramento prestado sobre los Evangelios². Y estos testigos no tuvieron que aguardar veinte o treinta años para poder hablar: la inapreciable ventaja de la *Causa de Ars* estriba precisamente en que fue comenzada en seguida después de la muerte del reverendo Vianney; la Leyenda, que con demasiada frecuencia sigue tan de cerca a la Historia, no tuvo tiempo de transformar y desfigurar los hechos todavía bien precisos en la memoria de todos.

Además de los cinco volúmenes in folio del *Proceso*, hemos podido utilizar con todo desembarazo, merced a las facilidades que nos ha dado Mons. Hipólito Convert, cuarto sucesor del Santo en la Parroquia de Ars³, y numerosos manuscritos conservados en el archivo parroquial:

1.º Tres redacciones sucesivas de la *Pequeña memoria sobre el Rdo. Vianney* compuestas por la señorita Catalina Lassagne, de Ars, una de 1839 a 1855, otra de 1860 y la última de 1862 a 1867.

2.º Las *Notas* (sin fecha) recogidas por el sacerdote Renard, originario de Ars.

3.º Un *Diario* redactado en 1855 por el Rdo. Toccanier, futuro sucesor del Cura de Ars y entonces su auxiliar.

² He aquí la fórmula de este juramento: Yo N... con las manos apoyadas sobre los santos Evangelios de Dios puestos delante de mí, juro y prometo decir la verdad tanto en las preguntas como en los artículos sobre los cuales seré interrogado en la Causa de Beatificación y de Canonización del siervo de Dios Juan-María-Bautista Vianney, Cura de Ars, en la Diócesis de Belley. Juro asimismo y prometo guardar religiosamente el secreto y no revelar absolutamente a nadie el contenido de las mismas preguntas, ni las respuestas y manifestaciones que haya de hacer, bajo pena de perjurio y excomunión *latae sententiae*, de la cual no podré ser absuelto sino por el Sumo Pontífice, con exclusión aun del mismo Penitenciario mayor, salvo en el artículo de la muerte. Así lo prometo y así lo juro. Que Dios me ayude y sus santos Evangelios.

Fueron curas de Ars después de San Juan-María-Bautista Vianney los canónigos Camelet (1859), Toccanier (1870), Ball (1883) y Convert (1889).

Mons. Camelet fue tan solo cura titular; su cargo de superior de misioneros y su obligada residencia en Pont d'Ain le impedían cumplir con sus ministerios en Ars: en once años firmo tan solo cuatro veces en el registro de los fieles. Fue nombrado cura porque Mons. Toccanier, designado para este empleo, rehusó al principio una carga y un honor que consideraba aplastantes. No fue sino a principios de 1870 cuando el Rdo. Toccanier comenzó a firmarse *cura* en los actos oficiales.

4.º Una *Vida fragmentaria* (193 páginas in-folio) debida al Rdo. Raymond, que fue oficialmente su vicario desde 1845 a 1853.

5.º La colección de numerosas encuestas dirigidas por el canónigo Ball (tercer sucesor del Santo en el curato de Ars) sobre los *hechos de intuición* atribuidos al Reverendo Vianney.

6.º Dos cuadernos de *Notas* en los cuales Mons. Convert ha consignado, desde 1889 a 1924, las tradiciones orales de los ancianos de Ars que fueron feligreses del Santo.

7.º Tres *Memorias sobre el Rdo, Vianney, Cura de Ars (Ain)* (1848-1855), debidas a la pluma no muy culta, pero sincera, de un propietario agricultor de Cousance (Jura), Juan Claudio Viret.

8.º Una *Noticia sobre el Rdo. Balley, cura de Ecully y primer profesor de Juan-María Vianney*, compuesta por el Rdo, Michy, entonces cura de Job (Puy-de-Dôme) y después director de la *Croix de Clermont*.

9.º Una *Noticia histórica sobre la Providencia de Ars, obra del bienaventurado Vianney*, por el canónigo Béréziat, limosnero de la Casa-Matriz de las Hermanas de San José de Bourg.

10.º Las *Notas sobre la estancia del Rdo. Vianney en Noés (Loire)*, recogidas según los dichos de los ancianos de esta parroquia por los dos curas sucesivos Rdos. Perret y Monnin-Veyret.

11.º Numerosas *Correspondencias* autógrafas (unas sesenta cartas) firmadas por el mismo Cura de Ars, del vizconde de Ars, de la señorita Prosper de Garets d'Ars, del Rdo. Toccanier, etc.

Nos hemos documentado también en los *Archivos Nacionales* —y hemos de dar particularmente las gracias al archivero señor Samarán por la fina amabilidad con que nos ha guiado en las investigaciones—, en los *Archivos Municipales*, en los *Archivos del Arzobispado* de Lión y del Obispado de Belley.

Hemos consultado además una serie de *Memorias, de Relaciones y de Cartas* referentes a los hechos extraordinarios

acaecidos en vida del Cura de Ars; numerosos documentos de carácter puramente material o administrativo, tales como los *Registros parroquiales* y los *Registros municipales de Ars*; los *Libros de cuentas* de la señorita Anne-Colombe des Garets; la colección completa de los *presupuestos, cuentas y recibos* con motivo de los trabajos de la iglesia...

El deseo constante de remontarnos hasta las primeras fuentes al componer esta historia, no nos ha hecho descuidar el estudio de los libros y folletos que podían ayudarnos en este trabajo.

Hemos consultado de una manera especial la colección de *Sermones* del Rdo. Vianney, la colección de los *Anales de Ars* y las biografías del santo Sacerdote.

Los *Anales de Ars* comenzaron a publicarse en 1900. Esta moderna revista mensual —además de algunos documentos conservados en los archivos parroquiales, de varias narraciones relativas a la vida de Juan-María-Bautista Vianney y de los panegíricos predicados todos los años el día 4 de agosto, aniversario de su muerte y su fiesta litúrgica —publicó al principio bajo el velo del anónimo interesantes monografías, que, reunidas después en volúmenes, han aparecido con el nombre de su venerable autor, Mons. Convert. Merecen citarse: *El bienaventurado Cura de Ars y el Sacramento de la Penitencia* (1920); *En la escuela del bienaventurado Cura de Ars y Meditaciones eucarísticas sacadas de los escritos del bienaventurado Cura de Ars* (1921); *Nuestra Señora de Ars, meditaciones sobre la Santísima Virgen sacadas de los escritos del bienaventurado Cura de Ars* (1922); *El bienaventurado Cura de Ars y la familia*; *El bienaventurado Cura de Ars y los dones del Espíritu Santo* (1923)⁴.

De entre las diversas biografías del Santo aparecidas hasta nuestros días, tan sólo dos han llamado seriamente nuestra atención:

⁴ Todas las obras de Mons. Convert han sido publicadas por la casa editorial Vitte, Lión-París.

1.^a *El Cura de Ars, vida de Juan-Bautista-Maria Vianney*, por el sacerdote misionero Alfredo Monnin (2 tomos en 8.º, París, Dounial, 1861; y es únicamente esta primera edición a la que se referirán nuestras citas).

2.^a *El bienaventurado Cura de Ars (1786-1859)*, por José Vianney, París, Lecofre, 1905.

Las demás biografías, obras de vulgarización o de pura edificación que pueden tener su mérito, nada nuevo dicen que no conste ya en los trabajos precitados. Las que salieron a luz en vida del Santo y que, a pesar de sus reiteradas protestas, fueron distribuidas entre el público, son, en muchas de su páginas, obras altamente fantásticas.

La biografía escrita por Alfredo Monnin ha tenido numerosas ediciones. Para los lectores católicos ha sido además el libro más completo de cuantos se han publicado hasta el presente sobre el Cura de Ars e impresiona con razón por el hecho de haber conocido su autor personalmente al Rdo. Vianney. «Antes de esta época, dice, había ido dos veces a Ars por pura curiosidad. Había visto al señor Cura, pero sin dirigirle la palabra. Misionero de la diócesis (de Belley), tuve más tarde ocasión de vivir junto a él durante dos o tres meses cada año. Esto duró por espacio de cinco años»⁵. El señor Monnin conoció, pues, al Cura de Ars ya anciano, en una época en que el ministerio de las confesiones le absorbía todo el día; casi cada noche tuvo la gran dicha, juntamente con otros sacerdotes, de acompañarlo a su habitación. De esta manera, le fue fácil recoger preciosos recuerdos. Nos consta, por otra parte, que tomó e hizo tomar notas sobre un varón tan extraordinario.

A pesar de lo dicho, la obra del Rvdo. Monnin tiene los defectos de una obra temprana e incompleta. La compuso sin duda con gran precipitación a fin de que apareciese lo más pronto posible después de la muerte de su héroe, y para acabarla cuanto antes añadió a su propio texto numerosas páginas escritas por terceras personas y sin indicar la procedencia. Así, en la primera parte, saca por entero de un manuscrito de Raymond, del cual ya hemos hablado, los

⁵ Proceso apostólico *ne pereant*, p. 945. Deposición del sacerdote Monnin, entonces jesuita de la residencia de Lión (8 de agosto de 1876).

capítulos VIII y IX y asimismo el capítulo V, salvo algunas modificaciones de poco valor. Habiendo tenido en sus manos la segunda redacción de la *Breve memoria* de Catalina Lassagne, no la menciona sino muy de tarde en tarde. Sin duda que contaba para ello con el beneplácito de ambos.

Es además incompleta, porque el autor consultó muy pocos testigos sobre los hechos anteriores a 1855⁶. De aquí la vaguedad en el contexto y los errores cronológicos. El Rdo. Monnin sacó ciertamente gran partido de muchas correspondencias interesantísimas; pero le faltó la fuente más abundante y segura: nos referimos al *Proceso del Ordinario* y a los *Procesos Apostólicos*. Desconoció también, aparte de otros documentos, los *Sermones* del Cura de Ars, tan a propósito para el estudio de la acción del Santo al principio de su ministerio pastoral.

Falta también verdadera perspectiva. El Rdo. Monnin parece no haber visto en el Cura de Ars sino un asceta llegado ya a la cumbre de la perfección y coronado con la aureola del santo. El estilo, casi siempre oratorio, va en pos de la amplificación, de la redundancia armoniosa y no desciende sino con trabajo a los pormenores sencillos y concretos. La mayor parte de los capítulos saben a sermones con exordio, consideraciones deducidas de los hechos, conclusión o peroración.

Finalmente, para poder juzgar con libertad a los hombres y los acontecimientos, se halló el Rdo. Monnin demasiado cerca de ellos.

El señor José Vianney, siguiendo un método diferente, se ha propuesto el mismo objeto. La colección llamada *Les Saints*, en la cual se contiene su hermoso trabajo, es ante todo una obra de divulgación. El señor Vianney no ha ido en

⁶ He aquí lo que, en 7 de junio de 1863, escribía desde Cette al Rdo. Toccanier, encargado entonces de las *peregrinaciones* a Ars, el sacerdote Rdo. H. Gaffino, que se firma *cura-deán*:

¡Cuan incompleta hallo la Vida escrita por el señor Monnin! Siéntese la urgente necesidad de que se escriba otra más completa en cuanto a las palabras y a las obras del Cura de Ars. De lo contrario, acerca de un santo a quien conocieron y siguieron millones de personas, no habrá otro medio para conocerlo de una manera auténtica que la Vida escrita por el señor Monnin.

El señor Gaffino no sabía aún al decir estas palabras que en el Obispado de Belley se trabajaba en recoger los más preciados testimonios, los cuales constituyen por sí solos una *Vida* completa del santo sacerdote.

busca de lo inédito; por otra parte, el restringido cuadro a que ha tenido que limitarse, le ha obligado a describir a vuela pluma hechos muy notables y a sacrificar ciertos episodios de la vida de nuestro héroe.

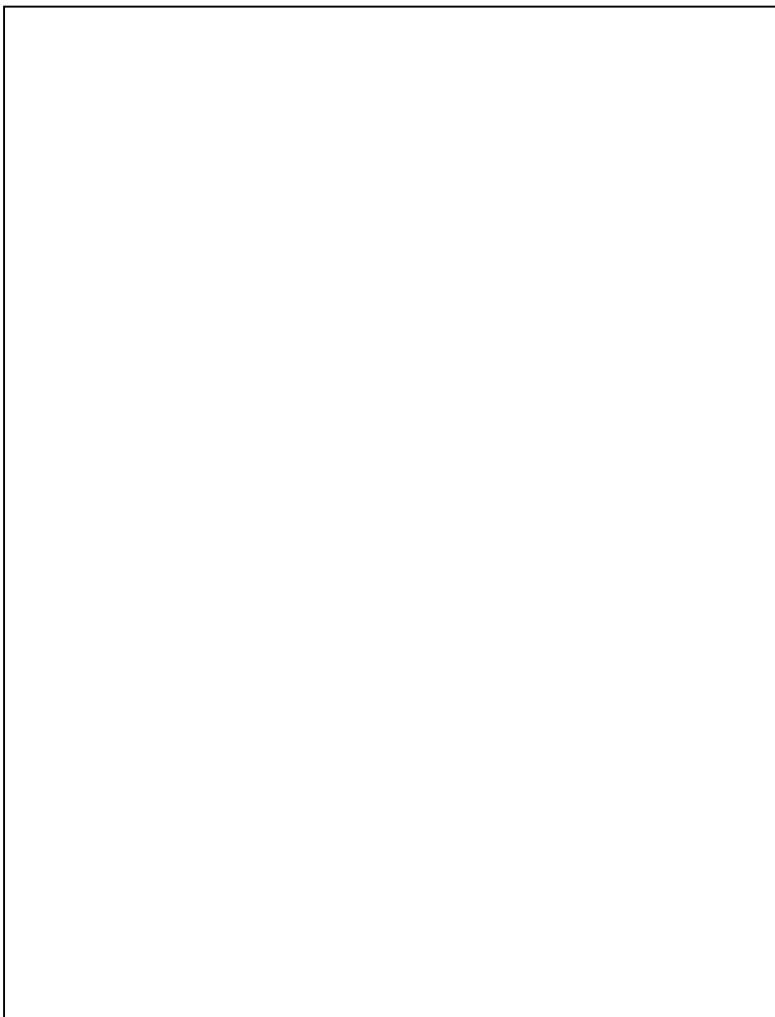
La documentación, de que hemos podido disponer, nos ha permitido, según pensamos, poner en claro algunos puntos, que hasta el presente permanecían en la oscuridad o en la sombra, principalmente la estancia de Juan-María Vianney en Noés, de 1809 a 1811; su paso por el seminario mayor de Lión, de 1813a 1814; las calumnias de que fue víctima al principio de su ministerio pastoral; la transformación moral de su parroquia; la fundación y la caída de la *Providencia* de Ars; las contradicciones que hubo de sufrir por parte de algunos de sus colegas; el incidente de La Salette; la «huida» a la «Trapa» de Neyliére; su última enfermedad y su muerte.

Esta es una vista general de Dardilly, pueblo donde nació, el 8 de mayo de 1786, Juan María Bautista Vianney y en cuya iglesia fue bautizado el mismo día de su nacimiento. El Cura de Ars hizo testamento en el que pedía que lo enterraran en Dardilly, pero surgió una seria discusión entre los vecinos de este pueblo y el de Ars. El Santo Cura zanjó la cuestión haciendo un nuevo testamento, el 10 de octubre de 1855, diciendo: «Dejo mi cuerpo, después de mi muerte, a disposición de mi Obispo».



Primera parte
LOS AÑOS DE PREPARACIÓN
(1786-1818)

«Juan María Vianney nació en Dardilly (...), de padres que poseían bastantes bienes de fortuna. Eran cultivadores y gozaban de un honesto bienestar; trabajaban para aumentar sus medios de vida y se preocupaban de educar honradamente a su familia...», escribe Catalina Lassagne, que estuvo junto al Cura muchos años, desde que el Santo llegó a Ars. En la foto, la casa donde nació Juan María.



I. LOS PRIMEROS AÑOS (1786-1793)

Benito Labre en casa de Pedro Vianney.—El agradecimiento del santo mendigo.—Mateo Vianney y María Beluse.—Nacimiento de Juan-María.—En el regazo de una madre cristiana.—Un modelo de obediencia.—El rosario y la pequeña imagen.—Los primeros pasos fuera de la vida ordinaria.—Ante el altar.

Pedro Vianney¹, esposo de María Charavay, vivía en Dardilly, pueblo situado en las alturas cercanas a Lión². Agricultor acomodado y buen cristiano, acogía con amable hospitalidad a cuantos pobres llamaban a su puerta. Así fue cómo en julio de 1770, la fama de su caridad atrajo hacia él a un mendigo, que a la vez era un santo.

¹ Monseñor Devaux, rector de las Facultades católicas de Lión, publicó en la *Semaine religieuse de Grenoble* (30 de noviembre de 1905), un artículo sobre los orígenes del fénico del apellido Vianney. Según el sabio rector, la forma primitiva *Vianeis* o *Vianneis*, en uso durante el siglo XII, fue un sobrenombre derivado de *Vienensis*, habitante de la ciudad de Viena, en el Delfinado. De esta manera, *Viennensis* y *Viennois* serían palabras sinónimas.

Los registros de Dardilly no se remontan más allá del año 1617. Mas, desde esa fecha encontramos ya anotado el bautismo de una tal Magdalena Vianey, hija de Bartolomé Vianey y de Claudina Beluse. Las restantes actas auténticas permiten reconstruir la serie de los ascendientes directos del Cura de Ars: Pedro Vianey (cuarto abuelo); Pedro (tatarabuelo), nacido en 1655; Pedro (bisabuelo), nacido en 1689; Pedro (abuelo) —con cuyo nombre comienza esta historia—, nacido en 1753. Todos ellos fueron bautizados en la iglesia de Dardilly.

En cuanto a la ortografía del apellido de esta familia, aunque todos los antepasados llevaron el de *Vianey*, no hay aquí lugar a dudas: escribimos *Vianney*, como lo hacía el Cura de Ars siempre que firmaba y como firmó también su hermana Margarita en el Proceso de canonización.

Las actas procedentes de los obispados llevan indistintamente el nombre de *Vianay* o *Viannay*, *Vianey* o *Vianney*: en las testimoniales del subdiaconado se dice *Vianey*; en las del diaconado, *Vianay*; en las del presbiterio, *Viannay*; en unos poderes redactados en 1882, *Vianney*; en otros de 1853, *Vianmy*.

² Dardilly, municipio de 1100 almas, situado a 8 kilómetros al noroeste de Lión.

Benito Labre, enfermo de escrúpulos, acababa de salir de la Trapa de Sept-Fons, donde había dado comienzo a su noviciado con el nombre de Fray Urbano. Firme después en su vocación de perpetuo peregrino emprendió el viaje a Roma. El primer punto donde se detuvo fue Paray-le-Monial y fueron muy largas sus visitas a la capilla de las apariciones. De Paray se dirigió a Lión, mas al sobrevenir la noche, antes de entrar en la ciudad, que estaba muy próxima, se paró en el pueblo de Dardilly. Varios pobres se encaminaban a casa de Pedro Vianney y a ellos se juntó el santo mendigo³.

Benito Labre observaba entonces una extraña costumbre. Iba vestido con la túnica de los novicios trapenses, que le había sido entregada al salir del monasterio; unas alforjas pendían de sus espaldas; rodeaban su cuello unos rosarios y brillaba sobre su pecho un crucifijo de cobre. Por todo equipaje un breviario, una *Imitación de Cristo* y unos Evangelios.

Con tales atavíos penetró en el cercado que estaba delante de la casa de los Vianney⁴. El dueño lo acogió como solía acoger a todos los pobres, y los hijos miraban con compasión a aquel desheredado de la fortuna, en cuya persona sus padres les habían enseñado a ver al mismo Jesucristo. Mateo, uno de los cinco hijos, se hallaba presente. Sin sospechar que había de ser padre de otro santo, contemplaba al joven mendigo tan pálido y tan suavemente expresivo, cuyos dedos no dejaban ni un momento las cuentas del rosario.

En la espaciosa cocina, no lejos de la elevada chimenea, donde diez y seis años más tarde el niño predestinado calentaría sus pies, Benito Labre y sus compañeros de pobreza, mezclados con los Vianney, tomaron asiento alrededor de la olla en que hervía la sopa. Se sirvió después tocino con legumbres y dichas las gracias y las oraciones de la noche subieron los trashumantes a una habitación situada sobre el horno del pan, para dormir en un buen jergón de paja.

Al día siguiente, al partir, se mostraron todos agradeci-

³ J.MANTENAY.Sai»/ *Benoit Labre, París*, Gabalda, 1908, p. 27 y otras.

⁴ Esta vieja casa, que por el lado del patio tiene dos puertas, ha sido después agrandada mediante la construcción de un piso.

dos; mas uno de ellos, el joven de veinte años, de facciones delicadas y maneras cultas, manifestó su gratitud en términos que dejaban entrever una instrucción esmerada y una piedad profunda.

Poco después, ¡cuál no fue la sorpresa de Pedro Vianney cuando recibió una carta del pobre peregrino! Benito era muy parco en escribir, hubo de serle, por tanto, muy grata la hospitalidad del Dardilly; tal vez, iluminado por Dios, presintió también al hijo de bendición que para siempre había de hacer ilustre aquella morada⁵.

Ocho años después, el día 11 de febrero de 1778, en Ecully, pueblo distante de Dardilly apenas una legua, Mateo Vianney contraía matrimonio con María Beluse. Si Mateo era un ferviente cristiano, su joven esposa aportaba como la mejor de las dotes una fe práctica e ilustrada.

Dios bendijo aquella unión. Tuvieron seis hijos, los cuales, según costumbre edificante de aquellos tiempos, fueron, ya antes de nacer, consagrados a la Santísima Virgen: Catalina, que se casó muy joven y murió santamente poco tiempo después; Juan María, que voló al cielo a la edad de cinco años; Francisco, el futuro heredero del patrimonio familiar; Juan-María, que andando el tiempo no será conocido sino con el nombre de *Cura de Ars*; Margarita, la única de los hermanos Vianney que sobrevivirá, y en mucho, a su santo hermano⁶; y finalmente, un *segundo* Francisco, apodado *Cadet*, el cual, al ingresar en el Ejército, saldrá de Dardilly para no volver jamás.

Venido al mundo a media noche⁷, el 8 de mayo de 1786, Juan-María fue bautizado el mismo día⁸. Fueron padrinos su tío paterno Juan-María Vianney y la esposa de éste, Francis-

⁵ «El Cura de Ars hablaba con frecuencia de aquella carta. La dio a una persona, que se la había pedido.» (Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 553).

* Margarita Vianney, viuda de Lorenzo Gerin, murió en Bois-Dieu, cu la Parroquia de Lissieu, el día 8 de abril de 1877. Tenía 91 años.

⁷ Margarita VIANNEY., *Proceso del Ordinario*, p. 1011.

⁸ La actual iglesia de Dardilly no es aquella en que fue bautizado el Cura de Ars.

La pila bautismal que sirvió para la ceremonia fue engastada en las nuevas fuentes adornadas de hermosos mosaicos y adaptadas al estilo del nuevo templo. En ellas se lee esta inscripción: EX HOC PONTE IN XTO. NATUS J.-M. VIANNEY, 8^o MAII 1786. (En es-

ta fuente bautismal nació en Cristo J.M. VFANNEY, el día 8 de mayo de 1786.)

ca Martinon. El padrino, sin leer en lo futuro, se contentó con dar sus propios nombres al ahijado⁹.

Desde que el recién nacido, más amado quizás que los otros, pudo dirigir sus miradas al mundo exterior, comenzó a complacerse su madre en mostrarle el crucifijo y las imágenes piadosas que adornaban la estancia. Cuando sus bracitos pudieron moverse con alguna libertad fuera de las mantillas, empezó a llevarle su mano de la frente al pecho y del pecho a los hombros. Muy pronto el pequeñuelo adquirió hábito de ello: en cierta ocasión —contaba entonces quince meses—, habiéndose olvidado su madre, antes de darle la sopa, de hacerle trazar la señal de la cruz, negóse a abrir los labios e hizo varias veces que *no* con la cabeza. María Vianey entendió en seguida lo que aquello significaba. Tomóle la mano, y los labios fuertemente cerrados se abrieron por sí mismos¹⁰.

¿Es que Juan-María Vianey «dio ya desde la cuna inequívocas señales de santidad», como se dice de San Ramón Nonato, San Cayetano, San Alfonso de Ligorio, Santa Rosa de Lima y de tantos otros? Ninguno de los testimonios que se conservan habla de tal prodigio. Sin embargo, puede afirmarse que en la vida piadosa fue un niño precoz y respondió mejor que sus hermanos y hermanas a los cuidados de su excelente madre. Era una de aquellas naturalezas privilegiadas que caminan fácilmente hacia Dios. A la edad de dieciocho meses, cuando la familia se reunía para las oraciones de la noche, *se arrodillaba espontáneamente* entre los demás y juntaba con devoción sus manilas¹¹.

Su piadosa madre lo acostaba en seguida y, antes de darle el último *abrazo*, se inclinaba sobre él, le hablaba del niño Jesús, de la Santísima Virgen y del Ángel bueno... El niño se dormía al suave murmullo de la voz de su madre.

⁹ Extracto de los registros de la parroquia de Dardilly:

Juan María Vianey, hijo legítimo de Mateo Vianey y de María Beluse, su esposa, nació a ocho de mayo de mil setecientos ochenta y seis; fue bautizado el mismo día por mí el infrascrito vicario; fue su padrino Juan-María Vianey, su tío paterno, vecino de Dardilly, y su madrina Francisca Martinon, mujer del citado Juan-María Vianey.

BLANCHON, vicario.

¹⁰ Según Margarita VIANEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1011.

¹¹ El sacerdote ROUGEMONT, *Proceso apostólico in genere*, p. 428.

Creció, dio los primeros pasos y comenzó a andar vacilante y ligero por dentro y alrededor de la casa, aunque sin alejarse del umbral, pues más abajo, hacia el jardín, había una cuba muy honda, donde abrevaba el ganado. De esta manera, Juan-María no perdía de vista a su solícita madre. Esta, mientras se ocupaba en los quehaceres domésticos, iba instruyendo a su hijo con palabras sencillas y expresiones a su alcance. Así fue como aprendió el *Padrenuestro* y el *Avemaria*, las nociones elementales sobre Dios y el alma. El niño, a su vez, cada día más despierto, hacía a su madre inocentes preguntas. Lo que más le interesaba eran los misterios de la infancia de Jesús, especialmente la Natividad, el pesebre y los pastores.

Poco a poco, estas ingenuas pláticas se alargaron hasta la noche: para oír contar la Historia Sagrada, Juan-María permanecía en vela con su madre y con Catalina, la más piadosa de sus hermanas¹². A veces se «arrodillaba en el suelo, juntaba sus manos y las ocultaba entre las de su madre»¹³.

Cuando los días eran largos, Mateo Vianney marchaba al campo muy de mañana. Más tarde se le juntaba su esposa con todos los hijos. Catalina y Francisco, con una vara en la mano, les precedían algunos pasos, espoleando hacia adelante las vacas y las ovejas de la granja. Seguían Juan-María y Margarita, apodada *Gothon*, los dos sobre un pollino. Una vez en el campo, los niños se tendían sobre la hierba y vigilaban el ganado que pacía. Juan-María, alegre y bullicioso, animaba los juegos.

No era, en efecto, como lo insinuaba su primer biógrafo¹⁴, uno de estos niños prodigios que carecen de la gracia y viveza propias de los de su edad. En este muchacho de ojos a/ules, de cabello oscuro, de color apagado y mirada viva, la piedad precoz no excluía en manera alguna cierta natu-

¹² Catalina solía reunir en su casa a sus jóvenes amigas para instruir las con piadosas lecturas. (Francisco DUCLOS, de Dardilly, *Proceso del Ordinario*, p. 1000.)

¹³ Guillermo VILUER, *Proceso del Ordinario*, p. 629.

¹⁴ «Jamás se le vio jugar». (A. MONNIN, *Vie du Curé d'Ars*, p. 41)

Los tres compañeros de infancia que declararon en el Proceso de Canonización, dicen lo contrario.

ral petulancia. «Había nacido con un carácter impulsivo»¹⁵ y tuvo más tarde necesidad de largos y meritorios esfuerzos para adquirir la perfecta dulzura. Sin embargo, ya desde pequeño este niño sensible y nervioso supo dominarse a sí mismo, y su juiciosa madre, que conocía la eficacia del ejemplo, lo propuso varias veces como modelo a sus hermanos y hermanas. «Mirad a Juan-María, solía decirles, cuando no se sometían en seguida a sus mandatos; es más obediente que vosotros; hace al punto cuanto se le ordena»¹⁶.

Con todo, en cierta ocasión hubo de derramar lágrimas. Juan-María poseía un hermoso rosario que tenía en gran estima. *Gothon*, a quien sólo aventajaba en dieciocho meses, lo halló también de su agrado y quiso apoderarse de él. Hubo una escena violenta entre hermano y hermana: gritos, pataleo y un amago de combate... El pobre niño corrió hacia su madre, entristecido. «Hijo mío, da tu rosario a *Gothon*, le dijo con voz dulce, pero firme; sí dáselo por amor de Dios.» Y al instante Juan-María le alargó sollozando el rosario, que cambió de propietario¹⁷. Tratándose de un niño de cuatro años, ¿no era ello un notable sacrificio?

Para enjugar sus lágrimas, la madre, en lugar de mimarle y acariciarle, le dio una pequeña imagen de madera que representaba a la Santísima Virgen. Aquella tosca imagen la había contemplado con envidia puesta sobre la chimenea de la cocina. Desde aquel momento ya era suya, bien suya. ¡Qué felicidad! «¡Oh! y cuánto amaba yo aquella imagen, nos dirá pasados setenta años. No podía separarme de ella ni de día ni de noche y no hubiera dormido tranquilo si no la hubiese tenido a mi lado en el lecho... La Santísima Virgen es mi mayor afecto; la amaba aun antes de conocerla»¹⁸.

Algunos testigos de sus tiernos años, en particular su hermana Margarita, cuentan cómo al primer toque del «Ángelus» se arrodillaba antes que todos. A veces se retiraba a

¹⁵ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 646.

¹⁶ El sacerdote RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 313.

¹⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire sur M. Vianney, Curé d'Ars* (primera redacción), p. 30.

¹⁸ Juan María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 677.

un rincón, ponía sobre una silla su querida imagen y oraba ante ella con gran recogimiento¹⁹.

Los niños desconocen aquella necedad que se llama respeto humano: dondequiera que estuviese, en casa, en el jardín, en la calle, Juan-María saludaba a la Virgen al dar la hora, y a imitación de su madre, hacía la señal de la cruz y rezaba una Avemaria. Al terminar se santiguaba de nuevo²⁰. Ello dio ocasión a que un labrador que trabajaba en el cercano vecino dijese a Mateo Vianney: «Creo que vuestro *morenito* me toma por el diablo». El padre refirió el dicho en su casa.

—«¿Por qué haces esto?, le preguntó la madre.

—Yo no sabía, respondió Juan, que aquel hombre me mirase. ¿Pero, no es antes y después de rezar cuando hay que hacer la señal de la cruz?».

Las vecinas que le oían rezar en voz alta decían a sus padres: «Sabe muy bien las letanías; será menester hacer de él un sacerdote o un religioso»²¹.

Quizás María Vianney nada presintió del maravilloso porvenir de su hijo predilecto. No por ello dejaba de ser preciosa a sus ojos la bondad de aquella alma, de la cual procuraba apartar aun la sombra del pecado. «Mira, mi Juan, le repetía, si tus hermanos y hermanas ofendiesen a Dios, tendría mucha pena, mas ésta sería mayor si el pecador fueses tú»²².

Ciertamente, Juan-María no era un niño vulgar. Este privilegiado de la divina gracia, aun antes de llegar al uso de razón, dio sus primeros pasos fuera de lo corriente. En este sentido parece que debe ser interpretado el siguiente hecho.

Un día, cuando contaba unos cuatro años, Juan-María sale sin decir nada. Su madre se da cuenta de que ha desaparecido. Llama, escucha y en vano aguarda la respuesta. Busca

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, Artículos del Postulador, n. 24.

²⁰ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1013.

²¹ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 427.

²² Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1031.

con ansiedad cada vez más creciente en el patio, tras los montones de leña y paja. El niño no aparece. ¡El, que contes-
taba a la primera llamada! Mientras se dirige al establo, don-
de puede estar escondido, la madre va pensando en aquel
agujero negro y profundo donde bebe el ganado. Mas ¿qué es
lo que descubre en un rincón apartado, de rodillas, entre dos
animales que rumian mansamente?

Es el niño que reza con fervor, juntas las manos, ante la
imagen de la Virgen. María Vianney le levanta en brazos y lo
oprime contra su corazón.

«¡ Aquí estabas, hijo mío!, le dice embargada por el llanto.
¿Por qué te escondes para *rezar*? ¿No sabes muy bien que
siempre lo hacemos juntos?»

El niño no ve más que la pena causada a su madre. «Per-
dón, mamá, no lo sabía... ya no lo haré más!», dice entre ge-
midos y dejándose mecer en sus brazos²³.

Mientras en el desconocido y apartado pueblecito tenían
lugar estas tiernas escenas de familia, otros formidables
acontecimientos sobrevenían en Francia. Mas ni el saqueo
de San *Lázaro* y la toma de la Bastilla (13 y 14 de julio de
1789), ni el decreto por el que se exproliaba al clero de sus
bienes (2 de noviembre), ni la ley que suprimía los votos reli-
giosos y los monasterios (13 de febrero de 1790) impresiona-
ron mucho a las buenas gentes del campo, las cuales estaban
mal informadas o no comprendían aún todo el alcance de los
hechos. Permanecieron tranquilos hasta el día en que la Re-
volución, con la *Constitución Civil del Clero*, amenazó a sus
sacerdotes y sus altares (26 de noviembre de 1790).

La señora Vianney, «que estaba dotada de una piedad
eminente»²⁴, asistía siempre que le era posible a la misa ma-
tinal. De ordinario, iba con Catalina, la mayor de sus hijas.
Pero bien pronto su compañero predilecto fue el pequeñuelo
de cuatro años tan precoz en la piedad y sediento ya de Dios.
Cuando en la iglesia, que se hallaba muy cercana, daban la

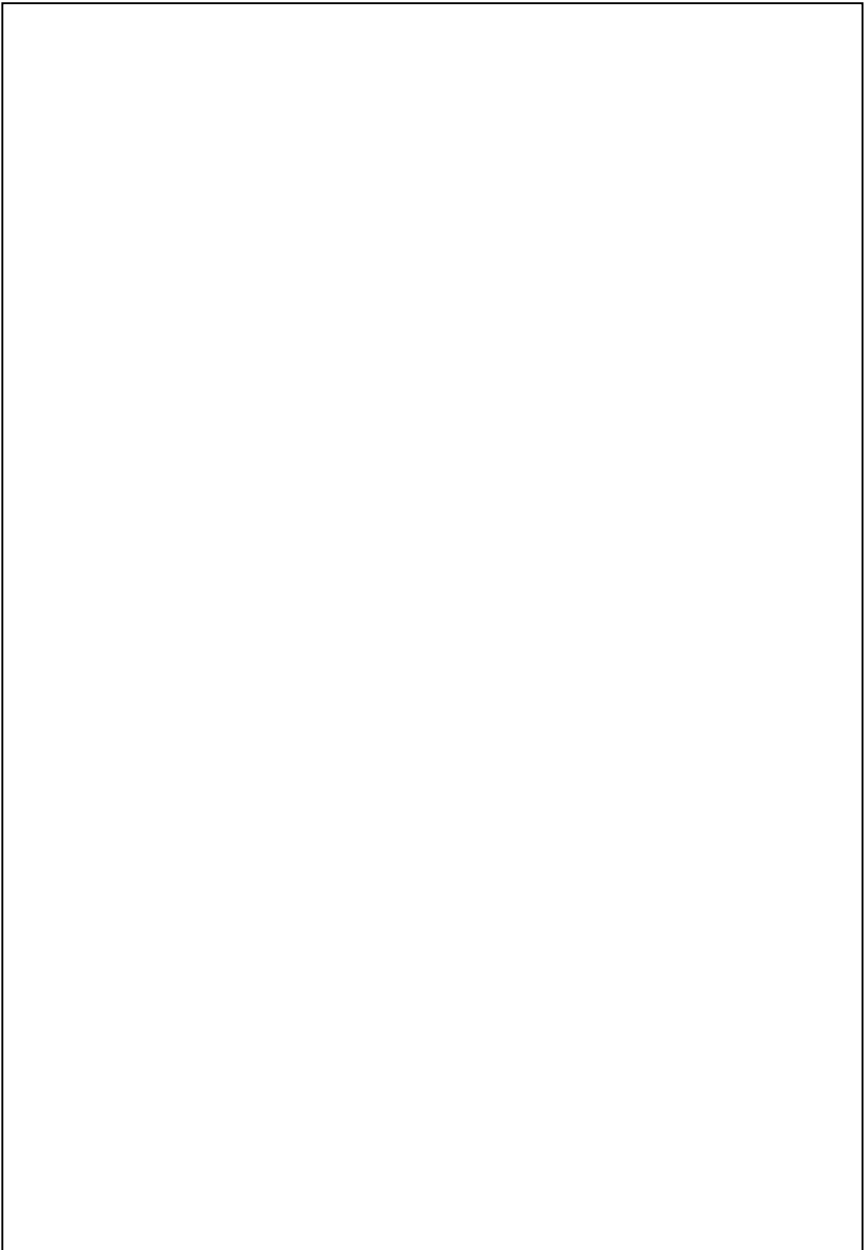
²³ Según Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1012. Una de las pinturas
murales que hacen de marco, en la basílica de Ars, el altar llamado *de la estatua* (por-
que se halla rematado por una imagen en mármol del Cura de Ars esculpida por Emi-
liano Cabuchet), representa al pequeño Juan-María en el momento en que su madre le
•orprende arrodillado en el rincón del establo.

²⁴ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 143.

primera señal para la misa, Juan-María rogaba a su madre que le llevara a ella. No tardaba en ceder a sus ruegos. De rodillas junto a él, le iba explicando los diversos movimientos del celebrante. Así fue como empezó a sentir gusto por las ceremonias sagradas. Sus miradas iban del sacerdote, que le parecía magnífico con sus ornamentos bordados, al monaguillo, cuyo roquete blanco y sotana roja le maravillaban. Mucho se hubiera complacido en poder ayudar la misa, pero sus brazos eran aún muy delicados para trasladar el misal. De vez en cuando, miraba a su madre y aprendía a rezar devotamente al verla en actitud tan recogida y como transfigurada por una luz interior.

Más tarde, cuando le hablaran de su temprano amor a la oración y al altar, responderá emocionado y con lágrimas: «Después de Dios, se lo debo a mi madre. ¡Era tan buena! La virtud viértese fácilmente del corazón de la madre al corazón de los hijos... Jamás un hijo que ha tenido la dicha de tener una buena madre tendría que mirarla y pensar en ella sin llorar»²⁵.

²⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 253.—Condesa DES GARETS D'ARS, *Proceso del Ordinario*, p. 765.



II. UN PEQUEÑO PASTOR DURANTE EL TERROR (1793-1794)

Los Vianney en la misa del sacerdote juramentado.—La santa indignación de María Vianney.—Juan-María y los sacerdotes fieles.—La misa en las granjas.—Los combates alrededor de Lión.—Dardilly y Chante-Merle.—Plegarias y procesiones campestres.—Juegos y sermones.—Juan-María Vianney y Marión Vincent.—Juan-María y los pobres errantes.—La vida en familia.

En enero de 1791, cuando la Constitución civil entró en vigor en la comarca de Lión, Juan-María Vianney no había cumplido aún los cinco años. Don Jacobo Rey, cura de Dardilly durante treinta y nueve años, tuvo la debilidad de prestar el juramento cismático. Pero, si hay que dar crédito a tradiciones locales, ilustrado por el ejemplo de su coadjutor y demás colegas vecinos, no tardó en reconocer y reprobar su falta. Permaneció durante algún tiempo en su parroquia, celebró la misa en una casa particular y después se retiró a Lión para desterrarse más tarde a Italia¹.

Si bien la salida del señor Rey no dejó de conmover, no causó empero la turbación que podría creerse. La iglesia continuó abierta, pues llegó otro sacerdote enviado por el obispo de Lión, el cual era un tal Lamourette, amigo de Mirabeau y nombrado por la Constituyente, sin mandato de Roma, en lugar del venerable Mons. Marbexif. El nuevo párroco

¹ Estas son las tradiciones que nos han legado los ancianos de Dardilly. *Los registros parroquiales* indican tan solo que el señor Rey, doctor por la Sorbona, cura de Dardilly desde febrero de 1753, fue sustituido en 7 de julio de 1803 por don Jacobo Tournier y falleció en la parroquia de Vaise, en Lión, el 22 de octubre de 1804.

y el nuevo obispo habían jurado la Constitución civil: mas ¿cómo podían sospechar, las sencillas gentes de Dardilly, que aquella Constitución, de la cual ignoraban hasta el nombre, podía conducir al cisma o a la herejía? Ningún cambio aparente se había introducido ni en las ceremonias religiosas ni en las costumbres parroquiales. Aquellas inocentes almas asistieron durante algún tiempo sin escrúpulo a la misa del «sacerdote juramentado». Así lo practicaron con entera buena fe Mateo Vianney, su esposa y sus hijos².

No tardaron, sin embargo, en abrir los ojos. Catalina, la hija mayor, aunque no pasaba entonces de los doce años, fue la primera en sospechar el peligro³. En el pulpito no trataba siempre el nuevo párroco los mismos temas que el señor Rey, ni hablaba de la misma manera. Las palabras *ciudadano*, *civismo*, *constitución*, eran el adorno habitual de sus sermones. A veces, se le deslizaban ataques contra sus predecesores⁴. Además, la concurrencia a la iglesia era cada día más abigarrada y, a pesar de ello, menos numerosa que antes: personas muy fervorosas no acudían a los divinos oficios —¿dónde oían, pues, misa los días de fiesta?—. Por el contrario, iban otros que jamás habían frecuentado el templo. Catalina concibió ciertos temores y los manifestó a su madre.

Así andaban las cosas, cuando los Vianney recibieron la visita de un pariente que residía en Ecully. «Ah, amigos míos, ¿qué hacéis?, les dijo al ver que asistían a la misa del párroco *juramentado*. Los buenos sacerdotes han rehusado el juramento. Por ello se les busca, se les persigue y se les obliga a dejar las iglesias. Por dicha nuestra quedan en Ecully algunos buenos entre nosotros. Es a éstos a quienes os habéis de dirigir. Vuestro cura, con su juramento, se ha separado de la Iglesia Católica; no es en manera alguna vuestro pastor y no podéis seguirle»⁵.

² El paso del culto católico al constitucional se hizo en muchas parroquias sin brusquedad alguna. Cf. P. DE LA GORGE, *Histoire religieuse de la Révolution, Paris*, Pión,³ 1909, t. 1. p. 414 y sig.

Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 372.

⁴ «Aquéllos, decía, tenían tanto de cura como mis zapatos» (Reverendo VIGNON, Cura de Dardilly, *Proceso apostólico in genere*, p. 368).

⁵ Rdo. RAYMOND. Fragmento manuscrito de una *Vida* del Cura de Ars, p. 12.

Puesta como fuera de sí por esta revelación, la madre de Juan-María no tuvo reparo en dirigirse al desgraciado sacerdote y reprocharle su divorcio de la verdadera Iglesia. Al traerle a la memoria el santo Evangelio, donde está escrito que la rama separada del tronco será arrojada al fuego, lo arrastró a esta confesión: «Es cierto, señora, la cepa vale más que el sarmiento»⁶.

María Vianney hubo de explicar a los suyos la falta del infeliz sacerdote; pues se cuenta que Juan-María «mostró su horror por aquel pecado y huyó en adelante del cura juramentado»⁷. Desde entonces, la iglesia parroquial, relicario de tan suaves recuerdos, donde los padres se habían casado y los hijos habían recibido el bautismo, dejó de ser para la familia Vianney lugar de oración. Por otra parte, no tardó mucho en ser clausurada⁸.

Entretanto habían llegado los días de la persecución sangrienta. Todo sacerdote que no hubiese prestado el juramento constitucional se exponía a ser encarcelado, y muerto, sin recurso posible, a las veinticuatro horas. Quien los denunciase recibiría cien libras en recompensa; quien, por el contrario, les diera asilo, sería deportado. Así rezaban las leyes del 24 de abril, 17 de septiembre y 20 de octubre de 1793. A pesar de tan terribles amenazas, los sacerdotes fieles andaban ocultos por los alrededores de Dardilly y la casa de los Vianney los escondió a todos sucesivamente. En alguna ocasión celebraron allí la misa⁹.

Fue un milagro que el dueño de la alquería, sospechoso para algunos jacobinos del lugar, no pagase con la cabeza su santa audacia¹⁰. Mas en la misma ciudad de Lión o en sus

⁶ Rdo. VIGNON, *Proceso apostólico in genere*, p. 368.

⁷ Rdo. ROUGEMONT, *id.*, p. 376.

⁸ En Dardilly no se ha conservado ningún pormenor concreto sobre el cura constitucional; ni siquiera su nombre. *La ley de sospechosos*, votada en septiembre de 1793, hacía objeto de una misma condenación a todos los sacerdotes, aun a los *juramentados*. Durante este tiempo, el intruso de Dardilly se ocultará en la parroquia o en sus contornos. Allí estará todavía, dice en 1864, el Rdo Vignon, cura de Dardilly (*Proceso apostólico in genere*, p. 369), cuando en 1803 tome de nuevo posesión de su parroquia el señor Rey.

¹⁰ Margarita VIANNEY, *Proceso apostólico in genere*, p. 1011.

Rdo. VIGNON, *Proceso apostólico in genere*, p. 368.

arrabales los confesores de la fe recibieron con frecuencia generoso asilo.

Fieles mensajeros enviados desde Ecully pasaban ciertos días por las casas de las familias católicas y les indicaban el escondrijo, donde a la noche siguiente habían de celebrarse los divinos misterios. Los Vianney marchaban al atardecer sigilosamente y muchas veces andaban a oscuras largos trechos. Juan-María, satisfecho de acudir a la fiesta, movía con ligereza sus piernecitas.

«Sus hermanos se quejaban de cuando en cuando, si la distancia era excesiva; pero su madre les decía; imitad a Juan-María que está siempre dispuesto»¹¹.

Llegados al lugar convenido se les introducía en un local escondido y apenas iluminado. Junto a una pobre mesa, rezaba un desconocido, de rostro fatigado y suave sonrisa. Cambiados los saludos, en el rincón más oculto, detrás de una cortina, en voz muy baja, oía las confesiones, aconsejaba, tranquilizaba, absolvía las conciencias. Algunas veces los jóvenes prometidos le pedían que bendijera su unión. Finalmente, se celebraba la misa tan deseada de todos, grandes y pequeños. El sacerdote colocaba sobre la mesa el ara consagrada que había llevado consigo, el misal, el cáliz y numerosas hostias, pues no era él solo quien había de comulgar aquella noche; se revestía los ornamentos arrugados y deslucidos y después, en medio de un silencio profundo, comenzaba a pronunciar las palabras litúrgicas: *Introibo ad altare Del* ¡Qué fervor en su voz, y en los asistentes qué recogimiento y qué emoción! Con frecuencia, a las palabras santas se mezclaban los sollozos. Era una misa celebrada en las catacumbas, antes de la persecución y del martirio.

¡Cómo se conmovía, en aquellos momentos inolvidables, el alma del pequeño Vianney! De rodillas entre su madre y sus hermanas, rezaba como un ángel y lloraba al oír llorar. Además, ¡con qué atención escuchaba, aunque sin entender todo su alcance, las graves reflexiones de aquel proscrito, que ponía en peligro su cabeza por amor a las almas!

¹¹ Rdo. RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 555.

¿Acaso fue en estas reuniones nocturnas, donde se sintió llamado por primera vez al sacerdocio?

1793. El Terror. En Lión la sangre corría a torrentes; en la plaza de los Torreaux la guillotina no descansaba un momento. El procónsul Chalier había anotado veinte mil lioneses en sus listas de proscripción, pero un movimiento popular, dirigido por Précý, lo hizo subir al cadalso. Los católicos se limitaban a esperar, cuando un Ejército de la Convención, al mando de Couthon y Dubois-Crancé, puso sitio a la ciudad. Del 8 de agosto al 9 de octubre, Précý resistió valientemente y no cedió sino por el hambre.

Un niño de siete años no podía darse exacta cuenta de los acontecimientos. Desde los campos que su padre cultivaba, había oído los rumores del combate. Habiendo las tropas de Dubois-Crancé acampado en torno de Limonest, a algunos kilómetros al Norte de Dardilly, los soldados de la Revolución pasaban sin cesar por este pueblo¹². Mas el estrépito de la guerra inquietaba menos al piadoso niño, que el silencio obstinado de las campanas.

La iglesia permanecía cerrada. En los caminos no había más que los pedestales de los cruceros: unos hombres habían venido de Lión para derribar las cruces¹³. En casa era menester esconder cuidadosamente los crucifijos y las imágenes piadosas. Tan sólo, en los verdaderos fieles, el santuario de los corazones se conservaba inviolable. En cuanto a Juan-María, no se deshizo de su pequeña imagen de la Virgen; la guardaba con más devoción que nunca y se la llevaba al campo en el bolsillo de su blusa.

Los niños olvidan o se consuelan muy pronto. ¡Les basta para ello tan poca cosa! La Revolución había ensangrentado a Francia, mas en la campiña de Dardilly los pájaros seguían

¹² Muchos escritores han referido estos hechos con profusión de pormenores: GUILLON, en su *Histoire du siège de Lyon*; el reverendo DURIEUX, en su *Tableau historique du diocèse de Lyon pendant la Révolution*.

Fouché, por decreto de 8 de noviembre de 1793, dispuso que se quitasen todas las señales religiosas de los caminos, de las plazas y de los edificios de Lión.

en sus cantos y las ovejas no cesaban de balar. Juan-María, durante aquellos meses de horror, había vivido largas horas en la calma de aquella naturaleza, donde el «hombre enemigo» no había borrado las señales de Dios.

Los horizontes de Dardilly son despejados y hermosos. El pueblo está situado en el extremo de un rellano rocoso que se inclina hacia el lado de Lión. Desde allí el Mont d'Or y las laderas de Fourvière aparecen bastante cercanos. Mas la mirada y el pensamiento de Juan-María no se alejaban hacia aquellas alturas. Prefería los campos de su padre cuyo verdor cubría las ondulantes lomas en Pré-Cusin, en Chêne-Rond o en Chante-Merle. Por allí se extendían los pastos de la granja.

El día 8 de mayo de 1793, cumplía los siete años. Era ya bastante crecido para ser útil en algo y se le confió la guarda del ganado. Dos veces al día, salen del establo el asno, las ovejas y las vacas. El lleva de la mano a *Gothon*, su hermana menor, pues las sendas que bajan de las colinas son tortuosas y sembradas de piedras. Ambos han prometido andar con tiento. Por lo demás, no les faltará trabajo: llevan lana para hacer calceta; en aquellos tiempos, mientras los animales pacían, pastores y pastoras confeccionaban medias.

Aunque la profunda hondonada de Chante-Merle haya perdido, con sus hermosas frondas de antaño, su recogimiento y soledad, es todavía deliciosa, con su riachuelo de *Planches* bordeado de rosales silvestres.

Los pájaros cantores saltan bulliciosos de rama en rama y dan su nombre al tranquilo valle. Juan-María Vianney se sentía muy atraído por aquel rincón de la naturaleza y conservó siempre de él agradable recuerdo.

En medio del entusiasmo y aclamaciones de las multitudes, le oiremos cómo suspira por los campos de su padre, donde era tan feliz porque allí «encontraba tiempo para rogar a Dios y pensar en su alma»¹⁴.

Al llegar al campo, hermano y hermana se arrodillaban, según se lo había recomendado su madre, para ofrecer a Dios su trabajo de pastores; después vigilaban el ganado

¹⁴ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 487,

cuidando bien de que no hiciese el menor daño en los pastos del vecino¹⁵.

Gothon sentía gran placer en conversar con su hermano, pues sabía muchas historias. Referíale los hechos del antiguo y nuevo Testamento; le enseñaba sus oraciones y le daba consejos de piedad. «Mira, Gothon, le decía, cuando estés en misa has de guardar una actitud muy modesta, y le explicaba cómo debía hacerlo»...¹⁶. Mas aquel niño, a quien habían sorprendido en contemplación en el establo de su casa, no cesaba de dar pruebas de aquella sed de Dios, que es el tormento de las almas santas. «Haz tú mi calceta, decía a Margarita, mientras yo voy a rezar junto al arroyo»¹⁷. Había de aquel lado un sauce carcomido por la polilla. Juan-María colocaba su pequeña imagen en un agujero del viejo árbol, la rodeaba de musgo, ramas y flores, y después, de rodillas sobre la hierba, comenzaba a recorrer las cuentas del rosario. Las orillas del riachuelo hacían las veces del templo donde ya nadie rezaba.

En alguna ocasión, Juan-María levantaba para su Virgen todo un altar.

Con el barro húmedo del ribazo construía capillitas y modelaba figuras de santos o sacerdotes^m. Poseía cierta destreza que con la educación se fue perfeccionando. Así fue como llegó a hacer una imagen de la Virgen, «que podía pasar; su padre la recoció en el horno y se conservó en la casa durante mucho tiempo»¹⁹. Terminado el altar, Gothon y él, haciendo revivir vagos recuerdos de festividades religiosas y procesiones del Corpus abolidas, cantaban fragmentos de algunos himnos.

Por aquellos alrededores estaban también otros pastores. No siempre su compañía era digna, de niños bien educados. Algunos días pasaban muchos de ellos por el soto de los Vianney y contemplaban con admiración aquel altar improvisado lleno de verdor. A sus preguntas, respondía Juan-

¹⁵ Fleury VERICEL, nacido en Dardilly el 4 de abril de 1791. *Proceso del Ordinario*, p. 1014; p. 1295.

¹⁶ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1014; p. 1013.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1013.

¹⁹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 43.

María con toda libertad, mas sin enojo. ¿Cómo era posible que aquellos niños de su edad ignorasen lo que representaban aquellas imágenes? También ellos habían ido a la iglesia en mejores tiempos, pero menos piadosos y observadores que Juan-María, habían olvidado ya las hermosas ceremonias de los domingos y demás festividades.

Y he aquí que, sin pensarlo, el pequeño Vianney se convertirá en apóstol y será el catequista de sus compañeros. De pie ante el rústico altar repite cuanto ha oído en el silencio intranquilo de aquellas noches memorables; les enseña las oraciones que ha aprendido de su madre. «Un niño, dice, no ha de ser desobediente a sus padres, ni enfadarse, ni proferir blasfemias y palabras groseras.» Y concluía gravemente; «Ah, niños, tened juicio y amad mucho a Dios.» Bajo las alamedas de Chante-Merle comenzaba a abrirse la flor de una vocación sacerdotal.

Por hallarse incómodamente colocado el auditorio, los sermones habían de ser cortos. Sin embargo, el predicador en ciernes sabía retenerles. Organizaba procesiones. En aquel valle ignorado, mientras en toda Francia estaban suprimidas las ceremonias religiosas, los niños se alineaban tras una cruz de palo. Rezaban el rosario y entonaban ingenuas canciones. «Casi siempre era yo quien hacía de cura»²⁰, dirá más adelante con dulce energía al ver realizados sus bellos ensueños.

Fuera de estas piadosas diversiones, por lo demás «gustaba poco de reunirse con los otros niños»²¹. Sus juegos movidos y bulliciosos y algunas de sus conversaciones le eran poco agradables. Con todo, para complacerles, aceptaba algunas veces jugar con ellos al tejo. «Era muy diestro en ello, contaba setenta años más tarde Andrés Provin, uno de sus compañeros de infancia, y nos ganaba con gran facilidad. Cuando perdíamos nos entraba cierta tristeza. El, al ver vuestra pena, decía: "Pues bien, ¡para eso no habíamos de jugar!"

²⁰ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 3.

²¹ La mayor parte de los pormenores que se refieren a nuestro pastorcito, están sacados de las declaraciones de Andrés PROVIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1002-1004, de Francisco DUCLOS, otro contemporáneo de J.-M. VIANNEY, el mismo *Proceso*, p. 999-1001, y finalmente de Margarita VIANNEY, id., p. 1013-1018.

Y después, para consolarnos, nos devolvía cuanto había ganado y siempre nos daba un sueldo de más.»

Cuando iba a Chante-Merle solía llevarse un buen pedazo de pan, que repartía entre los niños más pobres, y estos actos de caridad le daban cierto ascendiente para reprender a los de carácter más violento, cuando en sus accesos de cólera daban de palos a sus compañeros o se ensañaban con los animales. «Esto es pecado», les decía, y de ordinario hacían caso de él y se sosegaban. Sin embargo, estos continuados avisos no fueron del agrado de un muchacho ruin mayor que él, que le hirió en las piernas, seguro de que el niño no iba a responder pegándole²².

Felizmente, entre aquellos niños los había muy delicados y de esmerada educación, como Francisco Duelos, Andrés Provin y Juan Dumond²³. Los días en que Gothon no podía acompañar a su hermano, el padre permitía a Juan-María llevarse consigo a Andrés, a Juan o a Francisco. «Ven conmigo, decía en cierta ocasión a Duelos; tengo muy buena comida y nos la partiremos.»

Una vez, en Chante-Merle, Juan-María se había escondido para rezar entre los plateados sauces que bordeaban el arroyo de Planches. «¿Dónde está?», preguntaban los labriegos de los campos vecinos. Francisco Duelos, señalando con indiscreto dedo la pequeña ermita, los condujo hacia los sauces y le vieron de rodillas.

Un día, después de comer, salía el niño de la casa paterna con el pollino cargado de sacos de trigo, que había de llevar hasta el molino de Saint-Didier. La hija de los vecinos, Marión Vincent, que tenía siete años como él, quiso acompañarle. Los padres de ambos no opusieron reparo alguno. Hacía mucho calor y se sentaron a la sombra para descansar. Esta fue la hora de las confidencias. Marión apreciaba mucho a su amiguito, tan pacífico, tan obediente y cuyos ojos azules miraban con cierta dulzura.

²² Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 490.

²³ Francisco Duelos y Andrés Provin eran de Dardilly, Juan Duelos, que más tarde fue hermano de las Escuelas Cristianas, era originario de Larajasse (Ródano) y habitaba con uno de sus tíos en Dardilly. Nacido en 1787, tenía un año menos que su amigo Juan-María Vianney. (Cf. *Notice sur le C. F. Gérard*, por el H. Felipe, carta circular de 26 de octubre de 1873, p. 367)

«—Juan-María, dijo ella con gran candidez, si nuestros padres estuviesen conformes, haríamos muy buena pareja.

—Oh, no, ¡jamás!, replicó con viveza y sorprendido; no, ¡no hablemos de esto, Marión!»

Se levantó en seguida, y espoleando al jumento, continuaron su camino hacia el molino.

Sesenta años más tarde, Marión Vincent, sentada en el umbral de la puerta, con la rueca en la mano, contaba todavía, sin enojo y con voz conmovida, aquel gracioso idilio, el más risueño y quizás el único de su vida²⁴.

En Juan-María se manifestaba ya aquella modestia, aquella delicadeza innata que le llevó hasta a contrariar los más puros y los más legítimos afectos. «Ya sé que es cosa permitida, decía después confidencialmente; no obstante, en algunas ocasiones me negué a *abrazar a mi pobre madre*»²⁵.

La Convención creía haber destruido el culto divino con cerrar las iglesias; mas no había podido suprimir una de las manifestaciones más ricas de la religión: la caridad. En la familia Vianney continuaba floreciendo esta virtud. Era una virtud heredada de los antepasados, y su apóstol más fervoroso fue precisamente nuestro Santo.

Uno de sus compañeros de Dardüly, Andrés Provin, vio cómo conducía a la casa de los pobres su borrico pardusco cargado de leña. Juan-María iba radiante de gozo. «Carga dos o tres troncos, le decía su padre»; mas él añadía: «Cargaré cuantos pueda»²⁶.

Los infelices trashumantes, sin casa ni hogar, hallaban con facilidad asilo en Dardilly. Los Vincent —padres de Marión— y los Vianney habían hecho un pacto, que muestra su buena amistad, y sobre todo, sus sentimientos delicadamente cristianos: los Vincent acogerían a las mujeres pobres; los hombres irían a casa de los Vianney²⁷. Juan-

²⁴ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 121; reverendo MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1158.

²⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 442.

²⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 1004.

²⁷ Rdo. VIGNON, cura de Dardilly, *Proceso apostólico in genere*, p. 369; *Rao. DV-BOIS*, Id., p. 335.

María indicaba a los mendigos la casa paterna. Algunos de estos pobres, que siempre andaban a pie, llevaban consigo niños pequeños. Conmovido hasta derramar lágrimas, al verles tan desgraciados, cogía de la mano a las inocentes criaturas y, desde la puerta, los confiaba a su madre. Uno venía sin calzado, otro sin vestido, otro sin pantalón y otro sin camisa. La señora Vianney se dejaba llevar de la compasión y su hijo, con el corazón rebosante de alegría, veía cómo sus regalos más preciados iban saliendo del armario.

Los pobres se sentaban en la misma mesa que los dueños y eran los primeros a quienes se servía. Una noche, la Providencia encaminó a la casa de los Vianney a veinticinco convalidados de esa clase.

«No hay bastante sopa para todos», decía la esposa al marido.

«No importa; yo pasaré sin ella», respondía aquel buen hombre²⁸.

Entre aquellos caminantes había tal vez sacerdotes proscritos; quizás también incrédulos imbuidos en las ideas de la época. Por una providencia especial de Dios jamás fueron traicionados, y cuando bien se considera, se ve que se exponían a muy graves peligros. Acabada la cena y cerrada ya la puerta, los huéspedes eran invitados a ponerse de rodillas. Una voz de niño se elevaba clara y pura: Juan-María rezaba todas las oraciones de la noche. Después, junto con sus hermanos, acompañábala los pobres al granero o junto al horno, donde les aguardaba un bien mullido lecho de paja. Y la paz de Dios envolvía en seguida la caritativa morada.

Antes de acostarse, Juan-María hacía lo que veía hacer a su padre, y lo que éste a su vez había aprendido del suyo, Pedro Vianney. Barría el hogar donde se habían sentado los huéspedes, y tendía junto al fuego, que se iba apagando, las viejas capas de los pobres mojadas de la lluvia. Después, con su madre o con su hermana mayor, se entretenía en prácticas religiosas, pues su piedad aumentaba de día en día. Toda la familia acababa la jornada rezando algunos padrenuestros y avemarias por las almas de los difuntos —estos

²⁸ Fleury VERICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1294.

mendigos del otro mundo— y se daban las buenas noches. En aquel tiempo era Juan-María muy devoto de las almas del purgatorio. Durante el año 1793, «murió una de nuestras tías», dice Margarita Vianney. Nosotros nos decíamos: «Qué molesto; será menester añadir otro padrenuestro y otra avemaria; como si no fueran ya bastantes». Juan, que tenía entonces unos siete años, replicó: «¡Por Dios! ¿Qué es otro padrenuestro y otra avemaria? ¡Si en un momento están dichos!»²⁹.

Desde muy temprano, nuestro Santo, que nunca fue un niño mal criado, hubo de dormir, según era costumbre entre la gente del campo, en un rincón del establo, donde había una cama para él y para Francisco. «Tengamos juicio, decía a su hermano mayor, tengamos juicio, para no ser sorprendidos como los pecadores.»

²⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 1012.

III. LA ESCUELA, LA PRIMERA CONFESIÓN, LA PRIMERA COMUNIÓN (1794-1799)

Las lecciones del ciudadano Dumas.—Un alumno ejemplar.—Los sacerdotes misioneros: Reverendos Groboz y Bally.—La primera confesión de Juan-María Vianney.—En Ecully, en la granja de Point-du-Jour.—Primera comunión de un santito.

A juzgar por diversos rasgos de su infancia, en Juan-María Vianney se despertó muy rápidamente la razón. Distaba mucho de ser un retrasado. A pesar de ello, fuera de las cosas de religión, a la edad de nueve años, ignoraba casi todas las disciplinas profanas. Su hermana mayor, Catalina, le había enseñado lo que ella sabía y deletreaba un libro de oraciones. Era ya tiempo de que frecuentase la escuela. Mas, por desgracia, no la había en Dardilly.

La ley de 19 de diciembre de 1793 (29 f rimarlo, año II) disponía que a los seis años, y lo más tarde a los ocho, debían todos los niños frecuentar las escuelas públicas durante tres años consecutivos, bajo pena, para los padres, de una multa equivalente a una cuarta parte de la contribución que les correspondía. La instrucción sería común a todos y obligatoria para todos. De esta manera, creían los revolucionarios, se extendería hasta lo último de las más reducidas aldeas. Sueño irrealizable, pues la misma Revolución había suprimido en Francia todas las fuentes de la enseñanza. «La enseñanza es libre», proclamaba en el artículo primero de la ley del 29 frimario. Mas, en adelante, nadie podría enseñar si no hubiese prestado el juramento y obtenido el certificado de

civismo. Ningún miembro de las congregaciones religiosas, ningún sacerdote, podía ser escogido como preceptor.

Además, la falta de maestros jacobinos se dejó sentir algún tanto por todas partes, y la escuela de Dardilly, regentada hasta 1791 por un buen cristiano y clausurada después, no fue nuevamente abierta.

Mas en el dominio de la enseñanza primaria, la caída de Robespierre (27 de julio de 1794, 9 termidor, año II) provocó una feliz reacción. Habiendo abolido la Convención el juramento de civismo exigido a los maestros, reconoció a todo ciudadano el derecho de enseñar (17 de noviembre de 1794, 27 brumario, año III). Gracias a esta tolerancia, a principios de 1795, el «ciudadano Dumas» abrió en Dardilly una escuela. Era la estación del año mala, época en la que los niños no iban a trabajar al campo. El nuevo maestro, persona excelente, vio acudir los alumnos en buen número. Les enseñaba, aparte de la lectura y la escritura, cálculo, historia y geografía. Juan-María comenzó a despuntar por su juicio y aplicación. «EL señor Dumas, cuenta Margarita, estaba muy satisfecho y con frecuencia decía a los demás: ¡Oh, si os portaseis como el pequeño Vianney!»¹. De hecho, sus progresos hubieron de ser sensibles, pues le vemos, en las veladas de invierno, leer su catecismo, enseñarlo a Gothon, su hermana menor, y aun leer en alta voz las vidas de los Santos, religiosamente escuchado por sus familiares y por los pobres².

Desgraciadamente, la iglesia continuaba cerrada. Hubo un momento de esperanza a la muerte de Robespierre. La persecución perdió mucho de su violencia. El *decreto del ventoso* (3 ventoso, año III, 21 de febrero de 1795) abrogaba el culto del Ser supremo inaugurado por la Convención y suprimía la Constitución civil del clero. Pero, tres meses después (II prairal, 30 de mayo) un nuevo decreto disponía que «nadie podría desempeñar el ministerio de culto alguno —en las iglesias que podrían abrirse— si no hacía acto de sumi-

¹ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1014-1015.

² *ibidé* *lhiJ**_m

sión a las leyes de la República». El antiguo párroco de Dardilly, el señor Rey, no había vuelto a aparecer, ni ningún otro sacerdote no juramentado había ido para regentar la parroquia. La familia Vianney, a la que por otra parte no hubiera complacido mucho ningún cura que se hubiese sometido al decreto del 11 prairal, continuó oyendo la misa en las casas particulares.

Hasta fines de 1794, los sacerdotes católicos que habían permanecido en la comarca de Lión a pesar de las leyes de muerte (no llegaban a treinta), aseguraron el ministerio pastoral, pero sin orden ni continuidad, ora aquí, ora allí, por no serles posible fijar su residencia en ninguna parte. Francia se había convertido en una tierra de misiones, y aun en algo peor. Sin embargo, la necesidad de cierta organización hacíase sentir. Si Monseñor Marbeuf creyó ser deber suyo desterrarse, su vicario general, el señor Linsolas, oculto bajo un disfraz, no salió de la ciudad. En la primavera de 1794, dividió la diócesis en grupos de parroquias y a cada grupo asignó sus correspondientes misioneros ayudados de catequistas seculares.

De esta manera, Ecully se convirtió en un centro de misión, al cual Dardilly estaba agregado. Se han conservado los nombres de los confesores de la fe que ejercitaron en aquella comarca tan heroico ministerio. Fueron, en primer lugar, dos sacerdotes de San Sulpicio, los Rdos. Royer y Chaillou, antiguos directores de aquel gran seminario; después un religioso arrojado de su convento por la tempestad revolucionaria, el reverendo Carlos Balley, a quien tendremos ocasión de ir conociendo en el decurso de este libro; finalmente, el señor Groboz, vicario de la parroquia de Sainte-Croix, el cual, habiendo escapado primero a Italia, pasó de nuevo los Alpes para reemplazar a tantos colegas suyos condenados a muerte.

Estos cuatro sacerdotes vivían, cada uno por separado, dispersos en Ecully. Para disimular, y como medida de precaución, habían adoptado una profesión que por lo demás ejercían bien poco; sabemos que el señor Balley hacía de carpintero, y el señor Groboz de cocinero... Las herramientas y utensilios que llevaban les daban cierta apariencia ante el

público y eran una suficiente explicación de sus idas y venidas. Casi no salían sino al caer de la tarde y por caminos desviados se dirigían al lugar señalado para celebrar la misa.

Estos hombres, envejecidos antes de tiempo y en cuyos rostros se echaban de ver las huellas de tantas fatigas y privaciones soportadas por el bien de las almas, ¡con qué tierna veneración eran contemplados en el altar por el pequeño Vianney! Ellos mismos acabaron por darse cuenta de aquel niño de ojos transparentes, que rezaba con tanto recogimiento y fervor. Un día de 1797, el Rdo. Groboz pasó por Dardilly y visitó a la familia Vianney. Bendijo a cada uno de los niños y al llegar a Juan-María le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Once años.

—¿Desde cuánto no te has confesado?

—Todavía no lo he hecho —replicó todo admirado.

—Pues bien; hagámoslo en seguida.

Juan-María quedóse con el sacerdote y comenzó su primera confesión. «Siempre me acuerdo de ello, decía más tarde el Santo; era en casa, al pie de nuestro reloj»³. ¿De qué se acusó? Es de creer que la perfecta candidez de su alma de niño causó admiración al sacerdote que Dios había enviado para recibir sus confidencias. Fue para él una revelación. Era menester para aquel niño una instrucción religiosa más completa y sin duda que la encontraría en las damas catequistas establecidas secretamente en Ecully. No costó mucho al Rdo. Groboz convencer a sus padres: ¿no podría pasar algunos meses en un pueblo tan próximo y en casa de su tía Margarita Beluse, hermana de su madre, casada con Francisco Humbert?

Alguna razón de peso —probablemente el compromiso de enviarle todavía por algún tiempo a la escuela del señor Dumas —obligóles a diferir para el año siguiente el cumplimiento de aquella resolución. Por fin, hacia el mes de mayo

³ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 4.

de 1798, María Vianney acompañó a su hijo predilecto hasta Ecully. Convino con su hermana Margarita que ésta albergaría al sobrino, pero que los padres le procurarían la alimentación y los vestidos. Gracias a este arreglo, pudo ver con frecuencia en la granja *Point-du-Jour* —este era el nombre simpático de la casa— a sus padres y hermanos.

Dos religiosas de San Carlos, las hermanas Combes y Deville, cuyo convento ya no existía, habían hallado refugio en Ecully. Los misioneros les habían hecho el delicado encargo de preparar a los niños para la primera Comunión. Juan-María ¡Fue instruido por ellas juntamente con otros quince.

Un retiro espiritual precedió al día feliz. Vianney parecía todo absorto en Dios. «Ya en esta edad, dijo después Fleury Véricel, de Dardilly, le mirábamos como a un santo»⁴. Rezaba continuamente y no se ocupaba en otra cosa. «Mirad, decían sus compañeros, dándole un apodo que quizás procedía de la rama paterna de Mateo Vianney, mirad al *gordito* cómo se las tiene con su ángel»⁵.

Era el año 1799, «durante el segundo Terror»⁶, al tiempo de segar el heno. La calma que había seguido a la caída de Robespierre no fue de muy larga duración; los católicos eran aún más perseguidos; sus sacerdotes morían a centenares, deportados a la Guayana e internados en los pontones de Rochefort, de Re o de Olerón. El Santo Pontífice Pío VI, anciano de ochenta y dos años, era cautivo de la Revolución⁷. El calendario republicano continuaba en vigor y la década seguía reemplazando al domingo. Nuestras hermosas fiestas religiosas, tan consoladoras para el pueblo, estaban proscritas y se intentaba sustituirlas por ridículas ceremonias⁸.

Todavía era necesario ocultarse para poder rezar. En Ecully,⁹ la casa de la que en adelante llamaremos señora de Pingón, tenía amplias dependencias. Fue éste el lugar esco-

⁴ Proceso apostólico ne pereant, p. 1258.

⁵ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 1258.

⁶ Frase de Magdalena Scipiot, mujer de Mandy, hablando en el *Proceso apostólico in genere* (p. 258), de la Primera Comunión de Juan María Viamiey.

⁷ Pío VI murió en Valence, el 28 de agosto de 1799, después de pronunciar palabras de perdón.

⁸ Se celebró la *Teantropofilia* de Chemin-Dupontés, y después la *Teonfilantropía* de Larevellière-Lépaux.

⁹ El Rdo. Monnin, y después de él todos los que han contado la primera Comunión

gido por los señores Groboz y Balley para celebrar en él la fiesta de los niños, fiesta deliciosa y gratísima, radiante de luz en tiempos tranquilos, pero ignorada de la multitud en aquellos días de fin de primavera. Muy de mañana, los dieciséis niños de Dardilly que habían de comulgar, fueron acompañados separadamente, vestidos con sus trajes ordinarios, a una gran sala¹⁰ cuyos postigos ajustaban muy bien, pues los niños habían de sostener una vela y era imprudente que desde fuera se viese la luz. Para colmo de precauciones, habían puesto delante de las ventanas algunas carretas llenas de heno, y durante la ceremonia, para mejor disimular, varios hombres se ocupaban en descargarlas¹¹. Las madres, con gran disimulo, habían llevado bajo sus amplios mantones, los velos o los brazaletes blancos. Cada una dispuso a su hijo para recibir al Señor.

Juan-María tenía trece años cumplidos. Alma de un sentido espiritual muy delicado, podía apreciar muy bien el don que acababa de recibir. Tenía hambre de Cristo, y las tristes circunstancias habían hecho más larga la espera. Recibió la Eucaristía con un corazón lleno de fe, de deseos y de amor. «Yo me hallaba presente, refiere Margarita Vianney; mi hermano estaba tan contento que no quería salir del lugar donde había tenido la dicha de comulgar por vez primera»¹².

Sin duda que de mucho antes vivían en su interior aquellas palabras, que tan ardientes habían de salir de sus

del bienaventurado Vianney, han escrito que la había hecho en casa del conde de Pingón. Hay que decir *de Pingan* y no de Pingéon; *señora de Pingan* y no el conde de Pingón.

«La señora Ana-Josefa de Biétrix, viuda del caballero Claudio de Pingón, domiciliada antes en Dole, del Franco Condado, adquirió efectivamente, en 1782, la propiedad de Juan Péricaud, de Ecully, y se estableció en seguida en ella. La señora de Pingón tenía una hija, Francisca Magdalena, que se casó en Ecully, el 17 de mayo de 1783, con Claudio de Jouffroy d'Abbans, el inventor del navio de vapor. La Revolución, en 1791, obligó a Claudio a emigrar; y fue durante su ausencia, en 1799, «en tiempo de las siegas», cuando Juan-María Vianney hizo la primera Comunión en casa de la señora Jouffroy y de su madre la señora de Pingón». (Según los *Annales d'Ars*, julio de 1919, p. 51)

¹⁰ «Recuerdo muy bien el día de la primera comunión de mi hermano; yo misma le asistí. Se celebró la ceremonia en una sala de la casa del conde de Pingéon de Ecully. Juan-María vivía en aquella parroquia desde hacía casi un año, en casa de nuestra tía Humbert. Recibió la Comunión de manos del Rdo. Groboz» (Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1018).

¹¹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, p.4.

¹² *Proceso del Ordinario*, p. 1018.

labios sacerdotales: «Cuando se comulga, se siente algo extraordinario... un gozo... una suavidad... un bienestar que corre por todo el cuerpo... y lo conmueve. No podemos menos de decir con San Juan: ¡Es el Señor!... ¡Oh Dios mío! ¡Qué alegría para un cristiano, cuando al levantarse de la sagrada Mesa se lleva consigo todo el cielo en el corazón!»¹³.

Más tarde, no podrá hablar sin lágrimas de su primera comunión^M. Pasados cincuenta años, mostrará a los niños de Ars el sencillo rosario que llevaba aquel día y les exhortará a guardar los suyos como recuerdo precioso¹⁵.

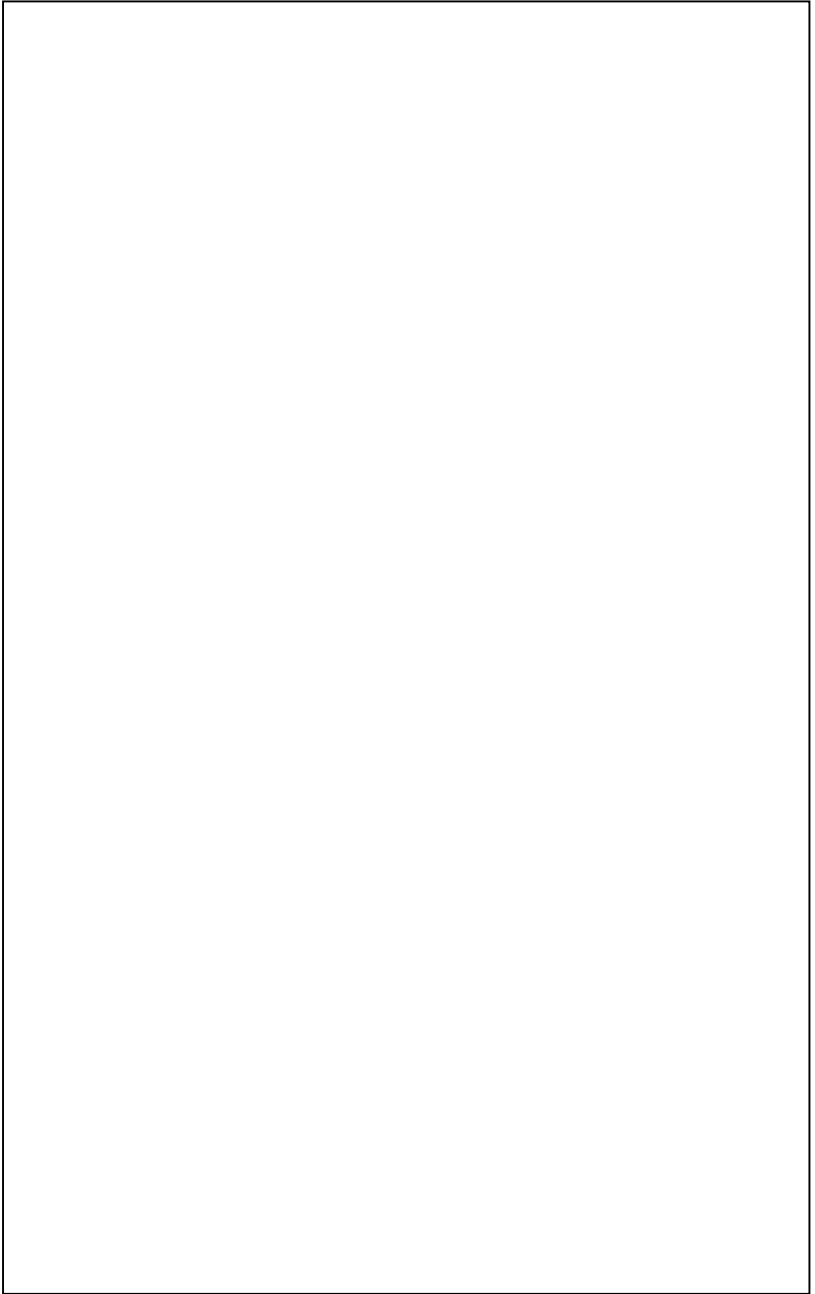
Celebrada la fiesta, Juan-María regresó con sus padres a Dardilly. Habían pasado los años de la infancia, y con ellos el tiempo de los estudios. Aunque crecía despacio, para la edad que tenía, era muy robusto. Los trabajos de la granja y del campo lo reclamaban ya.

Desde entonces, el influjo de sus virtudes jóvenes se dejó sentir más que nunca en el hogar. Su aspecto franco, su agradable afabilidad, que le inducía a saludar cortésmente a todo el mundo, acabaron por ganarle los corazones de todos.

¹³ Catquesis sobre la primera comunión(*Esprit du Curé d'Ars*, Xlly XIII, *passim*).

¹⁴ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereani*, p. 254.

¹⁵ Magdalena MANDY-SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 259.



IV. LABRADOR Y VIÑADOR (1799-1805)

Un trabajo santificado.—Las burlas de los compañeros.—El Concordato de 1802.—El restablecimiento del culto en Dardilly.—¡Ser sacerdote!—Las primeras confidencias.—Los primeros obstáculos.—La aceptación de M. Balley.

El golpe de Estado del 18 brumario (9 de noviembre de 1799) que puso en manos del general Bonaparte los destinos de Francia, libró prácticamente a la Iglesia, sin necesidad de nuevas leyes, del yugo perseguidor. En seguida, los sacerdotes, aprovechándose de la tolerancia del primer cónsul, regresaron del destierro; las iglesias comenzaron a abrirse, en particular la de Ecully, donde los Rdos. Groboz y Balley celebraron públicamente la misa. Los católicos de Dardilly acudieron en tropel, y en primera fila la familia Vianney. Por fin era posible santificar el domingo. Juan-María saltaba de gozo al ver brillar ante el altar aquella lamparilla que indicaba la presencia de un ser que le era muy querido. ¡Ah!, ¿cuándo tendrá Dardilly su sacerdote?... Los corazones iban abriéndose a la esperanza.

En adelante, las labores del campo parecerán menos duras; una mirada hacia la iglesia lejana infundirá nuevos alientos al labrador fatigado.

Juan Vianney comienza a manejar pesados aperos de labranza. Ha dejado ya a Gothon y a su hermano Francisco, que frisa en los nueve años, el cuidado del rebaño y él ayuda a su padre, a su hermano mayor y al mozo de la granja. Según las épocas del año, ara la tierra, cava la viña, recoge las nueces y las manzanas, abre los surcos, poda los árboles y

ata los haces de leña en el monte. Se ocupa todavía en el cuidado de los animales del establo, en segar el heno, en el granero, en la vendimia, en el lagar. Acciones pequeñas *en sí*, pero que pueden ser grandes, según la intención que las anima.

Para Juan-María fueron de gran valor, porque las ofrecía a Dios de corazón todos los días. Más tarde, él mismo nos explicará el secreto de la vida interior de su juventud. «Es menester, dirá en una de sus catcquesis, ofrecer a Dios nuestros pasos, nuestro trabajo y nuestro reposo. ¡Oh, cuan hermoso es hacerlo todo por Dios! Ea, alma mía, si trabajas por Dios, trabajarás tú, mas Dios bendecirá tus obras; serás tú quien andarás, mas Dios bendecirá tus pasos. Todo lo tendrá en cuenta; la privación de una mirada, de un gusto, todo quedará escrito... Hay personas que saben aprovecharse de todo, aun de las inclemencias del tiempo; hace frío y ofrecen a Dios sus pequeñas molestias. ¡Oh, qué belleza ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!»¹. De esta manera, en los campos y en la granja santificaba Juan-María su alma; un mundo invisible estaba siempre presente ante él; mas no por esto era indolente y soñador; su complexión era robusta y por temperamento inclinado siempre a la acción.

Un día, poco después de la primera comunión, fue a la viña con su hermano Francisco. Una vez allí, quiso trabajar tanto como su hermano, muchacho de quince años, y por la noche llegó a casa extenuado y rendido. «¡Ah!, dijo a su madre, estoy agotado: he querido seguir a Francisco.

—Francisco —dijo la madre compadecida—, no corras tanto o ayúdale un poco. ¿No ves que es más pequeño?

— ¡Oh! —replicó Francisco, plácidamente—, Juan-María no está obligado a hacer lo que yo; ¿qué diría la gente si el mayor adelantase menos en el trabajo?»

«Al día siguiente por la mañana —Margarita Vianney es quien nos ha conservado tan interesantes recuerdos—, una hermana de la *Antiquaille* de Lyon² llegó a la casa paterna.

¹ *Catéchismes d'Ars*, colección manual del señor de La Bastie, p. 25.

² La *Antiquaille* es hoy un hospicio de Lión. En otros tiempos, fue un monasterio de la Visitación de Santa María, para construir el cual se utilizaron los restos de pala-

Dio a cada uno de nosotros una imagen. Tenía una estatuita de la Santísima Virgen encerrada en un estuche. Todos la queríamos. Mas la regaló a Juan-María. Al otro día, se fue como de costumbre a trabajar con Francisco. Antes de poner manos a la obra le besó devotamente los pies y la puso delante de sí tan lejos cuanto le fue posible. Cuando llegó al sitio donde estaba, volvió a tomarla con gran respeto e hizo como la primera vez. De regreso a casa dijo a su madre: «Confiaré siempre en la Virgen. Hoy la he invocado y se ha dignado ayudarme: ya puedo seguir en el trabajo a mi hermano y no siento fatiga alguna»³. Francisco y Juan-María trabajaron uno junto a otro por espacio de ocho días⁴.

Trabajaban en silencio, como dos trapenses. Para no molestar a Francisco, Juan-María rezaba en voz baja o mentalmente. «Ea, pensaba él, al dar las azadonadas; de esta manera hay que cultivar el alma; es menester arrancar las malas hierbas y prepararla para una buena sementera»⁵.

Mas cuando se hallaba solo en el campo, abría su corazón a todas las efusiones; mezclando su voz con los gorjeos de los pájaros, rezaba sus oraciones y entonaba cánticos piadosos⁶. Conservaba desde su infancia la costumbre de saludar a la Virgen al dar cada hora y juntaba al Avemaria esta sentida fórmula: *¡Bendito sea Dios! ¡Animo, alma mía!, el tiempo pasa; la eternidad se acerca. Vivamos tal como hemos de morir. Bendita sea la Inmaculada Concepción de María, Madre de Dios*⁷.

Después de comer, cuando descansaban juntos, Juan-María se tendía como los demás sobre la hierba, pero « fingía dormir y rogaba a Dios de todo corazón»⁸.

Juan-María no estuvo sujeto por mucho tiempo a las disciplinas escolares. Perfeccionará su inteligencia e irá for-

cios y casas antiguas. De aquí el nombre de *Antiquaille*. Puede aún visitarse, en el actual hospicio, el calabozo donde fue encerrado San Potino.

³ *Proceso del Ordinario*, p. 1013-1014.

⁴ Fleury VERICEL, *id.*, p.1295.

⁵ Rdo. MONNIN, *id.*, p. 1140. ,

⁶ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 4; *Proceso del Ordinario*, p. 487.

⁷ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1013.

⁸ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p 4; *Proceso del Ordinario*, p. 487.

mando su criterio entre las labores del campo. Mientras estos rudos trabajos le preparan para las más grandes austeridades, va acumulando en su memoria imborrables recuerdos, que le serán después muy útiles, pues a ejemplo de Cristo, se inspirará, para predicar las verdades del Evangelio, en los espectáculos de la naturaleza y en las escenas de la vida familiar.

Contempla el vuelo de las blancas palomas, que le hacen pensar en el Espíritu Santo. El grano de trigo arrojado en tierra, que necesita de lluvia y de sol para convertirse en espiga, es para él imagen del alma fecundada por la gracia. Los frutos más amarillos y más maduros, pero picados de la polilla, simbolizan las obras buenas en apariencia, mas inspiradas y echadas a perder por el orgullo. Respira el perfume de la viña en flor, menos suave que el de un alma que se halla en paz con Dios. El jugo que se exprime de la vid es figura del dulce sabor de la oración. Un campo sin cultivo le recuerda la conciencia *enzarzada* en el pecado. Ve las espirales del humo que se eleva sobre las hogueras de los pastores en invierno; las cruces arrojadas a las llamas de un verdadero amor, dice, son como los haces de leña erizados de espinas que el fuego consume: las espinas son duras, mas la ceniza es muy fina.

Al caer de la tarde, los trabajadores de una misma vecindad se reunían con frecuencia para volver juntos al pueblo¹⁰ en amigable charla. Se hablaba y se cantaba. Algunos chistes groseros solían deslizarse en la conversación. Esto disgustaba mucho a Juan-María. Por otra parte, al llegar aquellas horas en que la misma naturaleza parece recogerse, sentía un gran deseo de soledad y silencio. Por esta causa, quedábase siempre atrás y seguía a cierta distancia. Entonces, con el rosario entre sus dedos, *rezaba a* su sabor. «Sus labios se movían sin cesar.» Los compañeros volvían la cabeza para contemplarle tan juicioso y tan bueno; algunos, contaminados por las ideas en boga, se reían de su piedad.

«Francisco, decían con sorna, ¿no vas a mascullar padre-nuestros con Juan-María?»

⁹ Estas imágenes y otras muchas se encuentran en las famosas *Catcquesis de Ars*.

¹⁰ Fleury VERICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1295.

Mas a Francisco no le gustaba que criticasen a su hermano. Sin responder palabra, se contentaba con enrojecer algún tanto. Por lo demás, Juan-María hubiera podido muy bien reducir al silencio a los chistosos. Muy observador, no desconocía los defectos ajenos y sus réplicas eran agudas y prontas. Mas por virtud prefería callarse; conservaba el rosario entre las manos y seguía en sus rezos. Y aquellos jóvenes necios, molestos por su propia conducta, mudaban de tema¹¹.

Estos mismos compañeros se divertían en esconderle los utensilios de labranza. Estas bromas insulsas, demasiadas veces repetidas, hubieran sacado de quicio a otros menos pacientes. El pobre Juan-María parecía no ofenderse; sin perder su benévola sonrisa buscaba entre las zarzas la pala o el azadón,¹² y, una vez hallados, volvía seguidamente al trabajo¹².

Un día su hermano, «por una nonada», le reprendió con palabras muy mortificantes. Juan-María hubiera podido muy bien disculparse. Aun entonces prefirió callar¹³.

Tarde o temprano, estos ejemplos de virtud habían de producir sus frutos. Los que criticaban por los senderos de Dardilly acabaron sin duda por pensar como un buen anciano que decía a Monseñor Richard, obispo de Belley: «Juan-María Vianney era un modelo. Algunos reprobaban su proceder; en el fondo él tenía razón y era el verdadero prudente»¹⁴.

Entretanto, una nueva aurora comenzaba a iluminar el cielo de la iglesia en Francia. El primer cónsul, ansioso de restablecer en la nación el orden perturbado y de devolverle la paz interior, se convenció de que, sin la religión, no podría haber obra sólida y duradera. Negoció con el Papa un concordato, que fue firmado en París el día 16 de julio de 1801,

¹¹ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. 1. p. 52.

¹² Francisco PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 805.

¹³ Fleury VERICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1294.

¹⁴ Monseñor ODELIN, *Le cardinal Richard*, París, de Gigord, 1922, página 22.

ratificado en Roma el 15 de agosto y declarado ley del Estado por el Cuerpo Legislativo el 5 de abril de 1802.

¡Qué emoción en París cuando, el 18 de abril, al rayar el alba primaveral, la gran campana de Nuestra Señora, muda desde hacía diez años, lanzó al aire sus tañidos de triunfo, para anunciar la fiesta de la Pascua y la resurrección de la Iglesia católica en Francia! La familia Vianney, y en especial Juan-María, recibieron con lágrimas tan fausta nueva.

Después de algunos meses, el Rdo. Jacobo Rey, a quien el destierro no había podido arrebatarse su título de párroco ni su amor a los antiguos feligreses, estaba de vuelta en Dardilly. Desde la primavera de 1802, las solemnidades litúrgicas, de las cuales Juan-María no conservaba sino un vago recuerdo, se celebraron como antes de la gran tormenta. El día del *Corpus*, cogió las rosas del cercado de su casa y las deshojó por el curso de la procesión; ayudó también a sus hermanos y hermanas a tejer guirnaldas de acebo y boj... ¡Qué conmoción en todo su ser, cuando la puerta de la iglesia se abrió de par en par y, al canto del *Pange lingua*, brilló sobre la plaza la custodia, escoltada por una multitud en oración!

En adelante, siempre que le era posible, antes de encaminarse al trabajo, el joven Vianney pasará por la iglesia, a buscar fuerzas para todo el día. Mas cuando el sol comience a lucir antes del *Ángelus*, tendrá que aprovechar todas las horas para adelantar la cosecha del heno o del trigo. Juan-María se hallará ya en el campo antes de la misa matinal. El piadoso labrador estará allí donde el deber le reclame, pues su principal devoción será siempre una obediencia franca y libre de vanos escrúpulos. Desde lejos, se unirá en espíritu al sacerdote celebrante con el rezo de cinco padrenuestros y cinco avemarias y el deseo de recibir el cuerpo de Cristo llenará su corazón de sobrenatural suavidad.

A veces, sin embargo, le era difícil contenerse: algunos días, por la tarde, un repique de campanas anunciaba una *exposición*. Como su padre sufría de dolores reumáticos, «Padre, le decía, déjeme estar en la iglesia una media hora y rogaré para que se cure su mal»¹⁵.

¹⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 468.

Los Vianney, aun durante los años de persecución, cuando la década era el día oficial para el descanso, no habían dejado de santificar «el día del Señor». Durante la noche del sábado al domingo, asistían a la misa del sacerdote proscrito y pasaban el resto del día ocupados en oraciones, lecturas piadosas y en visitar a los parientes y amigos. Una vez restablecido el culto, si bien poco tuvieron que cambiar en sus costumbres, no hay duda que su fe fue avivándose de día en día, pues el ejemplo de Juan-María les indujo a una vida cristiana más perfecta. Los domingos, después de vestirse con presteza, Juan-María se dirigía a la iglesia y allí pasaba la mayor parte del tiempo arrodillado con los ojos fijos en el sagrario en adoración; todo el mundo se sentía edificado.

En esta época, procuraba instruirse mejor en las cosas de la religión cristiana. Pero, fuera del domingo, no podía disponer sino de unos momentos, por la noche. Aparte de esto, «sobre su cama, en el establo donde dormía, había un pequeño estante, que aún se conserva, en el cual colocaba sus libros de piedad»¹⁶. Tomaba él los *Evangelios* o la *Imitación de Cristo*, y, a la débil luz de una candela de resina, comenzaba a leer. Su hermano Francisco, que estaba con él en la misma cama, prefería dormir. Mostróse paciente al principio, pero al fin avisó a su madre, la cual muy prudentemente le prohibió velar hasta tan entrada la noche y mandóle tomar el necesario descanso»¹⁷. Juan-María obedeció sin queja; pero en la oscuridad, mientras Francisco dormía, continuaba su vela, pensando en Dios y en el porvenir.

¿Cuáles podían ser sus pensamientos? Escuchaba cómo en el fondo de su alma iba despertándose aquel *sigúeme*¹⁸, que pronunciado en las riberas del mar de Galilea arrastró en pos del Señor a Pedro, a Andrés, a Santiago y a Juan. Juan-María Vianney quería ser sacerdote y este deseo tan

¹⁶ Rdo. VIGNON, cura de Dardilly, *Proceso apostólico in jenere*, p. 369.

¹⁷ Rdo. RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 555.

¹⁸ *Sequere me* (Mat., VIII, 22).

íntimo era lo que le hacía tan bueno. Mas, ¿cómo podría llegar a conseguirlo? Frisaba ya en los diecisiete años, no poseía sino incompletos conocimientos de la enseñanza primaria, se imponía el estudio del latín. Y en torno suyo, ¿qué pensarían de su caro deseo? En lo que toca a su madre, estaba seguro; se apresuraría a dar a Dios su predilecto. Mas ¿el padre? Aunque muy caritativo, su piedad era más corriente y el rudo trabajo del campo le absorbía por completo. ¿Y Francisco, próximo al servicio militar, al que era menester redimir? ¿Y Catalina, prometida ya, a la cual, al casarla, habían dé dar algo en dote?... La esperanza de Juan-María fluctuaba en un mar de angustias.

Pero... ¡y las almas! ¡Todas las parroquias sin sacerdotes, tantos niños abandonados sin instrucción religiosa, sin sacramentos, sin Eucaristía!... ¡Tanta mies en peligro, por falta de obreros para recogerla! ¿No valía la pena despreciar todos los sinsabores y vencer todos los obstáculos?

Su madre, y después su tía Humbert, recibieron sus primeras confidencias. Sin rodeos, les expuso el motivo de su vocación: «Si yo fuese sacerdote, querría ganar para Cristo muchas almas». No tuvo aquí que discutir, bastóle para ello arrojarle en brazos de su madre, que lloraba de alegría. Era cuestión de convencer al padre. Juan-María dudó por algún tiempo en confiarle su secreto. Mas al fin, alentado por su madre, resolvió abrirle su corazón durante la hora de descanso que seguía al trabajo. Las dificultades habían sido perfectamente previstas. Mateo Vianney se mostró inflexible. Pagar los estudios de Juan-María después de la dote de Catalina —casada, desde hacía poco tiempo, con el señor Melin, de Ecully—, después del rescate de Francisco —pues había sacado «mal número» y era necesario buscar quien le reemplazase en filas—, ¡sería la ruina! No había que pensar más en ello. Además, en unos días, en que la situación de los sacerdotes era aún muy precaria, ¿quién se encargaría de enseñar a un joven de diez y ocho años?... Juan-María guardó un doloroso silencio.

Mateo Vianney comunicó a su esposa las confidencias del hijo y la acogida que les había hecho. En vano la mujer cristiana alegó que se trataba del más virtuoso de los hijos, del

más trabajador, del más juicioso; todos estos argumentos se volvieron contra la causa que quería defender. Juan-María era un buen trabajador y un campesino experimentado: razón de más para que se quedase en casa. El jefe de la familia iba envejeciendo; pronto tendría que contratar un nuevo criado. En una palabra: el granjero de Dardilly no se conformaba con ceder a Dios tan gran tesoro.

Larga y porfiada fue la lucha por espacio de dos años¹⁹. Juan-María siempre callaba, pero sus deseos se reflejaban en sus ojos. Su conducta ejemplar era un perenne testimonio, ante su padre obstinado en la negativa, de la realidad de una vocación imperiosa, que tanto menos habría de ceder cuanto que contaba con la aprobación de su confesor.

Es muy verosímil que Juan-María confiase al párroco señor Rey sus deseos y sus cuitas. Por desgracia, el venerable sacerdote había contraído en el destierro penosas enfermedades. A principios de 1803, la autoridad diocesana le confir-

mó en su título de cura de Dardilly; pero pocos meses después, dimitió el cargo y se retiró a Lión²⁰. El Rdo. Jacobo Tournier, que le sustituyó el 7 de julio, no trabó sino muy lentamente amistad con la familia Vianney.

Empero Dios no abandonaba sino en apariencia a su humilde y animoso servidor. La Providencia iba preparando los caminos por los que habría de llegar a la cumbre del sacerdocio y de la santidad.

Al mismo tiempo que el señor Rey era confirmado en su curato de Dardilly, «Monseñor Mérinville, encargado, en nombre del cardenal Fesch, de reorganizar la diócesis de Lión»²¹, designaba para la parroquia de Ecully a otro confesor de la fe: al Rdo. don Carlos Balley²².

El señor Balley, benjamín de una familia de diez y seis hi-

jos, nació en Lión el 30 de septiembre de 1751. Hermano de un cartujo, don Esteban, entró siendo aún joven, con otro

¹⁹ Su madre y su tía de Ecully desearon vivamente que Juan-María siguiese esta carrera, pero su padre se opuso durante dos años (reverendo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 282).

²⁰ Murió en Vaise el 22 de octubre de 1804. (*Registros parroquiales* de Dardilly).

²¹ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, 1.1, p. 57-58.

²² La primera firma del señor Balley en el registro parroquial de Ecully es de 21 de febrero de 1803.

llamado Juan Alejandro, en la comunidad de los *Canónigos de Santa Genoveva*²³. Al estallar la Revolución, era cura de Saint-Clément-de-Choué, de la diócesis de Blois. Expulsado de su parroquia, se refugió en Lión, donde vivió, ya en una pequeña casa que había heredado de su familia, ya en escondrijos más seguros y las más de las veces en casa del señor Loras. Ello dio lugar a que fuese testigo de la apostasía de su hermano Alejandro²⁴. El 14 de febrero de 1794, dom Esteban era guillotinado en la plaza de Terreux²⁵, sufrió con la sonrisa en los labios el glorioso martirio. Tres meses después, el Rdo. Balley se juntó a los valientes misioneros que tantas veces se pusieron en peligro de muerte para conservar la fe en Ecully y en sus contornos. Cuando en 1803, fue nombrado cura titular, llevó consigo a su hermana Margarita, antigua religiosa de la Anunciata-Celeste, que tenía diez y ocho años más que él.

Una de las primeras preocupaciones del señor Balley, al establecerse definitivamente en Ecully, fue procurar que se suscitasen vocaciones eclesiásticas. Tuvo en ello buen éxito y bien pronto fundó una escuela de aspirantes al sacerdocio. El marido de Catalina Vianney, que era un excelente cristiano, lo dijo a su joven cuñado. Juan-María conocía ya al señor Balley por haber oído su misa durante los años del Terror.

El trabajo del nuevo párroco de Ecully era inmenso y aplastante. Tenía que acudir a todas las necesidades religiosas de una extensa feligresía, muy próxima a Lión y en la

²³ Carlos Balley no había sido cartujo, como se ha dicho alguna vez confundiéndole con su hermano Esteban, sino canónigo de Santa Genoveva. Los *Génovéfains*, llamados también *Canónigos de Santa Genoveva* o *Canónigos regulares de la congregación de Francia*, formaban antes de la Revolución una orden muy importante. A fines del siglo XVIII, tenían 107 casas con más de 1300 religiosos. Se consagraban al servicio de las parroquias —especialmente de San Esteban del Monte, en París—, y se ocupaban además en hospitales y seminarios. Su hábito era una sotana blanca y un manto negro. El escudo de la congregación consistía en una mano, sobre fondo azul, la cual sostenía un corazón inflamado y esta divisa: *Superemineat caritas*, la caridad sobre todas las cosas. Divisa bien digna de un sacerdote como el señor Balley.

²⁴ Juan Alejandro Balley prestó juramento y fue enviado de párroco a Pollionay por Lamourette, obispo constitucional del departamento del Ródano. Más tarde, se rehabilitó. Su último cargo fue el de cura de Árnas, donde murió a los dos meses de haber llegado (7 de febrero de 1813).

²⁵ Cf. sobre dom Esteban un hermoso artículo de A. M. de Franclieu, *Annales d'Ars*, marzo-abril de 1906.

cual la ola revolucionaria había hecho grandes estragos. A pesar de no tener más de cincuenta y dos años, se encontraba en extremo debilitado por las privaciones de una vida errante, pasada en continuados peligros. Pero poco importaba. Para dar sucesores a su labor apostólica, recorría las casas de los ricos y de los pobres, en busca de niños y jóvenes, en cuyas frentes pudiese discernir la marca del llamamiento divino. Así fue como hospedó en su casa a un futuro jesuita, el joven Deschamps, y después a Matías y a Jacobo Loras, hijos de aquel hombre de bien, muerto en el cadalso, que tantas veces le había ofrecido generosa hospitalidad durante los días más sombríos de la persecución.

Cuando Juan-María tuvo noticia de la existencia de un colegio de vocaciones, sintió cómo su corazón se abría con más desahogo a la esperanza. ¿No era esta la ocasión de intentar con mayores probabilidades de triunfo un nuevo asalto en el ánimo de su padre? La madre, que no cesaba de infundirle aliento en su santa resolución, se convirtió otra vez en su abogada. Hizo ver a Mateo Vianney que no se trataba de enviar a Juan-María muy lejos, ni a ningún seminario²⁶. Por el contrario, estaría muy cerca de ellos, en Ecully, donde había hecho su primera comunión y donde encontraría otra vez a sus tíos. Además los gastos no serían muy crecidos: Juan-María iría a casa del señor Balley tan sólo para recibir las lecciones; la comida se la haría su tía Margarita Humbert. Finalmente, fuese como fuese, su hijo no deseaba otra cosa que la voluntad de Dios. Mateo Vianney fue conquistado.

«Pues bien, dijo, ya que Juan-María está tan firme en su propósito, no hay que contrariarle más.»

Ante tan fausta nueva, el aspirante al sacerdocio dio prisa a su madre para que fuese a visitar al Rdo. Balley. María Vianney, acompañada de su hermana Margarita, se presentó en la escuela de Ecully. El Rdo. Balley, de complexión flaca y elevada estatura, tenía un «perfil romano»; era de aspecto

²⁶ Cuando todavía rugía la tempestad, se establecieron varios seminarios en Saint-Jodard, en Marboz —trasladado muy pronto a Meximieux—; en Roche —casa que absorbió a Sain-Galmier—. Después, por el consejo del cardenal Fresch, muy solícito por obra tan trascendental, se fundaron varias escuelas presbiterales en todo el departamento de Lión.

grave e impresionaba a primera vista. Revistiéndose de valor, las dos mujeres expusieron al párroco el objeto de la entrevista. Le manifestaron cómo se había despertado la vocación en Juan-María, su edad y sus estudios primarios incompletos y cursados en época lejana. El Rdo. Balley escuchaba indeciso.

«Tengo mucho trabajo, respondió al fin; no me es posible hacerme cargo de otro alumno.»

Las mujeres insistieron.

«No, ¡no puedo! ¡no puedo!» Tal fue el término descorazonador de esta primera visita.

Llenas de desolación, comunicaron la negativa al marido de Catalina. Apremiado por ellas, consintió el señor Melin en abordar de nuevo una causa de tanto compromiso. Al principio, el Rdo. Balley volvió a negarse.

—Pero al menos, replicó, consienta en ver a mi cuñado; cuando lo haya conocido estoy seguro de que lo admitirá.

—Pues bien, ¡que venga!

Y el humilde cultivador de trigales y viñedos se presentó acompañado de su madre, ante aquel que había de introducirle en el «campo del Padre de familia». El austero cura Balley fijó su escudriñadora mirada en aquel joven de diecinueve años, flaco y pálido, recogido y prudente. Hízole algunas preguntas y hallólo muy instruido en religión. Su sonrisa franca y confiada le complació sobremanera y abrazó a este candidato al sacerdocio con afectuosa amabilidad.

«¡Oh! por esta vez, pensó en alta voz, lo acepto.»

Después, dirigiéndose a Juan-María:

«Esté tranquilo, amigo mío; yo me sacrificaré por usted si necesario fuese»²⁷.

²⁷ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 102: *Proceso del Ordinario*, p. 1019.

V. UNA VOCACIÓN TARDÍA (1805-1809)

Juan-María Vianney a los diecinueve años.—El mayor entre los pequeños.—Peregrinación a la Louvesc.—Un voto embarazoso.—La edad del servicio militar.—Un viaje del cardenal-arzobispo.—Confirmación de Juan-María-Bautista Vianney.—La hoja del itinerario.

Por segunda vez dejaba Juan-Maria los campos de Dardilly y la casa de sus padres. A pesar de que había cambiado mucho desde el tiempo de su primera comunión, los moradores de la granja de Point-du-Jour hallaron en el joven de veinte años al niño amable y candoroso de antaño.

Sin ser todavía perfecto, el futuro santo mostrará bien pronto a qué grado de virtud será capaz de elevarse. Casi en cada comida se contentaba con la sopa¹, sin probar otra cosa, aunque se lo rogasen. Y esto en la edad del desarrollo, cuando el apetito tiene imperiosas exigencias. Juan-María, que seguía su plan al imponerse tales privaciones, todavía deseaba mortificarse más: para atraer sobre sus estudios las bendiciones del cielo, pidió a su tía que le sirviese a él el caldo antes de poner la manteca. Ya fuese por olvido, ya para simplificar, Margarita Humbert le servía varias veces como a los demás de la familia. Mas el sobrino, a quien su natural viveza dominaba todavía durante algunos instantes, al tomar las primeras cucharadas, ponía su rostro malhumorado como si se le atragantase cada sorbo². Día vendrá en que,

¹ Es conservado religiosamente en Point-du-Jour el fogón donde a veces él mismo calentaba la sopa.

² Según Margarita Humbert, prima hermana de Juan-María, *Proceso de Ordinario*, p. 1323.

transformado por la gracia, conservará su sonrisa aun en las circunstancias más molestas.

Siempre amigo de los necesitados, llevaba a casa de los Humbert, para que pasasen la noche, cuantos mendigos encontraba en el camino. Más de una vez llenó la casa de pobres³. Un día, que iba a Dardilly para ver a sus padres y hermanos, dio a un hombre lleno de miseria unos zapatos nuevos que le había comprado su padre. Podía creerse dueño de los mismos, por haberlos comprado con el precio de su trabajo. Sin embargo, le reprendieron seriamente al verle llegar descalzo a la casa paterna. Pero no pudo enmendarse. En otra ocasión cruzóse por el camino con un pobre rodeado de niños pequeños. Movidó a compasión, le dio cuanto llevaba consigo, o sea, siete francos⁴.

Había dado ya comienzo a sus estudios de seminarista. Pasaba las mañanas y las tardes en casa del señor Balley. Al llegar era recibido por la amable sonrisa de la señorita Margarita Balley, la cual, bajo el traje del mundo, conservaba el alma y las maneras de Sor María Josefa Dorotea⁵. Su hermano Carlos tenía fama de muy buen teólogo. En varias ocasiones había rehusado la cátedra de moral del seminario mayor de León. Si su trato era grave y su voz recia, su mirada, en cambio, era dulce y benévola. Juan-María se halló pronto muy a gusto junto a él.

Mas ¡ay!, la gramática latina le pareció muy áspera. El joven estudiante era pronto y agudo en sus respuestas; gustaba mucho oírle hablar; pero entraba con dificultad en los estudios; en cuanto sentía una pluma en sus dedos se manifestaba lento y cortado. Sin que careciese de ella, su inteligencia estuvo como latente durante muchos años. Los primeros rudimentos de la gramática son cosa de memoria; en Juan-María esta facultad se había enmohecido mientras había tenido brillante su *azada*; había olvidado las pocas nociones

³ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1124-1125.

⁴ Fleury VERICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1295.

⁵ La señorita Balley, mujer inteligente, instruida y profundamente piadosa, cuyo convento había sido cerrado por la Revolución, murió en la escuela de Ecully el día 3 de agosto de 1808. Dejó acerca de su hermano Esteban, el religioso cartujo, mártir de la Revolución, un emocionante manuscrito, que se ha conservado en los archivos del Arzobispado de León.

gramaticales adquiridas en la escuela del *ciudadano* Dumas. Y no es posible emprender el estudio de la sintaxis latina sin conocer la francesa. ¡Qué labor más aplastante!

El pequeño Deschamps y los hermanos Loras, que retenían con tanta facilidad las declinaciones y conjugaciones, aunque muy bien educados, se reían con disimulo al oír tropezar al mayor de sus compañeros en lo que ellos habían aprendido como cosa de juego. El señor Balley no tenía ciertamente ganas de reír. ¿Aquel joven de juicio recto y profunda piedad, tendría que arrojarse al primer obstáculo? ¡Terrible tarea, más dura que la del campo! Obstinadamente, llegada la noche, el alumno de veinte años, a la débil luz de una lamparilla, se inclinaba sobre el libro. Después, con fervorosa oración, suplicaba al Espíritu Santo que grabase aquellos términos en su «pobre cabeza». Y al día siguiente echaba de ver que aquellas palabras, todavía rebeldes, habían huido. Se ejercitaba en la traducción de las *Historias escogidas del Antiguo Testamento*⁶, el manual clásico para los principiantes de aquella época. El padre Deschamps refiere cómo tenía que ayudar a su antiguo compañero de estudios a buscar las palabras en el diccionario y a traducirlas convenientemente⁷. Uno de los hermanos Loras, Matías, quizás el más aventajado de todos los discípulos del señor Balley, le prestaba el mismo servicio. Mas aquel niño era muy nervioso y algo suelto de manos. Un día, cansado de la torpeza del «mayor», le pegó en presencia de los otros. El ofendido, dotado también de un natural violento, se arrojó delante de aquel niño de doce años que acababa de golpearle y le pidió perdón. Matías ocultaba un corazón de oro. Arrepentido de su mala acción y anegado en lágrimas, se echó en brazos de Juan-María, todavía puesto de rodillas⁸. Este episodio fue el origen de una profunda amistad. Jamás Matías Loras, misionero en los Estados Unidos y después obispo de Dubuque, podrá olvidar las palabras y el rasgo de su compañero⁹.

⁶ *Selectae e Vetere Testamento historias ex Erasmi paraphrasibus excerptae*, Paris, 1765.

⁷ Condesa DES GARETS D'ARS, *Proceso del Ordinario*, p. 765.

⁸ Juan-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 689-690.

⁹ «Monseñor Loras fue, en su sede episcopal, el émulo en virtud del santo Cura de

Los adelantos de Juan-María en los estudios fueron casi nulos, durante los primeros meses. Con todo, se aplicaba con una tenacidad admirable. Poco alimentado, la languidez de su expresión acabó por delatar la debilidad de sus fuerzas. Su tía Humbert, que no podía con él en este punto, creyó deber suyo advertir al señor Balley. El párroco de Ecully, muy austero consigo mismo, no hizo de ello gran caso. «Era, como se ha dicho, sencillamente un buen mozo que necesitaba para su sustento mayor alimentación que cualquier otra persona; y, sin embargo, ayunaba rigurosamente»¹⁰. «Mira, hijo mío, dijo al fin a Juan-María; muy bueno es orar y hacer penitencia, pero es menester también alimentarse y no arruinar la salud.»

Entretanto, se aproximaba una crisis de espíritu, cuyo desenlace podía haber sido fatal. Verdaderamente el trabajo era demasiado ingrato. La tentación se desencadenó como tormenta sobre aquella alma desolada. Un disgusto de todas sus ilusiones se apoderó del pobre estudiante. Comenzó a pensar en el hogar y en los campos de su padre, en cuyo cultivo, gracias a su sana robustez, había reportado éxitos más fáciles. «Quiero volver a mi casa», dijo con tristeza al señor Balley, tan apenado como él.

Con su mirada penetrante, el experto maestro sondeó toda la profundidad de la tribulación de su querido discípulo. Convencido del tesoro que había recibido en depósito: «¿A dónde irás, hijo mío?, le dijo. No harás sino acrecentar tus penas... Bien sabes que tu padre no desea otra cosa que tenerte a su lado; al verte triste, no te dejará volver. Entonces, ¡adiós tus planes! ¡Adiós sacerdocio! ¡Adiós almas!»¹¹.

¡Adiós almas!... ¡Oh, no; no puede ser! Dios no lo permitirá. Este solo pensamiento —el sacerdocio, el altar, la salvación de los pecadores, la mies tan abundante y tan po-

Ars. pues se quiere introducir su causa de canonización. Fue tan grande su fama de santidad en Dubuque, que en aquella diócesis, en tiempo de las confirmaciones, muchos niños deseaban ponerse su nombre y tomarlo por patrono». (Mons. CONVERT, *Annales d'Ars*, diciembre de 1925, p. 534).

¹⁰ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 3-4.

¹¹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 5-6.

eos los operarios¹²— conjuró tan laboriosa crisis. El demonio del desaliento cesó de inquietar a aquella alma pura. Mas no por ello la memoria del estudiante se hizo menos rebelde; según propia confesión, «no podía depositar nada en su torpe cabeza». Conocedor del peligro, para mover al cielo a compasión y obtener el auxilio necesario, recurrió a un extremo heroico. Hizo voto de peregrinar a pie—mendigando a la ida y al regreso— hasta el santuario de la Louvesc, donde se halla el sepulcro de San Francisco de Regis, apóstol del Velay y del Vivarais.

Era el año 1806, durante el buen tiempo. La distancia de Ecully a Louvesc pasa de los cien kilómetros. A pesar de su delgadez de asceta, Juan-María Vianney se mantenía animoso y entero. Firme en su propósito no pensó en que sus fuerzas podían faltarle por el camino. Una mañana, después de oír misa y comulgar, se puso en marcha llevando en una mano el bastón y en la otra el rosario. Anduvo unas cuantas horas. Mas el hambre y la sed se dejaron sentir y fue menester reridirse: nuestro peregrino se detuvo en el umbral de una casa. ¿Qué quería aquel vagabundo? Con su porte de santo, ¿no meditaría alguna mala treta? Por otra parte, ¿qué historia más inverosímil? ¿Sus estudios? ¿San Francisco de Regis? ¿Quién sería tan candido que le diese crédito? ¿No se escondería, bajo las apariencias de un inofensivo peregrino, algún soldado desertor, algún prófugo que iba en busca de las fronteras de Saboya o del Piamonte? Así, el joven viajero fue tratado de vagabundo, de haragán y rechazado de todas las casas. Se le amenazó también con hacerle detener¹³.

Hubiera podido procurarse fácilmente los víveres necesarios, pues para un caso extremo se había llevado dinero; mas, fiel a su voto, no quiso comprarlos¹⁴. Siguió su camino, alimentándose de hierbas y bebiendo en las fuentes; mas la

¹² El cardenal Fesch, decía a su clero *de* Lión en carta de 20 de febrero de 1807: «Nuestro corazón está desolado por no poder procurar los consuelos de la religión a estos habitantes del campo que vienen desde los extremos de la diócesis a pedirlos con tan vivas instancias; ni remediar los enormes abusos que se multiplícan y echan profundas raíces *en* las parroquias que desde hace tiempo están privadas de pastor». (LYONNET, obra cit., t. II, p. 84).

¹³ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 837.

¹⁴ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, f. 196, y *Proceso apostólico del Ordinario*, p. 666.

fatiga acabó por dejarle como aturdido. Acosado por el hambre se atrevió a entrar en una casa. «Se encontraba allí una mujer y confiaba que le daría algo de comer. La mujer devanaba una madeja y le entregó un cabo rogándole que tirase hacia fuera. Juan-María creyó que se trataba de hacerle un favor y puso manos a la obra, mas cuando llegó al umbral, la mujer cerró la puerta tras él»¹⁵.

La noche siguiente no pudo hallar acogida en ninguna parte y hubo de dormir al raso. Felizmente, no lejos de allí, encontró corazones menos duros. Algunos trozos de pan que le dieron de limosna, le permitieron llegar por caminos casi impracticables, al famoso santuario de la Louvesc, situado a 1.100 metros de altura entre las montañas del Alto Vivarais. Estaba extenuado, pero lleno de contento.

En llegando a aquel lugar, Juan-María no pensó en otra cosa más que en postrarse ante el sepulcro del Santo¹⁶ y decirle ingenuamente el motivo de su penoso viaje: alcanzar «la gracia de saber el latín necesario para cursar la teología». Esta gracia le fue concedida, pero muy medida y justa, suficiente tan sólo para conseguir su propósito. Dios, que tiene sus designios sobre cada una de las almas, quería, al probar la fe de su siervo, disponerle para más heroicos combates.

El piadoso peregrino veneró aquellos lugares santificados con la presencia de San Francisco de Regís. Recorrió en oración el viejo templo, cuya bóveda estaba en ruinas¹⁷, donde el apóstol del Vivarais, aunque devorado por la fiebre, predicó una misión por las Navidades del año 1640, con tanto mayor celo, cuanto que se sentía herido de muerte. El 26 de diciembre, abrasado de sed, el intrépido apóstol, después de haber predicado y oído confesiones desde la mañana hasta las dos de la tarde, dijo la misa y confesó de nuevo junto a una ventana sin cristales. Al fin cayó desvanecido. Llevado junto al fuego, no volvió en sí sino para oír más confesiones. Una tisis galopante acabó con él a la media noche del día 31

¹⁵ Sor SAN LÁZARO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 749.

¹⁶ La caja de nogal ante la cual se arrodilló Juan-María, fue encerrada, en 1834, dentro de un relicario de bronce dorado.

¹⁷ En el mismo solar de aquella vieja Iglesia, Pedro Bossan, arquitecto de Ars y de Fourvière, levantó una Iglesia con dos torres, abierta al público en 1871.

de diciembre. Tenía entonces cuarenta y tres años... ¡Qué ejemplos, qué alimentos para Juan-María Vianney! Mientras recorría la iglesia, se iba penetrando de aquellas sublimes lecciones sin sospechar siquiera que había de llegar un día en que los pueblos acudirían en peregrinación a su iglesia y a su casa para recibir de él iguales enseñanzas.

En la Louvesc se confesó y comulgó. Refirió al padre jesuíta que oyó su confesión, que el voto de mendigar había hecho muy penoso su viaje. ¿Estaba obligado, por ser cosa ofrecida a Dios, a correr los mismos peligros y sufrir las mismas afrentas al regresar? El confesor no dudó ni un momento: «Le conmutó el voto de forma que al volver a Ecully diese limosna en lugar de pedirla»¹⁸.

Volvióse a pie, pero pagó de su bolsillo los gastos de comida y hospedaje. Además, dio limosna a cuantos se la pidieron, prueba evidente de que él no tenía aspecto de mendigo, y agradóle tanto esta nueva manera de experimentar la verdad de aquel dicho de la sagrada Escritura: «Vale más dar que recibir»¹⁹. Y añadía: «Jamás aconsejaría a nadie que hiciese voto de mendigar»²⁰.

Las contrariedades de este viaje le hicieron palpar con los dedos las miserias de la pobreza sin albergue y le hicieron muy indulgente y compasivo para con los desgraciados que hacen vida nómada²¹.

Como es ya de creer, en Ecully fue recibido con los brazos abiertos por el señor Balley, que de lejos se había unido a sus oraciones. «A partir de aquel día su adelanto en el estudio fue suficiente para que no se desanimara»²². Los libros

¹⁸ Reverendo TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 115.

¹⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 144.

²⁰ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 837.

²¹ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1019.

²² Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 196. El buen Hermano nos

U» aquí la nota exacta. Por el contrario, el reverendo Monnin exagera bastante cuando dice: «Desde este día, las dificultades se desvanecieron como por encanto». (*Le Cœur d'Ars*, I, 1, p. 69). Sea lo que fuere de estas maneras diversas de apreciar las cosas, es lo cierto que Juan-María será muy devoto de San Francisco Regis durante toda su vida. En *Ars* tendrá su imagen en la habitación —un dibujo a pluma que todavía dorma la pared— y en la Iglesia le levantará una imagen de talla.

no le daban ya tantas náuseas. Su trabajo, menos árido, se hizo más provechoso. Era para él muy alentador el ver cómo se le iba allanando el camino del sacerdocio. Desde entonces, el Rdo. Balley miró con menos temores el porvenir y su más dulce esperanza fue la de poder algún día asistir al mayor de sus alumnos en el altar del Señor.

Entretanto se acercaba la edad del servicio militar. El reemplazo de 1807, al que pertenecía, se había, en parte, adelantado mucho. En noviembre de 1806, Napoleón, después de la sangrienta batalla de Jena, a pesar de su victoria, tuvo que echar mano anticipadamente de veinte mil hombres de entre los jóvenes reclutas. Juan-María Vianney, por haber comenzado sus estudios eclesiásticos, con miras a ejercer el ministerio parroquial en la diócesis de Lión, estaba exento del servicio de las armas. El cardenal Fesch, que gozaba entonces de favor, había alcanzado de su imperial sobrino que todos los estudiantes de carrera eclesiástica inscritos en las listas oficiales de su Archidiócesis estuviesen libres de todo deber militar, como los clérigos que hubiesen recibido ya las órdenes sagradas²³. El cura de Ecully rogó al señor Groboz, su antiguo compañero de apostolado durante la Revolución y entonces secretario del cardenal, que inscribiese a Vianney entre los aspirantes al sacerdocio²⁴, como en realidad lo hizo.

²³ Estos últimos estaban exentos del servicio militar por decreto imperial de 7 de marzo de 1806, que decía así:

Napoleón, emperador de los franceses y rey de Italia, ante el informe de nuestro ministro del Interior; visto el informe a Nos presentado el 13 messidor año X aprobado por Nos el mismo día y repetido tanto en el decreto del 20 fructidor año XI como en el decreto de 18 fructidor año XIII, hemos decretado y decretamos lo que sigue: Art. 1.º.— *Los eclesiásticos que han recibido las órdenes sagradas no están sujetos al reclutamiento militar ni al servicio de la guardia nacional.* Art. 2.º.— Los ministros de la Guerra y del Interior son los encargados de la ejecución del presente decreto.

NAPOLEÓN.

(Archivos Nacionales, AF IV, fol. 1256, n. 49.)

En cuanto a los simples *seminaristas* de la diócesis de Lión —todavía no ordenados *in sacris*—estaban exentos por privilegio mediante la presentación de sus nombres y declaración de su calidad de tales al ministro del Interior. Las cartas escritas a este propósito por el cardenal Fesch, desde 1806 a 1809, solicitan únicamente la exención para los alumnos de los seminarios y para *aquellos que estudian en casa de los curas párrocos*. (Archivos nacionales, F 19, 1041 A).

²⁴ En la práctica bastaba esta sencilla formalidad, en la diócesis de Lión, para que un joven fuese declarado libre del servicio militar. Una carta del arzobispo dirigida el 20 de marzo de 1805 al señor Genevrier, cura ecónomo de Villamontais, junto a

Durante la cuaresma de 1807, Juan-María recibió, en la misma iglesia de Ecully, el sacramento de la confirmación²⁵. Iba a cumplir los veintiún años. El cardenal Fesch, prelado muy cumplidor de su deber, pero sobrecargado de trabajo²⁶ —su diócesis abarcaba tres departamentos, el Ródano, el Ain y el Loire—, no había podido hacer la visita pastoral más que una vez, en 1803. Esta segunda visita fue, por lo mismo, un notable acontecimiento. Por un despacho de 22 de enero de 1807 fue solemnemente anunciada.

El invierno era muy crudo. A pesar de las inclemencias de la estación, dice un relato de la época, «después de haber visitado Monseñor las parroquias de Lión, recorrió las del distrito y alrededores de la ciudad». Así fue cómo Ecully recibió entre las primeras parroquias la visita del animoso prelado.

Su Alteza Eminentísima Monseñor el Cardenal-Arzbispo de Lión, según el mismo relato, continúa la serie de sus visitas pastorales. En un lugar donde nos hemos detenido, su Alteza ha estado dando la comunión hasta las tres y media de la tarde y ha continuado

Roanne, lo demuestra claramente; mas a la vez es una prueba —de mucha importancia para el capítulo siguiente— de que una vez era llamado al ejército, el estudiante de una escuela parroquial, perdía el privilegio de la exención:

«Si este joven es ilustrado y juicioso en sus costumbres, de manera que su vocación y sus aptitudes para el estado eclesiástico no ofrezcan dudas, podré admitirle en mi seminario y, por lo mismo, librarlo del servicio militar, si todavía no ha sido quitado. Mas este asunto he de tratarlo con mis vicarios generales» (Archivos del Arzobispo de Lión. Correspondencia con la diócesis, día 25 mesidor año XI a 27 de julio de 1805).

²⁵ La fecha es fácil de precisar. Tan solo en 1807 administró el cardenal Fesch la confirmación en la iglesia de Ecully. Por otra parte, sabemos que cuando Juan-María recibió este sacramento, «era ya de alguna edad y cursaba sus estudios en casa del señor Balley». Su hermana Margarita, que nos da estos datos, añade: «Tuve la dicha de ser confirmada juntamente con él. Hacía mucho tiempo que, a causa de la Revolución, no se había administrado este sacramento en nuestra tierra. La ceremonia se celebró en la iglesia de Ecully». (*Proceso del ordinario*, p. 1011). Andrés Provin, futuro sacristán de Dardilly, que recibió con él la confirmación, dice lo mismo, (*id.*, p. 1003).

²⁶ José Fesch, nacido el 3 de enero de 1763, hermano de Leticia Bonaparte y por consiguiente tío materno de Napoleón I, tuvo una carrera enextreco agitada. Sacerdote, canónigo de Ajaccio antes de la Revolución, llegó a ser comisario *de guerra* en los ejércitos de la República. Fue en calidad de tal como siguió a su sobrino, el general Bonaparte, durante la famosa campaña de Italia. Convertido sinceramente por el Rdo. Emery, superior de San Sulpicio, bajo cuya dirección hizo unos ejercicios espirituales de treinta días, fue nombrado, después de la firma del Concordato, arzobispo de Lión. En 1803, Pió VII le nombró cardenal del título de Santa María de la Victoria. Tenía entonces cuarenta años (LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, y Mons. RICARD, *Le Cardinal Fesch, archevêque de Lyon, 1763-1839, passim*).

confirmando hasta las cinco. El número de hombres que comulgan iguala al de las mujeres, y todos lo hacen con gran espíritu de fe y recogimiento.

Este día hacía mucho frío y nevaba en abundancia. Muchas parroquias anduvieron tres y cuatro horas para venir al punto donde se administraba la confirmación; mas como la iglesia era muy pequeña, la mayor parte tuvieron que esperar fuera, expuestos al frío y a la nieve, sin quejarse...

Un gran número de ellos, sobre todo jóvenes, corrían ante el coche de su Alteza Eminentísima casi por espacio de una legua; otros, al verle venir de lejos, se arrodillaban y esperaban su paso para que les diese la bendición. El número de los que comulgan es el de dos mil todos los días, y el de los que reciben la confirmación tres mil²⁷.

La manera curiosa y práctica adoptada por el cardenal Fesch para administrar la sagrada eucaristía y la confirmación, merece ser referida. Había mandado confeccionar un vaso de forma oblonga, una especie de cesta sobredorada, capaz de contener más de tres mil hostias. De aquí las iba sacando para llenar el copón con el cual iba recorriendo la iglesia. Los que habían de comulgar o recibir la confirmación estaban distribuidos en dos grupos en medio de la nave y era tal a veces su afluencia que rebasaban la puerta y llegaban hasta la plaza²⁸. Al terminar la misa, Su Eminencia, acto seguido, ungió con el santo crisma las masas de fieles. Se calcula en treinta mil el número de los que fueron confirmados en 1807, y entre ellos había muchos jóvenes, hombres ya formados y antiguos revolucionarios vueltos a la religión de sus padres.

Juan-María fue confirmado el mismo día que su hermana Margarita, que iba a cumplir los veinte años. Conocedores ya de su profunda piedad, nos lo podemos imaginar natural-

²⁷ *Mélanges de philosophie et de littérature*; Nouvelles de Lyon, t. VII, p. 287. (Citado por LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 76, 77).

²⁸ Sólo en la iglesia de Saint-Nizier, de Lión, el cardenal dio la comunión a más de 1.200 personas (LYONNET, ob. cit., t. II, p. 67). Para administrar la confirmación en Bourg y en sus alrededores necesitó tres días. El día 11 de mayo en Bourg, «había tanta gente en la iglesia principal, cuya nave es tan amplia que podría convertirse en catedral, que no podía contener a los que iban llegando, fue menester colocarlos en el claustro, en las calles adyacentes y en la plaza. Toda la ciudad parecía un templo. Su Eminencia recorría los grupos y confirmaba al aire libre». (LYONNET *Le Cardinal Fesch*, p. 97).

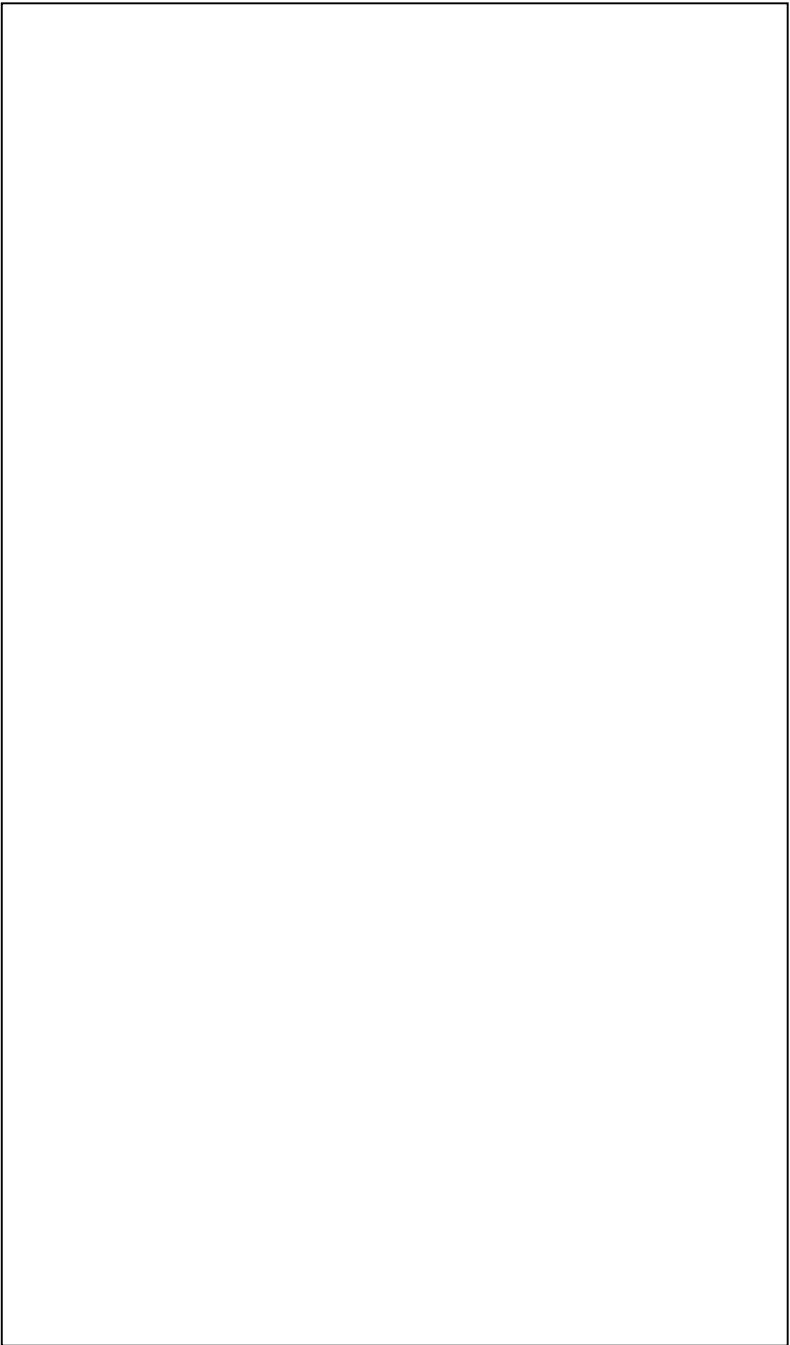
mente recogido y todo abismado en Dios. Es muy probable que no fue de los que anduvieron ante el cardenal, sino que se quedó con sus condiscípulos y junto al señor Balley para ayudarle en los preparativos de la fiesta. Es fácil, además, que fuese confirmado entre los primeros y dentro de la iglesia. La púrpura de que iba revestido el tío del emperador y que atraía hacia su persona tantas miradas, no perturbó su recogimiento, como tampoco la novedad de las ceremonias y el rumor que inevitablemente surgía de entre la multitud. El Arzobispo se detuvo delante de él, leyó el nombre escrito en el volante que le mostraba y ungiendo su frente, pronunció las palabras litúrgicas: *Juan-Bautista, yo te señalo con el signo de la cruz, y yo te confirmo con el crisma de la salud, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

El joven Vianney había escogido como patrono de su confirmación al santo Precursor. En adelante firmará indistintamente *Juan-Ma,ría-Bautista* y *Juan-Bautista-María*. Durante toda su vida, este segundo patrono será uno de sus santos predilectos.

El Espíritu de Dios pudo «posarse sobre esta alma justa como una hermosa paloma en su nido»²⁹ e «incubando los buenos deseos», preparar las maravillas de la gracia, que un día habían de elevar a aquel adolescente al honor de los altares. Durante dos años, Juan-María-Bautista iba a *gozar* en la intimidad de su alma de una paz inefable.

De pronto un trueno retumbó en aquel cielo tranquilo. En otoño de 1809, un agente de la mariscalfa de Li3n llev3 a la granja de Dardilly la orden de incorporaci3n a filas a nombre de Juan-María Vianney.

²⁹ Frase del mismo *Cura de Ars. (Esprit, p. 84).*



VI. EL PRÓFUGO DE NOES (1809-1811)

El reclutamiento de 1809.—La incorporación del exento.—En el hospital militar de Lian.—En el hospital general de Roanne.—Camino de Renaison.—En pos de Guy, el prófugo.—En casa del alcalde de Noés.—Jerónimo Vincent en casa de Claudina Fayot.—Penas y consuelos del destierro.—Los cuidados del desertas.—La «señora Fayot» en Dardilly.—La amnistía.—El adiós a Noés.—El gozo del retomo.—La muerte de una madre.—Lo que el Santo pensaba de su retiro en Noés.—Lo que hemos de pensar nosotros.

He aquí que llegamos, en la historia de nuestro héroe, a un episodio oscuro y desconcertante, sobre el cual, gracias a documentos que no admiten réplica, confiamos poder hacer cuanta luz nos será posible.

El párroco de Ecully había conseguido que su discípulo figurase entre los exceptuados del servicio militar. Acabamos de ver que la ley dispensaba tan sólo a los clérigos que habían recibido las órdenes mayores: la exención para los simples seminaristas lioneses no existía sino merced a una gracia y a una tolerancia temporal del emperador¹.

¹ Cuando en 1803, Mons. Fesch, promovido al cardenalato, fue a París para recibir de manos de su sobrino «el birrete cardenalicio», hizo frecuentes visitas al ministerio del Interior y vio al consejero de Estado Portalis, «ja para hacer reintegrar a su primer destino algún edificio religioso, ya para conseguirla exención del servicio de las armas en favor de los eclesiásticos que quería ordenar». (LTONNET, *Le Cardinal Fesch*, 1.1, p. 225.) En concreto no se trataba, pues, sino de un privilegio transitorio. Mas el cardenal no ignoraba la ley de la Iglesia. No cabe duda que esta ley hace valer ante todo la *inmunidad eclesiástica*. En todo tiempo, la Iglesia ha afirmado y sostenido este principio. El nuevo *Código*, promulgado en 1917 por el Papa Benedicto XV, dice que «todos los clérigos están exentos —*immunes sunt*— del servicio militar y de los empleos y cargos civiles incompatibles con su estado». (Canon 121).

Además, en este año de 1809 Napoleón parecía hallarse en grandes apuros. España y Austria, amenazadas con desaparecer, recurrían a las armas. Los españoles no aceptaban el reinado de José Bonaparte; los mariscales de Francia lo imponían a viva fuerza. En cuanto al emperador, había de habérselas con un enemigo, a su juicio, el más formidable. Su genio triunfaba una vez más en Eckmühl (22 de abril) y después en Wagram (6 de julio)². Pero entretanto el águila se sentía cansada; su estrella comenzaba a palidecer; llegaban nuevas de los primeros reveses; España no quería darse por vencida e iba a prolongar la lucha hasta 1814.

Eran menester nuevas tropas para los nuevos combates que se avecinaban. Antes de 1807, la ley del servicio militar era ya muy dura; en este tiempo «llegó a ser monstruosa, pues había ido empeorando de año en año... hasta llegar a convertir en carne de cañón a los jóvenes que aún no tenían la edad legal y a los hombres ya libres de toda obligación militar o que habían pagado el precio de su rescate»³. Así habla indignado un historiador filósofo que escribía estas líneas antes de haber conocido el servicio militar obligatorio y que murió sin haber asistido a las más terribles hecatombes de la guerra. En 1809, se reclutaron dos quintas antes de su debido tiempo. A su vez fueron incorporados todos los que se habían librado desde 1806⁴.

En la diócesis de Lión en nada había sido menoscabado el privilegio que eximía a todos los que cursaban la carrera eclesiástica. Por una excepción inesperada, solamente Juan-María⁵ y otros tres seminaristas fueron llamados al Ejército⁵.

¿Qué había, pues, ocurrido? Fuese que el señor Balley hubiese omitido aquel año, por no creerlo necesario, recor-

² Entre tanto (6 de julio 1809), el emperador hizo salir del Quirinal al papa Pío VII, para trasladarlo de Roma a Grenoble y de Grenoble a Savona. Napoleón había sido ya excomulgado por el Breve de 12 de junio.

³ H. TAINÉ, *Les origines de la France contemporaine*. El régimen moderno, t. II, p. 130. —En apoyo de esta aserción, fijémonos en un departamento perteneciente a la archidiócesis de Lión hasta 1823 y donde el autor de este libro vivió por espacio de cuarenta años: el Ain. En 1789, el Ain contaba con 323 hombres en filas; en 1806, con 6.764. (Cfr. BOSSI, *Statistique générale de la France*. París, Testu, 1808, *Statistique de l'Ain*).

⁴ Cfr. THIERS, *Histoire de l'Empire*, París, Lheureux, 1865, t. I, pág. 370.

⁵ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1020.

dar al Arzobispado de Lión que el joven Vianney perseveraba en sus estudios⁶, fuese que los vicarios generales se hubiesen olvidado de inscribirlo entre los estudiantes seminaristas⁷, la oficina de reclutamiento puso en lista juntamente con los jóvenes de las quintas del 1810 y 1811 a Juan-María, que pertenecía a la de 1807. Su hoja decía que, destinado al Ejército de los mariscales, había de reunirse sin demora con los demás reclutas en la caja de Bayona.

El aviso fue enviado de Dardilly a Ecully. Aterrado el señor Balley, corrió hacia Lión para exponer el caso de su discípulo. En la oficina de reclutamiento no quisieron considerar como seminarista a aquel estudiante retrasado, que vivía en una casa de campo y recibía lecciones en una casa parroquial. Por otra parte, su nombre no estaba consignado en las listas remitidas por la autoridad eclesiástica. La nota suplementaria que el vicario general redactó en favor de Juan-María, presentada por el señor Balley como último recurso, tuvo el inconveniente de llegar después de un hecho consumado.

Juan-María hubo de resignarse a obedecer... Mas ¡cuán nueva y desconcertante era aquella prueba! Iba a cumplir los veinticuatro años y en sus estudios se hallaba al nivel de un estudiante de quince... ¡Jamás llegaría a ser sacerdote! Verdaderamente morían todas sus esperanzas. Al menos, así podía pensarlo.

Según la ley, quien se procurase un suplente podía librarse⁸. Juan-María suplicó a su padre que se lo *comprara*: era el único medio de salvar sus estudios. Mateo Vianney, que hasta entonces no había estado conforme sino muy a medias con la vocación de su hijo, no se dio por enterado. ¿No había tenido que rescatar a su hijo mayor? Esta vez era

⁶ Juan-María hace notar varias veces, en su firma, la cualidad de estudiante eclesiástico. (Rdo. VIGMON, *Proceso apostólico in genere*, p. 370).

⁷ En las listas dirigidas por el arzobispo de Lión al ministro del Interior y conservadas en los *Archivos Nacionales*, no se encuentra el nombre de Juan-María Vianney. El nombre de *Viannay* se encuentra una vez: «entre los clérigos exentos del año 1808 figura un «Viannay» (Juan-Claudio), nacido el 5 de septiembre de 1789 en Longessaig-ne (Ródano), alumno del seminario de Largentière, de padres labriegos residentes en aquella localidad». (F. 19, 1041 A).

⁸ Ley del 17 ventoso del año VIII, título III, art. I, 13.—Ley del 8 fructidor del año XIII, art. 50, 54 y 55.

superior a sus posibilidades ⁹. Al fin la tristeza del pobre joven y las lágrimas de su esposa le conmovieron. Tomó cuanto dinero tenía a mano y anduvo los ocho kilómetros que le separaban de Lión para buscar al deseado suplente. Un joven, dice Margarita Vianney, aceptó la propuesta, «mediante la suma de 3.000 francos ¹⁰, 200 de ellos adelantados, y un sencillo equipo. Mas dos o tres días después el referido joven dejó en el umbral de la casa de los Vianney el fardo y los 200 francos que había recibido. Juan-María se vio obligado a partir» ¹¹.

El 26 de octubre, entraba como recluta en uno de los depósitos de Lión. Apenas tuvo ocasión de conocer la vida del cuartel, pero no guardó de ella muy buenos recuerdos; «la mala conducta de sus compañeros y sus blasfemias» le desagradaron profundamente ¹². Además, el trabajo intelectual tan duro y las mortificaciones a que se había entregado en Ecully habían disminuido su salud y sus fuerzas. Una fiebre sorda le iba minando, agravada por un cambio tan brusco de costumbres. El 28 de octubre, no pudo levantarse. El médico del depósito calificó de grave su estado y mandó trasladarlo al hospital general de la ciudad, donde ingresó en la sala de San Roque, reservada a los militares. «No comí en la milicia más que un pan de munición», diría más tarde, al aludir a los dos únicos días que vivió en un cuartel ¹³.

Durante los quince que estuvo en el hospital de Lión, el señor Balley y después todos sus parientes de Dardilly y de Ecully fueron a visitarle. «Yo fui uno de éstos, dice su prima hermana, Margarita Humbert, que tenía diecisiete años; tuve la dicha de pasar junto a él una parte de la noche y de participar de su frugal comida. Casi no me habló de otra cosa que de Dios y de la necesidad de someterse en todo a su voluntad» ¹⁴.

⁹ Coloma BIBOST, de Ecully, *Proceso del Ordinario*, p. 1385.

¹⁰ En esta época, esta cantidad era, en el sur de Francia, el precio medio de un sustituto. A veces, variaba de 1800 a 4000 francos. (Cf. H. TAINÉ, *Les origines, etc. Le régime moderne*, t. II, p. 129).

¹¹ *Proceso del Ordinario*, p. 1020.

¹² Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 103.

¹³ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 196.

¹⁴ Margarita HUMBERT, viuda de Juan Fayolle, *Proceso del Ordinario*, p. 1324.

El 12 de noviembre, un contingente de soldados destinado al Ejército de España partía de Lión para Roanne, donde los reclutas habían de continuar sus ejercicios militares, y Juan-María, convaleciente todavía, formaba parte de la expedición. Pero demasiado débil para marcar el paso, siguió al destacamento en un coche. Aún no iba del todo equipado y de la impedimenta militar no llevaba consigo otra cosa más que la gran mochila reglamentaria.

Tuvo una grave recaída, y, devorado por la fiebre, fue conducido al hospital de Roanne y puesto bajo el cuidado de las religiosas Agustinas. Permaneció allí unas seis semanas. Pidió que escribiesen a su familia. Francisco, su hermano mayor, que se avenía mucho con él, fue a visitarle, pues reclamaba su presencia. Sus padres, inquietos en extremo, no pudieron tampoco aguantar más y emprendieron aquella larga jornada. Juan-María se sintió muy dichoso de poderles consolar y de darles un tierno «adiós», mas ellos regresaron a Dardilly con el corazón destrozado y con la impresión de que su hijo estaba perdido sin remedio.

La madre rogó a las religiosas que hicieran sus veces cabe el hijo. Súplica no necesaria, pues a las Hermanas les había llamado mucho la atención, entre todos los reclutas, aquel joven tan atento, tan paciente y tan resignado. Desde que le vieron rezar con tanta devoción el Rosario, sin darse cuenta comenzaron a mimarle, como si fuese un niño grande. Poseemos acerca del particular su propio testimonio: «Nunca olvidaré los delicados cuidados de que fui objeto por parte de todas las Religiosas de Roanne»¹⁵.

«Jamás, decían ellas entre sí, este joven podrá cumplir con la milicia. Sucumbirá camino de España.» Y más caritativas que prudentes, decíanle compasivamente que volviese atrás. Mas él les respondía: «Es necesario, buenas Hermanas, que me someta a la ley.»

—Mejor serviría usted a Francia con sus oraciones que en la guerra.

—Agradezco mucho vuestras palabras, queridas Hermanas. Sólo les pido que se acuerden de mí.

¹⁵ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 1486.

El día 5 de enero de 1810, una orden del capitán de reclutas Blanchard notificaba al soldado de infantería Vianney que había de formar parte del destacamento que al siguiente día iba a partir para la frontera de España. Debía, por tanto, presentarse por la tarde, a tal hora, en la oficina del capitán para recibir la hoja. Juan-María, inquieto y meditabundo, salió del hospital un poco antes de la hora señalada. Mas por el camino encontró una iglesia y el seminarista-soldado entró a rezar sus oraciones. ¡Qué de cuidados y deseos confió a Nuestro Señor! «Allí, decía, todas mis penas se fundieron como la nieve ante el sol.» Mas en aquel Tabor el santo joven no se daba cuenta de que las horas pasaban. Cuando llegó a la puerta de la oficina, estaba ya cerrada¹⁶.

Al día siguiente, fiesta de la Epifanía, Juan-María Vianney, no restablecido aún del todo, se dispuso para la marcha. Mochila al hombro, se despidió de las abnegadas enfermeras. Estas le acompañaron hasta la verja exterior del hospicio y le dieron el «adiós» con lágrimas¹⁷. Después se dirigió de nuevo a la oficina de reclutamiento. Los soldados que estaban de guardia le dijeron que la columna había ya partido sin aguardarle. Y naturalmente le hicieron ver con *palabras escogidas* todos los encantos de su situación. Una vez abierta la oficina, la cosa anduvo peor. El capitán Blanchard, echando chispas, habló en seguida de grilletes y gendarmes. Ante estas amenazas, el pobre sintió que se estremecía. «Tenía compasión de los desgraciados jóvenes que habían desertado y eran conducidos entre cadenas, blasfemando y llenos de angustia»¹⁸. Un subalterno, empero, se atrevió a interponerse. ¿Acaso este pobre joven pensaba escapar? Apenas salido del hospital, se presentaba a sus jefes... Blanchard no insistió más. Fue despachada la hoja y se dio orden al soldado Vianney de unirse al menos a la retaguardia¹⁹.

En seguida emprendió solo el camino de Clermont. El pá-

¹⁶ Según Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 6.

¹⁷ Para reconstruir los hechos con toda la exactitud posible, poseemos los recuerdos del reverendo RAYMOND que en 1843, «en el trayecto de Neuville a Beaumont»—ya hablaremos a su debido tiempo de este original viaje—hizo hablar largamente al señor Vianney sobre este episodio de su vida. (V. *Proceso del Ordinario*, p. 1436, y fragmento de una *Vida* manuscrita, p. 29 a 32).

¹⁸ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 6.

¹⁹ Este incidente de Roanne ha sido puesto en escena, no sabemos por qué.— *Un*

lido convaleciente no parecía ciertamente un soldado de la vieja guardia. La mochila pesaba sobre sus espaldas. Su andar era todavía poco seguro. ¿Cómo iba a poder alcanzar a los demás en la primera jornada? Una angustia indecible se apoderó de su alma. Elevó el corazón a Dios y se puso a recorrer las cuentas de su rosario. «Jamás, tal vez, lo recé *con tanto ardor*, decía después a algunas personas de Ars»²⁰.

Aquel mismo día, su hermana *Gothon*, que había hecho sola el viaje de Ecully a Roanne, acababa de preguntar por él en el hospital. Su decepción fue muy cruel al enterarse de la partida de su pobre hermano²¹.

Entretanto, Juan-María se acercaba a las montañas de Forez, sucesivamente áridas o sonrientes y muy del agrado de los viajeros. Nuestro joven soldado pensaba en cosas bien ajenas a estas bellezas. Su cansancio era extremado. Se arrastraba sobre sus piernas sin fuerzas. Al divisar un pequeño bosque, que podía ponerle al abrigo del cierzo, «se separó unos cien pasos de la carretera imperial»²²; «atravesé un campo labrado»²³ y reposó un instante.

Se encontraba junto a una estrecha senda que conducía a la montaña.

«Allí, sentado sobre su mochila, se puso a rezar de nuevo el rosario, para disipar los sombríos pensamientos que le asaltaban; recurrió a la Santísima Virgen, su habitual refugio, y le rogó que no le abandonara»²⁴.

«De repente, refiere él mismo, apareció un desconocido. ¿Qué haces aquí?, me dijo... Vente conmigo. Cogió mi mochila, que era muy pesada, y me instó para que le siguiera. Anduvimos mucho tiempo juntos durante la noche, a través de las arboledas de la montaña. Estaba tan cansado que a duras penas podía alcanzarle»²⁵.

Este desconocido no era otro que un tal Guy, de Saint-

i'pisode de la vie du Curé d'Ars, comedia en tres actos por Alejo Boulachon, capellán de prisiones, en 12 de 37 p., Lión, Vitte, 1878.

²⁰ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 7.

²¹ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1020.

²² Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 32.

²³* Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 7.

²⁴ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 32.

²⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 7.

Priest-Ia-Prugne, pueblo situado en los Montes de Bois-Noir. Para huir del reclutamiento, se había escondido con otros prófugos en las frondosas alturas de Forez²⁶. Guy arrastraba a nuestro solitario recluta en pos de sí y hacia un destino semejante al suyo. Y Juan-María, confiado, no sabía nada de ello; sólo una cosa entendía: que estaba muerto de cansancio, que la fiebre le consumía, que tenía necesidad de un lecho para pasar la noche... ¡Y que su destacamento estaba ya muy lejos!

Los dos caminantes se aventuraron por entre montes sombríos y gargantas sinuosas, por cuyo fondo corría un torrente, el arroyo de *Crèches*, engrosado por las lluvias del invierno. Así pasaron a la altura del pueblo de Noés, que dejaron a la derecha. Se encontraban en los bosques de la Madeleine, en los confines del Allier y del Loire. Hoy sólo las cimas están coronadas de árboles; en aquel tiempo, era Noés como un islote perdido en un mar de vegetación.

Mientras caminaban se pusieron a hablar. Guy, sin que se hubiese dado todavía a conocer, había ganado, con llevarle la mochila, la confianza de Juan-María Vianney. Este no temió en confiarse a su compañero y le declaró quién era. «No tienes, ciertamente, facha de soldado, replicó el otro.»

—¡Oh! es cierto, pero he de obedecer.

—Si quieres seguirme, te esconderé en este pueblo, rodeado por todas partes de bosques.

—No; de ninguna manera; mis padres han tenido ya hartas angustias.

—¡Oh! está tranquilo; son muchos los que andan escondidos por aquí...

¿Qué partido tomar? El desgraciado prófugo, ¿podía hacer otra cosa que seguirle, al menos durante las horas de la noche? Al día siguiente ya vería... Se puso pues, en manos de la Providencia.

²⁶ Los montes de Forez, de la Madeleine, del Bois-Noir con el Puy de Montoncel (1292 m.) estaban entonces poblados de árboles. De esta manera toda aquella comarca de la parte oeste del departamento del Loire sirvió durante mucho tiempo de refugio a prófugos y desertores. Fue en estas montañas donde se escondió el héroe de *Per-nene*, la epopeya de Víctor de Laprade:

«Nos forêts des hauts lieux sont encoré insoumises...
Un conscrit peut y fuir et sauver ses hanchises...»

El pueblo de Noés se hallaba situado a 600 metros de altura. Guy conocía muy bien los senderos²⁷. Ambos subieron aún más arriba, hasta la choza de un hombre que hacía zuecos, conocido en aquella comarca por el apodo de *Gustin*²⁸. Se llamaba en realidad Agustín Chambonnière y vivía con su esposa en aquellas soledades. Guy llamó, se dio a conocer, y abrióse la puerta de la humilde vivienda. El joven soldado estaba muerto de hambre y de fatiga: Gustin le dio algo de comer, mientras su mujer cambiaba las sábanas de la única cama que había en la casa. Juan-María se durmió en ella en seguida con un sueño profundo, y los otros tres se tendieron sobre la paja.

Al día siguiente, pues era menester ganarse el pan, Guy condujo a su compañero a la pequeña choza de Claudio Tornaire, que les empleó por espacio de dos días en aserrar troncos de haya. Ellos se ofrecieron para permanecer más tiempo. Pero, a pesar de tener entonces mucho trabajo, no quiso quedarse sino con el más robusto. «Guy continuó, pues, trabajando en su casa»²⁹ y Juan-María tuvo que buscar en otra parte. «Se dirigió a Pont, lugar comunal de Noés, y solicitó hacer de maestro en la aldea. Visitó a Antonia Miviére, viuda de Préfoll, la cual, muy a pesar suyo, no pudo aceptar sus servicios, pues ya tenía un instructor.»

Las cosas se iban complicando. El recluta Vianney, abandonado y perdido en aquellas montañas, se había convertido en prófugo, sin haberlo pretendido. Al fin se presentó en casa del alcalde, el señor Pablo Fayot. Este, sencillo labrador, vivía no precisamente en Noés, sino dos kilómetros más arriba, en la montaña, en el lugarejo de Robins, que además de

²⁷ Seguimos ahora paso a paso las declaraciones del único testigo que en el *Proceso de Canonización* depuso acerca de estos hechos, Jerónimo F.4VOT (1801-1875), hijo de la viuda en cuya casa Juan-María Vianney halló refugio (*Proceso del Ordinario* p. 1314-1318). El documento oficial da a entender que dicho testigo fue llamado ante el Tribunal eclesiástico únicamente «para dar pormenores sobre el hecho de la desertión». — *Praedictus testis accitus fuit ad explicando quae spectant desertionem.* — Jerónimo Fayot, a fin de señalar la importancia que daba a su testimonio, termina con estas palabras: «Creo que es deber mío añadir que, a pesar de la ciencia personal que poseo sobre lo que acabo de exponer, he querido confirmar mis recuerdos preguntando a las personas de Noés que podían saber algo acerca del particular».

²⁸ En los mapas del Estado Mayor se indica todavía con el nombre de *Chei-Gustin* una pequeña construcción levantada en el mismo lugar donde vivían los Chambonnière y hecha de los restos de su casa.

²⁹ Jerónimo FAYOT, *Proceso del Ordinario*, p. 1315.

algunas praderas tiene un espolón roqueño levantado sobre empinadas vertientes.

Pablo Fayot dejó en Noés fama de hombre excelente. Después de él, los electores de aquel municipio designaron siempre para el desempeño de la alcaldía a individuos de su descendencia o de su parentela³⁰. Pero tenía una manera especial de aplicar las leyes del Imperio. En el mes de enero de 1810, cuando Juan-María Vianney fue a ponerse en sus manos, tenía ocultos dos desertores en las dependencias de su casa³¹. La llegada del nuevo prófugo no le fue muy agradable. Era mucha la gente que vivía a su costa y sobre todo la mariscalía ordenaba de cuando en cuando explorar aquellos bosques, donde eran tantos los fugitivos que pululaban, que parecía se habían dado cita. ¿Y no era precisamente en casa de Paul Fayot, alcalde de Noés, donde descansaban y bebían alegremente los gendarmes?

¿Permitiría, empero, que aquel pobre joven anduviese vagabundo sin refugio? Entregarlo, jamás, pues participaba acerca del servicio militar de las ideas de muchos de sus contemporáneos³². Tranquilizó al prófugo, cuya suerte decidía, le hizo ver que era demasiado tarde para intentar unirse a su destacamento; que puesto que sin duda había sido ya declarado desertor, el mejor partido que podía tomar era ocultar-

³⁰ Debemos estas noticias y otras muchas al Rdo. Monin-Veyret, párroco de Noés desde 1913, con quien visitamos Robins y quien nos comunicó sus notas personales y las que había recogido el señor Perret, su antecesor en aquella parroquia desde 1886 a 1897.

³¹ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1200.—Esta casa muy vieja, todavía se conserva, pero deshabitada. Los descendientes de Pablo Fayot, han levantado una nueva junto a ella.

No ignoraba el alcalde a qué se exponía con ocultar desertores. Todo desertor «era desterrado del Imperio». En virtud de una disposición de 20 de febrero de 1807, todo habitante convicto de haber amparado a un desertor estaba sujeto a una multa de 1.000 a 3.000 francos y a un año de prisión. La pena de cárcel se elevaba a dos años si el desertor llevaba armas e impedimenta. (Rdo. GUILLOUX, *Brandivy*, *Revue Historique de l'Ouest*, enero 1893, p. 35).

³² No hay que juzgar a través de las ideas actuales el estado de espíritu de Francia durante aquellos años. En algunas regiones, principalmente en la Bretaña, la antipatía por el régimen republicano se manifestaba con rehuir las obligaciones militares. En algunos lugares apartados de los centros populosos, «el desertor fue la regla general y el someterse la excepción... Las selvas y los bosques estaban más poblados que los mismos pueblos». (*Revue historique de l'Ouest*, enero de 1899, art. cit., p. 34). «Desde esta fecha (1806) y aun desde el principio, escribía el prefecto del Ardèche, puede comprobarse la extrema repugnancia (para el servicio militar), que no era vencida sino apelando a las medidas extremas». (*Comptes rendus par les préfets*. 1806. Archivos Nacionales, F. 7, 3014). La situación no mejoró hasta 1815.

se a las pesquisas de los gendarmes. Finalmente, pecando de audacia una vez más, el alcalde le designó por residencia la casa de su prima Claudina Fayot, que estaba enfrente³³. Había quedado viuda con cuatro hijos, el mayor de los cuales tenía catorce años, pero tenía fama de muy buena y caritativa; además, no le faltarían socorros para mantener a su protegido. Se convino que para despistar, Juan-María Vianney se llamaría en adelante *Jerónimo Vincent*³⁴.

Claudina Bouffaron, viuda de Pedro Fayot, poseía, en efecto, un corazón de oro. Tenía entonces treinta y ocho años. Fuerte para el trabajo, cuidaba activamente de su hacienda; caritativa en extremo, socorría siempre a los pobres y separaba para ellos un pan de cada hornada. No hay que decir que dispensó generosa acogida a Juan-María Vianney, que de manera tan singular le había sido confiado.

Después de haber asegurado la discreción de sus hijos haciendo pasar al recién llegado por un primo refugiado en la casa³⁵, Claudina se condujo en lo demás con extremada prudencia. En primer lugar el prófugo se ocultaba durante el día. Pasó los dos primeros meses en el granero o en el establo, contiguo a la casa del alcalde. Cuando alguna patrulla recorría la aldea, no podía sospechar siquiera su presencia en aquel sitio. Para colmo de disimulo, durante ocho semanas, la madre Fayot —así la llamaban de ordinario— le llevaba la comida dentro de un cubo de madera, igual al que usaba para los animales. Tan sólo al llegar la noche se atrevía el pobre secuestrado a tomar un poco de aire y a juntarse con los individuos de la familia³⁶. Les leía el Evangelio o las vi-

³³ Esta casa de construcción muy antigua todavía existe. Hállase habitada por Julio Fayot, bisnieto de la viuda, que recogió a Juan María Vianney.

³⁴ El Rdo. Raymond no menciona sino una parte de este nombre fingido: *Vincent* (p. 34); por otra parte, el señor Monin, en *Le Curé d'Ars* (t. I, p. 87) llama a J.-M. Vianney *Jerónimo* a secas. Este nombre era el de uno de los niños Fayot. Para conciliar ambos extremos, hemos adoptado el de *Jerónimo Vincent*, más lógico y más completo. Al ocultarse con este nombre se acordará de la familia *Vincent* de Dardilly, con la que sus padres vivían en tan buena amistad.

³⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 9.

³⁶ Estos pormenores, cuya noticia pasó de generación en generación dentro de la familia, fueron referidos de palabra con muchos otros por Julio Fayot, el día 8 de agosto de 1923, cuando le visitamos con el reverendo Villand, vicario de Ars.

das de los Santos y les contaba interesantes historias que había aprendido del señor Balley o de su madre. Pronto les ganó con su bondad y edificó con su devoción. Jerónimo Fayot, al que aventajaba en quince años, se acordará en su vejez de los suaves golpes que «el primo» le daba con su sombrero, cuando el muy travieso enredaba durante la oración de la noche.

En un rincón de la cuadra y al pie de una ventana, habían improvisado, gracias a un basto tabique de madera, lo que llamaban «un cuarto»³⁷. En aquel aposentillo Juan-María durmió en una misma cama con Luis, el mayor de los niños, el cual tenía trece años. Pero no pudo durar mucho esta compañía. El pobre Luis apenas podía cerrar los ojos. «Madre, dijo lloriqueando, después de tres noches, mi primo pasa el tiempo rezando. No me deja dormir. No quiero estar más con él.» La señora Fayot tuvo que preparar otro lecho en el establo para su hijo.

Nuestro «prófugo a pesar suyo»³⁸ no quería permanecer del todo inactivo. Mas el invierno había dejado en suspenso el trabajo de los campos. En aquellas alturas de Forez la nieve suele caer en abundancia y cubre la tierra durante mucho tiempo.

En Robins, *Jerónimo Vincent* volvió a acariciar una idea, que había ya intentado poner en práctica: hacerse maestro de escuela. Los analfabetos eran muchos y era necesario que al menos supiesen leer la misa. Los niños de la viuda Fayot y algunos otros, varios jóvenes y aun hombres formados, acudieron a él para aprender a leer, a escribir y el catecismo³⁹. Aparentemente, a nadie se hizo sospechosa la presencia en Robins de aquel joven, cuyo porte exterior era el de un verdadero campesino.

Por otra parte, Guy el desertor, continuaba oculto entre

³⁷ La cuadra, muy amplia, lo mismo que el granero contiguo, están todavía en pie. Nada se ha cambiado desde 1810. Solamente ha desaparecido el tabique, pero aún existe el terraplén donde descansaba la cama. La barra del lecho ha dejado sus huellas en las piedras desmenuzables del muro. Sobre la cuadra y el granero se extendía el depósito del heno, que juega también un papel muy importante en esta historia.

³⁸ Frase del Rdo. G. RENOUD, *Vie du bienheureux Jean-Marie Vianney*, Lille, Desclée, 1909, p. 30.

³⁹ Rdo. DUBOIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1229.

los bosques de hayas. Tan sólo el alcalde y Claudina Fayot conocían el verdadero nombre del forastero. Sin embargo, Juan-María aguardó algún tiempo, antes *de* bajar al pueblo de Noés, donde cada mañana se celebraba misa. Su corazón se partía, al oír la señal de la campana, por no poder acudir a su llamamiento. Al fin, como entre semana el párroco, señor Jacquet, antiguo confesor de la fe y desterrado durante la Revolución⁴⁰, decía misa muy de mañana, Juan-María comenzó a atreverse a salir mientras estaba oscuro, entró en la iglesia, casi desierta a aquellas horas, confesó y comulgó⁴¹.

En aquellos villorrios apartados en las montañas es costumbre, la mañana de los domingos, dejar siempre alguno en casa. El que le toca en suerte quedarse, debe unirse en espíritu con los parientes y amigos que, más afortunados, pueden aquel día oír misa. Los tañidos de la campana, que tan bien suenan al oído en aquellas soledades, advierten en qué punto de la misa se encuentra el sacerdote. Juan-María Vianney fue durante algún tiempo el guardián escogido del domingo.

De Robins hasta Noés la bajada es muy rápida y el camino escabroso y sembrado de piedras. Por esta razón, la señora Fayot no llevaba nunca consigo a su pequeña Claudina, que sólo tenía tres años. Juan-María, que tenía veinticuatro, cuidaba de la inocente niña como lo hubiera hecho el mejor y el más tierno de los hermanos. Se divertía con su charla y jugaba con ella. Mas, durante el tiempo de la misa mayor, se ponía en actitud recogida y hacía que la niña se arrodillase a su lado cuando tocaban la campanilla en la elevación; des-

⁴⁰ El Rdo. Jacquet había estado al servicio de la iglesia de Noés como vicario-capellán desde 1781 hasta la Revolución. No quiso pretar el juramento constitucional y se desterró voluntariamente, es de creer que a Italia (no existe ningún documento sobre su salida). En 1805, lo hallamos de nuevo en Noés, de donde fue nombrado oficialmente párroco por un decreto imperial de 1808. Murió en los Alloues, en Renaison, el 27 de noviembre de 1823, a la edad de setenta y dos años.

⁴¹ Tanto en lo espiritual como en lo temporal, Noés dependía de Renaison desde 1871 hasta la Revolución. Sin embargo, después de haberse levantado una pequeña iglesia (1718-1721) un vicario de Renaison iba a decir misales domingos. La parte de la iglesia que comprende actualmente el campanario y la tribuna para los hombres la mandó construir en 1832 el conde de Vichy, que tenía enaquella comarca grandes propiedades. Pero la nave y el coro, que aún subsisten, son contemporáneos de Juan-María Vianney. Empero ningún recuerdo de él se ha conservado. No se sabe si la manera sobre la cual se arrodillaba para comulgar es la misma. El actual párroco de Noés, Rdo. Monin Veyret, ha levantado un altar en honor del santo Cura de Ars.

pues se dedicaba a instruirla. Un día, al volver de la iglesia, la criada dijo riendo a la niña: «Claudina, abraza a tu primo, para agradecerle el haberte cuidado tan bien.» Juan-María, movido de un sentimiento de delicado pudor, rechazó los tiernos brazos que se tendían hacia él. La madre riñó a la sirvienta y le advirtió que no se repitiese la broma.

El discípulo del señor Balley —¡oh, su antiguo maestro, los libros de estudio, el sacerdocio!— se iba resignando poco a poco a tan dura prueba. Pero ¿cuándo se acabaría? Ni se atrevía a pensarlo; poníase más ciegamente que nunca en manos de la Providencia y su único refugio era la oración. De todas maneras, un interior malestar le carcomía. ¿Qué había sido de los suyos de Dardilly? Le creían sin duda en la guerra... Y cosa peor todavía: el capitán Blanchard no se habría dormido, y a tales horas, ¡bajo qué amena/as no viviría su padre y qué angustias no sufriría su madre!⁴².

En el mismo pueblo de Noés no le faltaban motivos de disgusto. La buena viuda Fayot, convertida para Juan-María en una verdadera madre, pues le trataba igual que a sus hijos, se iba debilitando, por pobreza de sangre. Para ayudarla,

42 «LO que más hacía sufrir al prófugo era que el gobierno, al verse impotente para darle alcance, no omitía nada para descargar todos sus golpes sobre la familia, y del fondo de los bosques su mirada se dirigía hacia la casa paterna, convencido de que en ella, por su culpa, se padecía lo indecible. Las diversas fases de estas terribles pruebas son muy interesantes, por lo que no estará de más consignarlas.

«El capitán del reclutamiento redactaba un estado con los nombres de cuantos habían faltado al llamamiento y lo enviaba al prefecto. Este, al recibir el documento, según orden del director general de revistas de fecha 31 de diciembre de 1806, tenía que declarar inmediatamente prófugos a todos los ausentes.

«Esta declaración era de terribles consecuencias para las familias. La lista de los prófugos era fijada en el pueblo donde tenían el domicilio, con los nombres de sus padres y madres. Se les concedían ocho días para someterse. Si al fin de este plazo no se presentaban, la fuerza armada partía para el lugar y se establecía en el domicilio de los desertores, para vivir allí a expensas de sus padres, madres o tutores, hechos civilmente responsables del proceder de aquellos.

«Solía comenzarse por enviar un solo hombre, con la esperanza de que ello bastaría para provocar las sumisiones. Si esta medida no producía efecto, se iba aumentando la guarnición.

«Esta se alojaba a veces en las granjas vecinas, mas no por ello las familias se veían dispensadas de la indemnización reglamentaria. Esta indemnización había de ser satisfecha por adelantado... Si el dinero no era depositado en el término que se señalaba, el alguacil «repetía el requerimiento». Si el segundo aviso no surtía sus efectos, procedíase enseguida al embargo y a la venta de los bienes muebles, hasta obtener la suma prefijada. (De ordinario se vendían los animales). *Revue Historique de l'Ouest*, art. cit., p. 36-40.

Las guarniciones se retiraban cuando el desertor era detenido o se presentaba. También se retiraban cuando las familias pagaban una multa equivalente al precio de un sustituto. (*Ley* del 8 fructidor, año XIII, artículo 78).

y también para ahuyentar en lo posible sus penas, se entregó con todas sus fuerzas a los trabajos agrícolas.

Mezclado con los labradores de Robins, parecía uno de tantos. Pero mal alimentado —a pesar de las amonestaciones de la señora Fayot, apenas comía— cogió un enfriamiento; por la noche la fiebre se apoderó de él y se le declaró una fluxión pulmonar que se la curaron lo mejor que pudieron. Su naturaleza robusta le salvó.

Desde entonces, a pesar de que no descuidaba las debidas precauciones, andaba menos solícito por la posible venida de los gendarmes y no temía tanto asistir a los divinos oficios los domingos. Muchos fervorosos cristianos que se fijaban en él, se decían unos a otros: «Jamás hemos visto a un joven tan perfecto»⁴³.

La casa parroquial de Noés dista poco de la iglesia. Sobre la pendiente, algo más abajo y al lado que mira hacia los bosques de la Madeleine, «había una casita habitada por dos hermanas, las señoritas Dadoíle. Al salir de misa primera, a la que asistía diariamente para practicar sus devociones, Juan-María gustaba de hacer una breve visita a aquellas buenas mujeres, para hablar con ellas de cosas de religión»⁴⁴.

Al derretirse las nieves y al hacerse, por tanto, menos impracticables los caminos, aparecieron de nuevo los gendarmes en aquella comarca. Varias veces los temidos uniformes se presentaron súbitamente en Robins, ya en pleno día, ya de noche. Según tradición que se ha conservado en la familia Fayot, cada vez que de la Pecaudiére, de Saint-Haon-le-Chatel o de Renaison, llegaron de noche a Robins y entraron en la casa de la viuda, no pudieron hallar el recluta desertor. Advertido por no sabemos qué presentimiento, Juan-María Vianney se había ocultado en la arboleda⁴⁵.

Un día, empero, poco faltó para que le prendieran. Una tarde de verano del año 1810, mientras se hallaba traba-

⁴³ Jerónimo FAYOT, *Proceso del Ordinario*, p. 1318.

⁴⁴ Extracto de las notas del señor Perret, párroco de Noé's.

⁴⁵ Pormenores recogidos por el señor Monin-Veyret.—No es de creer que jamás persona alguna le denunciase concretamente. Los gendarmes practicaban pesquisas en Jos sitios donde podían ocultarse los prófugos y una cuadra grande como la de la casa de los Fayot era suficiente por sí misma para engendrar sospechas.

jando no lejos de la casa, aparecieron por el camino dos gendarmes, sin decir palabra. La señal de antemano convenida —hacía algún tiempo que los hijos mayores de la viuda y los del alcalde estaban en el secreto— avisó a nuestro prófugo. Tal episodio era cosa de prever. Por ello, cortando a hachazos dos vigas junto al depósito del forraje, habían abierto un boquete en el tabique lo bastante ancho para que pudiese pasar por él un hombre ⁴⁶. Ágil y sobreexcitado, lanzóse Juan-María al establo, saltó de un brinco al escondrijo, se *agazapó* tras un montón de hierba y esperó, encomendándose a Dios.

¿Le habían visto huir los gendarmes? Tal vez sí. Sea de ello lo que fuere, desplegaron un lujo de pesquisas y precauciones que hicieron temblar a los testigos de aquella escena tan rápida. Juan-María retenía su resuello. Pero se ahogaba bajo el heno en fermentación, calentado además por las emanaciones del establo y un sol abrasador que batía sobre la techumbre ⁴⁷. De pronto un gendarme al explorar el montón de hierba bajo el cual se ocultaba, le pinchó con la punta del sable. El no hizo movimiento alguno, a pesar del vivo dolor ⁴⁸.

Andando el tiempo, confesará, al hablar de sus recuerdos de Noés, que en ningún momento de su vida había padecido tanto y que entonces hizo a Dios la promesa de no quejarse jamás. «Todavía guardo mi palabra» ⁴⁹, decía ingenuamente. Algunos minutos más en aquel verdadero horno y hubiera muerto de asfixia. Los gendarmes juzgaron suficientes las pesquisas y se fueron a tomar un refresco a casa del alcalde, que vivía enfrente.

Todavía tuvo lugar otra irrupción de los enviados por la mariscalía, lo que dio lugar a un hecho que conocemos merced a un testigo de los más inesperados, y sospechoso por añadidura, pero que en esto dijo la verdad. En 1850, llevaron a Ars «a una pobre mujer que tenía todas las apariencias de

⁴⁶ Todo esto se conserva muy visible en el establo de Robins.

⁴⁷ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 318.

⁴⁸ El Rdo. Monin-Veyret recibió este pormenor de Margarita Vial, llamada *Matheron*. Esta lo había oído contar muchas veces a su madre, que había conocido a *Jerónimo Vincent*.

⁴⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 145.

una verdadera posesa»⁵⁰. Saltaba, bailaba y hablaba de una manera extravagante. Varios curiosos se reunieron en torno de ella y se puso a referir la vida de cada uno. Entonces llegó el señor Vianney. «A ti, dijo aquella mujer, por cuya boca hablaba el demonio, nada tengo que reprocharte.» Mas al instante, retractándose, añadió: «¡Sí!... En cierta ocasión robaste un racimo.»

—Es cierto; pero puse bajo la cepa una moneda para pagarlo.

—¡Mas el propietario no la encontró!...

En efecto, el Cura de Ars nos cuenta que cogió aquella uva un día que se había visto obligado a esconderse y que estaba muerto de sed⁵¹.

A mediados de 1810, Juan-María recibió nuevas de su familia. Un médico prescribió a la señora Fayot las aguas minerales de Charbonnières-les-Bains. Este manantial se hallaba a nueve kilómetros al oeste de Lión y, por tanto, muy cerca de Dardilly. La enferma titubeó. Era cosa molesta y que exigía gasto. Juan-María Vianney la instó a que obedeciera al médico. Allí repararía sus fuerzas y además podría traerle noticias de los suyos. No había tampoco por qué preocuparse por los dispendios del camino: quien le debía la vida le prestaría algún dinero, y, en cuanto al hospedaje, sería muy bien recibida en casa de los Vianney. El infeliz desterrado escribió a su familia «una carta llena de dolor y de arrepentimiento»⁵². No les decía, con todo, nada del lugar donde se hallaba escondido. Después de recibir de él cien francos⁵³, Claudina Fayot partió para Charbonnières.

Según refiere su hijo Jerónimo «se presentó a la familia

⁵⁰ Esta mujer era de Cherier, municipio vecino de Roanne. (*Nota del señor Monjín-Veyret*).

⁵¹ Narración de Juan Picard, herrador de Ars, *Proceso del Ordinario*, p. 1312.

⁵² Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 949.

⁵³ Jamás Juan-María consintió en que le fueran devueltos los cien francos. «Mi buena madre, le escribía, cuando era ya cura de Ars, en fecha 7 de noviembre de 1823, en cuanto a lo que me debéis, os lo doy de todo corazón. Solamente os ruego que si la buena P. vive todavía, le deis alguna cosa y le digáis que se acuerde de mí en sus oraciones, y también a la buena D. que quizá sea muy pobre..»

Vianney. Como quiera que manifestaban reparo en hospedarla, mostró a la madre del siervo de Dios la carta que llevaba consigo. Se puso tan contenta de recibir noticias de su hijo, que lloró de gozo y abrazó a mi madre». «Estaréis con nosotros, le decía, y os cuidaremos muy bien.» Contóle cómo un día, al sentirse muy apenada, recurrió al señor Balley, cura de Ecully, y que éste dijo: «Madre, estad tranquila por vuestro hijo. Ni ha muerto ni está enfermo. Nunca será soldado, sino sacerdote.»

Al rudo Mateo Vianney no le complació mucho aquella visita. ¿Qué quería aquella misteriosa forastera que hablaba con su mujer? La lectura de la carta no logró hacerle desarrugar el ceño. Estaba ya cansado de tantas multas y por añadidura la amenaza de alojar soldados en su casa. «¡Os haré comer hasta el último céntimo!», le había dicho el capitán Blanchard, cuando había estado en Dardilly para investigar sobre la desaparición del prófugo Vianney⁵⁴. Después de todo, repetía el padre, no tenía que hacer sino marchar con los demás. Al enterarse del estado de Juan-María todos se tranquilizaron más. «Parece, dijo Claudina, que no está usted muy satisfecho de saber que su hijo está en mi casa...

—¿Dónde vive usted, que iré a buscarlo?

—Si se enterara Vd. de donde vivo, yo le escondería en otra parte: ¡vale más que toda vuestra hacienda!»

Pasados dieciocho días, la señora Fayot regresó a Noés. Mateo Vianney la acompañó hasta Tarare. Juan-María se alegró mucho con las noticias de su familia, pero sintió gran pesar al «enterarse de la tribulación en que por su culpa vivía su padre». Ciertamente que él no lo había pretendido y que no había hecho sino seguir su destino. Mas no sabía cómo saldría de aquel trance⁵⁵.

Su viva inclinación al sacerdocio no se había amortiguado en lo más mínimo. A mediados de septiembre resolvió hacerse enviar los libros de estudio. «Me atraso demasiado, decía a su buena madre de Noés; si me lo permitís, estudiaré

⁵⁴ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 40.

⁵⁵ Todos los pormenores de la estancia de Claudina Fayot en Dardilly están sacados de las declaraciones de Jerónimo en el *Proceso del Ordinario*, p. 1315-1316.

en mi habitación y os lo pagaré.» Por este motivo, se excusó de tomar parte en los trabajos de otoño. Una carta llegó sin estorbo a Écully, y la viuda Bibost, persona de confianza, vecina de la casa parroquial y que había visto a Claudina Fayot durante su estancia en casa de los Vianney, llevó a Robins el paquete de libros que Juan-María había dejado en casa de su cuñado Melin. Y el estudiante de veinticuatro años volvió a abrir su gramática latina.

Por lo demás, no tuvo ocasión de estudiar mucho tiempo en su celda más que monástica. A fines de octubre llegó una noticia por conducto de la misma mensajera. ¡Qué noticia y qué transportes de alegría! El alumno del señor Balley ya no sería por más tiempo perseguido: era libre; Ecully y Dardilly le aguardaban. ¿Cuál era la causa de un hecho tan providencial?

Los tiempos habían mejorado. Por un momento, la paz reinaba en casi toda Europa. Napoleón, vencedor de Austria, había concedido una amnistía para celebrar sus bodas con la archiduquesa María Luisa (2 de abril)⁵⁶.

El capitán Blanchard, entonces más apaciguado, hizo sabedores a los Vianney, de Dardilly, de que su hijo podría aprovecharse de aquel acto de clemencia y aun librarse de toda obligación militar, si podían procurarle un sustituto. De esta manera, por un capricho de las cosas, aquel oficial de Roanne, que el año anterior amenazaba a Juan-María con conducirlo maniatado al depósito de Bayona, se ocupó en sacarlo de aquel mal paso⁵⁷.

El más joven de los hermanos Vianney, Francisco, llamado *Cadet*, nació el día 20 de octubre de 1790, y tenía entonces veinte años. Le había caído en suerte un número subido y •demás la incorporación de los de su quinta había sido diferida. El capitán Blanchard aconsejó al joven recluta que se

** El Rdo. Renard, sacerdote oriundo de Ars, escribe en sus *Notas*, p. 24: «La •mnistía concedida por el emperador con motivo de su matrimonio, dio la libertad al Joven Vianney». Efectivamente, el decreto imperial de 25 de marzo de 1810 amnistió a los prófugos de las quintas de 1806, 1807, 1808, 1809 y 1810. (Título V, art. 16 4º del decreto.—Archivos Nacionales, AF IV, fol. 3330).

¹⁷ Estas son las circunstancias en que se libró el prófugo Vianney, según el Rdo. Iuniotl (*Notas* manuscritas, año 1855, p. 23-24). Estos hechos, nos dice al fin de su •(•mona, fueron referidos varias veces por el Cura de Ars, que los recordaba con frecuencia para dar gracias a Dios.

anticipase al llamamiento. De esta manera podría suplir a su hermano para librarle, de conformidad con lo que permitía la ley. El padre aprobó este plan, que le libraba de la plaga de los soldados alojados en su granja, pues quieras que no, había tenido que tolerarlos⁵⁸.

Cadet se dejó convencer y se comprometió por acta notarial a sustituir a su hermano, mediante la suma de 3.000 francos, que Juan-María sacaría de la parte que le correspondiese en herencia⁵⁹. Incorporado al 6.º regimiento de línea, se puso en camino hacia Phalsbourg, adonde llegó el 20 de agosto. «Las últimas noticias de Francisco —que llegó a ser cabo— proceden de Frankfurt-in-Main y de principios de la campaña de 1813. Jamás sus padres volvieron a verle»⁶⁰. No se cree, sin embargo, que muriese en la guerra⁶¹.

En casa de la buena viuda de Fayot se derramaron lágrimas al tenerse noticia de la próxima partida de *Jerónimo Vincent*. En especial la niña Claudina, que se había aficionado a él con mucho afecto, lloró amargamente. Decía a su madre: «¡Ya no tendremos más a nuestro primo!»⁶². Todos los que «habían tenido la dicha de conocerle en Noés»⁶³ se enteraron con pena de que ya no le verían más, ni recibirían buenos ejemplos de aquel muchacho tan bueno. Todos le dieron expresivas pruebas de simpatía. Seguramente que *Jerónimo Vincent* llegaría a ser sacerdote; ¿no podrían pro-

⁵⁸ Fleury VERICEL, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1261; Andrés BRUNIEZ, *id.*, p. 1264.

⁵⁹ «Todavía se conserva esta acta notarial», decía el Rdo. Vignon, cura de Dardilly al declarar en el *Proceso (In genere)*, p. 370), el 8 de noviembre de 1882.

⁶⁰ Rdo. RAYMOND, *Vida manuscrita*, p. 43.—Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I. p. 102.

⁶¹ Durante mucho tiempo se creyó que había muerto en la guerra, pero hace tres años, decía el señor Vignon el día 8 de noviembre de 1882, una nieta del referido Francisco compareció ante la familia Vianney y presentó documentos tan auténticos de su filiación y sobre sus derechos, que le entregaron la parte de herencia que le correspondía. Según lo que esta persona refirió, Francisco, al ser licenciado del ejército, se estableció en la Saboya, donde murió a los treinta y seis años, después de haberse casado. Por razones personales se vio impedido de presentarse a su familia en Dardilly. El siervo de Dios creyó, como todos, en la muerte de su hermano; a pesar de ello, en 1819 tomó algunas precauciones para que si su hermano, contra toda esperanza, reaparecía, tuviese una pequeña renta sobre sus propios bienes. (*Proceso apostólico in genere*, p. 371.)

⁶² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 9.

⁶³ *Carta* de 7 de noviembre de 1823 dirigida por el Rdo. Vianney, Cura de Ars, a la Sra. Claudine Fayot.

curarle de antemano el ajuar? La señora Fayot le obligó a aceptar unas servilletas que le habían dado en otro tiempo como regalo de boda. «Las señoritas Dadolle hicieron una colecta por toda la parroquia»^M. Un sastre llegó de Renason para hacer una sotana al futuro sacerdote Vianney, cuyo verdadero nombre ya se sabía entonces. Tuvo que vestírsela por espacio de algún tiempo, para mostrar a sus amigos de Robins el aspecto que con ella tendría más tarde. «Veréis aquí en calidad de cura», le decían entre risas y lágrimas. Una anciana caritativa" le dio treinta francos. «Mi buena mujer, díjole Juan-María, ¿no los habréis pedido prestados para hacerme este obsequio?»

—¡Oh, no! Es el precio de la venta de un pequeño cerdo. Todavía me queda una cabra; esto me basta... Os ruego que aceptéis; ya os acordaréis de mí cuando seáis sacerdote.»

Uno de los discípulos del *ex señor Jerónimo* —quizá uno de los hijos del alcalde— quiso pagar los gastos de su regreso. Una mañana de invierno, probablemente a primeros de enero de 1811, Juan-María Vianney, después de una postre-
ra despedida entrecortada de sollozos, dejaba para siempre la casa de Robins. Su «tiempo de destierro», su «tiempo de tristeza y abatimiento»⁶⁵ tocaba a su término. Su «buena madre», y «su querida bienhechora»⁶⁶, hubiera deseado vivamente poder acompañar, hasta entregarlo a su verdadera madre, a aquel hijo adoptivo. Pero no se sintió con fuerzas y su hijo mayor, Luis, muchacho de catorce años, fue con su gran amigo hasta la casa de Dardilly.

María Vianney abrazó locamente a su hijo querido, que tanto había tenido que sufrir. Mas ella llevaba también en su semblante las huellas de prolongados dolores. Había derramado en silencio muchas lágrimas y demasiadas emociones ocultas habían lacerado su corazón. Su pequeño sacerdote —pues en sus ensueños todavía lévela en el altar— le había sido devuelto. ¿Gozaría de él por mucho tiempo?

Algunas semanas después de la llegada de Juan-María a

⁶⁴ *Notas del señor Perret.*

⁶⁵ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 45.

⁶⁶ Carta del 7 de noviembre de 1823.

Dardilly, el día 8 de febrero, su santa madre moría a la edad de cincuenta y ocho años.

Hasta el último día de su vida evocó conmovido su memoria y al hablar de ella no podía menos de llorar. Decía que después de haberla perdido, no se le había apegado más su corazón a cosa alguna de la tierra⁶⁷.

Juan-María Vianney no olvidó nunca los meses pasados en Robins y aunque, a pesar de sus promesas y deseos, no volvió más a aquellos lugares, recibió siempre hasta el fin de su vida la visita de algún amigo de aquellos tiempos de alarmas. Después de su muerte, a las gentes de Noés les gustaba mucho ir en peregrinación a orar ante su sepulcro. «Una persona de aquel pueblo que encontré el año pasado — declaraba en mayo de 1864 el reverendo Dubouis, cura de Fareins— me decía que el recuerdo de su piedad se conservaba aún muy vivo»⁶⁸. Parece además cosa cierta que entre aquellas buenas gentes nadie jamás le acusó de haber escapado voluntariamente del servicio militar.

El mismo, «sea por buena fe, sea por intervención sobrenatural, nunca sintió cargada su conciencia por aquella deserción». Así hablaba el reverendo Toccanier, uno de sus más íntimos amigos. «Jamás vi que se condenase o justificase. Solamente en la explicación del catecismo se servía de aquella aventura como medio de comparación: Cuando yo era prófugo, siempre temía la llegada de los gendarmes. De esta manera, el pecador, en su conciencia, teme a cada momento caer en manos de la justicia divina»⁶⁹. «En su manera de hablar no se echaba de ver remordimiento alguno», dice la condesa de Garets⁷⁰. Y en efecto, no es según la manera actual de pensar, sino

⁶⁷ Condesa DES GARETS D'ARS, *Proceso del Ordinario*, p. 894.—Juan-María Vianney perdió a su padre ocho años después. «Hasta el fin de su vida celebró con frecuencia misas por sus padres». (Reverendo RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 533.)

⁶⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1227.

⁶⁹ *Proceso apostólico in genere*, p. 145.

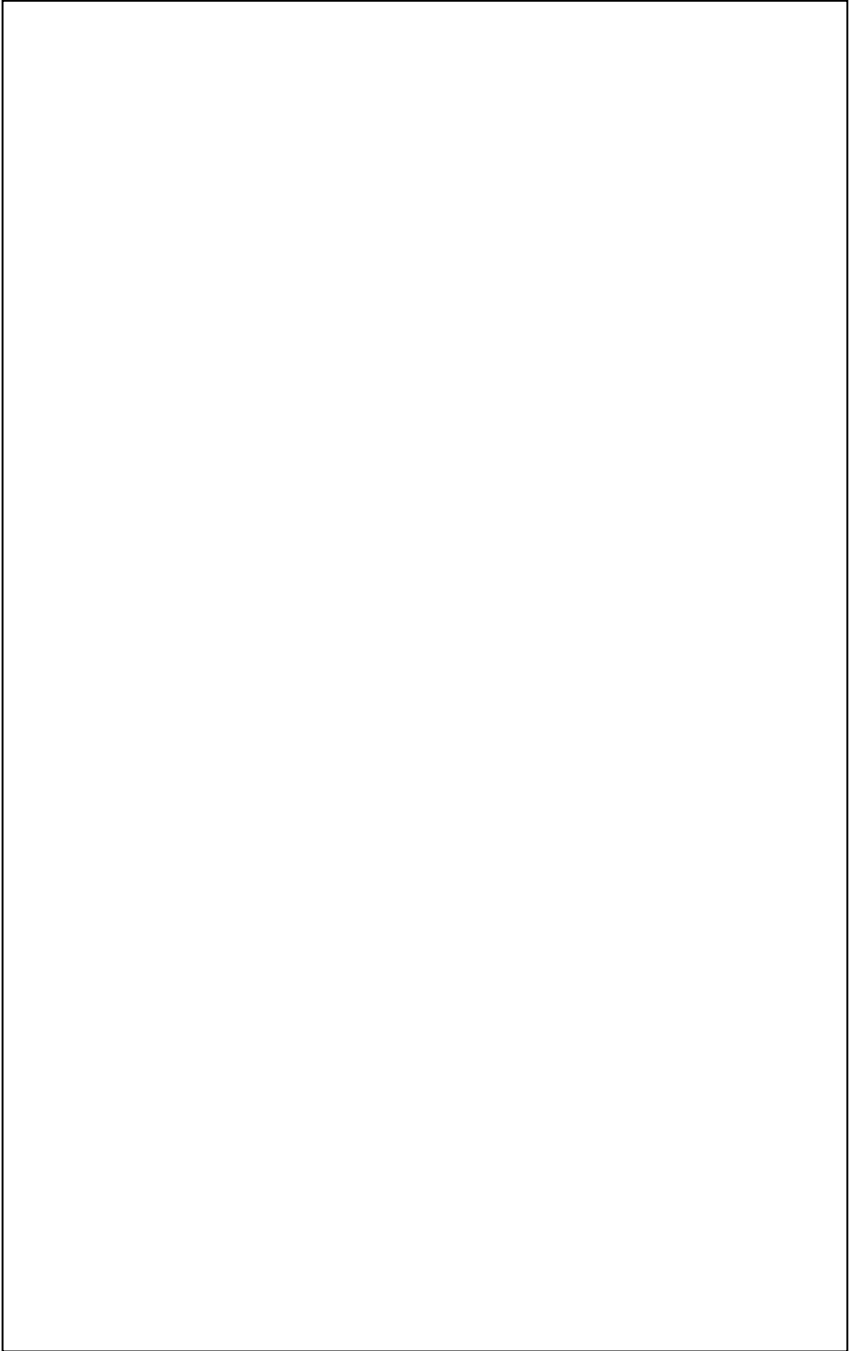
⁷⁰ *Proceso del Ordinario*, p. 895.

según las ideas de aquella época, como hay que juzgar un hecho que data de 1810.

El conde de Garets, alcalde de Ars, está del todo en lo exacto cuando dice: «El señor Vianney fue arrastrado por las circunstancias, sin premeditación alguna de su parte, al estado de desertión»⁷¹. Si el capitán Blanchard no hubiese dejado partir solo, camino de Renaison, al convaleciente Vianney, sino que le hubiese facilitado los medios de unirse a su destacamento; más aún: si el alcalde de Noés, a quien se entregó, le hubiese ayudado a regularizar su enojosa situación, el joven Juan-María habría sin duda tomado parte en la guerra de España. «Se vio apartado de ello, por causas que parecen providenciales»⁷².

⁷¹ *Proceso del Ordinario*, p. 941. «Por lo que al hecho de Noés se refiere, declara por su parte Juana-María Chanay, directora de la Providencia de Ars, creo que su falta fue más aparente que real, y que si no se juntó a su regimiento, fue debido a las circunstancias y no a un designio preconcebido», (*id.*, p. 699).

⁷² Baronesa de BELVÉY, *Proceso del Ordinario*, p. 230.—La señorita Henriqueta Belvey, cuyas interesantes manifestaciones citaremos gustosísimos, nació en Bourg-en-Bresse el 22 de abril de 1808. «Mi familia, dice, tenía una propiedad en Chaneins, parroquia vecina de Ars. Los criados nos contaban maravillas del nuevo Cura.» (*Proceso del Ordinario*, p. 213). Esta señorita pasaba gran parte del año en su castillo de Montplaisant, en el municipio de Montagnat junto a Bourg. Comenzó a ir a Ars desde el principio de las peregrinaciones, es decir, hacia el año 1830 e iba y venía con frecuencia". El señor Vianney era su principal director y le fue fiel hasta el fin.



VII. EL CURSO DE FILOSOFÍA EN VERRIERES (1812-1813)

En la casa parroquial de Ecully.—Primera tonsura.—Las lecciones y ejemplos del señor Balley.—La casa de Verrières.—Un «filósofo» de veinticuatro años.—Antipatías y amistades.—Marcelino Champagnat.—Las notas de un futuro santo.

Juan-María Vianney perdió a su madre, cuando todavía tenía mucha necesidad de ella. ¡Ah! ¿quién le consolaría en las nuevas tribulaciones? La primera confidente de su vocación, su dulce abogada ante su padre, ya no existía. Sin embargo, Mateo Vianney, gracias tal vez a las últimas recomendaciones de la moribunda, no se opuso en lo más mínimo a que su hijo volviese a casa del señor Balley.

En la casa parroquial de Ecully, a pesar del duelo que sobre ella pesaba, fue muy grande la alegría al verle llegar. El señor Balley nunca había desconfiado de este providencial retorno. Cada noche, durante diez y seis meses, lo había encomendado a Dios al tiempo de la oración. Una feligresa, «sin duda no muy devota»¹, exclamó al verle: «Por fin tendremos un padrenuestro y una avemaria menos todos los días»².

En adelante, nuestro estudiante ya no se alojaba en casa de su tía Humbert, sino en la misma casa parroquial³. Los hermanos Loras y el joven Deschamps habían ingresado en el seminario menor. A fin de velar más de cerca por sus estudios, hasta entonces muy flojos e interrumpidos, el señor

¹ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 47.

² Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 400.

³ Margarita HUMBERT, *Proceso del Ordinario*, p. 1324

Balley quiso tener junto a él a Juan-María. El, a cambio, podría prestar a su antiguo maestro algunos servicios «haciendo un poco de criado»⁴: cuidaría del jardín en los ratos libres; en la iglesia haría las veces de sacristán y cantor y le acompañaría en sus correrías apostólicas por los pueblos, con lo que estas salidas serían también para él de gran provecho.

Juan-María iba a cumplir los veinticinco años. El tiempo apremiaba; el señor Balley tenía ansia de verle llegar a las sagradas órdenes. Lo asimiló a los estudiantes de retórica de los seminarios menores⁵, y logró así presentarlo en la primera tonsura el 28 de mayo del mismo año, 1811. A partir de esta fecha, el señor Vianney, iniciado en el estado clerical, «pertenecía a la Iglesia»⁶; había dado ya un paso hacia el sacerdocio.

A pesar del duelo por la muerte de su madre, aún muy reciente, celebróse aquella fiesta en la casa de Ecully.

Bajo la dirección inmediata del señor Balley, Juan-María se encontraba en una buena pero muy ruda escuela. Un anciano de la parroquia describe así a su pastor: «Era un hombre que no parecía tener sino huesos. Hubiérase creído que no comía ni lo indispensable»⁷. El discípulo «comenzó a participar de la vida penitente de su maestro»⁸, cuyo trato fue para él de grande edificación. El austero señor Balley poseía una piedad sencilla y tierna: «Solía llorar mientras decía misa»⁹. Su discípulo, que le ayudaba revestido de blanca sobrepelliz, aprendió de él la manera digna de tratar los divinos misterios.

Cuando no pasaba los ratos de solaz en el jardín o en la iglesia, el joven Vianney gustaba de visitar a la buena señora Bibost, que con gusto cuidaba de su modesto equipo y que además tenía un hijo en el seminario. Este se sintió muy

⁴ Fleury VERICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1295.

⁵ Cf. *Le venerable Colín*, Lión, Vitte, 1900, p. 21. «La tonsura (en la diócesis de Lión) se concedía a los seminaristas en el curso de retórica». El mismo Claudio Colín la recibió «en el seminario de Alix, donde acababa la retórica».

⁶ Juan-María debía de llevar ya sotana.

⁷ Rdo. VIGNON, *Proceso apostólico in genere*, p. 367.

⁸ Margarita HUMBERT, *Proceso del Ordinario*, p. 1324.

⁹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 31.

dichoso al encontrar de nuevo, en tiempo de vacaciones, a su joven amigo, que le iniciaba con sus conversaciones en el misterioso porvenir en cuyo cielo una sola cosa veía resplandecer: el sacerdocio.

Su obediencia era perfectísima. «En casa del señor Balley, decía, jamás hice mi voluntad»¹⁰. Sus lecturas predilectas eran las vidas de los Santos. Se conserva una carta suya dirigida a Jacobo Loras, su antiguo condiscípulo de Ecully, en la que pide como un favor «que compre en casa del librero Ruzand un viejo volumen *in folio*, titulado *Historia de los Padres del desierto*»^u.

Durante el último semestre de 1812, pareció al señor Balley que había llegado el momento de hacer seguir a su crecido discípulo de veinticuatro años el plan de estudios reglamentario. Se exigía entonces a los aspirantes al sacerdocio un año de Filosofía y dos de Teología. La mala condición de los tiempos inclinaba, empero, a la indulgencia¹².

Juan-María Vianney fue enviado al seminario menor de Verrières, junto a Montbrison. Este centro de estudios, fundado en 1803, no había sido en su origen más que una escuela presbiteral, como la del señor Balley, en Ecully. El cura, señor Périer, había arreglado como había podido su vieja casa y granja para admitir en ella algunos niños inclinados a la carrera eclesiástica. Dios bendijo ostensiblemente aquella obra: el número de alumnos se elevó bien pronto a cincuenta. Una casa torre en ruinas y muy próxima fue anexionada a

^u Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 31.

¹¹ Carta de 12 de febrero de 1810, al «señor Jacobo Loras, calle Lainerie, Lión».

¹² «Las necesidades tan apremiantes como numerosas no permitan al cardenal Fesch esperar que los jóvenes aspirantes al sacerdocio hubiesen acabado sus estudios. Apenas habían cursado dos o tres años de teología, les imponía las manos y los empleaba en el sagrado ministerio. En un punto no transigía, en la piedad... En cuanto a la instrucción, se contentaba con que tuviesen una *ciencia competente*, es decir, que supiesen resolver los casos ordinarios y consultar en los extraordinarios».

El cardenal confiaba en un porvenir mejor. «Tiempo vendrá, decía a su vicario general Rdo. Courbon, en que exigiremos cuatro años de seminario mayor para el estudio de la Sagrada Escritura, la Teología, la Litúrgica y el Derecho Canónico. Entretanto, hay que acudir en auxilio de tantas parroquias abandonadas». (LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 394-395).

la casa parroquial para habitación de los pensionistas. Estos niños, que pagaban diez francos al mes, recibían alojamiento y comida. Su dormitorio era un granero a teja vana, al que subían por una escalera de molinero. A la hora de comer, cada uno iba a la cocina, donde le daban su porción de tocino y de patatas. El tiempo de recreo lo empleaban en recoger la leña seca y en reparar el arruinado edificio. El cardenal Fesch, al convertir la escuela presbiteral en seminario menor, procuró al señor Périer un inmueble algo más confortable. Desde 1807, se reunieron allí ciento cincuenta pensionistas. La casa prosperó tanto, que en 1809 había en ella trescientos trece alumnos. Entonces, el abnegado cura de Verrières, agotadas sus fuerzas, hubo de dejar tan santa labor y fue sustituido por el reverendo Barou, profesor de filosofía del seminario menor de Argentiére¹³.

En 1811, toda aquella obra se vio seriamente comprometida. Napoleón hizo alarde de pretender nombrar los obispos sin la institución del papa. A fin de asegurarse el apoyo del episcopado francés, el día 17 de junio se permitió convocar un «concilio nacional» en el arzobispado de París. Contra lo que había calculado, los prelados declararon que no veían manera de prescindir de las bulas pontificias. Las represalias no se hicieron esperar. El día 10 de julio, un decreto declaró disuelto el concilio. El 12, a las tres de la mañana, fueron detenidos en sus lechos los obispos de Tournai, de Gand y Troyes y después encarcelados en Vincennes. Los seminaristas de sus diócesis fueron llamados a filas y para castigar al señor Emery, que había hecho frente al irascible emperador¹⁴, por un decreto de 20 de octubre se declaró suprimida la Compañía de San Sulpicio. Otro decreto prescribió la clausura de todos los seminarios menores: sus alumnos, si querían, podían continuar sus estudios en las escuelas municipales.

El cardenal de Lión, si bien su influencia iba dismi-

¹³ El señor Barou, nombrado en 1819 cura de Montbrison, llegó a ser vicario general de Lión.

¹⁴ El señor Emery, que murió poco tiempo después, no tuvo reparo alguno en responder al emperador que, para someter al Papa, se constituía en dueño absoluto de Europa: «Lo que ahora está sucediendo no sucederá siempre».—El señor Emery, nacido en Gex, es una de las glorias de la diócesis de Lión.

nuyendo¹⁵, pudo conseguir de su imperial sobrino una prórroga de algunos meses. Mas al finalizar el curso de 1812, todos los seminarios menores de la diócesis —Verrières, La Roche, Saint-Jordard, L'Argentiére, Alix, Meximieux— hubieron de cerrar las puertas. Doscientos alumnos quedaron en la calle. El incasable señor Courbon, encargado especialmente de las casas de educación, intentó organizar externados en las poblaciones donde hubiese escuelas públicas: «Bourg, Belley, Villefranche, Roanne y Saint-Chamond»¹⁶. Alguien propuso, en el Consejo del Arzobispado, colocar aquellos jóvenes en establecimientos del Estado. «No, no, exclamó el cardenal; no quiero condenarme. Por nada del mundo sujetaría a mis jóvenes al régimen de la Universidad; la Universidad es como un gran cuartel; allí se educan soldados, y yo quiero sacerdotes»¹⁷.

Movido de tales sentimientos, Monseñor Fesch tomó una resolución atrevida: abrir de nuevo el seminario de Verrières. Lo hizo, sin embargo, con el mayor secreto. Por otra parte, era cosa relativamente fácil, en aquel rincón apartado, lejos de las grandes vías de comunicación. Además, si la Policía llegaba a descubrirlo, se podría responder, sin mentira, que la casa de Verrières no era más que una sucursal del seminario mayor de Saint-Irénée, demasiado reducido aquel año para alojar a todos los futuros ordenandos de Lión. Durante el octubre de 1812, fueron enviados a Verrières los jóvenes seminaristas que habían terminado ya sus estudios clásicos. Eran unos doscientos. Allí habían de cursar un año de filosofía, antes de ingresar en el seminario mayor de San Ireneo. Juan-María Vianney, a pesar de su escaso bagaje literario, fue admitido a seguir aquel curso obligatorio.

¹⁵ Había desagradado a Napoleón al tomar decididamente partido, conforme era su deber de cardenal, por la Santa Sede Apostólica. Cuando fue a comunicarle lo resuelto por la comisión de prelados, «No me someteré...», gritó el emperador. —Si queréis hacer mártires, comenzad por vuestra familia, replicó el tío; yo estoy dispuesto a sellar con sangre mi fe; pero tenedlo entendido: mientras el Papa no consienta en esta medida (la institución de futuros obispos por solo los metropolitanos), yo metropolitano, no instituiré jamás a ninguno, sea quien fuere, de mis sufragáneos; más aún: si alguno se atreviese a hacerlo en mi lugar, le excomulgarla al punto» (LYONNET, *ob. cit.*, t. II, p. 336).

¹⁶ Carta del Cardenal Fesch a su clero, 1^o. de febrero de 1813.

¹⁷ LYONNET, *Le cardinal Fesch*, t. II p. 436.

El señor Barou distribuyó sus *filósofos* en dos grupos, confiados al reverendo Grange y al reverendo Chazelles¹⁸. Hubiera sido menester formar al menos cuatro grupos, pero escaseaban los maestros. Juan-María fue discípulo del señor Chazelles. Era el *decano* de su clase y su profesor más joven que él. No se turbaba por esto, pues había progresado mucho en humildad, que es la ciencia de los santos, aun en la esfera de las disciplinas humanas.

La primera vez que fue preguntado en clase, no entendía el sentido de la lección y quedóse sin palabras. Las risas — en todas partes «esta edad no conoce la compasión» — resonaron en la clase. El profesor, según era costumbre en los seminarios, preguntaba en latín y el pobre filósofo tenía harto trabajo en traducir línea por línea, en las páginas del libro. Es cierto que muchos de sus condiscípulos no estaban muy fuertes en aquella lengua. Por esta causa, de la sección del señor Chazelles fue separado un grupo de siete alumnos, a los que se dio la enseñanza en francés¹⁹.

A pesar de su buena voluntad, el santo joven entendía muy poco la dialéctica: las *mayores*, las *menores*, no le iniciaron ciertamente en la lógica, de lo cual, gracias a Dios, su gran sentido práctico le había abundantemente provisto. A pesar de que, en 13 de junio de 1813, o sea después de siete u ocho meses pasados en Verrières, escribía a su «muy querido padre»: «en cuanto a mis estudios, van algo mejor de lo que hubiera creído», sin embargo, «fue un alumno extremadamente flojo durante todo el curso»²⁰.

Dios quería que, como San Pablo, fuese un «ignorante del arte del bien decir», y si su modestia no le hubiese inclinado a callar, habría podido responder a los primeros de su clase

¹⁸ El señor Grange fue después de párroco de San Luis en Saint Etienne (1829), y vicario general del cardenal Bonald, arzobispo de Lyon (1840). El Rdo. Chazelles entró en la Compañía de Jesús, fue capellán de la escuela militar de la Fleche y superior del colegio de Bardstown, en América. —El señor Barou, además de los señores Grange y Chazelles, tenía en Verrières otros dos auxiliares: el Rdo. Rossat, futuro obispo de Gap (1841) que hacía de prefecto de estudios, y el Rdo. Merle, director y prefecto de disciplina.

¹⁹ Rdo. J. B. TOURNIER, cura de Grand-Corent (Ain), antiguo condiscípulo de J.-M. Vianney, en Verrières. De las declaraciones de este sacerdote están sacados la mayor parte de los pormenores sobre esta época de la vida del Santo. *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1292-1293.

²⁰ Rdo. J. B. TOURNIER. *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1292-1293.

lo que otro santo, el poeta italiano Jacopone de Todì: «Os de-
jo los silogismos, las asechanzas de palabras y los cálculos
sutiles. Os doy el arte, cuyo secreto pertenece a Aristóteles.
Una inteligencia sencilla y pura se eleva sola, sin el auxilio
de «filosofías», hasta la presencia de Dios»²¹.

No comprendido de los hombres, Juan-María Vianney se
volvió hacia Dios, el amigo eterno, que entiende de los silen-
cios y percibe los íntimos latidos del corazón. Por lo menos
en la capilla podía expansionarse y llorar a su gusto. Su
querida madre reposaba ya difunta en aquella parte del ce-
menterio que mira hacia Dardilly; mas precisamente enton-
ces la sentía más viva y más próxima a su espíritu y le con-
fiaba sus amargas cuitas. Sus picarescos condiscípulos le
convertían en objeto de burla y su maestros eran muy par-
cos en darle alientos. «En Verrières, dirá después, tuve algo
que sufrir.» Es fácil adivinar lo que en sus labios, siempre
caritativos en el hablar, significa este *algo*. Sus continuadas
y largas visitas a la capilla le iban dando ánimo. En adelante,
al echar de menos el corazón maternal, que nada en la tierra
es capaz de suplir, su devoción a la Virgen será más fiel y
más tierna. Su piedad para con ella le hará pronunciar el *vo-
to de esclavitud*, por el cual se entregará sin reservas²².

Sería, empero, exageración afirmar que Juan-María vivió
en Verrières aislado y perseguido. «Los más formales y
piadosos gustaban de tomarlo como modelo, dice uno de sus
antiguos condiscípulos; se complacían en su trato, porque
les hablaba casi siempre de Dios y de la Santísima Virgen»²³.
De esta manera se ganó la simpatía de Marcelino Champag-
nat, el futuro fundador de los Hermanos Maristas.

Marcelino no era tenido por un águila. Había comenzado
los estudios a los diecisiete años. Salido del seminario por
incapacidad al empezar el curso, prometió, como Juan-
María, una peregrinación al santuario de La Louvesc. Fue
admitido de nuevo en Verrières. Finalmente, después de cin-

²¹ * *Poesías espirituales*, I, I, sat. I.

²² Este voto es una piadosa inspiración del bienaventurado Luís María Grignon
de Montfort.

²³ Rdo. Esteban DUBOIS, cura de Fareins, *Proceso apostólico nepereant*, p. 880. El
señor Dubouis dice haber recibido este pormenor de su tío el P. Decías, marista, anti-
guo condiscípulo de Juan-María Vianney en Verrières.

co años de un trabajo encarnizado, pudo llegar al curso de retórica, que hubo de repetir. Al comenzar el año 1812, se encontró en la clase de filosofía con el discípulo del señor Balley. Marcelino tenía veintitrés años; Juan-María veintiséis y medio. La edad ya avanzada, la comunidad de penas, la semejanza de gustos y virtudes les unieron bien pronto en estrecha amistad²⁴.

En Verrières se habían conservado las costumbres de los tiempos heroicos. Aunque no estaban tan mal alojados como antes, el régimen era duro, la comida frugal y el reglamento severo. Juan-María, lejos de quejarse, se mostró siempre muy contento, y nunca se vio que faltase a sus deberes. Sin embargo, su conducta no llamó especialmente la atención: ¡gustaba tando de pasar inadvertido! Nada nos induce a creer que hubiese sido citado alguna vez como modelo; al poco éxito de sus estudios se unió, por parte de los demás, cierta desestima. Sus notas de fin de curso fueron las siguientes:

<i>Trabajo</i>	Bien
<i>Ciencia</i>	Muy endeble
<i>Conducta</i>	Buena.
<i>Carácter</i>	Bueno.

Aunque el señor Barou fuese buen educador, no tenía obligación de ser profeta. Al fijarse tan sólo en lo exterior, no supo apreciar el exquisito tesoro que la Providencia había puesto en sus manos.

²⁴ Cf. Mons. LAVEILLE, *Un condisciple et emule du Curé d'Ars, Marcellin Champagnat*. París, Téqui, 1921, p. 34 a 36.

VIII. EN EL SEMINARIO MAYOR DE LYON
(1813-1814)

Las felices vacaciones de 1813.—El seminario de San Iréneo.—Una virtud admirable.—Un cerebro rebelde.—¡Despedido!—Una visita al noviciado de los Hermanos.—Un examen en la casa parroquial de Ecully.—La decisión del señor Courbon, vicario general.

Juan-María no había sido muy dichoso en Verrières. Apenas había llegado a entender aquella filosofía insípida y fría, inspirada en Descartes y explicada según el sistema de la vieja Sorbona. En julio de 1813 fue muy grande su alegría cuando al volver a Ecully encontró a su antiguo maestro. Recibióle éste con no menor satisfacción. Una vez juntos se comunicaron sus esperanzas: la subida hacia el sacerdocio era muy áspera, pero la cumbre estaba más cercana. Al llegar a ella ¡cómo respiraría a su placer! El ministerio de las almas no tendría tantas arideces como las clases y los libros... Sin pérdida de tiempo, el señor Balley pensó en preparar a su discípulo para su ingreso en el seminario mayor de Lión. Aquellas vacaciones fueron sin duda las mejores —y las últimas— de que gozó durante toda su vida.

El seminario mayor de San Ireneo, edificado en la plaza Croix-Paquet de Lión, al pie de la Croix-Rousse, después de haber sido durante la Revolución depósito de armas y ambulancia militar, había vuelto, el día 2 de noviembre de 1805, a su primer destino¹. Era una inmensa casa de tres pisos, cu-

¹ El seminario mayor de Lión, fue trasladado a la plaza de los Mínimos el 31 de octubre de 1853. Los edificios y capillas del antiguo San Ireneo, edificado en la plaza Croix-Paquet, han desaparecido del todo. Al cardenal Fesch le costó lo indecible res-

yos jardines estaban cruzados por «un hermoso paseo de tilos»². Hacía dos años que los Padres de San Sulpicio no cuidaban de la dirección del establecimiento. El decreto de 26 de diciembre de 1811, por el que se retiraba a los dignos hijos del Padre Olier el gobierno de todos los seminarios de Francia, los había arrojado de Lión. El cardenal protestó y suplicó: Napoleón estuvo, con él y con los demás preladados, inflexible.

Los sulpicianos fueron sustituidos por algunos jóvenes sacerdotes de la diócesis, mas «los corazones no les eran afectos»³. Todos se lamentaban de que los nuevos directores eran demasiado jóvenes: tenían aún poca experiencia y algunos de los alumnos los habían conocido en los escaños de las aulas... Su juventud, empero, no impedía el que algunos fuesen hombres de gran valer.

El nuevo superior era el señor Gardette. Ordenado de sacerdote durante el Terror, había sido encerrado y encarcelado en los pontones de Rochefort. Poseía una piedad profunda, pero quizás por lo mucho que había tenido que sufrir, se producía a veces con cierto aire de rudeza y severidad y exigía con excesivo rigor la observancia del reglamento. El prefecto del seminario era el bueno, sabio y distinguido señor de la Croix d'Azolette, futuro obispo de Auch; el ecónomo, un modesto sacerdote, el Rdo. Menaide; el profesor de Sagrada Escritura y de Liturgia, el señor Mioland, joven sacerdote de veinticinco años, amable y simpático, que llegó a ser arzobispo de Toulouse. Los señores Cholleton y Cattet, recién salidos del seminario de San Sulpicio de París, enseñaban respectivamente la moral y el dom^o. Estos profesores estaban dotados de un saber verdadero y aun brillante; para formar a los seminaristas lioneses en ciencia y en virtud, se esforzaron en continuar las tradiciones de los de San Sulpicio.

Juan-María Vianney, que a primeros de octubre se puso

catar el edificio. «Después de haber pasado por diferentes manos, fue declarado propiedad del ministerio de Hacienda. Y ya sabemos cuánto cuesta arrancar cualquier cosa de tan apretadas garras». (LIONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 221).

² LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 392 y 211.

³ Ibidem.

bajo su dirección, iba a ser durante algunos meses su discípulo. Allí encontró a Marcelino Champagnat, que le había seguido a San Ireneo; Juan-Claudio Colín, a quien la Iglesia debe la Compañía de María, y Fernando Donnet, que a los ochenta y siete años de edad murió siendo cardenal-arzobispo de Burdeos.

Ciertas prescripciones de la regla hubieron de parecer a nuestro seminarista algún tanto embarazosas y nadie dice si pudo salir bien airoso en su cumplimiento. «Su eminencia, dice el Rdo. Lyonnet, no cesaba de recomendar, cuando iba al seminario, el porte eclesiástico; quería que sus sacerdotes se presentasen con una indumentaria conveniente y con un exterior decentemente compuesto. Con tales miras ordenó el uso del cosmético en el cabello y de hebillas en los zapatos. Deseaba también que los seminaristas de Lión llevaran, cuando salían por la ciudad, manteo largo, como hacían los de París»⁴.

El curso escolar del 1813a!814se abrió, después de los tradicionales días de retiro, poco antes de la feria de Todos los Santos. Un futuro canónigo de Belley, que acababa aquel año la teología, conservaba, siendo ya muy anciano, el recuerdo «del nuevo» seminarista, cuya fisonomía le había impresionado; porque a pesar de su amor al retiro y al silencio, Juan-María no podía pasar inadvertido. A los veinticinco años tenía ya el aspecto de un asceta: «El recogimiento, la modestia, la abnegación de sí mismo, la penitencia llevada hasta la maceración se traslucían en todo su exterior. Si todos los 250 seminaristas que habitaban en San Ireneo hubieran sido otros tantos Vianney, aquella casa habría parecido durante los paseos y recreos una imagen exacta de una comunidad de trapenses»⁵.

Pero hubo algunos testigos más asiduos de una vida tan edificante. San Ireneo no alojaba sino incómodamente a todos sus alumnos. Fue menester reunir varios en los aposentos más capaces. Juan-María tuvo por compañeros, además del señor Bezacier, a quien aún no conocía, a los Rdos.

⁴ LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 397.

⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 1272.

Decías y Duplay, amigos suyos de Verrières. «Su observancia regular era perfecta, dice el señor Bezacier; desde nuestra habitación, no había que andar sino dos pasos para ver desfilar un regimiento suizo que estaba al servicio de Francia y oír su excelente banda de música. Muchos se dejaban vencer por la curiosidad; en cuanto a Juan-María, no recuerdo que jamás se hubiese movido»⁶.

Más tarde, el señor Decías, que había entrado en la congregación de los Maristas, decía a su sobrino Esteban Dubouis: «Tuve ocasión de conocerle bien en otros tiempos; es un santo»⁷.

Podría creer alguno que Vianney se singularizaba un poco. Todo lo contrario: «Nada de extraordinario en su conducta: su secillez era extremada.»

Desgraciadamente, según el señor Bezacier, «el resultado de sus estudios era nulo, pues no entendía bastante bien la lengua latina. Muchas veces yo mismo le di varias lecciones, que por otra parte no acababa de coger. A pesar de ello, su aplicación era continua»⁸.

«Todos sabíamos, refiere el señor Pansut, que Juan-María Vianney no había cursado con regularidad sus estudios, ya nadie se maravillaba de su escaso éxito. Si más tarde obró verdaderos milagros en la dirección de las almas, lo debió a su perseverante trabajo y sobre todo a las gracias de que Dios le colmó visiblemente»⁹.

El superior, señor Gardette, se interesó ciertamente por aquel seminarista cuya piedad y heroica aplicación le eran conocidas. Dióle como repetidor el reverendo Juan Duplay, uno de los primeros de la clase. Menos tímido al lado de este condiscípulo, que le preguntaba en francés, Juan-María daba en la misma lengua respuestas muy justas y atinadas¹⁰.

El mismo señor Mioland, uno de los profesores, se brindó por caridad a darle alguna lección. Le explicó la teología en

⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 1228, p. 1620.

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1273. El libro de texto en el seminario de San Ireneo de Lyon era entonces el manual teológico de Bailly: *Theologia dogmática et moralis ad usum seminariorum*, auctore L. Bailly.

⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 1620.

¹⁰ Según una carta del cardenal Donnet a Monseñor Langalerie, el 25 de enero de 1866;

un manual escrito en francés y redactado con mucha claridad, llamado *Rituel de Toulon*¹¹. Gracias a estas enseñanzas, mejor adaptadas a su capacidad, el joven Vianney hubiera podido adquirir en el seminario las nociones suficientes. Mas siendo el latín el lenguaje oficial de las clases y de los exámenes, para nuestro atrasado estudiante las explicaciones públicas eran poco menos que letra muerta¹². Hecha la prueba, los profesores no le preguntaron más.

¡Cuánto no hubo de sufrir al ver la esterilidad de sus esfuerzos! Nadie como él, en San Ireneo, deseaba el sacerdocio y nadie parecía estar más alejado... Pero qué colmo de pena, qué desaliento, cuando «después de cinco o seis meses, los directores, pensando que no podría salir adelante, le rogaron que se retirara»¹³.

¹¹ Obra de Mons. Joly de Choin, nombrado obispo de Tolón en 1738.

¹² «Entendía mal el latín y lo hablaba peor». (Rdo. DUBOIS, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 883, según el P. Decías, su tío).

¹³ Siguiendo el Rdo. Monnin (*Le Curé d'Ars*, ed. en 8.º de 1861, I, 1, p. 123; ed. en 12, t. I, p. 95) se ha escrito ordinariamente que Juan-María Vianney fue suspendido en el *examen de ingreso* y hubo de regresar a Ecully. Todos los testimonios que poseemos, fuera de la afirmación del señor Monnin, indican claramente que el examen en que nuestro Santo fracasó tuvo lugar durante el curso del 813a/814y determinó su salida del seminario mayor a fines del primer semestre.

1.º «Pasados cinco o seis meses, refiere el señor Bezacier, después cura de Lescheroux, en la diócesis de Becey, los directores, creyendo que no podría terminar con éxito, le rogaron que se retirara. Entonces se fue al lado del señor Balley, en Ecully...» (*Proceso del Ordinario*, p. 1273).

2.º «Mi tío y muchos otros seminaristas, dice el Rdo. Dubouis, sobrino del P. Decías, sintieron gran aflicción al verle salir del seminario mayor y gran alegría cuando le vieron volver para recibir juntamente con ellos el sacerdocio.» (*Proceso apostólico ne pereant*, p. 881).

3.º El Rdo. Raymond es todavía más explícito: «Durante las vacaciones que siguieron el año de Filosofía, el señor Balley le dio las primeras nociones de Teología. Juan-María, con los demás, por Todos los Santos de 1813, entró en el seminario mayor de Lión. Suspendido en el primer examen de Pascua, volvió a casa del señor Balley para terminar en francés sus estudios de Teología.» (*Proceso del Ordinario*, p. 275).

¿De dónde proviene, pues, el error del señor Monnin? Este error que confunde dos años al menos de cronología, nace de una modificación en la *Vida* manuscrita fragmentaria que dejó el señor Raymond (p. 60).

El señor Raymond escribe: «Después de *dos o tres meses* de continua solicitud por parte del maestro y de perseverantes esfuerzos por parte del discípulo», el señor Balley hizo entrar de nuevo a Juan-María de Vianney en San Ireneo.

El señor Monnin transcribe: Después de *uno o dos años* de continua solicitud... etc.»

El Reverendo Raymond refiere seguidamente que Juan-María no lograba entender las explicaciones de latín, por lo que tuvo de repetidor al Rdo. Mioland, que le explicó la Teología en francés: «pero que así y todo, cuando hizo su primer examen, no pudo responder de manera satisfactoria». El señor Monnin, retrasando un año, y aun dos, el reingreso de Juan-María en San Ireneo, no podía coincidir con las verdaderas fechas, al ver que el estudiante, suspendido primero y admitido de nuevo después,

¡Despedido aquel cuyas reliquias verán un día postrado bajo la cúpula de San Pedro de Roma al Soberano Pontífice, que las perfumará de incienso! Esta fue la prueba más dura de toda su vida. Le oiremos después hablar con gusto de sus miserias y de sus contradicciones; jamás, al menos en cuanto sea posible recordarlo, hará alusión a aquella salida del seminario mayor.

«Muchos de sus condiscípulos sintieron gran pena al verle partir»¹⁴. El, en cambio, aceptó aquella sentencia con resignación y sin queja. Pasados cincuenta años, uno de sus confidentes de entonces, el cardenal Donnet, nos lo dirá: «El recuerdo de su humildad y de sus prudentes palabras al hablar con él en aquellas circunstancias, quedó profundamente grabado en mi espíritu»¹⁵.

¿Qué haría, pues, en adelante? La puerta del santuario se le había cerrado. ¿Volvería a la vida del mundo, él que tan sólo tenía un deseo: darse enteramente a Dios?... Entonces Juan-María se acordó de uno de sus compañeros de infancia, Juan Dumond, el cual, el 27 de noviembre del año anterior, había vestido el hábito de los *Hermanos* en el noviciado de Lión del *Colegio Menor*. Un nuevo ensueño surgía en el alma del pobre seminarista fracasado: sotana por sotana, cambiaría la suya por la de *Hermano* de cuatro mangas. Sin ver siquiera al señor Balley ni pedirle consejo, salió de San Ireneo para llamar a la puerta del Colegio, situado no lejos de la iglesia primada de San Juan.

«No sé bastante latín para ser sacerdote, dijo a su amigo Juan Dumond, que se había convertido en Hermano Gerardo; volveré aquí para ser Hermano.» Y se fue por algunos días, según él creía, a la casa parroquial de Ecully.

El señor Balley, que le recibió en sus brazos y sobre cuyo corazón lloró amargamente, escuchó sus confidencias. Después tomó la palabra y aseguró de nuevo a su protegido que Dios le había elegido para servirle en el altar. «Escribe a tu

había sido ordenado de subdiácono en 1814. Foresta razón supuso un primer examen de reingreso de resultado nulo y después otro en Ecully, que permitió a Vianney entrar de nuevo en San Ireneo, para no salir de allí hasta el sacerdocio. Ya veremos cuan diferentemente ocurrieron las cosas.

¹⁴ Rdo. DUBOUIS, *Proceso apostólico ne pereant*. p. 881.

¹⁵ Carta de 25 de enero de 1866, ya citada.

amigo de Lión, añadió, que no hable de nada y que yo quiero que continúes los estudios»¹⁶. Era de todo punto necesario intentar un último esfuerzo.

Maestro y discípulo, después de haber orado juntos, pusieron manos a la obra. El estudio del *Ritual de Tolón* fue reanudado. El señor Balley echaba mano alternativamente del francés y del latín. ¿Acaso Vianney no estaba obligado a entender en la lengua de la Iglesia, al menos las cosas más esenciales? Por lo demás, el Espíritu de Dios, que habitaba en aquella alma, llenaría las lagunas y supliría las deficiencias... ¿Mas cómo se haría esto? El interesado lo ignoraba y entretanto era motivo de muy vivos sufrimientos.

Felizmente, su piedad le sostenía y el mismo Dios acudía en su ayuda. «Cuando estudiaba, decía más tarde, la angustia me oprimía. No sabía qué hacer. Me parece que estoy viendo aquel lugar de Ecully: pasaba junto a la *casa de la señora Bibost*. Allí me fue dicho, como si se me hablara al oído: ¡Bah! está tranquilo; un día serás sacerdote»¹⁷.

Entretanto se acercaba el tiempo de las ordenaciones. El examen canónico comenzaba a fines de mayo y el señor Balley se aventuró a presentar a su discípulo. La diócesis todavía estaba falta de sacerdotes; el candidato iba a cumplir los veintinueve años; hacía tres que había recibido la tonsura; era ya tiempo, si no había que desesperar del todo, de que recibiera al menos las órdenes menores; éstas fueron las razones que parecieron bastantes para no tardar más.

Apenas habían pasado tres meses desde su salida del seminario cuando Juan-María Vianney apareció de nuevo entre los antiguos condiscípulos, muy satisfechos de verle.

¹⁶ La gestión de Juan-María Vianney para entrar en el *Colegio Menor* se halla consignada en el *Essai historique sur la Maison-Mère de l'institut des Ecoles chrétiennes*, París, 1905, p. 139, y en la *Notice sur le C. F. Gérard* por el H. Felipe, 20 de octubre de 1873, n. 367, p. 8.

El H. Gerardo profesó en 1812 y murió el 9 de julio de 1873, a los ochenta y seis años. Fue maestro de novicios en Nantes en 1839 y después director de la escuela de Chateaubriand y de Saint-Malo. Los viejos que le hablan conocido no le llamaban sino «el santo Hermano Gerardo».

El Colegio Menor aquí mencionado había sido, antes de la Revolución, un anexo al Colegio de la Trinidad o Colegio Mayor, regentado por los jesuitas. La casa-madre de los Hermanos de las Escuelas Cristianas fue trasladada de Roma allí, en 1804 y muy pronto quedó instalado en ella el noviciado.

¹⁷ Rdo. MONNIN, *Le Cure d'Ars*, t. I, p. 310.

Sentado en el último lugar, aguardó su turno. Introducido en el aula de los exámenes, vio a aquel venerable tribunal presidido por el canónigo Bochard, vicario general, y compuesto de cuanto más sabio y digno tenía la diócesis de Lión. Muy impresionado ya, oyó que le llamaban. Desconcertóse en seguida, entendió mal las preguntas que se le hicieron en latín, se embarulló y no contestó sino de una manera incompleta. El tribunal examinador quedóse perplejo. Conocían todos el recto juicio y natural criterio del señor Balley; no ignoraban los elogios que había hecho de la piedad y energía de su discípulo... ¿Había que rechazar a aquel pobre seminarista de tan buena voluntad o al menos prolongar su espera? Creyóse preferible declinar toda responsabilidad en aquel caso de duda: Juan-María Vianney era libre para solicitar su admisión en otra diócesis, si algún obispo quería admitirle. Aquel mismo día por la tarde regresó a Ecully. El señor Balley vio el peligro y al siguiente corrió hacia Lión. Aconsejóse primeramente con el sacerdote que había oído la primera confesión de Juan-María y que le había hecho comulgar por primera vez: el señor Groboz, que había llegado a ser secretario del arzobispado de Lión, acompañó al señor Balley al despacho del vicario general, quien el día anterior había examinado a Juan-María. El párroco de Ecully no hizo sino repetir lo que pensaba de su discípulo, el menos instruido quizás, pero uno de los más virtuosos de entre los seminaristas de Lión. El señor Groboz refirió también preciosos recuerdos. El señor Bochard se dejó convencer y prometió que estudiaría el asunto. Más aún, a ruegos del Rdo. Balley, aceptó ir el día siguiente a Ecully y llevar en su compañía al superior del seminario. Ambos examinarían en la intimidad al desgraciado candidato.

Tranquilizado por una resolución tan benévola, Juan-María Vianney «respondió muy bien a las preguntas que se le hicieron, por lo que quedaron muy satisfechos». Así se expresa el señor Betemps, canónigo de San Juan de Lión, antiguo amigo del señor Balley y, a la muerte de éste, confesor de Juan-María durante algunas semanas¹⁸. El Rdo. Bochard

¹⁸ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 35.

salió de Ecully favorablemente impresionado, pero no era él quien en definitiva había de tomar la decisión.

Después de la sangrienta batalla de Leipzig (20 de octubre de 1813), rusos, austríacos, alemanes, suecos, ingleses y españoles coaligados habían invadido Francia. El 11 de abril siguiente, Napoleón, vencido, firmaba su abdicación. Su madre y su tío el cardenal hallaron refugio junto al papa Pío VII. Al ausentarse Su Eminencia, el primero de los vicarios mayores, Rdo. Courbon, se había hecho cargo del gobierno de la diócesis. El era, pues, quien tenía que decidir sobre la suerte de Juan-María Vianney. No faltó quien le hizo ver que el discípulo del señor Balley no entendía bien sino su lengua materna y que había que desesperar de que entendiese el latín.

El vicario general sintióse inclinado a la indulgencia. Por lo demás, ¿caso la situación del arzobispado no era muy difícil? ¿No hacía unos dos años, por Navidad de 1812, que habían sido «admitidos en masa», para mejor librarles del servicio militar, «todos los alumnos del primer año de teología, y los demás de los otros cursos no ordenados aún de subdiáconos»?¹⁹.

El señor Courbon, bueno y sencillo, se limitó a preguntar: «¿Juan-María Vianney es piadoso?... ¿Es devoto de la Santísima Virgen?... ¿Sabe rezar el rosario?

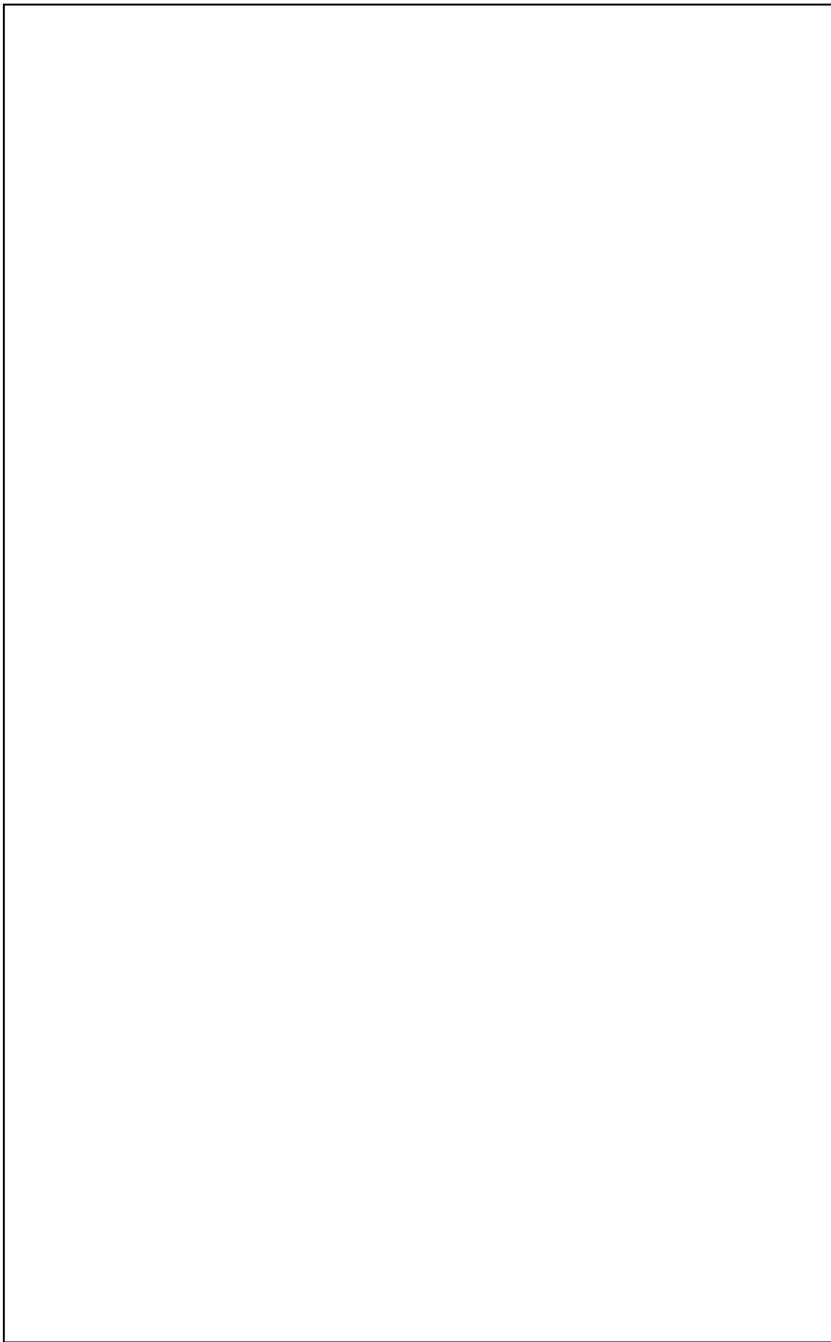
—Sí; es un modelo de piedad.

—¿Un modelo de piedad? Pues bien, yo le admito. La gracia de Dios hará lo que falte»²⁰.

Nunca el señor Courbon estuvo más inspirado.

¹⁹ «Estos alumnos no habían pasado por el Consejo de admisión (que solían celebrar los directores) ni tenido el examen previo según los sagrados cánones; pero el cardenal había declarado que todo individuo que tuviera veintiún años y que no se presentase al subdiaconado, sería por este sólo hecho excluido del seminario, lo cual equivalía a decir que tendría que ir al servicio militar.» (*La venté sur le cardinal Fesch ou réflexions d'un anden vicaire general de Lyon*. Lyon, Lesne, 1842, p. 164). Esta admisión en masa provocó una viva protesta por parte del superior de San Ireneo, señor Gardette, pero no pudo conseguir la dilación de las ordenaciones. Napoleón estaba entonces en Rusia, y «Su Eminencia tenía alguna razón al temer que una batalla perdida podría dar pretexto para llamar a filas a cuantos no estuviesen ya comprometidos». (Id., p. 166).

²⁰ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 65; Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. U 5.



IX. DEL SUBDIACONADO AL SACERDOCIO (1814-1815)

La elevación al subdiaconado.—Los presentimientos del reverendo Millón.—La política en el seminario mayor.—La ordenación de diácono.—El examen canónico para el sacerdocio.—Las testimoniales.—La consagración sacerdotal.—Las impresiones del 13 de agosto de 1815.

Por medio de la humillación y el sufrimiento el Escultor divino había ido modelando y embelleciendo aquella alma. Era llegada la hora de la consagración. El Rdo. Vianney se enteró con un reconocimiento infinito que el día 2 de julio, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, recibiría a la vez las órdenes menores y el subdiaconado. La autoridad diocesana le dispensaba de los *intersticios* canónicos. ¡Qué *Te Deum* en la casa parroquial de Ecully!

Juan-María volvió al seminario un mes antes de la ordenación a fin de prepararse con unos ejercicios espirituales y de oír las instrucciones necesarias sobre las ceremonias y sobre los poderes que iban a serle otorgados.

En la mañana del 2 de julio, el futuro subdiácono, revestido del alba blanca, dio el paso simbólico que le separaba para siempre de la vida secular y mundana; después, al tocar el cáliz destinado a contener la sangre de Cristo, contrajo místicos desposorios con la virtud de la castidad.

Se celebró la ceremonia en la iglesia primada de San Juan. Marcelino Champagnat, su querido condiscípulo de Verrières, había recibido el subdiaconado en Grenoble el día 6 de enero de aquel mismo año, de manos de Mons. Simón¹.

¹ Cf. Mons. LAVEILLE, *Marcellin Champagnat*, ob. cit., p. 44.

Pero Juan-Claudio Colín, que a causa de sus escrúpulos hubo de diferirlo, se hallaba entonces entre los ordenandos, al lado de Juan-María Vianney². Mons. Simón, venido ex profeso de Grenoble, recibió los juramentos.

Tuve la dicha, cuenta el Rdo. Pedro Millón, cura de Beny, de estar muy cerca de él. Después de la ceremonia, la costumbre exigía marchar en procesión hacia la iglesia Primada o al seminario mayor. Maravillóme el entusiasmo con que cantaba el *Benedictus*, himno de acción de gracias. Su rostro parecía resplandeciente. Movido por no sé qué presentimiento, le aplicaba yo las palabras del versículo: *¡Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo!* y decía para mis adentros: posee menos ciencia que otros muchos, pero en el ministerio sacerdotal hará cosas grandes³.

Puesto que el señor Balley respondía de su protegido, le fue permitido tenerlo a su lado, durante el año escolar de 1814 a 1815⁴. Maestro y discípulo tuvieron sobrados motivos de felicitarse, pues aquel año fue para el seminario de San Ireneo verdaderamente deplorable: el recogimiento se hizo en él imposible y con él los estudios, el aprovechamiento y la formación sería.

Si hay que dar oídos a un contemporáneo, la noticia de la abdicación del emperador «fue recibida en Lión con una verdadera embriaguez de entusiasmo, que rayaba en locura. Parecía a la gente que se iba a pasar de la edad de hierro a la edad de oro tan celebrada de los poetas»⁵.

Mientras Napoleón, desterrado, partía para la isla de Elba, el infortunado cardenal Fesch iba errante de Mimes a Montpellier, de Montpellier a Blois, de Blois a Bourges... Vuelto a Lión por algunos días, volvió a partir el 27 de abril. La odisea del prelado, digno de mejor suerte, no tuvo fin sino

² Cf. *Le venerable Colín*, ob. cit., p. 20-21.

³ *Proceso del Ordinario*, p. 1281.

⁴ «Le conocí en el Seminario Mayor, donde pasó cerca de un mes para prepararse a las sagradas órdenes, dice de Juan-María Vianney el Rdo. Millón, que recibió con él el subdiaconado. Sus estudios de Teología los cursaba en casa del señor Balley, cura de Ecully.» (*Proceso del Ordinario*, p. 1281).

⁵ LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 513; p. 517.

en Roma, donde fue acogido por Pío VII con una mansedumbre inagotable.

El día 14 de abril, ante la noticia de que Luis XVIII era proclamado «rey de Francia y de Navarra», el cabildo de Lión, en ausencia del arzobispo y a sus espaldas, prescribió el canto del *Te Deum* en la iglesia metropolitana y en todas las demás de la diócesis. El señor Groboz, secretario general del arzobispado y gran amigo del señor Balley, «arrastrado por su vieja fe monárquica y los recuerdos de su emigración», era uno de los más exaltados. Los seminaristas le imitaron. Todas aquellas cabezas juveniles habían llegado a extremos inconcebibles; en la avenida de los tilos de San Ireneo, durante largo tiempo se habló más de política que de teología... Desde Roma continuaba el cardenal Fesch gobernando la diócesis; pero sus bienes habían sido confiscados y su autoridad era tenida por nula.

¡Momento teatral! De repente, a principios de marzo de 1815, llega la nueva de que el emperador destronado acababa de desembarcar en Francia, en el golfo Juan. Rápido como el rayo, el día 10 hace en Lión una entrada triunfal. Muchos sacerdotes son encarcelados a causa de sus entusiasmos legitimistas... El 26 de mayo, el cardenal Fesch, al son de todas las campanas, aparece de nuevo en la ciudad. Está allí sólo tres días y el 29 sale de nuevo para no volver jamás.

El día antes de irse a París, hizo una visita a los seminaristas de San Ireneo. Mas dejemos a un contemporáneo que nos cuente esta historia en el estilo pomposo propio de aquella época:

Muchas eran las quejas que habían llegado hasta el cardenal a causa del espíritu ultrarrealista que se había enseñoreado de aquella casa; la *policía* tenía noticia de ello y quería hacer un escarmiento; poseía pruebas que comprometían la existencia misma del establecimiento. Muchos jóvenes seminaristas, de cabeza ardiente e imaginación exaltada, sin calcular todo el alcance de su proceder, se habían inscrito en una federación legitimista que se organizaba en la montaña de Forez... Todos se negaban a cantar en la iglesia el *Domine, salvum fac imperatorem Napoleonem...*

Su Eminencia no estaba dispuesto a sacrificar, por culpa de al-

gunos imprudentes, una casa que había costado tantos desvelos y que era tan necesaria; porque ¿qué hubiera sido de la diócesis si la fuente que alimentaba y continuaba el sacerdocio se hubiera interrumpido? Acompañado de los señores Courbon y Bochart, se presentó en el seminario para llevar palabras de paz y de moderación a los jóvenes teólogos, que se hallaban bajo una influencia ajena a su vocación. Pero en cuanto vieron de lejos la sotana roja del prelado, adivinaron el motivo de la visita: unos, como enjambre espantado, corrieron a sus aposentos; otros, mostraron recelo; otros, murmuraron en voz baja. No sin gran trabajo, los vicarios generales lograron reunir y apaciguar a unos pocos. El cardenal, después de haberles dirigido algunas palabras de prudencia, se convenció de que era inútil razonar con aquellas cabezas exaltadas... y se retiró desesperanzado una vez más de la causa de su sobrino...

Mientras el prelado subía al coche (era una miserable calesa de punto), uno de los voluntarios realistas de sotana escribió con yeso detrás el grito favorito de 1814 de: / *Viva el Rey!* El cardenal atravesó toda la ciudad con esta singular inscripción, sediciosa para un príncipe de la familia imperial como él, que no reconocía más que el águila y los trofeos⁶.

Cuando el 29 de mayo, el cardenal salió hacia París, no todo parecía hallarse comprometido. Mas por la tarde del día de Waterloo (18 de junio), el águila caía herida de muerte. La noticia del desastre sorprendió al cardenal Fesch en la capital y huyó otra vez a Roma, donde había de morir piadosamente veinticinco años después, el 13 de mayo de 1839.

¡No hay mal que por bien no venga! El suave Juan-María Vianney no se mezcló en aquellas discusiones. ¡Cuánto bendijo a la Providencia el prudente señor Balley, enterado de lo que ocurría en el seminario, por aquel deslucido examen, que el año anterior había sido causa de que volviese a Ecully el último —y el de más mérito— de los alumnos de San Ireneo!

Hacia fines de mayo de 1815, el Rdo. Vianney, admitido a recibir el diaconado, entró de nuevo en el seminario. Allí supo mantenerse al margen de toda discusión y formó en su interior una tranquila soledad de la que no salió un solo instante.

⁶ LYONNET, *Le Cardinal Fesch*, t. II, p. 578-580.

El 23 de junio, víspera de la fiesta de su Santo, fue ordenado de diácono en la iglesia primada de San Juan de Lión por Mons. Simón, obispo de Grenoble. Y el Espíritu de fortaleza, cerniéndose como águila sobre su frente, penetró hasta los últimos repliegues de aquella alma ya entonces tan robusta.

Aquella mañana, durante el canto de las letanías de los Santos, se pos temaron a su lado Juan-Claudio Colín, el futuro fundador de los Maristas, y Marcelino Champagnat, fundador de los Hermanos Menores de María. Estos dos habían de volver al seminario para cursar el año preparatorio del sacerdocio.

Por un inesperado favor, debido sin duda a las gestiones de su abnegado maestro, mas también a la fama de sus virtudes, después del diaconado se trató de que fuese admitido a la ordenación sacerdotal.

Por segunda vez sufrió el examen canónico en Ecully, ante el vicario general señor Bochard. Este comprobó con agrado que, después de transcurrido un año, nuestro «teólogo» había hecho verdaderos progresos. «El docto examinador interrogó por espacio de más de una hora al Rdo. Vianney sobre los puntos más difíciles de teología moral. Quedó muy satisfecho de sus respuestas y admirado de tanta claridad y precisión... Decidióse que el nuevo diácono, después de algunos días de ejercicios, iría a Grenoble a ser ordenado de sacerdote»⁷. Los de su curso, entre ellos los Rdos. Pansut, Bezacier, Colin y Champagnat,⁸ no fueron promovidos al presbiterado hasta el año siguiente.

El miércoles, 9 de agosto, el Rdo. Vianney se presentó en las oficinas del arzobispado, donde el señor Courbon le entregó las cartas testimoniales. Decían éstas que Mons, de

⁷ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 67.

⁸ El autor de la *Vie du venerable Colin* (Lyón, Vitte) después de decir (p. 24) que Juan-Claudio Colín «fue ordenado diácono por Monseñor Simón», se equivoca cuando añade: «Tenía a su lado a dos jóvenes que le acompañaron al sacerdocio, Juan-María Vianney y Marcelino Champagnat.»

Grenoble podía ordenar para la diócesis de Lión a Juan-María Vianney, pero bajo esta cláusula: que el nuevo sacerdote no recibiría sino más tarde la licencia de absolver los pecados, cuando pluguiere a su ordinario. «Los juicios de los nombres no son ciertamente los de Dios»⁹: ¡el tímido diácono que con tales condiciones partía para Grenoble había de pasar las tres cuartas partes de su vida sentado en un confesionario! «La Iglesia, dijo el señor Courbon al firmar los testimoniales, no necesita tan sólo de sacerdotes sabios, sino también y aun más de sacerdotes piadosos»¹⁰.

Bajo un ardiente sol de agosto, el Rdo. Vianney partió a pie, llevando en la mano un hatillo con algunas provisiones y el alba para la ceremonia¹¹. Cien kilómetros hay entre Lión y Grenoble. El aspirante al sacerdocio, quien parecía tener alas —iba por fin a cumplir su gran deseo—, recorrió alegremente aquella larga distancia, pero con algún peligro. Francia había sido invadida de nuevo y los caminos del Delfinado estaban llenos de enemigos armados. ¿Qué hacía por sendas tan poco seguras, aquel clérigo tan flaco con su sencillo equipaje? ¿No sería quizás algún espía al servicio de Francia? Los austríacos del cuerpo de Bubnale llenaron de invectivas en su lengua, y varias veces los soldados le detuvieron y amenazaron con las bayonetas.

Por fin, el sábado, día 12, por la tarde, el ordenando lionés era recibido en el seminario mayor de Grenoble, situado en la calle del Templo Viejo. Al día siguiente, décimatercera dominica después de Pentecostés, a primera hora de la mañana, fue conducido a la capilla, que antes de la Revolución había sido iglesia de los Mínimos.

Mons. Simón entraba también en ella con muy sencillos ornamentos. Era un prelado profundamente piadoso, lleno de afecto y de condescendencia. Se le hizo presente que le habían molestado por muy poca cosa: ¡una sola ordenación y de un seminarista forastero!... E] anciano obispo contempló un momento al diácono de ascético aspecto, a quien no

⁹ *Isaías, LV, 8.*

¹⁰ R. P. MONNIN, *Proceso apostólico nepeieant*. p. 950.

¹¹ Aquella alba, muy modesta, se guarda en la casa parroquial antigua de Ars.

acompañaba ni un familiar, ni un solo amigo. «No es gran trabajo, replicó con grave sonrisa, ordenar un buen sacerdote»¹².

Incapaz de poder expresar las emociones de aquella mañana celestial, el Rdo. Vianney no las reveló a nadie. Pero después, en sus catcquesis, cuando hablará de la sublime dignidad del sacerdocio —lo que hará con frecuencia—, revivirán en él impresiones indecibles de aquel 13 de agosto de 1815: «¡Oh, el sacerdote es algo grande! No, no se sabrá lo que es, sino en el cielo. Si lo entendiéramos en la tierra, moriría uno, no de espanto, sino de amor»¹³.

A la edad de veintinueve años, después de tantas incertidumbres, de tantos fracasos, de tantas lágrimas, Juan-María Vianney veía abiertas las puertas del santuario; ¡por fin subiría al altar del Señor! Desde el momento de su ordenación, se consideró en cuerpo y en alma como un vaso sagrado destinado exclusivamente al ministerio divino. Cuando era muy joven y vivía con su madre había dicho un día entre suspiros: «Si fuese sacerdote, querría ganar muchas almas»¹⁴. Las almas, pues, ya le aguardaban.

¹² El mismo siervo de Dios oyó esta expresión, que me repitió. (Reverendo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 283.)

¹³ *Esprit du Curé d'Ars*, p. 113.

¹⁴ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.064.



X. EL VICARIO DE ECULLY (1815-1818)

Gran gozo en Ecully, en Dardilly y en Noés.—El primer penitente del Rdo. Vianney.—Los comienzos del ministerio parroquial.—En la escuela de la santidad.—La visita de la viuda Fayot.—Paulina Jaricot y Santa Filomena.—En la intimidad de la casa parroquial.—Enfermedad y muerte del señor Balley.—Herencia y recuerdo.—El señor Tripier y su vicario.—La capellanía de Ars.

En la misma capilla del seminario mayor, donde, el día anterior, había recibido la consagración sacerdotal, el lunes, día 14 de agosto, víspera de la Asunción, el Rdo. Vianney celebró su primera misa. Dos capellanes del Ejército austríaco la celebraban al mismo tiempo en los altares próximos. ¹Está fuera de duda que no regresó inmediatamente a Ecully y que se quedó en Grenoble para la festividad del siguiente día: su delicadeza de conciencia y su tierna devoción a la Santísima Virgen no le hubiesen permitido estar de viaje en tan gran solemnidad. Todo obliga a creer que partió del seminario el día 16, después de haber celebrado en él la santa misa por tercera vez ².

Durante el regreso hubo de sufrir las mismas molestias que a la ida. Finalmente, pudo llegar a Ecully, donde su anciano maestro le aguardaba con impaciencia. Le esperaba

¹ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 200; *ne pereant*, p. 1.009.

² «No se sabe, dice el Rdo. Monnin (*Vida*, I.1, p. 138), el lugar donde el nuevo sacerdote dijo su primera misa y las circunstancias de tan grande y solemne acto. Parece que hubo de ser en Ecully y que fue asistido por el señor Balley.» El señor Monnin no supo que el Santo había celebrado su primera misa en Grenoble, al día siguiente de su ordenación.

una dulce sorpresa: el señor Balley, después de haberse arrodillado a sus pies y haber recibido su bendición, le dio una alegre noticia: los señores vicarios generales se habían dignado conceder un coadjutor a la parroquia de Ecully, ¡y el sacerdote designado no era otro que Juan-María Vianney! ¡De esta manera, el hijo adoptivo quedaría junto a su padre; sería su auxiliar en tantos trabajos y le cerraría los ojos!

Fue también muy grande la alegría en la casa de Dardilly. Todo un pasado lleno de angustias fue olvidado cuando el nuevo sacerdote reapareció entre los suyos. ¡Ah, si la madre hubiese vivido! Juan-María oró largamente ante la sepultura querida.

Una carta anunció a los de Noés y Robins la ordenación sacerdotal de *Jerónimo Vincent*. El año anterior, después de recibido el subdiaconado, el Rdo. Vianney había escrito al venerable señor Jaquel ofreciéndosele como vicario eventual. No le pedía otros honorarios que la manutención. Amaba verdaderamente a Noés y, como decía él mismo, no podía apartar su recuerdo³. ¡Qué gozo para la viuda Fayot al saber que *su hijo mayor* había visto cumplidos sus deseos! Al principio se quedaría en Ecully, pero después llegaría a ser párroco. Y entonces, ¿quién sabe?... Se convino, en la granja de Robins, que cuanto antes irían a saludar a casa del señor Balley a su santo y amable vicario.

Los feligreses de Ecully participaron de la alegría de su pastor. « El Rdo. Vianney, decían, nos edificó mucho cuando estudiaba entre nosotros. ¿Qué será ahora, cuando es ya sacerdote? » En efecto, se entregaron a él en seguida con toda confianza⁴. Sin embargo, al principio no pudieron consultarle sino fuera del tribunal de la penitencia: el Rdo. Vianney no había de recibir las licencias necesarias para oír confesiones, sino muchos meses después de su nombramiento de vicario. —Hemos visto antes que el señor Courbon así lo había decidido—. El primer penitente que se postró a sus pies, fue su propio confesor, el señor Balley en persona. Al buscar un nuevo director, el austero y sabio párroco de

³ *Notas* del Rdo. Perret, cura de Noés desde 1886 a 1897.

⁴ Rdo. DUBOUIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1.244.

Ecully no encontró otro más apto para recibir los secretos de su alma que aquel antiguo campesino, reputado incapaz durante mucho tiempo. El digno anciano había tenido ocasión de palpar la obra de la gracia en aquella naturaleza escogida y expuso al señor Courbon que era ya tiempo de «desligar los poderes» a su joven vicario. Inmediatamente accedió a tan justa demanda⁵.

El primer acto de su ministerio data del día 27 de agosto de 1815. —Fue un bautismo.— Desde que se supo que estaba «aprobado» por los señores del Arzobispado, su confesorio se vio sitiado y los enfermos no preguntaron sino por él⁶. «Esto le quitaba mucho tiempo y llegó hasta descuidar la comida»⁷. —Algo más tarde, este descuido se hará habitual—. Mas su trabajo comenzaba a ser muy fructuoso y de gran consolación, pues «un gran número de personas que hasta entonces no habían sido muy edificantes en la parroquia cambiaron de conducta después de haber acudido a él»⁸.

Preparaba y explicaba cuidadosamente el catecismo, haciéndose pequeño entre los pequeños. A los menos aventajados se los llevaba a su cuarto y, acordándose de lo que otros habían hecho con él durante la Revolución, los instruía con una paciencia incansable⁹.

«En el pulpito de Ecully era breve, pero claro»¹⁰. Comenzaba con ello un ministerio que había de costarle rudos esfuerzos, pero que le valdría éxitos sorprendentes. «Según mi parecer, todavía no predicaba bien, dice su hermana Margarita, que venía de Dardilly para oírle; y, sin embargo, cuando le tocaba a él todo el mundo corría a la iglesia.» No tenía reparo en decir verdades muy recias y en fustigar ciertos vicios. Ecully no era ningún oasis de virtudes: la Revolución había abierto profundas llagas, y la proximidad de una gran ciudad no era lo más a propósito para cerrarlas; se iba

⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 104.

⁶ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1.021.

⁷ Rdo. VIGNON, cura de Dardilly, *Proceso apostólico in genere*, p. 371.

⁸ Coloma BIBOST, de Ecully, *Proceso del Ordinario*, p. 1.386.

⁹ Rdo. VIGNON, cura de Dardilly, *Proceso apostólico in genere*, p. 371.

¹⁰ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico* p. 104. La señorita Lassagne, directora de la Provisión de Ars, oyó sin duda este pormenor de algún habitante de Ecully. Fue algo especial de esta época de la vida del Rdo. Vianney, el cual, una vez cura de Ars, se puso a predicar más largamente.

en pos de los placeres y se bailaba siempre que se ofrecía ocasión: «En el lugar donde estuve de vicario, decía el señor Vianney cuando explicaba el catecismo, un joven que había de ser padrino y que a causa de ello había alquilado un violinista para bailar, fue aplastado por una viga; no tuvo ni un momento para prepararse. El músico fue ciertamente; pero cuando llegó, las campanas anunciaban las exequias de aquel desventurado»¹¹.

Si predicaba la pureza de costumbres y la perfección de la vida cristiana, el Rdo. Vianney era el primero en dar ejemplo. Aquel sacerdote de treinta años se conducía ya con una admirable reserva; era muy sencillo y muy bueno, pero «evitando toda familiaridad»¹². Poseía aquel don peculiar de los santos de que habla el dulce San Francisco de Sales, el cual consiste «en ver a todos sin mirar a nadie»¹³. Había hecho este pacto con sus ojos, porque se sentía frágil como cualquier otro hombre nacido en este mundo. Oraba y se mortificaba para dominar la carne, pues experimentaba también, en la parte baja de su naturaleza, los estímulos del mal.

El día 3 de octubre de 1830, refiere el Rdo. Tailhades, de Montpellier, el Rdo. Vianney me hizo una confidencia muy notable. Le pregunté cómo había logrado librarse de las tentaciones contra la santa virtud de la castidad. Díjome que era efecto de un voto. Este voto, pronunciado hacía veintitrés años —cuando era vicario de Ecully—, consistía en rezar todos los días una vez la *Salve Regina* y seis veces esta invocación: *Sea para siempre bendita la santa e Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, Amén*¹⁴.

El señor Balley no era rico: el sostener un vicario hubiera sido para él una carga muy pesada. Los feligreses así lo entendieron y «le procuraron a mitad de precio o gratuitamente cuanto para ello había menester. Aquellas buenas gentes hicieron de esto una necesidad, un honor y un placer»¹⁵.

¹¹ *Instructions de orne heures (manuscrito de la Basíe)*, p. 9.

¹² Camilo MONNIN, *Proceso apostólico continuativo*, p. 265.

¹³ *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. VII, cap. IX.

¹⁴ Rdo. TAILHADES, *Proceso del Ordinario*, p. 1.517.

¹⁵ Conde Próspero DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 411.

En cuanto al Rdo. Vianriey, todos sus haberes pasaban a manos de los pobres. Les daba hasta sus vestidos.

Un día de invierno, cuenta Margarita, el señor Balley dijo a mi hermano: «Vaya usted a Lión a visitar a la señora tal. Es menester que se arregle bien y que se ponga los pantalones que le dieron.» Al regresar, llevaba unos destrozados calzones. Preguntóle el señor Halley qué había hecho, y contestó que, habiendo encontrado un pobre muerto de frío, movido a compasión había cambiado sus pantalones nuevos por los viejos del mendigo¹⁶.

«¿Qué tal va Juan-María? —preguntaba algunas veces Andrés Provin, un amigo de Dardilly, al señor Balley.

—El Rdo. Vianney es siempre el mismo, respondía el párroco de Ecully: da todo lo que tiene»¹⁷.

Cuando el señor Courbon nombró al Rdo. Vianney vicario de Ecully, el señor Balley manifestó claramente que el motivo por el cual deseaba tenerlo a su lado era para ayudarle a proseguir sus estudios de teología. En los momentos libres fue abierto de nuevo el *Ritual de Tolón*, y el maestro le pudo explicar de una manera más práctica el dogma, la moral y la liturgia católica. Cuando salían juntos, el párroco proponía a su vicario «casos de conciencia» más o menos difíciles; el joven sacerdote había de buscar por sí mismo la solución y exponer los motivos que le movían a resolver en tal o cual sentido¹⁸.

Pero Dios no puso al Rdo. Vianney en Ecully solamente para que ejerciera el aprendizaje del ministerio parroquial; lo colocó en una verdadera escuela de santidad.

Según hemos dicho, el señor Balley era un sacerdote muy mortificado. Entre él y su coadjutor se estableció muy pronto una especie de emulación de austeridad¹⁹. «Era, al decir del señor Pelletier, arcipreste de Treffort, un santo junto a

¹⁶ Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1.021.

¹⁷ Andrés PROVIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.005.

¹⁸ Rdo. RAYMOND, *Vida manuscrita*, p. 76.

¹⁹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 974.

otro santo»²⁰. Andando el tiempo, el Rdo. Vianney hará esta humilde declaración: «Hubiera acabado yo por ser mejor, si hubiese tenido la dicha de estar siempre con el señor Balley. Nadie como él hacía ver hasta qué punto el alma puede desasirse de los sentidos y el hombre asemejarse a los ángeles... Para tener deseos de amar a Dios, bastaba oírle decir: Dios mío, os amo de todo corazón»²¹.

El señor Balley llevaba un cilicio; el Rdo. Vianney pidió secretamente a Claudina Bibost y a su hija Colomba que le hiciesen «un chaleco de crines, que él vestía sobre sus carnes»²². Cuando la visita de algún colega no los sacaba de su vida ordinaria era, como decía el Rdo. Vianney, una santa emulación: nada de vino²³; algunas patatas con pan moreno; a fuerza de reaparecer sobre la mesa un trozo de carne hervida había acabado por ennegrecerse²⁴. Fueron tan lejos en esto que algunos feligreses se creyeron obligados a dar parte al señor Courbon. «Felices vecinos de Ecully, replicó el vicario general, que tenéis dos sacerdotes que hacen penitencia por vosotros»²⁵. Más aún: el párroco denunció a su vicario a la autoridad «porque traspasaba los justos límites» en sus penitencias, y el vicario denunció a su párroco por exceso de mortificación. El señor Courbon se echó a reír y los despidió a los dos²⁶.

Sin embargo, había alguna tregua en aquella austeridad y la mesa perdía «con alguna frecuencia» aquel aspecto tan lúgubre. Cuando había huéspedes —los vicarios generales y el señor Groboz lo fueron a veces— el «menú» era mejor y más variado²⁷.

En una de estas ocasiones y en un hermoso mediodía del mes de octubre de 1815, se presentó en la casa parroquial de Ecully una mujer vestida al estilo de Forez. Preguntó por el Rdo. Vianney. La sirvienta le dijo que los señores estaban en

²⁰ *Proceso apostólico in genere*, p. 387.

²¹ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, i. 1, p. 144-145.

²² Coloma BIBOST, *Proceso del Ordinario*, p. 1.386.

²³ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 512.

²⁴ Hermano JERÓNIMO, *id.*, p. 560.

²⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 148.

²⁶ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 766.

²⁷ Rdo. RAYMOND, *Vida manuscrita*, p. 76.

la mesa y que había además muchos convidados. ¡No importa! La viuda Fayot de Noés —pues era ella la recién llegada— absorta en su idea de ver a Juan-María no temió turbar el festín. Entró y miró a los comensales, entre los que se hallaban los señores Courbon y Bochard; no tardó en reconocer a «su querido hijo». El Rdo. Vianney se levantó radiante de alegría, y vio cómo se abalanzaba hacia él «su buena madre», la cual oprimiéndolo entre sus brazos, le dio en cada mejilla un beso muy sonoro²⁸.

El señor Balley, a pesar de sus austeridades, no era en manera alguna misántropo ni inculto. Había conservado en la ciudad de Lión todas sus amistades y relaciones; continuaba visitando a la familia Loras y era muy conocido del señor Antonio Jaricot. Este gran industrial había adquirido en Tassin, cerca de Ecully, una casa de campo, que muy pronto cedió a su hija mayor, la señora Perrin, después de sus bodas. La simpática hermana de la señora Perrin, Paulina Jaricot, de dieciocho años de edad en 1817, iba a Tassin para veranear. Después de haber vivido por algún tiempo entregada a IQS deváneos mundanos, cuyos peligros no alcanzaba entonces a medir, había renunciado a ellos y era un modelo de piedad. La antigua casa vio reunidos algunas veces con la Jaricot y los curas de Ecully, a clérigos muy distinguidos, tales como el futuro cardenal Villecourt, el Rdo. Wurtz, vicario de Saint-Nizier de Lión y confesor de Paulina...

En estas reuniones de Tassin, por primera vez, el Rdo. Vianney, sentado humildemente en un cabo de la mesa como la joven Paulina, oyó hablar de una virgen mártir, Santa Filomena, cuyo cuerpo había sido descubierto hacía pocos años en una catacumba romana y ante el cual, según se decía, se multiplicaban los milagros. No sabía entonces el lugar especial que en su vida y en su corazón tendría aquella santa inmolada ya en los orígenes de la Iglesia²⁹.

²⁸ Cf. A. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, 1.1, p. 92-93.

²⁹ Cf. mi libro *La petite sainte du Curé d'Ars, sainte Philomène*, Lyon, Vitte, 1924, cap. V: «l'entrée en relation», p. 147-148.

Haciendo vida común, tal como lo exigían los estatutos de la iglesia de Lión, nuestros cenobitas vivían en una intimidad jamás turbada. «Hacían juntos los ejercicios de piedad, y a veces las peregrinaciones a Nuestra Señora de Fourvière, con tanta pobreza que habían de cobijarse bajo el único paraguas de la casa parroquial de Ecully»³⁰. De común acuerdo, copiaban oraciones a la Santísima Virgen para distribuir las entre los fieles³¹. Compusieron juntos «el rosario de la Inmaculada Concepción» que todavía se reza en la iglesia de Ars, antes de la oración de la tarde³².

Así transcurrió en Ecully el año 1816 y las primeras semanas de 1817. El señor Balley no pasaba de los sesenta y cinco años; pero había vivido proscrito durante el Terror, y los años de persecución valen por dos. Envejecido antes de tiempo, se apresuraba hacia la eternidad. En febrero, una úlcera en la pierna le postró en el lecho, del que apenas volvió a levantarse más. Desde entonces, a pesar de su anterior actividad, casi no tomó parte en el ministerio parroquial —una sola acta consta firmada por él en el registro de 1817: un sepelio con fecha 5 de junio—. Durante aquel período, de día en día más penoso, le reemplazó casi en todo su abnegado vicario. Sufría sin quejarse. La úlcera provocó la descomposición de la sangre; apareció la gangrena en la pierna enferma y los médicos le dieron por perdido.

El día 17 de diciembre, después de haberse confesado con su hijo predilecto; después de haber recibido el viático y la extremaunción³³, el venerable pastor de Ecully se dormía en el Señor, lleno de méritos.

Cuéntase que después de administrada la extremaunción, los feligreses se retiraron y cura y vicario se quedaron solos. El moribundo dio a su «amado Vianney» los últimos consejos y se encomendó a sus oraciones; sacó de la cabeza los instrumentos de penitencia: «Toma, hijo mío, murmu-

³⁰ Rdo. Claudio ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 742. Durante toda su vida, el Rdo. Vianney conservó con gran cariño aquel paraguas, como una reliquia. Todavía se halla entre los recuerdos de la vieja parroquia de Ars.

³¹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 284.

³² Juana María CHANAY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 489.

³³ En la nueva iglesia de Ecully, un bello fresco reproduce esta escena emocionante.

ró a su oído, esconde esto; si lo encontrasen después de mi muerte pensarían que he expiado suficientemente mis pecados y me dejarían en el purgatorio hasta el fin del mundo»^M. Las disciplinas y los cilicios del señor Balley no quedaron ociosos³⁵.

El Rdo. Vianney le lloró como a un padre. ¡Todo se lo debía! De aquel santo varón conservó imperecedero recuerdo: «He visto almas muy hermosas, escribía, pero ninguna como aquélla.» Los rasgos de su antiguo maestro quedaron tan grabados en su espíritu, que decía, aun en los últimos años de su vida: «Si fuese pintor, todavía podría *trazar* su retrato.» Hablaba siempre de él, con los ojos llenos de lágrimas³⁶. Todos los días por la mañana le nombró en el *memento* de la misa y hasta su muerte, él tan desasido de todas las cosas, conservó, puesto encima de la chimenea, su pequeño espejo, porque había reflejado su rostro³⁷. Por lo demás, en toda la comarca de Ecully, la memoria de aquel eminente sacerdote se ha conservado con gran veneración³⁸.

Después de la muerte del señor Balley, muchos feligreses de Ecully hicieron en el Arzobispado una gestión, que por sí sola bastaba para testimoniar la estima que les merecía el Rdo. Vianney. Pidieron que fuese nombrado párroco. Su petición no tuvo efecto³⁹. Además, es fácil que el mismo intere-

³⁴ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 79; Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 512.

³⁵ El cilicio del señor Balley fue llevado a Ars por el Rdo. Vianney, y es muy fácil que sea el que todavía se ve en una vitrina de la «sala de las reliquias». Consiste en un cinturón hecho de cordeles entrelazados en el que están cosidos pequeños clavos de hierro. En el interior de este cinturón aparecen unas estrechas cintas de trapo con largas puntas aceradas. Es de creer que al Santo le pareció demasiado benigno el instrumento de penitencia legado por su antiguo maestro y que él mismo añadió aquellas terribles puntas.

³⁶ Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 556.

³⁷ Rdo. BEAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1.204.

³⁸ El cuerpo del señor Balley fue enterrado en la antigua iglesia de Ecully. Al ser reconstruida fue exhumado para colocarlo bajo las losas del coro. Sus contemporáneos supervivientes pidieron se lo dejasen ver, convencidos de que la muerte no había corrompido su cuerpo. La exhumación se hizo de noche y no encontraron sino huesos. Mas aquella creencia del pueblo proclama cuál fuera la fama de su santidad. La losa sepulcral del señor Balley, cuya inscripción aparece gastada, sirve de base a la pila bautismal.

³⁹ El Rdo. Monnin escribe (*Vida*, l.1. p. 150) que, para sustituir al difunto, «los ha-

sado no hubiese querido aceptar. «No me hubiera gustado ser cura de Ecully, decía posteriormente; la parroquia era demasiado importante»⁴⁰. Sea de ello lo que fuere, el señor Tripier reemplazó al señor Balley, y el Rdo. Vianney continuó de vicario.

El nuevo párroco no se creyó obligado en conciencia a seguir los pasos de su predecesor; no quería en modo alguno que la casa parroquial se convirtiese en una trapa o en un monasterio de cartujos. Su vicario parecióle bien pronto exagerado: ¿acaso no rehusaba acompañarle a casa de sus colegas o de los feligreses acomodados, so pretexto de que solamente tenía una sotana, la cual no era decente para ir con tan honorable compañía?⁴¹ ¿Pidió el señor Tripier otro vicario? Es posible. Sea de ello lo que fuere no tardó mucho en ocuparse del Rdo. Juan-María Vianney la administración diocesana.

Después del 21 de enero —nos hallamos en 1818— quedó vacante una pequeña capellanía del departamento del Ain⁴². El capellán, Antonio Déplace, joven de veintisiete años, acababa de morir de consunción, después de haber ejercido durante veintitrés días el sagrado ministerio⁴³. Ars estaba por proveer. Pero era una aldea tan pequeña y tan pobre —¡230 habitantes!⁴⁴— ¿Valía la pena de designarle un sacerdote? El centro parroquial, Mizérieux, distaba tres kilómetros... Las autoridades eclesiásticas rogaron al señor

hitantes de Ecully pusieron unánimemente los ojos en el vicario que el señor Balley había formado a su imagen». Nos parece que hay en ello exageración. El señor Vignon, cura de Ecully, se acerca más a la verdad cuando, después de haber recogido cuidadosamente las tradiciones de su parroquia, declara el día 8 de noviembre de 1882, en el *Proceso apostólico in genere* (p. 372), que muchas personas manifestaron deseos de que el Rdo. Vianney ocupase el lugar del difunto». ¿Se hizo por escrito tal petición? No se sabe. En todo caso, no queda rastro en los archivos del Arzobispado de Lión.

⁴⁰ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 404.

⁴¹ Fleury VÉRICEL, *Proceso del Ordinario*, p. 1.296.

⁴² En 1802, la diócesis de Belley fue una de las que se suprimieron en virtud del concordato. Fue dividida entre las diócesis vecinas. La diócesis de Lión se llevó la mayor parte: todo el departamento del Ain, a excepción de la región de Gex, que cupo en suerte al obispado de Chambéry, fue puesto bajo la jurisdicción del cardenal Fesch. La nueva diócesis de Belley, establecida en 1823, tendrá los mismos límites del departamento.

⁴³ El único acto fue un bautismo, el día 30 de diciembre de 1817.

⁴⁴ Habitantes de Ars en 1808:220. BOSSI, *Statistique générale de France (Département del Ain)*. París. Testu, 1808.

Durand, cura de Savigneux, que se hiciera cargo de aquel villorrio; y, durante algunas semanas, Ars pareció relegado al olvido. Una gestión personal de la castellana del lugar, la señorita Ana de Garets, que se empeñaba en considerar su aldea como una verdadera parroquia, movió a los vicarios generales a decidirse⁴⁵.

A principios de febrero, el Rdo. Juan-María Vianney, vicario de Ecully, se enteraba de que la capilla y el pueblecito de Ars quedaban confiados a su celo. El joven sacerdote no se preocupó por saber si el señor Courbon daba las parroquias del departamento del Ain, «convertido en una especie de Siberia para el clero de la diócesis de Lión, a los sujetos que ofrecían menos garantías»⁴⁶. Se fue sencillamente a ver al señor Courbon, quien al firmar su nombramiento le dijo: «No hay mucho amor de Dios en esta parroquia; vos procuraréis introducirlo»⁴⁷. El Rdo. Vianney aseguró que no deseaba otra cosa. Después procuró alentarle. Aquella aldea era de lo más humilde. Los recursos muy pocos y la paga la propia de un vicario, o sea, 500 francos anuales, que daba el municipio...⁴⁸. Mas, en aquella apartada parroquia, la Providencia no le abandonaría jamás. Ars tenía la ventaja de poseer un buen castillo donde «estaba una buena señorita»⁴⁹ que había de ayudar a su párroco con su dinero y su influencia...

⁴⁵ Juan TETE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 76.

⁴⁶ «La parte más abandonada de esta diócesis (de Lión) fue, sin duda, el departamento del Ain. Lejos de Lión y privada de todo socorro, enviaba muy poca gente al seminario de San Ireneo; de suerte, que por considerar el señor Courbon, el vicario general más influyente en el gobierno de la diócesis, como un deber de justicia enviar a los departamentos del Ródano y del Loire los individuos que de allí habían salido, dejaba sin sacerdote (en el Ain) un gran número de parroquias y colocaba en las otras, aquellos que le ofrecían menos garantías. El departamento del Ain fue de esta manera una especie de Siberia para el clero de la diócesis de Lión, hasta tal punto, que el ser enviado a las comarcas de Bugey o de Dombes era considerado en aquella época como una desgracia para los sacerdotes (entre 1810 y el 1828), Rdo. J. COGNAT, *Vie de Mgr. Devie, évêque de Belley*, Lión, Pelagaud, 1865, t. I, p. 182-183.

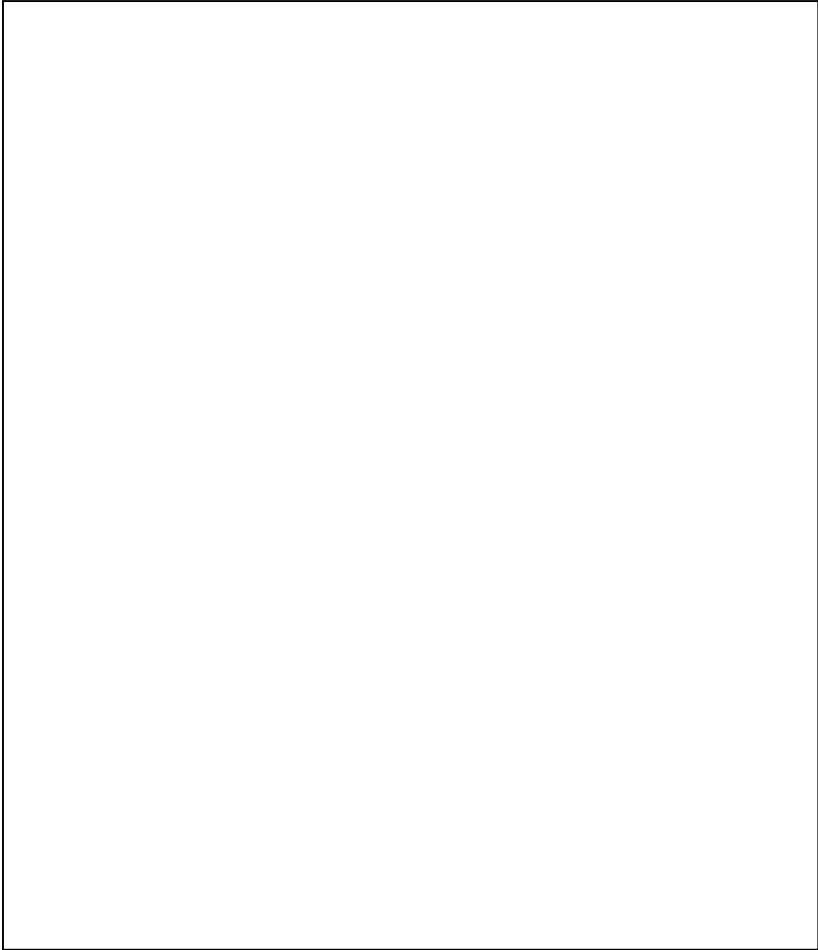
⁴⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 8.

⁴⁸ *Registros municipales de Ars*, sesión de 18 de junio de 1809. Ars, al dejar de ser parroquia, no había perdido su título de municipio. El Rdo. Vianney, durante los cuarenta y un años que estuvo allí, había de conocer tres alcaldes: Antonio Mandy, desde 1813 a 1832; Miguel Séve, de 1832 a 1838, y el conde Claudio Próspero des Garets, de 1838 a 1879. Es notable que el señor des Garets rigiese el municipio el mismo número de años que el Rdo. Vianney la parroquia.

⁴⁹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 8.

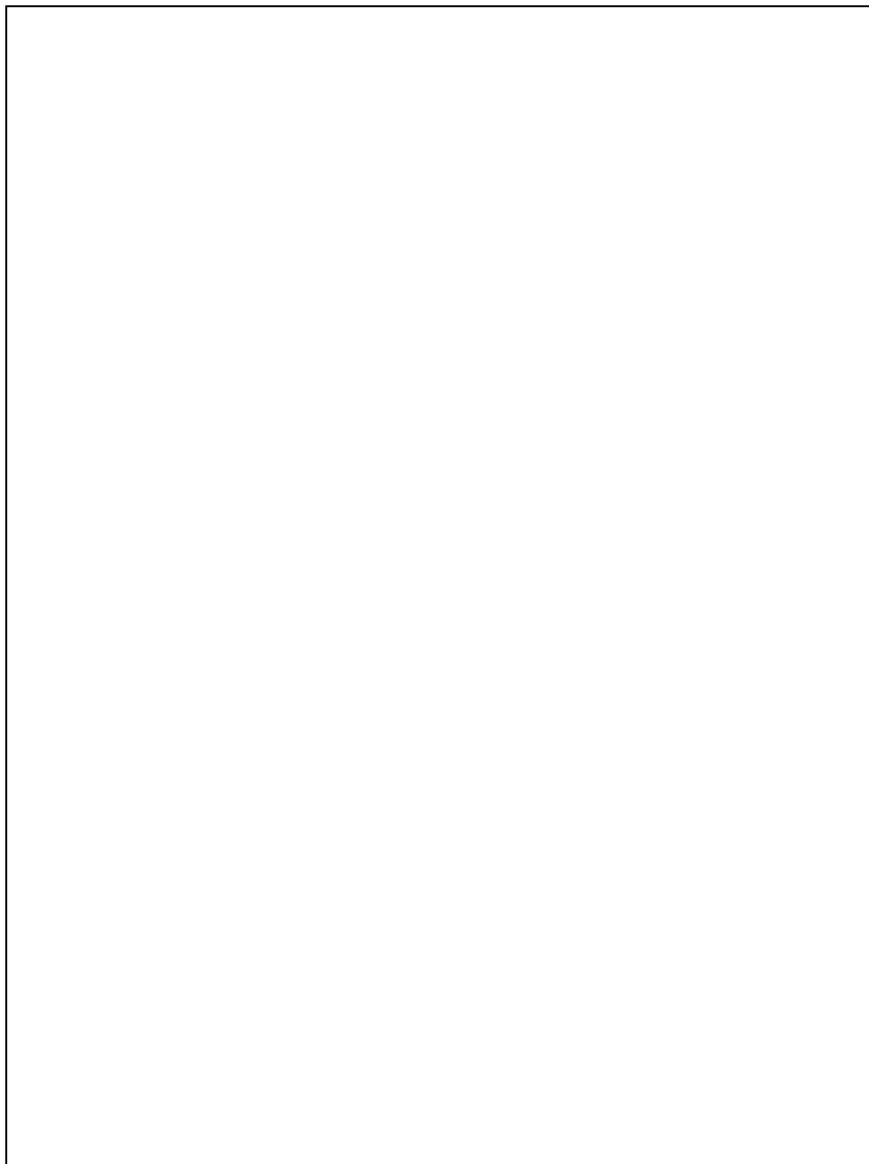
Así hablaba el señor Courbon a este sacerdote de treinta y dos años.

El 3 de febrero de 1818 el señor Vianney ejerció en Ecully el último acto de su ministerio. El día 9 por la mañana, se puso en camino para Ars.



Segunda parte
EL PASTOR DE ARS
(1818-1859)

A cosa de 1 km. hacia el sur de Ars, se erigió un monumento que recuerda la llegada del Cura a su parroquia, en febrero de 1818. El relato de esta llegada se puede leer en la pág. 147 de este libro.



I. LA LLEGADA Y EL PRIMER CONTACTO

La aldea de Ars.—El Rdo. Vianney y el pequeño Grive.—Visión del porvenir.—Ars, parroquia cristiana en el siglo XVIII.—Durante la Revolución: el apóstata y los sacerdotes fieles.—E-í despertar de las almas.—Ars en 1818.—La castellana.—El programa del nuevo pastor.—La ceremonia de la toma de posesión.—El ajuar de la casa parroquial.—La visita a cada hogar.

Ars —que se ha llamado sucesivamente *Artis villa*, *Artz*, *Arz* y por fin *Ars*¹— parece haber tenido un origen muy remoto. Una piedra druídica, que se veía hace pocos años a cierta distancia del lugar, hacía suponer que había habido habitantes en aquella comarca ya en época muy lejana. Sin embargo, el nombre de Ars no aparece por primera vez sino en los documentos del siglo X. Una carta de 980 insinúa que entonces había ya en aquel sitio una iglesia construida y una parroquia organizada². A pesar de todo, Ars nunca ha pasado de la categoría de aldea.

Hállase Ars a 35 kilómetros al norte de Lión³, en la comarca y distrito de Trevoux, sobre la meseta de Dombes. Dombes es, en el departamento del Ain —por lo demás montañoso y poblado de bosques—, una llanura arcillosa, con aguas estancadas. Nada de frondas, ni de sotos sombreados por robles y abedules; ni hileras de álamos en los bordes de

¹ En algunos escritos se lee *Arsa*, la Quemada.

² Cf. Rdo. PAGE, *Ars-en-Dombes, Bourg*, 1905, p. 7. Hoy la aldea se llama oficialmente *Ars-sur-Formans*. El arroyo de Fontblin, el único que cruza el municipio, se ha visto de esta manera suplantado por el Formans, corriente formada en Saint-Didier por la confluencia del Morbier y del Fontblin.

³ Ars está a 5 kilómetros del Saona, a 8 de Villefranche y a 42 de Bourg-en-Bresse.

los caminos; ni chopos, sauces y avellanos en las orillas de los arroyos.

Los montes apacibles del Beaujolais limitan el horizonte de Ars. La campiña que rodea el pueblecito forma extensas ondulaciones de las que de cuando en cuando emergen, como ramilletes, pequeños grupos de árboles; no es ya la llanura lisa y monótona, en la que abundan los charcos, pero tampoco las ricas vertientes que se inclinan hacia el Saona.

Ars está edificado en el declive de un reducido valle por donde corre el Fontblin, en invierno pequeña torrentera y en verano manso hilo de agua que se desliza por entre oscuros guijarros. En 1818, la aldea parecía triste y miserable; unas cuarenta casas hechas de tierra arcillosa, esparcidas por las huertas; a un lado, la iglesia, si se podía dar este nombre a una construcción rojiza, con vulgares ventanales, cubierta con cuatro vigas y por todo campanario una traviesa en la que daba vueltas una campana rajada⁴.

Las cruces del cementerio, según la antigua costumbre, se arrimaban a lo largo del templo. Delante había una plazuela con veintidós hermosos nogales. Al lado de la iglesia estaba edificada la casa parroquial, una casa de campo precedida de un patio de unos cuantos pies cuadrados de amplitud.

En el fondo del valle se levantaba, solitario, en medio de una gran arboleda, el castillo de Garets de Ars. Construido en el siglo vi, había sido una mansión feudal, flanqueada por una torre, rodeada de fosos y coronada de almenas; pero todo aquel aparato guerrero había desaparecido; la antigua morada no era más que una gran casa de campo, tranquila, melancólica, olvidada de las cacerías y alegres estrépitos de antaño.

A causa del mal estado de los caminos, Ars se hallaba como perdido en una inaccesible soledad. Era un verdadero

⁴ La antigua iglesia de Ars, al llegar al Rdo. Vianney, era en todo semejante, salvo en las proporciones, a las iglesias de la comarca de Dombes. Puerta angosta rematada en un tímpano; nave cuadrangular con techo artesonado; antecoro con cúpula sostenida por pechinas. Hasta 1794, este antecoro había aguantado un campanario cuadrado que terminaba en una flecha piramidal poco elevada, con un hueco abovedado en cada ángulo. Abside semicircular, con dos o tres ventanas románicas.

Todas las iglesias de este estilo en Dombes, datan del siglo XII, la parroquia dependía de la abadía de San Pedro de Cluny.

hoy, en toda la amplitud de la palabra. Sus habitantes salían allí muy poco y eran, por otra parte, muy indolentes.

Ars está a treinta kilómetros de Ecully. El reverendo Vianney viajaba a pie, con muy poca impedimenta, acompañado de la señora Bibost, que ya había cuidado antes de su equipo de estudiante. Algunas ropas, una cama y los libros que había heredado del señor Balley seguían detrás en un carro. No sabemos quién era el conductor.

El nuevo párroco podía apenas descubrir su parroquia. Una niebla se había extendido sobre la campiña y velaba los horizontes. No habiendo encontrado quien les guiara, pasada la aldea de Toussieux, los viajeros se extraviaron y anduvieron durante algún tiempo a la aventura. En unas incultas praderas, los niños apacentaban sus ovejas. El Rdo. Vianney se dirigió a ellos. Los jóvenes pastores, que hablaban el *patois* de la región, no le entendieron de momento: les preguntaba por el castillo de Ars, creyendo que se levantaba en el mismo pueblo. Hubo de repetir varias veces la misma pregunta. Finalmente, el más listo de todos, llamado Antonio Givre, les puso de nuevo en el verdadero camino. «Amiguito, díjole el sacerdote, al darle las gracias; tú me has mostrado el camino de Ars; yo te mostraré el camino del cielo»⁵.

Después el joven pastor dijo que el sitio donde se hallaban era justo el límite de la parroquia. El cura de Ars se puso de rodillas y rezó⁶.

Muy pronto la humilde caravana comenzó a bajar por la pendiente que conduce al Fontblin. Desde allí el reverendo Vianney descubrió «algunas chimeneas esparcidas alrededor de una modesta capilla»⁷. Al divisar a la luz del crepúsculo aquellas casas cubiertas de paja: «¡Cuan pequeño es!», pensó; y luego, movido de un sobrenatural presentimiento, añadió: «esta parroquia, con el tiempo, no podrá contener a los que acudirán a ella»⁸. Entonces se arrodilló de nuevo y

⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, pág. 404. Aquella profecía no impresionó mucho el alma ingenua de Antonio Givre. Sin embargo, fue el primero de los parroquianos de Ars, que siguió al Rdo. Vianney en la muerte.

⁶ Miguel TOURNASSOUD, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.143.

⁷ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 81.

⁸ Hermano ATAVASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 667, «Pregúntele, dice el Hermano Atanasio, cómo se le había ocurrido aquella idea. El siervo de Dios eludió la res-

rezó al Ángel de la guarda de aquel pueblo⁹. Su primera visita fue para la iglesia.

Ars acababa de recibir a un sacerdote santo, pero de quien nadie hubiera entonces podido augurar que sería canonizado. Es cierto que el mundo desconocía aún sus grandes virtudes. Mas éstas no constituyen forzosamente la santidad. Aunque era en extremo celoso y mortificado, no había conseguido en esta época de su vida «aquella inefable dulzura»¹⁰, aquel grado maravilloso de penitencia y abnegación, que, en 1925, habían de colocarle entre los más grandes y los más populares de aquellos héroes que se llaman *santos*.

Por la mañana del día 10 de febrero, tocaron a misa. Así fue cómo se enteró Ars de que ya tenía sacerdote. Algunas almas piadosas se alegraron; no se puede decir que la emoción fuera masiva. «Las gentes, dice la señora de Garets, se sorprendieron al oír tocar a misa y dijeron: ¡Vaya, nos ha llegado un párroco nuevo!»¹¹.

Durante el siglo XVIII, Ars había sido una parroquia verdaderamente cristiana; no es de creer, por tanto, como se dice en algunas narraciones exageradas, que el Rdo. Vianney, en 1818, hubiese caído de lleno en «una tierra de misiones» y en un pueblo sin fe y sin buenas costumbres. Hacía casi un siglo (en 1724), que Ars había tenido por párroco «un sacerdote joven, instruido, licenciado en teología y en derecho canónico, dotado de gran actividad y de reconocido celo por la salvación de las almas»¹². Este sacerdote, llamado Francisco Hescalle, dejó en los archivos parroquiales de Ars un informe de la vida religiosa de sus feligreses en aquella época. Los fieles, escribe, «me rogaron al principio y me obligaron después a que fundase en la iglesia las cofradías del Santísimo Sacramento, del Rosario y del Escapulario»¹³. El primer domingo de cada mes, estos buenos cristianos me-

puesta, según era su costumbre cada vez que ponían a prueba su bondad. «¡ Vaya!, dijo sonriendo: ¡pasan por mi cabezas tantas ideas estrafalarias!» (*Proceso apostólico in genere*, p. 201.)

⁹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 743.

¹⁰ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 774.

¹¹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 766.

¹² Rdo. PAGE, *Ars-en-Dombes*, op. cit., p. 35.

¹³ 7 de enero de 1727.

ditan en común sobre la muerte. La fiesta del Sagrado Corazón, recientemente establecida en la diócesis, se celebra con gran fervor¹⁴. El 24 de junio de 1734, toda la parroquia, con su cura a la *cabeza*, se traslada a la ciudad para ganar la indulgencia del jubileo de San Juan¹⁵. Por lo demás, en esta comarca de Dombes había mucha afición a las procesiones y romerías. Se iba aún a la capilla de los Mínimos de Montmerle, el día de San Marcos; a Santa Eufemia, el día de San Jorge; a Raneé, el martes de Pascua. Mas ya entonces, los curas se mostraban inquietos por el sesgo que iban tomando aquellas excursiones a banderas desplegadas, y se habían quejado al arzobispo: las fiestas, de piadosas que eran, se convertían en profanas: se bebía y se bailaba. Cuando se publicaron las disposiciones de Mons. Neuville, que ponía al clero en guardia contra tales abusos, el señor Hescalle pudo escribir con satisfacción en su registro: «Yo no digo que semejantes excesos hayan sido cometidos por mis feligreses».

El sucesor del señor Hescalle fue el reverendo Claudio Garnier (1740-1775). De 1762 a 1763 fue «levantado el campanario de piedra labrada, que vino a reemplazar a una especie de jaula de madera que había allí delante.» Este campanario ya no existía al llegar el Rdo. Vianney. El «sans-culotte» Albitte lo había mandado derribar.

Después del señor Claudio Garnier, la parroquia de Ars fue administrada por el Rdo. Sinforiano Eymard(1775-1788). De su paso quedan muy pocos recuerdos. Registró los bautismos, los matrimonios y los entierros: y nada más. Sin embargo, hacia el fin del cuaderno de 1780, refiere que cinco de sus parroquianos han plantado una viña: sin duda quiso hacer notar con ello —pues se interesaba por el bien mate-

¹⁴ Mons. Neuville, por mandamiento de 3 de diciembre de 1718, había establecido en toda la diócesis de Lión la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y había dispuesto que fuese de precepto. El 27 de octubre de 1722, precisaba que en las parroquias rurales tuviese lugar el primer domingo después del Corpus. El señor Hescalle, cura de Ars, consigna en su registro: «Veo mucho interés en mis parroquianos en hacer sus devociones este día.»

¹⁵ Por un privilegio especial, cada vez —no es muy frecuente— que el Corpus coincide con la fiesta de San Juan Bautista, hay jubileo en la catedral primada de Lión. Después de 1734, ha ocurrido dos veces en 1886 y en 1943.

rial y moral de su feligresía— que el desbrozar la tierra comenzaba ya a dar apreciables resultados...

El 31 de enero de 1788 fue nombrado cura de Ars el Rdo. Esteban Saunier, de veintiocho años, «sacerdote de Lión y bachiller por la Sorbona». Estos son los títulos que se da a sí mismo en los libros parroquiales. En 1791 prestó el juramento constitucional y continuó celebrando en Ars, por lo menos hasta principios de 1793¹⁶. En marzo del año siguiente, la iglesia fue saqueada por una banda de energúmenos llegados de Trevoux¹⁷. A pesar de ser *sacerdote juramentado*, el ciudadano Saunier fue detenido, pero pronto quedó en libertad: el desgraciado, para salvar su cabeza, entregó las testimoniales del sacerdocio¹⁸. En octubre de 1793, el apóstata se atrevió a presentarse de nuevo como mercader en la parroquia de la cual había sido legítimo pastor¹⁹. La humilde iglesia, donde había celebrado la misa, se había convertido en un «club» en el cual peroraban los espíritus fuertes de la comarca. También sirvió de lugar de reunión para las fies-

¹⁶ En 1791, el señor Saunier registró un matrimonio, cinco bautismos y nueve entierros. El mismo año, hace notar que hizo servir un banquete patriótico a los niños de la Primera Comunión. Es el último acto que consta en el registro. El 13 de noviembre de 1792, de conformidad con la ley de 20 de septiembre, entregó los libros parroquiales al municipio.

¹⁷ Un recibo redactado en Trevoux, el (6 de marzo) 16 ventoso de 1794 por Juan Bautista Perrin, comisario, nos da la lista de los objetos arrebatados a la iglesia de Ars. El acta no hace mención de los vasos sagrados, puestos sin duda en lugar seguro; pero las casullas, los manteles del altar, los dósales, misales, todo cuanto podía poseer la pobre iglesia, hasta la campana, fue llevado como «despojos» a Trevoux.

¹⁸ *Tabla de los sacerdotes que, hallándose en Trevoux, han hecho entrega de las testimoniales del sacerdocio* (Archivos de Trevoux. Liasse.) Esta tabla, dividida en dos partes, contiene 17 nombres en la primera, y 6 en la segunda. (Estos últimos son llamados «ausentes de Trevoux desde tres meses».) Entre éstos se halla inscrito el cura de Ars, cuya ficha está redactada de esta manera: *Esteban Saunier —/5 nivoso año II* (4 de enero de 1794)— *reside en Ars desde hace tres meses, donde es mercader*. Esta fecha de 4 de enero de 1794 indica la época en que el señor saunier pasó por Trevoux para «entregar las cartas testimoniales del sacerdocio». A la cabeza de la lista, en la parte derecha se lee: *Todos han prestado el juramento constitucional, excepto Andrés Peyley. Juan Claudio Bracquier*. Tenemos en esto una prueba material de la adhesión del señor Saunier a la Constitución civil del clero.

¹⁹ Muchos sacerdotes, no juramentados, adoptaron o fingieron varias profesiones para poder escapar de los «sans-culottes» y continuar ejerciendo por toda Francia el sagrado ministerio. Tal hicieron, como hemos visto, por los alrededores de Ecully y de Dardilly, los señores Grobozy Balley. Pero el caso del señor Saunier, cura de Ars, es bien diferente. Renunció al título y al ministerio sacerdotal y se estableció como *mercader* en su misma parroquia, o sea, acabó por secularizarse del todo. La gente piadosa se escandalizó de semejante apostasía, tanto más cuanto que varios sacerdotes ponían en peligro su vida para procurar a los fieles los auxilios religiosos más imprescindibles.

tas de la década. «Una tradición local, todavía muy viva» refiere que un viejo macero de Trevoux, el ciudadano Rufo, se hizo misionero de la *diosa Razón*²⁰ en esta región de Dombes. Entretanto, sacerdotes fieles circulaban disfrazados por los pueblos. Las actas de los bautismos, levantadas según los testimonios de los padrinos y de las madrinas, indican el paso por la parroquia de Ars del señor Chauas, cura de Trevoux (1793), del padre Juan Bautista, capuchino (1794), de los padres Blanc y Condamin (1795). Según todas las probabilidades, estos sacerdotes celebraron la misa y administraron los sacramentos en los dos sitios señalados por una constante tradición: en la casa de los Dutang, en la granja del Epoux²¹, y en el castillo de Garets. Pero estos confesores de la fe no visitaron Ars sino de paso, en tiempos convenidos, y ejercieron su ministerio en grupos muy poco numerosos. La masa de la población no los conoció²². En 1801, cuando la Iglesia comenzará en Francia a reparar sus ruinas, la parroquia de Ars, en fe y en costumbres, estará en plena decadencia.

A pesar de todo, las almas se iban despertando. En marzo de 1802, un sacerdote llamado Juan Lecourt, que se titula «misionero delegado por el Consejo», predica a aquellas pobres gentes, demasiado tiempo desamparadas, los ejercicios propios de una misión. Según testifican los registros parroquiales, bautiza a los niños ya crecidos y regulariza los matrimonios. Acabada la misión, el señor Lecourt se dirige a otros pueblos para evangelizarlos. En 30 de mayo de 1803, el Consejo Municipal —Ars ya no *es parroquia*, pero sigue sien-

²⁰ El ciudadano Rufo tomó por acólito a un peluquero llamado Bouclet. Apóstol ardiente de la *década*, Bouclet, para castigar a las mujeres que continuaban santificando los domingos, en vez de descansar cada diez días, les cortaba los cabellos en la plaza pública. Parece que aquel bruto fue rociado con agua hirviendo en la granja Berlières por Francisco Vernier e Isabel Pechard. (Cf. Rdo. PAGJE, *Ars-en-Dombes*, op. cit., p. 46-47.)

²¹ Esta granja está situada al sudeste de la iglesia, sobre una colina y a un cuarto de hora del pueblo. Ha sido llamada *Chatonnard*, después *Pous* y finalmente el *Epoux*, sin duda para evitar toda anfibología o interpretación desagradable. *Pous* en el lenguaje de aquella región significa *farine jaune* (harina amarilla). Aquella granja sería el lugar donde con mayor éxito se cultivaba el maíz.

²² Es posible que no fuera todo inaprovechable en la conducta de ciertos habitantes de Ars durante la Revolución. Una mano prudente arrancó 71 páginas del registro de las sesiones del Ayuntamiento. La página 72 corresponde ya al año X (1802).

rial y moral de su feligresía— que el desbrozar la tierra comenzaba ya a dar apreciables resultados...

El 31 de enero de 1788 fue nombrado cura de Ars el Rdo. Esteban Saunier, de veintiocho años, «sacerdote de Lión y bachiller por la Sorbona». Estos son los títulos que se da a sí mismo en los libros parroquiales. En 1791 prestó el juramento constitucional y continuó celebrando en Ars, por lo menos hasta principios de 1793¹⁶. En marzo del año siguiente, la iglesia fue saqueada por una banda de energúmenos llegados de Trevoux¹⁷. A pesar de ser *sacerdote juramentado*, el ciudadano Saunier fue detenido, pero pronto quedó en libertad: el desgraciado, para salvar su cabeza, entregó las testimoniales del sacerdocio¹⁸. En octubre de 1793, el apóstata se atrevió a presentarse de nuevo como mercader en la parroquia de la cual había sido legítimo pastor¹⁹. La humilde iglesia, donde había celebrado la misa, se había convertido en un «club» en el cual peroraban los espíritus fuertes de la comarca. También sirvió de lugar de reunión para las fies-

¹⁶ En 1791, el señor Saunier registró un matrimonio, cinco bautismos y nueve entierros. El mismo año, hace notar que hizo servir un banquete patriótico a los niños de la Primera Comunión. Es el último acto que consta en el registro. El 13 de noviembre de 1792, de conformidad con la ley de 20 de septiembre, entregó los libros parroquiales al municipio.

¹⁷ Un recibo redactado en Trevoux, el (6 de marzo) 16 ventoso de 1794 por Juan Bautista Perrin, comisario, nos da la lista de los objetos arrebatados a la iglesia de Ars. El acta no hace mención de los vasos sagrados, puestos sin duda en lugar seguro; pero las casullas, los manteles del altar, los doseles, misales, todo cuanto podía poseer la pobre iglesia, hasta la campana, fue llevado como «despojos» a Trevoux.

¹⁸ *Tabla de los sacerdotes que, hallándose en Trevoux, han hecho entrega de las testimoniales del sacerdocio* (Archivos de Trevoux. Liasse.) Esta tabla, dividida en dos partes, contiene 17 nombres en la primera, y 6 en la segunda. (Estos últimos son llamados «ausentes de Trevoux desde tres meses».) Entre éstos se halla inscrito el cura de Ars, cuya ficha está redactada de esta manera: *Esteban Saunier—75 nivoso año U* (4 de enero de 1794)— *reside en Ars desde hace tres meses, donde es mercader*. Esta fecha de 4 de enero de 1794 indica la época en que el señor saunier pasó por Trevoux para «entregar las cartas testimoniales del sacerdocio». A la cabeza de la lista, en la parte derecha se lee: *Todos han prestado el juramento constitucional, excepto Andrés Peytey Juan Claudio Bracquier*. Tenemos en esto una prueba material de la adhesión del señor Saunier a la Constitución civil del clero.

¹⁹ Muchos sacerdotes, no juramentados, adoptaron o fingieron varias profesiones para poder escapar de los «sans-culottes» y continuar ejerciendo por toda Francia el sagrado ministerio. Tal hicieron, como hemos visto, por los alrededores de Ecully y de Dardilly, los señores Groboz y Balley. Pero el caso del señor Saunier, cura de Ars, es bien diferente. Renunció al título y al ministerio sacerdotal y se estableció como *mercader* en su misma parroquia, o sea, acabó por secularizarse del todo. La gente piadosa se escandalizó de semejante apostasía, tanto más cuanto que varios sacerdotes ponían en peligro su vida para procurar a los fieles los auxilios religiosos más imprescindibles.

tas de la década. «Una tradición local, todavía muy viva» refiere que un viejo macero de Trevoux, el ciudadano Rufo, se hizo misionero de la *diosa Razón*^M en esta región de Dombes.

Entretanto, sacerdotes fieles circulaban disfrazados por los pueblos. Las actas de los bautismos, levantadas según los testimonios de los padrinos y de las madrinan, indican el paso por la parroquia de Ars del señor Chauas, cura de Trevoux (1793), del padre Juan Bautista, capuchino (M₆|^), de los padres Blanc y Condamin (1795). Según todas las probabilidades, estos sacerdotes celebraron la misa y administraron los sacramentos en los dos sitios señalados por una constante tradición: en la casa de los Dutang, en la granja del Epoux²¹, y en el castillo de Garets. Pero estos confesores de la fe no visitaron Ars sino de paso, en tiempos convenidos, y ejercieron su ministerio en grupos muy poco numerosos. La masa de la población no los conoció²². En 1801, cuando la Iglesia comenzará en Francia a reparar sus ruinas, la parroquia de Ars, en fe y en costumbres, estará en plena decadencia.

A pesar de todo, las almas se iban despertando. En marzo de 1802, un sacerdote llamado Juan Lecourt, que se titula «misionero delegado por el Consejo», predica a aquellas pobres gentes, demasiado tiempo desamparadas, los ejercicios propios de una misión. Según testifican los registros parroquiales, bautiza a los niños ya crecidos y regulariza los matrimonios. Acabada la misión, el señor Lecourt se dirige a otros pueblos para evangelizarlos. En 30 de mayo de 1803, el Consejo Municipal —Ars ya no es *parroquia*, pero sigue sien-

²⁰ El ciudadano Rufo tomó por acólito a un peluquero llamado Bouclet. Apóstrofo ardiente de la *década*, Bouclet, para castigar a las mujeres que continuaban santificando los domingos, en vez de descansar cada diez días, les cortaba los cabellos en la plaza pública. Parece que aquel bruto fue rociado con agua hirviendo en la granja Berlières por Francisco Vernier e Isabel Pechard. (Cf. Rdo. PACE, *Ars-en-Dombes*, op. cit., p. 46-47.)

²¹ Esta granja está situada al sudeste de la iglesia, sobre una colina y a un cuarto de hora del pueblo. Ha sido llamada *Chatomard*, después *Pous* y finalmente el *Epoux*, sin duda para evitar toda anfibología o interpretación desagradable. *Pous* en el lenguaje de aquella región significa /arme *jaune* (harina amarilla). Aquella granja sería el lugar donde con mayor éxito se cultivaba el maíz.

²² Es posible que no fuera todo inaprovechable en la conducta de ciertos habitantes de Ars durante la Revolución. Una mano prudente arrancó 71 páginas del registro de las sesiones del Ayuntamiento. La página 72 corresponde ya al año X (1802).

do *municipio*— vota la cantidad de 1.800 libras para restaurar la iglesia, pagar el alquiler de la casa parroquial, tener un vicario residente y comprar ornamentos y campana²³.

La administración diocesana tuvo en cuenta tan buena voluntad. A principios de 1804, el Rdo. Lecourt volvió a aquel lugarejo con el título de sacerdote «encargado de la parroquia»²⁴. Reanudó sus trabajos de verdadero misionero, corriendo tras las ovejas descarriadas. Por desgracia, no estuvo mucho tiempo en aquella parroquia. Transcurrido un año fue enviado a Jassans, y hasta mar/o de 1806, Ars, agregado directamente a Mizerieux, no tuvo a su servicio otro sacerdote que el señor Amado Verrier, que era a la vez cura de Mizerieux, de Ars, de Tousieux, de Santa Eufemia y de Saint-Didier-de-Formans.

Por fin, fue concedido a Mizerieux un sacerdote auxiliar, el señor Berger. Este regentó con el título de vicario la *capellanía* de Ars²⁵. El día 22 de abril de 1807, condujo hasta Trevoux, donde el cardenal Fesch administraba la confirmación, ochenta y cinco feligreses, o sea, un buen tercio de la población de Ars. El señor Berger, a quien la castellana, señorita de Garets, apreciaba mucho y quería retener en su parroquia, pidió espontáneamente el traslado. Fue enviado en calidad de vicario a Sury-le-Comtal, en octubre de 1817²⁶.

Un joven sacerdote de veintiséis años, el señor Deplace, nombrado en diciembre, no fue a Ars sino para morir. Movidos a compasión al verle llegar tan débil y en pleno invierno, «todos los habitantes, escribía la castellana, se apresuraron

²³ Archivos municipales de Ars.

²⁴ Se firma *Lecourt, sacerdote al servicio de Ars*, a partir del 19 de febrero de 1803, y hace constar en el registro parroquial que tiene también a su cuidado el pueblo de Savigneux «privado todavía de Pastor».

" El 5 de noviembre de 1808 y el 5 de junio de 1809, el Ayuntamiento de Ars, «reunido en sesión extraordinaria», pide la erección de Ars en capellanía. Alega por razones la excesiva distancia de Mizerieux y la dificultad de acudir a aquella parroquia en invierno con el Fontblin desbordado y los caminos intransitables. Los niños no pueden frecuentar el catecismo durante la estación rigurosa, cuando precisamente los trabajos agrícolas no los retienen en los campos.

²⁶ «No me explico semejante inestabilidad, y, teniendo en cuenta su delicado proceder para con el señor Berger, creo que no ha de temer usted nada.»(De una carta dirigida el 17 de diciembre de 1817 a la señorita de Ars por el canónigo Mayet, secretario del arzobispado de Lión.)

a darle cuatro haces de leña unos, otros quince, otros cincuenta; lo cual prueba la estima en que tienen al párroco y el deseo de que se halle bien entre ellos»²⁷.

A decir verdad, durante aquellos últimos veinticinco años, la aldea de Ars no se había distinguido mucho desde el punto de vista religioso. El paganismo práctico se había infiltrado en las almas y en muchas había debilitado, aunque no extinguido del todo, la fe. «Había una gran dejadez en la parroquia, dice un testigo bien informado, y cierto descuido e indiferencia. No creo, empero, que hubiese grandes desórdenes. Lo que en el fondo había de más deplorable era el olvido de las prácticas religiosas»²⁸.

Por razones de poca monta, no asistían a misa los días de precepto. Trabajaban sin necesidad alguna los domingos, sobre todo cuando el heno y los trigos habían madurado. Los hombres, los jóvenes y hasta los niños tenían el execrable vicio de blasfemar. «Ars poseía cuatro tabernas donde los padres de familia dilapidaban su fortuna»²⁹; sobre todo, los domingos y los lunes por la noche los borrachos turbaban la paz del pueblo. Los jóvenes tenían gran afición al baile, y las veladas, prolongadas hasta muy entrada la noche, eran una fuente de graves pecados.

Añádase a lo dicho una absoluta ignorancia. Los niños no acudían con asiduidad al catecismo y eran muy pocos los que sabían leer: no había escuela fija; aplicados desde muy de mañana al trabajo, pasaban el día en el campo durante la época del buen tiempo; llegado el invierno, un maestro improvisado abría una clase para los muchachos y muchachas, mas los pequeños no recibían ninguna instrucción y andaban vagando por las calles.

El cuadro no es muy halagüeño. Sin embargo, Ars, después de todo, se parecía a las parroquias vecinas y no era mejor ni peor que ellas. Ninguna antipatía al sacerdote y en conjunto «cierto fondo religioso, pero con muy poca

²⁷ De una *nota* inédita de la señorita de Ars. La castellana consignó en muchas hojas sueltas numerosos hechos referentes a la historia de la parroquia. Se conserva aún «su libro de cuentas» del que secaremos muchas noticias.

²⁸ Conde Próspero DES GARETS, alcalde de Ars, *Proceso del Ordinario*, p. 942.

²⁹ Juan PERTINAND, maestro de Ars, *Proceso del Ordinario*, p. 353.

piEDAD»³⁰. Por lo demás, para formarse cabal concepto de lo que era Ars en aquel tiempo, basta recorrer los sermones de su joven párroco: la mayor parte de los que todavía se conservan³¹ fueron compuestos en los primeros años de su ministerio pastoral. En ellos aparece retratada la mentalidad de aquellas gentes, para quienes lo principal eran las cosas de la tierra.

Gracias a Dios, con la cizaña iba mezclada la buena semilla. La cofradía del Santísimo Sacramento, fundada por el señor Hescalle, no había muerto del todo. Todavía se conservaban en Ars algunas familias de costumbres seriamente cristianas. Desde el primer momento el alcalde, Antonio Mandy, y Miguel Cinier, consejero municipal, se aliaron con el señor Vianney en una obra común de regeneración moral y religiosa. Sus familias, como también los Lassagne, los Chaffangeon, los Verchére, frecuentaban con toda exactitud los diversos oficios del domingo. Un seminarista, natural de Ars, el reverendo Renard, estudiaba en el seminario de Lión³². En el castillo, la señorita María-Ana-Colomba Garnier des Garets, más conocida por la *señorita de Ars*, distribuía el tiempo entre el cuidado de la casa, la visita a los pobres y los ejercicios de una piedad meticulosa. Cada día, según costumbre heredada de su madre, rezaba el breviario con un viejo y fiel criado a quien las gentes del lugar llamaban con cierta reverencia *señor Saint-Phal*.

La señorita de Ars tenía entonces sesenta y cuatro años³³. A pesar de su baja estatura era en extremo distinguida. De su primera educación, recibida en la casa de Saint-Cyr, había conservado los modales un poco amanerados del antiguo régimen, pero genuinamente franceses, que daban a su trato tanta jovialidad y tanta gracia. Cosa que no puede explicarse si no es por la verdadera simpatía de que gozaban los de Garets en toda la comarca, la Revolución no sacó a la señorita de Ars de sus dominios. Pudo permanecer allí tran-

³⁰ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 44.

³¹ *Sermons du venerable serviteur de Dieu l.-B.-M. Vianney, Curé d'Ars* (publicados por los reverendos Delaroche), 4 volúmenes in-12, Lión, Vitte, 1883.

³²* Ordenado sacerdote en 1820.

³³ Nació en 30 de junio de 1754.

quila, con su venerable madre³⁴. Varios sacerdotes celebraron misa a escondidas en el oratorio del castillo. No se tiene noticia de que las castellanas hubiesen sido molestadas por aquel delito antirrevolucionario. La señorita de Ars era muy estimada de los pobres; les libraba de los alquileres, pagaba vestidos y alimentos. Sus *libros de cuentas* indican con qué cuidado anotaba las más pequeñas limosnas. A pesar de su caridad, hasta la llegada del Rdo. Vianney no fue muy grande su influencia sobre la masa de la población. Vivía bastante retirada en su heredad, donde la visitaban las familias nobles de la región. Su hermano, el vizconde Francisco, al que aventajaba en tres años, vivía en París, en el boulevard de Saint-Germain y no pasaba en el castillo de Ars sino muy breves temporadas. Antiguo capitán de dragones en el regimiento de Penthievre y caballero de San Luis, se casó con una señorita de Bondy, de la que no tuvo hijos.

Sin duda, que en el reducido campo que le había sido confiado, echó de ver el señor Vianney la buena semilla, pero la encontró tan esparcida entre la cizaña, que le causó espanto. Además, fue a través de su delicadeza de conciencia y de su horror al pecado, como el nuevo cura contempló su parroquia. Esto le hizo descubrir ciertas miserias, que hubieran escapado a otros ojos menos delicados. Sin perder el tiempo en inútiles lamentaciones, puso en seguida manos a la obra. No tenía la pretensión de convertir todo el universo, pero sí aquella reducida aldea, cuyas almas Dios acababa de confiarle. Desde este punto de vista es cómo hay que juzgar las enseñanzas y los actos del Cura de Ars en los primeros años de su vida apostólica. Hablará a los de Ars y clamará contra los abusos de Ars. Puesto en otro ambiente, no hay duda de que su celo se hubiera desplegado en otra forma. Para las faltas y abusos, siempre y en todas partes los mismos, aunque bajo formas diferentes, no buscará remedios nuevos; procurará aplicar los antiguos, según los métodos tradicionales.

Su programa, meditado ante el sagrario, será el de todo

³⁴ La señorade Garets d'Ars, nacida en Pré de Saint-Maur, murió en su castillo el 29 de junio de 1811.

pastor deseoso del bien de su rebaño: ponerse cuanto antes en contacto con sus feligreses; asegurar la cooperación de las familias más honorables; mejorar a los buenos; reducir a los indiferentes; convertir a los pecadores escandalosos y, por encima de todo, rogar a Dios, de quien dimanaban todos los dones, santificarse a sí mismo para santificar a los demás y hacer penitencia por todos los culpables.

En presencia de semejante empresa, ¿se sentía tan débil, tan vacío! Mas el joven párroco rural poseía la fuerza de la gracia. Dios había escogido la humildad para abatir el poder del orgullo. Un sacerdote santo iba a realizar grandes cosas con medios al parecer bien pequeños.

Aunque el Rdo. Vianney no fue más que *vicario-capellán* de Ars, sus ovejas le dieron, como a sus predecesores, el título de *Cura*. Con este nombre tomó posesión el domingo, 13 de febrero. Toda la parroquia, a excepción de unos pocos, estaba reunida. La ceremonia, sencilla, pero elocuente, interesó vivamente al concurso. El viejo cura de Mizerieux, señor Ducreux, a quien el nuevo capellán no era desconocido³⁵, fue a buscarle a la casa parroquial, rodeado de las autoridades municipales. En el umbral de la iglesia, le puso la estola pastoral, símbolo de su misión y de su autoridad. Lo acompañó al altar donde el joven sacerdote abrió el sagrario; al confesonario, al pulpito y a la pila bautismal. Después, el nuevo pastor les dijo cuánto les amaba y cuánto deseaba su bien, y celebró por todo su rebaño su primera misa solemne. Unos cantos bastante sencillos resonaron, sin duda, en el humilde santuario. Mas para Ars fue un día de fiesta.

Durante la ceremonia, los feligreses contemplaron con curiosidad al recién llegado. Muchos le habían visto atravesar la plaza y detenerse en el cementerio. Les pareció de estatura mediocre y de porte un tanto tosco, con su sotana de paño burdo y su calzado de campesino. Mas al verle en el altar radiante, transfigurado, celebrando la misa con una ma-

³⁵ El señor Julián María Ducreux, antiguo superior del seminario menor de San Juan de León, había reemplazado, en 1808, al señor Verrier en el curato de Mizerieux. Cuando Juan-María Vianney estudiaba en la casa parroquial de Ecully, el señor Balley lo presentó al superior de San Juan.

jestad insospechada³⁶, sintieron en sus almas un movimiento de gran veneración; un murmullo favorable circuló de unos a otros. «Tenemos una iglesia muy pobre, decía el alcalde, portavoz natural de los habitantes de Ars, hombre de muy recto juicio que rigió los destinos de aquel municipio durante veinte años; tenemos una iglesia muy pobre, pero poseemos un párroco santo»³⁷.

El Rdo. Vianney no se preocupó en lo más mínimo del arreglo de la casa parroquial; confió todo el cuidado a la viuda Bibost, más entendida que él en asuntos de orden doméstico. «Se la llevó a Ars para que le sirviese de criada, pero sin que hubiese de estar allí por mucho tiempo, pues con gusto prescindía de tener cocinera»³⁸.

La casa parroquial constaba de cinco habitaciones, con sus correspondientes ventanas; en la planta baja, la cocina y el comedor; en el piso, al que conducía una escalera de piedra, una habitación para el párroco y otras dos para los huéspedes que se detuviesen allí. En conjunto la halló muy bien amueblada. En el inventario de aquel tiempo³⁹ se consignan «seis sillas de moqueta con grandes respaldos y un sillón asimismo de moqueta; otro sillón forrado de cretona verde y roja; una mesa para comer con cuatro alargaderas; dos camas con dosel azul y blanco; un cubrepies de tafetán color aurora y blanco de piqué; dos colchones de tela nueva con los almohadones blancos. Todo ello prestado gratuitamente a la casa parroquial por los castellanos de Ars».

El Rdo. Vianney, muy rico con la cama que le había dejado el señor Balley, no quiso conservar sino lo necesario. ¿Acaso no tenía siempre presente a su maestro? Aprovechó, pues, una visita que hizo al castillo, para rogar a la señorita de Garets que tomara de nuevo aquellas cosas, de las cuales no tenía ninguna necesidad. Asimismo nada tenía que hacer de «un asador» y de otros utensilios de cocina. ¡Tan poco

³⁶ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 114.

³⁷ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 284.

³⁸ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 512.

³⁹ *Inventarios* de 7 de agosto de 1806, firmado por el señor Berger, y de 30 de diciembre de 1817, firmado por el señor Deplace. Nada se olvidó en estos inventarios, ni «el gallinero» ni la «caja para guardar la carne, con su cuerda y sus garfios de hierro para colgarla dentro», ni la cuerda del pozo, ni la piedra para lavar, ni la bacía.

complicado era el rumbo de su casa! Conservaría solamente, si en ello no tenían dificultad, una cama ordinaria, dos mesas viejas, algún armario, dos sillas de enea, una olla de hierro, una sartén y otros insignificantes enseres domésticos.

Tanta sencillez impresionó a aquellas buenas gentes. Los habitantes más acomodados, propietarios o ricos colonos, para quienes era cosa dura dar un céntimo a los pobres, quedaron estupefactos al ver que su párroco no guardaba nada para sí; ante este rasgo se vieron obligados a reconocer en él a un verdadero hombre de Dios. Los mendigos, a quienes distribuía abundantes limosnas, bien pronto pregaron sus alabanzas. «El Rdo. Vianney había venido de Écully con una bolsa bien provista; mas no tardó mucho tiempo en quedar vacía»⁴⁰.

El Cura de Ars no fue tan candido que creyese poder acabar con todo desorden con sola su presencia. Una vez instalado, emprendió en seguida la campaña para la conquista de las almas. Era necesario adquirir cierto ascendiente sobre unos caracteres bastos, en los que había más ignorancia que malicia, y ganar los corazones.

Visitar unos sesenta hogares no era gran cosa; lo difícil estaba en el modo. El Rdo. Vianney, con su gran sombrero bajo el brazo —casi nunca lo llevaba de otra manera—, salía hacia el mediodía de la iglesia o de la casa parroquial. Estaba seguro de que a tales horas encontraría a todo el mundo en casa. La primera acogida no fue en todas partes benévola. Sin embargo, «a los más, cuenta Guillermo Villiers, joven de Ars que entonces tenía diecinueve años⁴¹, les pareció lleno de bondad, de jovialidad y dulzura; pero nadie le hubiera creído tan profundamente virtuoso»⁴².

En estas primeras entrevistas, hablaba casi únicamente de los intereses materiales, de los trabajos, del tiempo, de las futuras cosechas... Procuraba enterarse de la situación de las familias, del número y edad de los hijos, de sus relaciones de parentesco y amistad. Una palabra de religión lan-

⁴⁰ Confidencias del santo al Hermano Atanasio, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.021.

⁴¹ Había nacido en Ars el 26 de diciembre de 1799.

⁴² *Proceso del Ordinario*, p. 634.

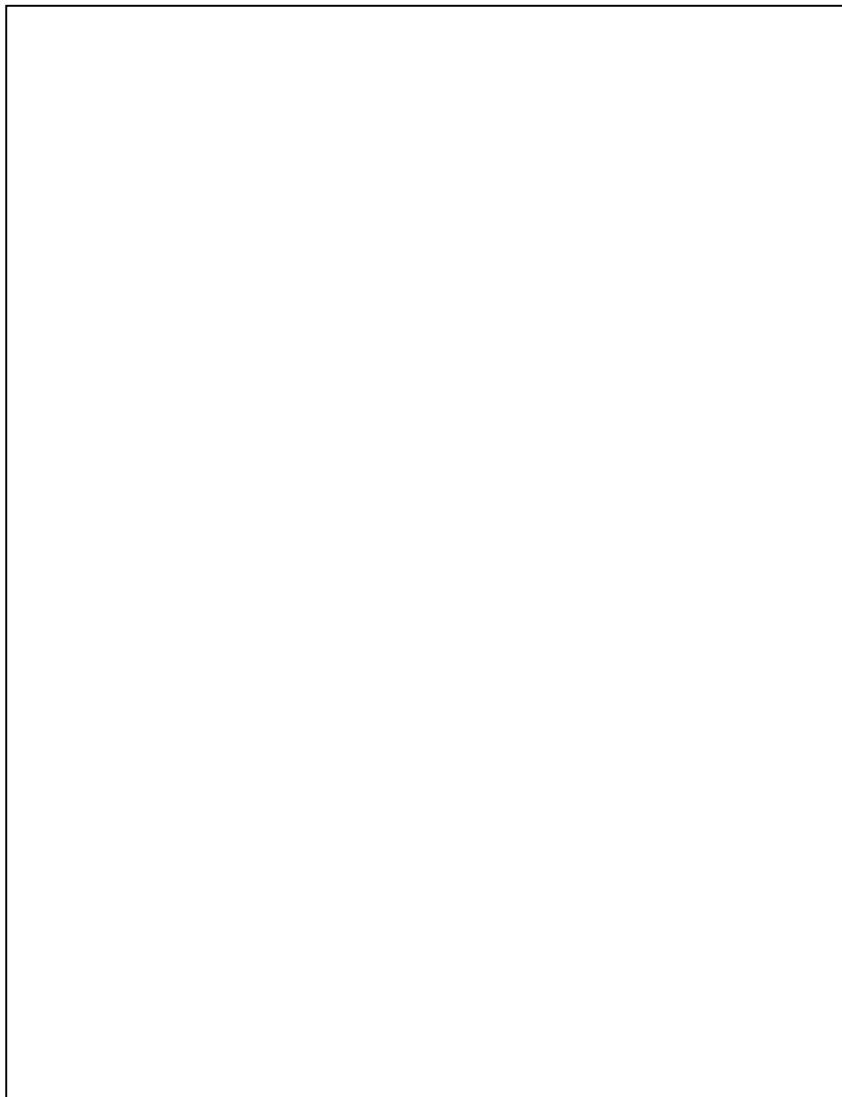
zada al fin de la visita, provocaba la respuesta, que le permitía juzgar del mayor o menor grado de fe de cada casa.

¡Mas ¡ay! en este punto cuántas lagunas y cuántas, miserias! El Rdo. Vianney comprobó, con pena, que cierto número de sus feligreses ignoraban las nociones más elementales del catecismo, principalmente los que habían crecido durante la Revolución, o sea, los jóvenes y las muchachas, los hombres y las mujeres de veinticinco a treinta años. De éstos principalmente procedían los ejemplos corruptores. Muchos llegaban hasta vanagloriarse, diciendo sin recato que en los bailes, en la profanación de las fiestas y en otras faltas aún peores, no veían ningún mal⁴³.

¡Cómo volver al redil ovejas tan cegadas! El joven pastor sintió su impotencia, pero no se desalentó: contaba con Dios y con el tiempo.

⁴³ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 830.

Este es el exterior de la casa del Cura de Ars. Por la puerta, que en la foto se ve iluminada por el sol, salía el Santo para atravesar la callecita y entrar en la iglesia. Aquí es donde un grupo numerosísimo de peregrinos esperaban para asaltarle literalmente, para estar unos segundos tan cerca de él como les fuera posible.



II. POR LA CONVERSIÓN DE ARS

I. ORACIONES Y PENITENCIAS

La-oración del cura de Ars en la iglesia.—A través de los campos.—El suelo por cama.—Disciplinas de sangre.—La primera cuaresma del Rdo. Vianney.—El pan de los pobres.—El puchero de las patatas.—El secreto de las primeras conquistas.

El Cura de Ars, con su amor a Dios y a las almas, tenía como en la sangre lo que se ha llamado «instinto de conquista»¹. Naturalmente enérgico y emprendedor, había soñado en una existencia muy ocupada y provechosa. En aquel reducido campo de acción que le fue confiado, hubiera podido disfrutar de muchos ratos de ocio, y sin embargo le veremos siempre en plena actividad y desde las primeras semanas sus jornadas serán muy llenas y fecundas.

Mucho antes de rayar el alba, cuando en Ars todo reposaba, se hubiera podido vislumbrar, a través del cementerio, un vago resplandor. El Rdo. Vianney, con una linterna en la mano, pasaba de la casa parroquial a la iglesia. El buen soldado de Cristo se dirigía al lugar de la oración. Se encaminaba en seguida al presbiterio y allí se ponía de rodillas. Entonces se expansionaba su corazón cargado de deseos, cargado ya de sufrimientos. En el silencio de la noche, pedía al Señor, en voz alta, que tuviese piedad de su rebaño y de su pastor.

¹ «El celo de las almas parece constar de tres cualidades: amor de Dios, amor de las almas y lo que yo llamaría espíritu de conquista.» (Monseñor HEDLEY, O. S. B. *Lex levitarum* (traducción Lebbe), París, Lethielleux, 1922, p. 48.)

«¡Dios mío, decía, concededme la conversión de mi parroquia; consiento en sufrir cuanto queráis durante toda mi vida... sí, durante cien años los dolores más vivos, con tal que se conviertan!»². Y regaba las gradas con sus lágrimas. Al despertar el día, el buen sacerdote todavía estaba allí. «La gente lo advertía por la luz que penetraba a través de los cristales»³.

Así hubiera pasado toda la mañana, si el ministerio pastoral no le hubiera reclamado. Los que le llamaban por algún enfermo no tenían necesidad de buscarle en la casa parroquial; sabían muy bien dónde habían de encontrarle. Algunos días, no salía de la iglesia sino hasta después del «Ángelus» de la tarde⁴.

Sin embargo, casi todos los días, visitase o no las familias del lugar, hacía por la tarde una pequeña excursión por la campiña. Se aprovechaba también de ella para orar, ya levantando el corazón a Dios, ya con el rezo del breviario. Procuraba siempre decir alguna palabra a los que trabajaban en los campos, y con el rosario en la mano, metíase en los tortuosos senderos que cruzaban por entre las espesuras de tilos. Su alma mística estaba hambrienta de soledad y de paz. En medio de aquella encantadora naturaleza, su pecho, acostumbrado a los puros efluvios de las brisas, se dilataba a su gusto. ¡ Ah! hacía bien en disfrutar; se acercaba el tiempo en que no tendría ni una hora de reposo, y viviría como entre paredes, sin la frescura del aire ni el calor del sol. «Su mayor satisfacción, se ha dicho de este nuevo Francisco de Asís, era rezar en el bosque. Solo allí con su Dios, contemplaba sus grandezas y se servía de todo, aun del canto de las aves, para elevarse hasta Ei»⁵.

Mas tan alegres pensamientos iban mezclados de otros

² Artículos del Postulador BOSCREDON, *Proceso apostólico ne pereant*, n.º 134, p. 73.

³ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 280.

«Un vecino que vivía junto a la iglesia, al verle pasar con la candelá, tuvo curiosidad de ver lo que iba a hacer tan de mañana; lo vio en oración y volvióse diciendo: "¡Este hombre no es como los demás!"» (Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 45).

⁴ Según Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 469.

⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 45.

más austeros. Un día, el padre Mandy, cuando atravesaba el bosque de la Papisa, encontró al señor Vianney arrodillado. El joven cura no advirtió su presencia. Lloraba a lágrima viva y repetía sin cesar: «¡Dios mío, convertid mi parroquia!» El buen hombre no osó turbar la conmovedora oración y se retiró silenciosamente⁶.

El piadoso pastor sentía singular predilección por las deliciosas alamedas del castillo de Cibeins. Siguiendo las riberas del Fontblin, se ocultaba bajo las copudas encinas, y allí, creyéndose sin testigos, se arrodillaba repetidas veces, sin duda que a cada *Gloría Patrí* del rezo de las *Horas*⁷. También «cuando, yendo de camino, rezaba el breviario, antes de comenzar y al terminar siempre se arrodillaba, fuese cual fuese la hora y el lugar donde se hallase»⁸.

A la oración juntó el Cura de Ars la penitencia, y fue, sin duda, para practicarla sin testigos, por lo que quiso vivir solo en la casa parroquial durante toda su vida. Si alguien pagaba por ellos, Dios perdonaría más fácilmente a los pobres pecadores: «Era, pues, menester a toda costa salvar las almas»⁹.

Desde el día de su llegada, el Rdo. Vianney dio su colchón a unos pobres. Otros dos todavía no distribuidos, estaban sobre unas sillas en la habitación destinada a los huéspedes. ¿Qué necesidad tenía de cama? Durante muchas semanas bajó a tendense por espacio de unas horas sobre unos sarmientos que había depositado en un rincón de la planta baja. El pavimento y las paredes estaban húmedos y el austero penitente contrajo muy pronto una neuralgia facial que le hizo sufrir durante quince años¹⁰; entonces, en lugar de irse a su cuarto, subió a dormir al granero. Un vecino de Ars que fue a buscarle a media noche, para que asistiese a un moribun-

⁶ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 4.

⁷ Señorita Cristina de CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 137.

⁸ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 655.

⁹ De una carta de Bossuet al general Bellefonds, 5 de agosto de 1674.

¹⁰ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 318.

do, le oyó bajar de aquel incómodo desván¹¹. Allí, se tendía sobre el desnudo suelo, con la cabeza apoyada sobre un trozo de viga.

La viuda Renard y su hija, que vivían pared por medio junto a la casa parroquial, le oían mover aquella nueva clase de almohada¹².

Casi siempre, este acostarse tan primitivo iba precedido de una penitencia todavía más dura. Una vez en aquella cámara, el Rdo. Vianney se descubría las espaldas y armado de una disciplina con puntas de acero, azotaba sin compasión su *cadáver*, el *viejo Adán*, como llamaba a su cuerpo. Durante algunas noches una persona de Lión que se alojaba en casa de la viuda Renard, oyó los golpes por espacio de una hora; se detenía un momento y después resonaban de nuevo. «¿Cuándo acabarás?», decía la vecina compasiva¹³. El mismo se fabricaba o al menos arreglaba a su gusto y adornaba los instrumentos de penitencia. Por la mañana, al aderezar su habitación, se encontraban debajo de los muebles trozos de cadenilla, pequeños clavos, pedacitos de hierro y plomo, que habían volado de sus disciplinas. Destrozaba una cada quince días. «Movía a compasión, contaba Catalina Lassagne, ver la parte izquierda de sus camisas completamente deshecha y manchada de sangre»¹⁴.

Más de una vez hubo de desvanecerse y roció con sangre las paredes. En un rincón de su cuarto, oculto bajo la cortina que baja del pabellón de la cama, unas gotas todavía muy visibles salpican el estuco amarillo. Tres grandes manchas señalan bastante bien la impresión de la espalda y de ellas corren varios hilitos hasta el pavimento. Otras son trazas de los dedos o de las palmas de las manos; el Santo las dejó marcadas en la pared al apoyarse para levantarse del suelo.

Marzo de 1818. Nos hallamos en plena Cuaresma. Excelente ocasión para que nuestro asceta comience aquel rigu-

¹¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 778.

¹² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 11.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Canónigo MOREL, *Proceso apostólico in genere*, p. 456.

roso ayuno, que no cesará sino con su vida. Tenía un cuidado menos, pues pasaba sin cocinera; había reducido sus necesidades materiales al «mínimum» posible. «Nunca observó una gran regularidad en sus comidas»¹⁵, pero el primer año de su vida de párroco traspasó en la mortificación toda medida. Más tarde había de llamar a tales excesos «locuras de su juventud» —¡feliz quien no cometiera otras!— y reconocer que en cierta manera había ido más allá de los justos límites. «Cuando se es joven, decía a un sacerdote, se cometen imprudencias»¹⁶.

Quince días después de su toma de posesión, llegó su hermana Margarita en compañía de la viuda Bibost, cocinera demasiado honoraria del Cura de Ars. La acogida que les dispensó el Rdo. Vianney fue por demás cordial, pero no pasó de aquí. «Hijas mías, les dijo con franqueza, ¿qué voy a daros ? No tengo nada.» Después de recapacitar un momento, pensó en algo que había reservado para sí: unas patatas, ya ligeramente enmohecidas, que él mismo había puesto a hervir. «No tuvimos aliento para comerlas, decía Margarita. En cuanto a él, tomó dos o tres y se las comió: «No están podridas; todavía me parecen buenas»; después añadió: «Me aguardan en la iglesia y es menestar que vaya; mirad de arreglaros como podáis.»

Gothon y la señora Bibost habían, felizmente, tomado la precaución de comprar pan al pasar por Trevoux. Descubrieron al fin un poco de harina, algunos huevos y mantequilla, que una persona caritativa había dado al señor Vianney y que éste había metido en un rincón. Con ello hicieron unos pasteles¹⁷ «que solían ser muy de su agrado». Más aún: mataron dos pichones que andaban picoteando entre la hierba y los pusieron en el asador. El joven párroco llegó de la iglesia hacia el mediodía. «¡Oh! pobres animales —dijo al ver sobre la mesa el plato inesperado—; los habéis matado; yo quería deshacerme de ellos, porque perjudican a

¹⁵ Juana-María CHANA Y, *Proceso del Ordinario*, p. 765.

¹⁶ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 166.

¹⁷ Estos pasteles, llamados *matefaims*, son una especie de buñuelos cuyo uso se había extendido mucho por las riberas del Saona. Consisten en unas galletas muy delgadas hechas con harina de trigo diluida en agua, que se cuecen en una sartén

los vecinos, pero no era menester cocerlos.» No quiso probarlos y se contentó con un trozo de pan¹⁸.

Su hermano mayor, Francisco, también fue a visitarle. Menos previsora que su hermana, llegó sin cosa alguna. Se vio obligado a arrancar algunas patatas del huerto y a cocerlas él mismo en un puchero de la casa parroquial¹⁹. Tiempo vendrá, sin embargo, en que veremos al Rdo. Vianney tratar con el debido esmero a los suyos.

Este período de los comienzos del ministerio parroquial fue el más austero de su vida²⁰. «Vivía entonces casi solo, dueño absoluto de sí mismo»²¹ y se aprovechó de ello. En sus ansias de penitencia llegó a dejar pasar dos o tres días sin probar bocado²². Durante una Semana Santa —tal vez la de 1818— comió solamente dos veces. Pronto comenzó a prescindir de toda provisión y «jamás se preocupó del día siguiente»²³.

La viuda Bibost, antes de regresar a Ecully, quiso Bejar asegurada una sustitua en la persona de la viuda Renard. Esta, tomando al principio las cosas en serio, llevó pan fresco a la casa parroquial; de repente, se dio cuenta de que el Rdo. Vianney, sin haberlo probado, lo distribuía entre los pobres. En cambio aceptaba el comprarles los mendrugos que habían recogido en sus alforjas²⁴.

La señora Renard le preparaba *panecillos* y patatas hervidas. El se lo comía cuando tenía tiempo. Más de una vez la buena mujer «hubo de volverse, llorando de compasión, con el plato lleno». Sabiendo que había vuelto de la iglesia, llamaba a la puerta. Al principio no respondía. Ella insistía, y entonces le contestaba sin abrir: «No necesito nada... no quiero nada.» Con frecuencia le decía: «No vuelva hasta tal fecha» —y se trataba de un plazo de muchos días—. Y cuan-

mientras se van extendiendo. Todos los días se comían, a guisa de pan, en las granjas de Dombes.

¹⁸ Según relación de Margarita VIANNEY, *Proceso del Ordinario*, p. 1.021-2.

¹⁹ Fleury VÉRICEL, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.262.

²⁰ Cuando hablemos de las mortificaciones del Cura de Ars, distinguiremos tres fases claramente deslindadas en su régimen alimenticio.

²¹ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 646.

²² Guillermo VILLIER, *ibid.*, p. 650.

²³ Condesa DES GARETS, *ibid.*, p. 911.

²⁴ Juana-María CHANA Y, *Proceso apostólico ne pe rea nt*, p. 489.

do, a pesar de estas órdenes, la cocinera buscaba manera de burlarlas, se mantenía inflexible²⁵. Lo mismo sucedió a otras personas, una de las cuales exclamaba: «¡Ah, qué difícil es servir a un santo!»²⁶.

Algunas veces, el Rdo. Vianney cocía por sí mismo una olla —que se ha hecho célebre— de patatas para toda una semana. Las ponía en un canasto metálico que colgaba de la pared, y cuando el hambre le acosaba comía una o dos —la tercera, según él, hubiera sido ya «regalo»²⁷— frías como estaban, y aun cuando, al acabarse la provisión, estuviesen del todo mohosas.

En alguna ocasión ponía a cocer un huevo en la ceniza²⁸, o, cogiendo una larga sartén, después de amasar un poco de harina mezclada con agua y sal, hacía indigestos *panecillos*.

Este régimen duró hasta el año 1827, o sea, hasta que organizada la casa de la *Providencia*, el Rdo. Vianney comenzó a comer en ella. «¡Qué feliz era, decía, lamentándose, cuando vivía solo! Cuando tenía necesidad de alimentarme, yo mismo hacía tres tentempiés. Mientras me comía el primero, hacía el segundo, y mientras comía el segundo cocía el tercero; y éste lo comía mientras limpiaba la sartén y arreglaba la lumbre; bebía un gran vaso de agua y con ello estaba satisfecho para varios días»²⁹.

El domingo, al mediodía, descuidándose del todo, se contentaba para desayunarse con dos o tres mijajas de pan bendito. Por la noche consentía en tomar una cena algo más abundante³⁰. Un día, como el hambre se hiciese sentir con más fuerza, el sublime improvisor encontró el cesto del pan

²⁵ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 41.

²⁶ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 456.

²⁷ Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico in genere*, p. 984.

²⁸ Juan COTTON, *Proceso del Ordinario*, p. 1.383.

²⁹ C. LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 71. Se ha formado una leyenda, según la cual el Cura de Ars no vivió sino de patatas, que él mismo cuidaba de hervir, durante los cuarenta y un años de su ministerio parroquial. Nada menos exacto. Los testimonios son unánimes en este punto. Todos coinciden en que algunas veces él las coció. (Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 324; J. PERTINAND, *ibid.*, p. 378; Baronesa de Belvey, *id.*, p. 243; C. LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 71.) Añádase a lo dicho que este régimen no se prolongó hasta más allá del año 1827, es decir, que duró unos diez años. Desde que el señor Vianney comenzó a comer en la *Providencia*, hubo de dejar el puchero y las patatas y comer simplemente lo que le preparaban. Como veremos, sus mortificaciones fueron allí también terribles.

³⁰ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 84.

vacío. Se dirigió a casa de un vecino. Su aspecto demacrado le hizo traición. «¿Qué le pasa, señor cura?» —le preguntó el buen hombre espantado—. «Ah, amigo mío; no he comido nada en tres días.» El feligrés se apresuró a enviarle medio pan³¹. Otro día se hallaba de visita en casa de Juan Cinier. Era la hora de comer y unas patatas humeantes estaban puestas sobre la mesa. «¡Qué buenas me parecen!» —dijo el señor Vianney cogiendo una—. La contempló un instante y volvió a dejarla en el plato. «Era, dice Antonio Cinier, uno de los hijos, testigo de la escena, una mortificación que acababa de imponerse»³².

La viuda Renard había conseguido permiso para apacentar su vaca en el huerto de la casa parroquial, que estaba, abandonado. En éstas, sorprendió al señor Cura en actitua de coger acederas. «¿Es que come usted hierbas? —le preguntó—. Sí, señora —contestó algún tanto contrariado de haber sido sorprendido—; he intentado no comer más que esto, pero no he podido con ello»³³.

A falta de aquella buena mujer, que sin duda alguna andaba diciendo por la aldea lo que tenía ocasión de presenciar, su figura macilenta delataba a los habitantes de Ars las penitencias que se imponía su pastor. Era un místico dotado de la verdadera intuición de las cosas: el espíritu del mal ejerce un poder tiránico sobre las almas impuras; se trataba nada menos que de librarlas de esa tiranía, y el Evangelio dice que «este linaje de demonios no se lanzan sino con el ayuno y la oración»³⁴. El Cura de Ars había recogido estas enseñanzas de labios del divino Maestro. Veinte años después, el día 14 de octubre de 1839, en un confidencial coloquio, dio al reverendo Tailhades —joven sacerdote de Montpellier, llegado a Ars para formarse junto a él en el apostolado durante algunas semanas— el secreto de sus primeras conquistas.

Amigo mío, el demonio no hace mucho caso de la disciplina y de otros instrumentos de penitencia. Lo que le pone en bancarrota son

³¹ Rdo. BEAU. *Proceso del Ordinario*, p. 1.208.

³² *Proceso apostólico ne pereant*, p. 677.

³³ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 12.

³⁴ San Mateo, XVII, 20.

las privaciones en el comer, beber y dormir. Nada teme tanto como esto, y por lo mismo nada es tan agradable a Dios. ¡Oh! ¡Cómo he tenido ocasión de experimentarlo! Cuando estaba solo, y lo estuve por espacio de ocho o nueve años, como podía entregarme sin medida a mis aficiones, llegaba a pasar días enteros sin comer... Entonces conseguía de Dios cuanto quería para mí y para los otros.

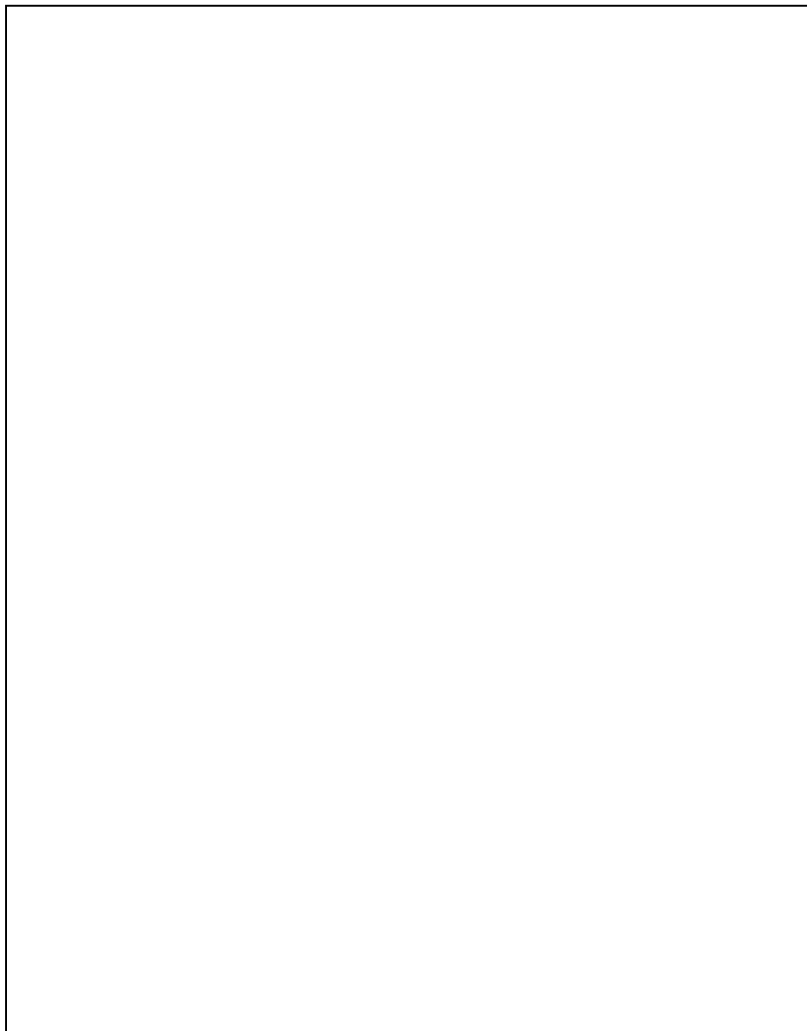
Al decir esto, las lágrimas le saltaron de los ojos. Y al instante prosiguió:

Ahora ya no es lo mismo. No puedo pasar tanto tiempo sin comer; llego al extremo de no poder hablar. ¡Mas qué feliz era, cuando estaba solo! Compraba a los pobres los trozos de pan que les daban; pasaba gran parte de la noche en la iglesia; no tenía que oír tantas confesiones... y Dios me colmaba de gracias extraordinarias³⁵.

Vemos, pues, que para el joven párroco, el tiempo de las mayores penitencias fue la época de las mayores consolaciones.

Esta es la mesa de trabajo que el Santo Cura tenía en su habitación. En ella pasó horas y horas preparando sus sermones y sus catequesis, hasta que la afluencia de peregrinos ya no le dejaba tiempo para ello.

Pero donde más trabajó sus predicaciones el Cura de Ars fue en la sacristía, que daba al altar mayor de la iglesia, y así trabajaba a la vista del divino Maestro. Buscaba inspiración ante el Sagrario: se arrodillaba en las gradas y pedía al Maestro, que supo explicar las verdades más sublimes al alcance de los pescadores, campesinos y pastores, y le suplicaba con lágrimas que le inspirase los pensamientos y las palabras que habían de conmover y convertir a su pueblo.



III. POR LA CONVERSIÓN DE ARS

II. LA GUERRA A LA IGNORANCIA RELIGIOSA

Para hacer más atractiva la vieja iglesia.—El «pecado de ignorancia».—El catecismo de los niños.—La instrucción de los fieles.—Un predicador heroico.—Los temas predilectos.—Hacia el altar del Sacramento.—Los apostrofes de las grandes festividades.

El Rdo. Vianney se convenció de que a su celo se opondría un enemigo formidable: toda la inercia de aquellas gentes aferradas a sus costumbres. Ninguno de los feligreses se había negado a recibirle; los que iban a misa, seguirían acudiendo; pero que no pidiese más.

Aconteció lo contrario: el joven pastor se sintió responsable de todas las almas de Ars y resolvió no dejarlas en paz hasta el día en que hubiesen desaparecido todos los abusos. Además de la oración y de la penitencia, emplearía la palabra y la acción.

La santificación del domingo, sin la cual la vida cristiana queda reducida a la nada, fue el primer objetivo que se propuso. La casa del Señor estaba abandonada; era, pues, menester conducir a ella a los fieles, y para esto darle más atractivo. La iglesia de San Sixto de Ars era, en 1818, «pobre por dentro y por fuera; una sencilla nave cuadrada —once metros de largo por cinco de ancho— terminada en un coro en rotonda ocupado totalmente por el único altar»¹. El de-

Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 83.

corado era algo más que modesto. Los muros blanqueados con cal estaban recubiertos, hasta la altura de un hombre, de un zócalo completamente descolorido. Un altar mayor de madera sin ninguna escultura; en lugar de bóveda un artesonado que crujía por todas partes; ornamentos pobres, gastados, insuficientes, que no podían dar el debido realce a las ceremonias del culto. «Tanta pobreza movía a compasión a los sacerdotes forasteros que a veces se detenían en el pueblo para celebrar la misa»².

El Rdo. Vianney amó en seguida aquella antigua iglesia como si fuese su casa paterna. Para embellecerla, comenzó por lo principal, o sea, por el altar, centro y razón de ser de todo el templo. Por respeto a la Sagrada Eucaristía, quiso que fuese lo mejor posible. Para esta primera adquisición no llamó a ninguna puerta. Lo pagó de su peculio y con una franca alegría ayudó a los trabajadores a levantar el nuevo altar mayor. Para enriquecerlo más hizo a pie un viaje de ida y vuelta a Lión y trajo de la ciudad dos cabecitas de ángel que colocó a ambos lados del sagrario. Finalmente, deseoso de armonizar el marco con el cuadro, él mismo repasó los zócalos y las molduras. La iglesia ganó mucho en decencia y novedad.

Después procuró aumentar el *ajuar de Dios*, como decía en su lenguaje sabroso y lleno de imágenes. Visitó en Lión los talleres de bordados y orfebrerías y compró cuanto le pareció de más precio. «En la campiña, decían aquellos comerciantes admirados, hay un cura, pobre, delgado y mal arreglado, que parece no tener un céntimo, y se lleva para su iglesia lo mejor.» Un día de 1825, la señorita de Ars fue con él a la ciudad para comprar unos ornamentos para la misa. A cada cosa que les mostraban, repetía: «¡No me parece bastante bien!... ¡Ha de ser mejor que esto!»

Estas transformaciones materiales no fueron en modo alguno inútiles. Fueron una prueba del celo del pastor y alegraron a las almas fervorosas; algunos, desconocidos en

² Los lienzos y ornamentos sagrados «se hallaban en el estado más deplorable». ¿Mas cómo podían ser bien conservados, si la fábrica del templo no rendía más de SO Francos anuales? (C. LASSAGNE, *Petit Mémoire*, tercera redacción, pp. 10 y 91).

el templo, con más curiosidad, quizás, que devoción, se dejaron ver en la iglesia los domingos³.

La ignorancia,⁴ y por consiguiente «la indiferencia en materia de religión»⁴ —no la incredulidad, pues la fe se había conservado— era el gran mal de aquellas pobres gentes. Pero en aquella ignorancia, el párroco, severo y clarividente, veía algo más que una laguna: veía *un pecado*. «Estoy seguro, decía desde el pulpito, que este pecado condenará más almas que todos los demás juntos; porque una persona ignorante no conoce ni el mal que hace ni el bien que pierde cuando peca»⁵. De aquí sus ansias de instruir a los feligreses. En otros tiempos, había regado la tierra con el sudor de su frente; mas aquel trabajo manual era un descanso comparado con la tarea inaudita que en adelante iba a imponerse.

La instrucción religiosa de los jóvenes fue su principal solicitud. A los niños de Ars se les empleaba muy pronto en los trabajos agrícolas. Desde los seis o siete años se les confiaba la guarda del ganado; a los doce, un muchacho había de ayudar a su padre en la siembra y en la siega. En la región de Dombes los jornaleros agrícolas eran escasos. Muy pocos niños sabían leer. No iban al catecismo más que los días lluviosos de invierno y no ponían interés alguno en aprenderlo. ¿Iban a misa los domingos? Tal vez, si no eran enviados a los campos u otros quehaceres no les retenían en las granjas. Muy pronto las malas compañías y la ignorancia religiosa les arrastraban al libertinaje. Materializados, sin otras miras que las cosas de la tierra, muchos de aquellos pobres vivían y crecían como si no tuviesen alma. La primera comunión no era en su vida otra cosa que un episodio cualquiera.

El joven Cura de Ars se propuso, desde Todos los Santos hasta el tiempo de la primera comunión, reunirlos todos los días a las seis de la mañana. El catecismo de los domingos se hacía antes de vísperas, hacia la una de la tarde. El Rdo.

³ Estos pormenores sobre la primera transformación de la iglesia de Ars hecha por el señor Vianney nos los da la señora de Garets, *Proceso del Ordinario*, p. 772.

⁴ La célebre obra de Lamennais publicada bajo este título apareció precisamente cuando el señor Vianney empezaba su ministerio en Ars. Su publicación, iniciada en 1817, terminó en 1823.

⁵ *Sermones del Cura de Ars*, sobre la absolución, t. III, p. 83.

Vianney se valía de piadosas estratagemas para atraer a la iglesia a la gente menuda. «Recuerdo que cuando era niño —dice Francisco Pertinand, encargado de la posada y coche-ro de Ars—, nos decía: "Al que llegue primero a la iglesia le daré una estampa"... Para ganarla había quien llegaba antes de las cuatro de la mañana»⁶.

El Rdo. Vianney no dejó de catequizar por sí mismo hasta el día en que tuvo un auxiliar, es decir, hasta 1845. Durante veintisiete años ejerció completamente solo las funciones del ministerio pastoral. «El mismo daba la señal para el catecismo de los niños, refiere el Rdo. Tailhades; después rezaba las oraciones, de rodillas y sin apoyarse jamás. Al principio se esforzaba en excitar la atención de los pequeños mediante fuertes reflexiones, a veces tan tiernas que les conmovían intensamente y arrancaban lágrimas de sus ojos. Después de recitada la lección, seguían las explicaciones, breves, sencillas y llenas de singular piedad»⁷. Quería que los niños estuviesen muy atentos; les vigilaba continuamente y les imponía, cuando era menester, suaves castigos; pero sobre todo sabía infundirles ánimo e inspirarles con sus modales afables aquel afecto filial del que dimana todo respeto. Exigía que cada uno tuviese su rosario, y siempre llevaba muchos en el bolsillo para dar a quien lo hubiese perdido⁸. Los buenos ancianos gustaban, pasados ya sesenta años, de referir tan agradables recuerdos.

Cuando íbamos al catecismo, contaba en marzo de 1895 el viejo Drémieux a Monseñor Convert, el Rdo. Vianney, mientras esperaba que estuviésemos todos reunidos, hacía oración, de rodillas sobre los bancos del antiguo coro, debajo de las campanas⁹. Rezaba, rezaba... y de vez en cuando levantaba sonriente los ojos al cielo... Creo que aquel santo varón veía alguna cosa¹⁰.

⁶ *Proceso apostólico ue pereant*, p. 814.

⁷ *Proceso del Ordinaria** p. 1.506.

* Francisco PERHUAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 814.

⁹ Hasta el año 1845, época en que el coro de la antigua iglesia de Ars fue agrandado considerablemente, la sagrada Mesa estaba colocada en la nave actual, entre los dos primeros pilares del campanario. El coro de entonces se hallaba, pues, bajo las campanas».

¹⁰ *Noif* de Mons. CONVERT, cuaderno I, n.º 24 y 25: cuaderno II, número 5.

Preguntada a su vez sobre la manera cómo el santo cura adoctrinaba a los niños, la señora Drémieux nos lo presenta paseando entre ellos y repartiendo algunos golpecitos —no fuertes, ¡pues era tan apacible!— a los que no estaban quedos. Solía darles en el pescuezo con su catecismo, entre cuyas hojas introducía un dedo. El domingo, los demás fieles eran admitidos a engrosar el número de los catequizados. La señora Verchére, que después de comer tenía el sueño muy fácil, «fue alguna vez llamada al orden de igual manera que los niños: el señor Cura, al pasar junto a ella, la despertaba con un ligero golpe. Ella se ponía muy contenta y hasta parecía que le gustaba el procedimiento»¹¹.

Gracias a los infatigables cuidados del hombre de Dios? los niños de Ars llegaron a ser los mejores instruidos de la comarca. Monseñor Devie lo proclamó bien alto un día de confirmación. Y más tarde, los sacerdotes que sucedieron al Rdo. Vianney en la parroquia de Ars se maravillaron con frecuencia ante los conocimientos religiosos que demostraban los simples fieles al administrarles los últimos sacramentos¹². Es que desde su infancia habían recibido las lecciones de un santo.

Sin embargo —es conveniente advertirlo—, no todos sacaron igual provecho. El Cura de Ars les exigía el catecismo palabra por palabra y se encontró con memorias rebeldes a tal procedimiento. Además, por un escrúpulo de conciencia que parecía legitimado en el rigorismo de ciertos moralistas antecesores o contemporáneos suyos, el señor Vianney imponía a ciertos jóvenes algunos años suplementarios de catecismo y con ello retardaba su primera comunión de un modo increíble¹³. He aquí, acerca del particular, las confidencias del señor Drémieux:

Pedro Cinier, Esteban Perroud y Cinier des Cardes hicieron la primera comunión después de cumplidos los diez y seis años. Cinier

¹¹ *ibidem*.

¹² Rdo. ROUGEMONT, antiguo vicario de Ars, *Proceso apostólico continuativo*, p.

745

¹³ «Cuando al escoger los niños para la primera comunión, encontraba alguno que no estuviere bastante preparado, se mostraba inexorable y lo dejaba para el año siguiente, fuese cual fuese su edad. Los mayores, formaban en el catecismo una sección aparte.» (Magdalena MANDY SCIPIÓT, *Proceso apostólico in genere*, p. 263.)

des Cardes se fue a hacerla a Amberieux. A mí me enviaron a Mizerieux. ¡Era cosa muy pesada tener que acudir hasta tan tarde al catecismo!¹⁴.

Todavía fue más devorador el celo que desplegó el Rdo. Vianney para instruir a los fieles de su parroquia por medio de la predicación.

Para ello se instaló en la sacristía. Se abría ésta hacia el altar mayor y así podía trabajar a la vista del divino Maestro. De la cómoda donde guardaba los ornamentos sagrados hizo mesa de trabajo. Allí repasaba las *Vidas de los Santos*, *I Catecismo del concilio de Trento*, el *Diccionario de teo/ogif*, de Bergier, los tratados espirituales de Rodríguez, los sermonarios de Le Jeune, de Joly, de Bonnardel... Su descanso en tan febril labor consistía en algunas miradas al Sagrario. Después buscaba la inspiración ante el altar. Arrodillado en las gradas, meditaba lo que acababa de leer y se imaginaba presentes aquellos pobres feligreses a quienes había de dirigir la palabra. Estaba ante el divino Maestro, que supo explicar las verdades más sublimes al alcance de los pesca-

¹⁴ El Rdo. Lhomond, el «buen Lhomond», a quien hizo célebre su *Gramática latina* y que trabajó en la educación de la juventud, publicó un opúsculo sobre la *confesión de los niños*. En este librito, escrito en forma de preguntas y respuestas, Lhomond hace al principio esta pregunta. (Art. I, p. 17, de la reedición de Ruzand, Lión, 1818):

¿A qué edad han de ser admitidos los niños a la primera comunión?

Respuesta.—Hay que admitirlos lo antes posible, después de los once años, por ejemplo, hasta los trece, sobre todo en los colegios.

Con ello da a entender nuestro moralista que en las parroquias rurales puede diferirse la primera comunión hasta más allá de los trece años. Después, en el artículo II (p. 21), habla de las disposiciones que han de exigirse y dice: es necesario «que estén ya suficientemente educados» y que hayan dado pruebas de perseverancia en la virtud.

El Rdo. Vianney preparaba a los niños para la primera comunión de conformidad con estas enseñanzas. Esta manera de proceder de un sacerdote tan perfecto en nada debilita la doctrina de la Iglesia, cuyos principios jamás han cambiado: a saber, que todo cristiano suficientemente instruido en las principales verdades, libre de pecados graves y deseoso de aprovecharse de la sagrada comunión, en la cual sepa que recibe a Jesucristo, tiene derecho a acercarse a la sagrada Mesa. La aplicación de estos principios ha variado según los tiempos. La época en que nuestro Santo comenzó a ejercer el ministerio pastoral conservaba ciertos resabios de jansenismo: era una época de rigorismo *práctico*. Los curas de las parroquias vecinas no obraron de otra manera en este punto y él mismo, al adelantar en edad, no cayó más en estas exageraciones. No hay duda de que en nuestros días hubiera sido el más fiel observante de las normas pontificias sobre la comunión de los niños.

dores, campesinos y pastores, y le suplicaba con lágrimas que le inspirase los pensamientos y las palabras que habían de conmover y convertir a su pueblo.

Después volvía a la sacristía y comenzaba a escribir. Campeón de la verdad, permanecía en pie, como soldado que se dispone al combate. Su pluma corría sobre el papel y a veces llenaba de trazos finos, inclinados y rápidos ocho o diez grandes páginas una misma noche. En alguna ocasión llegó a trabajar siete horas seguidas hasta muy de madrugada. Apenas borra nada y las frases inacabadas revelan sus ansias y el ardor de su celo... El tiempo es precioso y hay que llegar al fin a toda costa...

Entretanto llegaba la hora de aprender lo escrito. Esta era la labor más dura. Su memoria nunca había sido muy feliz y se trataba de confiarle treinta o cuarenta páginas de un texto escrito de corrida, sin apartados ni divisiones aparentes. Durante la noche del sábado al domingo se ejercitaba en repetir en voz alta, y los que pasaban por el camino que corre a lo largo del cementerio podían de antemano oír el sermón del día siguiente¹⁵. Si el sueño le rendía, se sentaba en el suelo, y con la cabeza apoyada en la credencia de madera, dormitaba unos instantes... Aquellas horas terribles pueden muy bien ser contadas entre las más emocionantes y meritorias de su vida.

Falta presentarse ante el auditorio. Aparte del banco reservado a los castellanos, donde se sentaba la señorita de Ars, no había en la iglesia sino campesinos. Era gente curiosa, dispuesta a la chanza; algunos, los jóvenes sobre todo, hubieran preferido hallarse en otra parte... ¡Poco importaba!, eran almas que evangelizar y, por otra parte, subiendo al pulpito cumplía con uno de los principales deberes del sagrado ministerio. El Rdo. Vianney estaba más que nadie • convencido de esta verdad y ello le daba alientos. Mas el pobre cura tenía quebrada la cabeza por la encarnizada batalla de la noche; iban a dar las once de la mañana y estaba todavía en ayunas —pues el domingo había de cantar la mi-

¹⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 204.

sa mayor, con su sermón—; y para colmar la medida, cada uno de sus sermones duraba una hora entera.

Los pronunciaba con voz gutural, en la que dominaban las notas elevadas. Sin embargo, la entonación y los ademanes eran muy espontáneos. «¿Por qué grita usted tanto cuando predica? —le preguntaba la señorita de Ars, inquieta por el esfuerzo que hacía desde el pulpito—. Debe usted cuidarse un poco». «Señor Cura, le decía otra persona, ¿cómo es que cuando reza habla tan bajo y tan fuerte cuando predica? —Es que cuando predico, replicaba el santo varón— Hablo con sordos, a gente dormida, mas cuando rezo, hablo con Dios, que no está sordo»¹⁶.

A nadie sorprenderá que, después de tal labor, le fallase a veces la memoria. «En el pulpito —dice Juan Pertinand—, se perdía y se veía obligado a bajar sin haber terminado»¹⁷.

Semejante confusión en presencia de los feligreses, a quienes quizá acababa de reprender severamente, en lugar de abatirle, no hacía sino reanimar su celo. El domingo siguiente, el Rdo. Vianney volvía a subir al pulpito. Sin embargo, teniendo en cuenta su fracaso, que hubiera podido aminorar su autoridad de párroco, oraba y encargaba oraciones a los demás. De esta manera, no sólo consiguió que mejorase su memoria, sino que llegó a poder improvisar cuatro palabras, si las circunstancias lo exigían.

¿Qué predicaba a sus ovejas, «aquel ignorante del arte del bien decir»? Sus deberes. Se dirigía al auditorio con claridad, sin rodeos, sin alabanzas inútiles. Algunos de sus temas parecían muy duros; mas el predicador, sobre todo al principio, pegaba fuerte para que el tiro penetrase. Con frecuencia, empero, el tono se apaciguaba, se suavizaba y se enternecía: el apóstol no es solamente predicador; es también pastor y padre. ¿Y acaso no hay también en los auditorios corazones afligidos y voluntades desalentadas? «A veces, refiere Guillermo Villier, que tenía diecinueve años cuando el Rdo. Vianney tomó posesión de la parroquia, nos decía palabras como éstas: Oh mis queridos feligreses; pro-

* Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 10.

¹⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 367.

curemos ir al cielo; allí veremos a Dios; ¡qué felices seremos! Si la parroquia se convierte iréis todos en procesión y vuestro cura a *la* cabeza¹⁸. Es necesario que vayamos al cielo, repetía; ¡qué tristeza si algunos de vosotros estuviesen al otro lado!»¹⁹. Se complacía en decirles que es más fácil salvarse en el campo, donde puede unirse la continua oración con el trabajo²⁰. También tenía felicitaciones muy discretas y llenas de tacto, para los jóvenes y las muchachas que renunciaban a los desórdenes y emprendían resueltamente *el* camino del bien²¹.

Lo primero que hay que conseguir de los fieles que asisten a la iglesia —a los ausentes y recalcitrantes ya les llegará su vez— es la debida compostura, la actitud propia de cristianos, que están presentes al más santo de los misterios. Mas ¡ay!, la «dejadez» con que estaban allí la mayor parte, demostraba bien a las claras el «poco gusto» que sentían por las cosas de Dios²²; abundaban los cuchicheos y los bostezos ruidosos y groseros de fastidio; los rezagados soltaban pesadamente la puerta; los que tenían prisa salían a la mitad de los divinos oficios; los jóvenes miraban de arriba abajo, de un rincón a otro de la iglesia... paseando la mirada para ver la belleza y el atavío de tal o cual muchacha. Los niños no se portaban mejor: «Mirad estas risas, estas señas que se hacen unos a otros nuestros pequeños impíos, estos pequeños ignorantes»²³.

Verdaderamente, aquellas almas eran rocas áridas y eran menester rudos golpes para quebrantarlas. Hablando su lenguaje, usando sus expresiones en boga, el reverendo Vianney les reprochaba su falta de fe práctica y con términos a veces tan vivos, que sólo su ardiente celo podía explicar y excusar. Con peligro de zaherir públicamente a muchos, les atacaba «sin consideración», con realismo y crueldad; sus alusiones eran «vivas, directas y personales»²⁴.

¹⁸ Proceso del Ordinario, p. 628.

¹⁹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 842.

²⁰ Rdo. DUBOUIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1.243.

²¹ Cf. *Sermons du Curé d'Ars*, sobre la contrición, 1.1. p. 416-417.

²² *Sermones*, sobre el respeto en la iglesia, t. IV, p. 216.

²³ *Sermones*, 1.1, p. 199-200.

²⁴ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 39.

«Repréndelos severamente, para que tengan una fe sana», escribía San Pablo a su discípulo Tito²⁵. El Cura de Ars, al principio, tomó a la letra este consejo. En algunos pasajes, su temperamento cáustico y burlón, reprimido por la virtud, asoma a la superficie; nuestro Santo no había adquirido aún la perfección de la dulzura y su experiencia tampoco había llegado a plena madurez. Severo consigo mismo hasta al heroísmo, exigía demasiado a los demás. Por otra parte, sintió el influjo de su época. El árbol del jansenismo yacía derribado en tierra, pero había echado hondas raíces; el pulpito cristiano en los alrededores de Ars, si no se vio ocupado por grandes santos, resonó también con parecidos acentos²⁶.

En el cultivo de las almas, no basta saber arrancar; es menester saber plantar. Dócil a las enseñanzas del concilio de Trento, según las cuales los pastores están obligados a explicar a sus ovejas los ritos tan llenos de sentido del santo sacrificio de la misa²⁷, el Cura de Ars se esforzaba en comunicarles la inteligencia y el amor a tales ceremonias. Les explicaba sucesivamente la necesidad, la naturaleza, el valor y los bienes de la Eucaristía. Puede afirmarse que la idea madre de su vida sacerdotal fue desasir las almas de las preocupaciones terrenas para elevarlas hacia el altar.

En la parroquia no faltaban quienes, en lugar de ir a la iglesia, «iban en busca de algún vecino para beber en su compañía»; quienes «si encontraban algún amigo en la calle, lo llevaban a su casa y dejaban la misa para otro día»; más aún: «quienes durante los divinos oficios pasaban el rato trabajando, en el juego, en la taberna o en el baile»; todos ellos «vivían como si estuvieran seguros de que no tenían un alma que salvar»²⁸.

²⁵ *Epístola a Tito*, I, 13.

²⁶ El Rdo. Martín, vicario, durante algunos años, en Grand-Corent, de un anciano tío suyo, el Rdo. Tournier, el cual había sido en San Ireneo de Lión condiscípulo del Rdo. Vianney, contaba a Mons. Convert que este venerable sacerdote se mostraba también muy rígido en el pulpito y en el confesonario. Al comparar al señor Martín las pláticas de su tío con las del cura de Ars, no las hallaba diferentes ni en el fondo ni en la forma.

²⁷ Sesión XXII, canon VIH.

²⁸ *Sermones*, t. II, p. 160; t. III, p. 128.

El Cura de Ars les amenazaba con los castigos de la otra vida: «Pobres gentes, ¡cuan desgraciados sois! Seguid vuestro camino; ¡seguid, que no podéis esperar sino el infierno!...» Tocábales también su punto flaco: los intereses materiales: «Lo primero que salta a la vista es que casi todos mueren en la miseria... La fe abandona sus corazones, sus bienes van desapareciendo; y de esta forma son doblemente desgraciados»²⁹.

El pobre predicador harto lo sabía: se dirigía a los ausentes y «hablaba a las paredes». A pesar de todo, en ciertas solemnidades, por una tradición heredada de los antiguos, se reunía en la iglesia casi toda la parroquia. Ocasión excelente para el joven sacerdote de fustigar los vicios que perdían a tantas almas. El día de la Ascensión, los ataca a todos a la vez³⁰. El sermón del día del Corpus comienza con un tiro muy certero contra los pecadores « que arrastran por todas partes sus cadenas y su infierno». Mas de pronto, se detiene y añade: «No, hermanos míos; no vayamos demasiado lejos; este pensamiento es desesperante y este lenguaje no cuadra con el día de hoy. ¡Dejemos a estos desgraciados en sus tinieblas, ya que quieren permanecer en ellas; dejémosles que se condenen, puesto que no quieren salvarse!...» Y dicho esto exclama, dirigiéndose a la porción escogida de su rebaño: «¡Venid, hijos míos!...»³¹. El día de la fiesta del Patrono, los que pasan el día y la noche bebiendo y bailando no se atreven a faltar a la iglesia. El Rdo. Vianney aprovecha la ocasión y no les deja salir sin haberles propinado un buen varapalo y arremete de forma virulenta contra los danzarinnes. «Me diréis algunos: ¡Hablarnos del baile y del mal que allí se hace es perder el tiempo!... No importa, sigue diciendo; al obrar así, hago lo que debo hacer; no hay para qué irritarse; vuestro pastor cumple con su deber.» Y continúa flagelando a «los jóvenes y a las muchachas que beben en las fuentes del crimen... a los padres ciegos y reprobos que les han enseñado el camino»³².

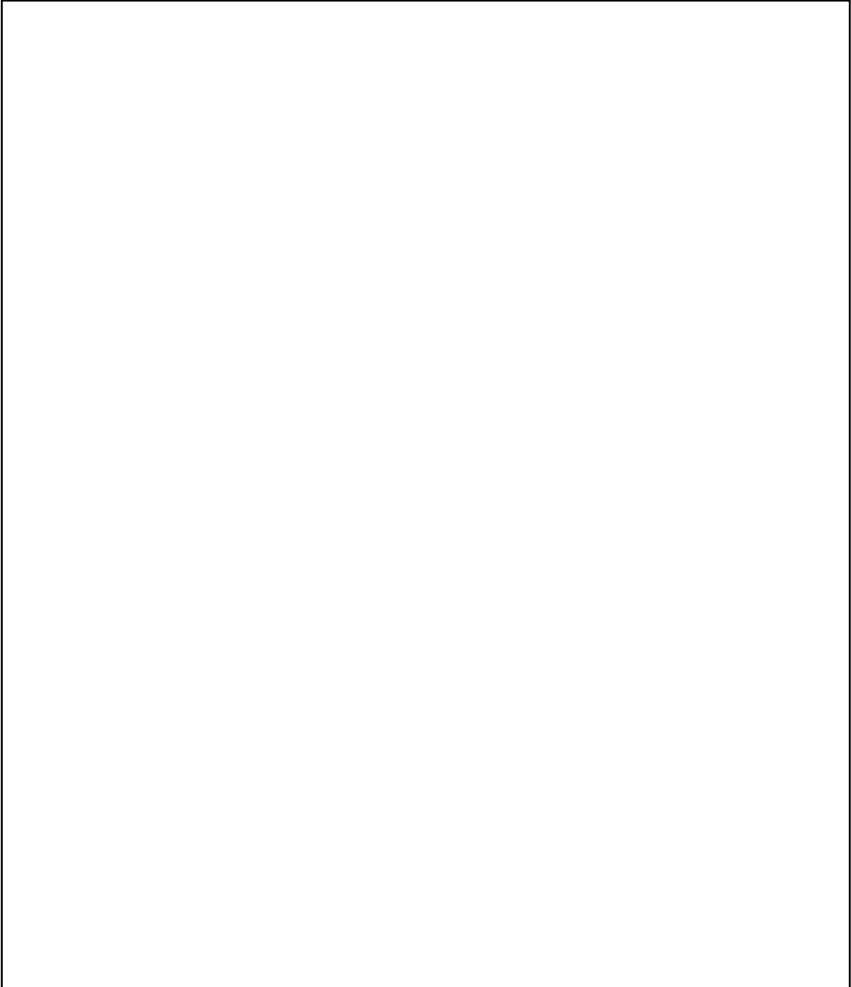
²⁹ *Sermones*, t. II, p. 158-159.

³⁰ *Sermones*, para el día de la Ascensión, t. II, p. 106-117.

³¹ *Sermones*, t. II, p. 120.

³² *Sermones*, para la fiesta del santo patrón, t. IV, p. 201-210.

La lucha está comenzada y el Cura de Ars resuelto, con la ayuda de Dios, a no deponer las armas, sino después de una completa victoria.



IV. POR LA CONVERSIÓN DE ARS

III. LA LUCHA CONTRA EL TRABAJO DE LOS DOMINGOS, LAS TABERNAS Y LA BLASFEMIA

Los profanadores del día del Señor.—Después del trabajo prohibido, la bebida y el baile.—Las resoluciones del joven pastor.—El anatema contra las tabernas.—Su desaparición.—Las hospederías de Ars.—La represión de la blasfemia.—Contra el trabajo del domingo.—Nada de dispensas.

En 1818, hasta los días en que el buen tiempo comenzó a favorecer las más duras y más importantes labores agrícolas, la iglesia de Ars se llenaba bastante los domingos y el joven pastor pudo hacerse algunas ilusiones sobre el estado religioso de su parroquia. La Pascua, en cambio, le consoló muy poco. La mayor parte de los hombres se abstuvieron de la comunión: ¡hacía diez, quince y veinte años que algunos de ellos no habían cumplido con este deber esencial!

Mas cuando con el mes de junio llegaron los días largos, el Rdo. Vianney observó doblemente apenado que la pequeña nave iba quedando vacía; casi no había hombres ni jóvenes, y aun las mismas mujeres eran menos numerosas que de ordinario. ¿Dónde estaban los demás? Al rayar el alba habían salido en traje de faena, con la guadaña o la horca sobre el hombro.

¡Qué pena, aquellas mañanas tan apacibles y dedicadas al Señor, oír las caballerías marchar hacia los campos y el yun-

¹ Cf. Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 89.

que resonar bajo el martillo, pues la forja no podía tampoco descansar, no haciéndolo los aperos de labranza. ¡Qué respuestas más irónicas a las llamadas del pobre campanario de Ars!².

Los profanadores del domingo trabajaban durante varias horas; después, al regresar a su casa, se vestían de fiesta. Unos se iban a la taberna —el pueblo de Ars tenía cuatro para doscientos habitantes³—, donde, después de haber hablado de sus negocios, de sus compras y sus ventas, bebían hasta la embriaguez. Otros jóvenes y muchachas «que no pensaban más que en jugar y divertirse»⁴, hombres y mujeres, y aun «viejos *chochos* y con anteojos»⁵ se reunían bajo los nogales de la plaza —muy cerca del cementerio, cuya pared no llegaba a ocultar las cruces y las sepulturas— y, a los acordes de un mal violín, se ponían a bailar, y duraban hasta la noche los cantos y las bromas picarescas, acompañados de fuertes risotadas y blasfemias⁶.

El Rdo. Vianney podía verlo y oírlo todo, pues su jardín no tenía otra cerca más que un seto vivo⁷. Ante aquellos espectáculos derramaba lágrimas de amargura. Mas la desolación llegó a su colmo cuando supo que tales desórdenes se irían repitiendo hasta otoño y que se agravarían por las fiestas de San Sixto, el patrono de Ars, en que se haría la *feria* anual, con sus barracones, sus danzantes y su música. ¡Todavía peor! Ars, reputado por pueblo muy alegre, era «el punto de reunión de todos los aficionados al baile de la comarca»⁸.

¿De dónde procedía en aquella región tal fiebre de regocijos ?

² Según Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 263; Andrés VERCHÉRE. *ibid.*, p. 1.327.

³ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 353.

⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 5.

⁵ *Sermones*, t. I, p. 248.

⁶ El cardenal Fesch, cuya jurisdicción llegaba hasta Ars, escribía en un orden de 22 de enero de 1807, en la que se lamentaba tristemente de los desórdenes de la época:

«Los hijos ingratos se apartan en gran número de la casa del Padre celestial, y nuestras santas solemnidades se convierten en días de disipación terrena, de tráfico profano y de disolución criminal.»

⁷ Hasta 1861 no fue cercado con paredes el jardín de la vieja casa parroquial. (*De-liberación del Consejo Municipal de Ars de 13 de marzo de 1861.*)

⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.010.

Ars se halla situado casi a igual distancia de las riberas del Sona y de los estanques de Dombes. En aquel paraje, el clima es muy enervante. —¿Acaso el mismo reverendo Vianney no temía condenarse allí?— Los habitantes tienen un hablar lánguido, parecido al canto, revelador de una voluntad soñolienta; son ávidos de bienestar y están sedientos de placeres y, cuando no hay una buena dosis de fe, se dejan fácilmente inducir por la vida de los sentidos⁹.

Sabemos, además, cuál era la fe en aquellas tierras por el año 1818. Aun las personas de los castillos no se recataban lo bastante: los placeres refinados que se permitían eran un pésimo ejemplo para la masa de los campesinos. A la misma señorita de Ars, honesta en extremo, no le chocaba, si se bailaba en su casa, cuando recibía en ella, aparte <le sus familiares, a los señores de Cibeins o a los Gillet de Valbreuse.

¡Pobre Cura de Ars! ¡Mil ocasiones de pecado se ofrecían a las almas, ante sus ojos! ¿Había de soportarlo? ¿Tenía obligación de salvar aquellas almas y de vengar el honor de Dios ultrajado? Blasfemia y trabajo del domingo, bailes y tabernas, citas en los caminos, canciones y pláticas obscenas, todo lo englobará en una común maldición y declarará guerra sin cuartel a todos estos enemigos reunidos. Durante varios años, según el consejo de San Pablo, «insistirá, reprenderá, amenazará y exhortará» «oportuna e inoportunamente»¹⁰ en el pulpito, en el confesonario, en las visitas y en las conversaciones. Nada le arredrará.

¿Podrá ser guardado el día del Señor «sirviendo a Dios devotamente» mientras la taberna haga la competencia? El Cura de Ars se convenció de que dejar vacía la una equivalía a llenar la otra. Durante el siglo pasado, la taberna era considerada como un «lugar de disolución» ". Tal era el parecer del Rdo. Vianney. ¿Acaso no era allí donde se formaban los grupos para el baile, donde los hombres se olvidaban

⁹ Mons. CONVERT, A. *l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 195.

¹⁰ *Insta opportune, importune; argüe, obsecra, increpa.* (II Tim., IV, 2.)

¹¹ «Entre los lugares de disolución, hay que contar particularmente la taberna, la cual es muy dañosa a las gentes del campo.» (José LAMBERT, *La manière de bien instruire les pauvres et en particulier les gens de lacampagne*, París, Mo>rin, 1739.p. 133).

de su deber? Cargó, pues, en seguida y con mano firme contra el enemigo y, en su franca indignación, no mesuró las expresiones:

La taberna, exclamaba con San Juan Clímaco, es la tienda del demonio, la escuela donde el infierno predica y enseña su doctrina, el lugar donde se venden las almas, donde las fortunas se arruinan, donde la salud se pierde, donde las disputas comienzan y donde se cometen los asesinatos¹².

A los borrachos, como ya es de creer, no les trata mejor. Con un realismo que destila cólera y una verdadera elocuencia, el Cura de Ars les apostrofa, demostrándoles «que se coloquen por debajo del *animal más inmundo*»¹³.

Mas, si así trataba a los concurrentes a la taberna, ¿qué sería del tabernero?

El Rdo. Vianney arremetía especialmente contra dos bodegones instalados en el centro mismo del pueblo. Poco le importaba que los dueños tuviesen o no influencia entre aquellas gentes rurales; esto le traía sin cuidado y los estigmatizaba sin temor ni miramientos:

Los taberneros, decía, roban el pan de las pobres mujeres y de sus hijos, dando vino a estos borrachos que gastan el domingo el jornal de la semana...¹⁴ El sacerdote no puede ni debe dar la absolución, sin condenarse, a los dueños de las tabernas que dan de beber a los borrachos por la noche o durante los divinos oficios...¹⁵. ¡Ah los taberneros! ¡El demonio no los molesta mucho; al contrario, les desprecia y les escupe!¹⁶

Tan duras expresiones conmovieron más a los fieles que se hallaban presentes, que a aquellos tenderos, que, sin duda, frecuentaban muy raramente la iglesia. Poco importaba. El predicador iba alcanzando su fin: la clientela era cada vez más rara en los bodegones de la plaza. Uno de los dueños «fue a exponer al señor cura que aquello era su ruina». El Rdo. Vianney le dio dinero y le determinó a que cerrara la casa. Aquel hombre llegó a ser un excelente feligrés¹⁷. En

¹² *Sermones*, t. III, p. 337.

¹³ *Sermones*, t. III, p. 334-335.

¹⁴ *Sermones*, t. III, p. 334.

¹⁵ *Sermones*, t. III, p. 86; t. I, p. 310.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 860.

cuanto a su compañero, despreció por algún tiempo los anatemas del pastor, pero vencido a su vez, cerró su bodegón y cambió de oficio. De este modo, el Rdo. Vianney «había conseguido que no hubiese más tabernas alrededor de la iglesia»¹⁸.

Los otros dos, establecidos en otros puntos del pueblo, acabaron también por desaparecer. «Fue aquello, decía el buen párroco de Fareins, el señor Dubouis, una de las mayores victorias del Cura de Ars»¹⁹. Uno tras otro, siete taberneros abrieron tienda y los siete hubieron de cerrar. La maldición de un santo pesaba sobre ellos. «Ya lo veréis, había profetizado el siervo de Dios, ya lo veréis: los que abran aquí tabernas se arruinarán»²⁰.

Esta lucha sin tregua produjo resultados inesperados. La plaga del pauperismo disminuyó: «En Ars, hace notar el señor Pertinand, había pocos pobres; al suprimir los bodegones, el señor cura suprimió la causa principal de la miseria»²¹.

Cuando más tarde los forasteros afluyan a la aldea de Ars, se construirán modestas posadas para su alojamiento—en 1858²² llegarán a cinco— y el Rdo. Vianney, lejos de oponerse, llamará a Macón a uno de sus jóvenes feligreses, Francisco Pertinand, hermano menor del maestro, a quien su dueño, un confitero, hacía trabajar en domingo, el cual se pondrá al frente de una de las hospederías bien conocidas de los peregrinos²³.

Si las tabernas hubiesen sido lugar de honestas reuniones, donde la gente se hubiese divertido sin ofender a Dios, el Rdo. Vianney las hubiera dejado vivir y prosperar

¹⁸ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 290.

¹⁹ *Proceso del Ordinario*, p. 1.230.

²⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 832.

²¹ Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 358.

²² Además del *Hotel Blanco*, del *Hotel Roben*, del *Hotel de la Cruz*, del *Hotel Pertinand* y del *Hotel del Norte*, perteneciente a la familia Mandy-Scipiot, hubo el *Hotel de Nuestra Señora de las Gracias*, que forma hoy la planta baja de la nueva casa parroquial.

²³ Francisco PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 808.

en paz. Mas con la blasfemia, siempre mala y culpable, era necesario ser implacable. Para un alma respetuosa con el santo nombre de Dios, era una cosa de todo punto insoportable²⁴. En aquella reducida *aldea* «tenía la pena de oír las blasfemias de labios de muchos niños que ni sabían rezar el *Padrenuestro*»^K. Jamás pudo tratar de asunto tan doloroso sin derramar lágrimas y volvía siempre a lo mismo en sus sermones y en el catecismo. Amenazaba a los blasfemos con todos los males posibles en este mundo y en el otro:

¿No es un milagro extraordinario, decía, que una casa donde se halla un blasfemo no sea destruida por un rayo o colmada de toda suerte de desgracias? ¡Tened cuidado! Si la blasfemia reina en vuestra casa, todo irá pereciendo²⁶.

De esta manera reprimía la blasfemia con una enérgica severidad y procuraba por todos los medios posibles hacerla objeto de horror para los niños y los jóvenes.

Recuerdo, dice Mons. Convert, haber oído contar a un joven sacerdote que cuando era joven había ido a Ars acompañado de un niño de doce a catorce años. Ambos se confesaron con el santo cura.

—Mañana comulgarás en mi misa —dijo el sacerdote al niño.

—No, respondió éste, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque el señor cura, por haber blasfemado, me ha negado por esta vez la absolución²⁷.

El Cura de Ars supo hacer tan bien la guerra a toda clase de blasfemias, juramentos e imprecaciones, y aun a las interjecciones malsonantes —que no temía señalar con sus nombres desde el pulpito—, que fueron desapareciendo poco a poco del vocabulario de Ars. En su lugar comenzaron a oírse en los labios de aquellos campesinos el *Padrenuestro*, el *Avemaria* o palabras como *¡Qué bueno es Dios!* *¡Bendito sea Dios!*

²⁴ Rdo. PELLETIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 395.

²⁵ *Sermones*, t. II, p. 217.

²⁶ *Sermones*, t. II, p. 217.

²⁷ A. *l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 286.

La lucha contra el trabajo de los domingos exigió del Cura de Ars ocho años de no interrumpidos esfuerzos, y aun así no llegó a abolirlo del todo²⁸. La primera vez que abordó este tema desde el pulpito, lo hizo con tantas lágrimas, con tales acentos de indignación y tan conmovido en todo su ser, que pasado medio siglo, los viejos que *le* habían oído se acordaban con emoción. Durante toda su vida, al hablar de la profanación de las fiestas, prorrumpió en las mismas exclamaciones de cólera:

Trabajáis, mas vuestras ganancias son las mismas de vuestra alma y de vuestro cuerpo. Si preguntásemos a los que vienen de trabajar en domingo: ¿Qué habéis hecho?, podrían responder: «Venimos de vender nuestras almas al demonio, de crucificar a Nuestro Señor... Soy del infierno.» ¡Cuando les veo guiar las carretas en domingo, se me ocurre que conducen en ellas sus almas hacia el infierno!

El domingo es un don de Dios, es su día, es *el día del Señor*. El hizo todos los días de la semana; podía haberlos reservado todos para sí: mas os ha dado seis y sólo se ha quedado con el séptimo. ¿Con qué derecho os apoderáis de lo que no os pertenece? Sabéis de sobra que los bienes robados no aprovechan. El día que robáis al Señor tampoco os aprovechará. Conozco dos caminos para llegar a ser pobre: Trabajar en domingo y quitar lo ajeno²⁹.

Estas reprensiones y maldiciones, repetidas de casa en casa, llegaron muy pronto a oídos de los violadores de la ley de Dios. Por lo demás, el señor Vianney buscaba por sí mismo la ocasión para hacerlas escuchar. Los domingos, después de vísperas, salía, contra su costumbre, y tomaba uno cualquiera de los caminos que partían de Ars. Un domingo de julio, encontró a un hombre que acarrea la cosecha. Avergonzado al verse cogido, quiso esconderse detrás del carro. «Oh, amigo mío, le dijo el cura con acento de profunda tristeza, ¿estáis confundido de haberme encontrado?... Dios os ve todos los días; es a El a quien habéis de temer»³⁰.

Por la noche, «en lugar de la homilía, predicó con gran

²⁸ J. B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 597: «Llegó a suprimir casi del todo el trabajo en los domingos.»

²⁹ *Espñt du Curé d'Ars*, p. 92, 94-95.

³⁰ Cf. Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 22.

fuerza contra el trabajo del domingo»³¹. «Id, exclamaba con mordaz ironía; id por los campos de los que trabajan durante el santo día; siempre tienen tierras que vender»³². Así hablaba con frecuencia y con tanto ardor, que «se quedaba sin voz»³³.

Después de lo dicho, es fácil colegir que era inútil pedirle dispensa del precepto. En este punto se le encontraba siempre intransigente e irreductible. Temía que el permiso llevase consigo el abuso, aun entre los buenos cristianos. Además, ¡confiaba tanto en Aquel de quien dimana todo bien! ¿Acaso no tendría Dios cuidado de los cristianos fieles a la ley? En tales circunstancias hablaba con el tono y autoridad de un profeta.

Una mañana de julio, cuando los trigos recién segados estaban todavía en los campos, a la hora de la misa mayor, se levantó un fuerte vendaval y gruesos nubarrones aparecieron amenazadores sobre el horizonte. ¿No era caso de correr a cubrir las gavillas? El señor Cura no se decidió, por de pronto, a tal o cual medida; mas al tiempo del sermón, prometió a los buenos cristianos que tendrían muy buen tiempo, y más del necesario, para poner a salvo la cosecha en peligro. La tempestad pasó sobre Ars sin estallar, y a aquel domingo siguieron quince días de sol y de cielo azul³⁴.

Ocurrieron, empero, casos de verdadera necesidad, en los cuales el Rdo. Vianney les dejó hacer. Así, un domingo se enteró, sin protestar, de que continuaban trabajando en un pozo³⁵. Asimismo, cuando el mal tiempo persistía y las cosechas peligraban, no se oponía a que quebrantasen el descanso dominical. Lo que no hizo jamás fue autorizar directamente a nadie, ni en público ni en privado. «Haced lo que queráis, decía a los que iban a consultarle; es asunto vuestro»³⁶. Y a veces repetía: «Sí, en otras partes, los sacerdotes pueden permitirlo; yo, en Ars, no puedo»³⁷.

³¹ Rdo. RAYMOND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 532.

³² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 832.

³³ Canónigo GARDETTE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 917.

³⁴ Baronesa de BELVEY, testigo ocular del hecho, *Proceso del Ordinario*, p. 202.

³⁵ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 768.

³⁶ Recuerdos de Pedro Cimier, des Cardes. (*Notas de Mons. CONVERT*, cuaderno I,

n.º 7.)

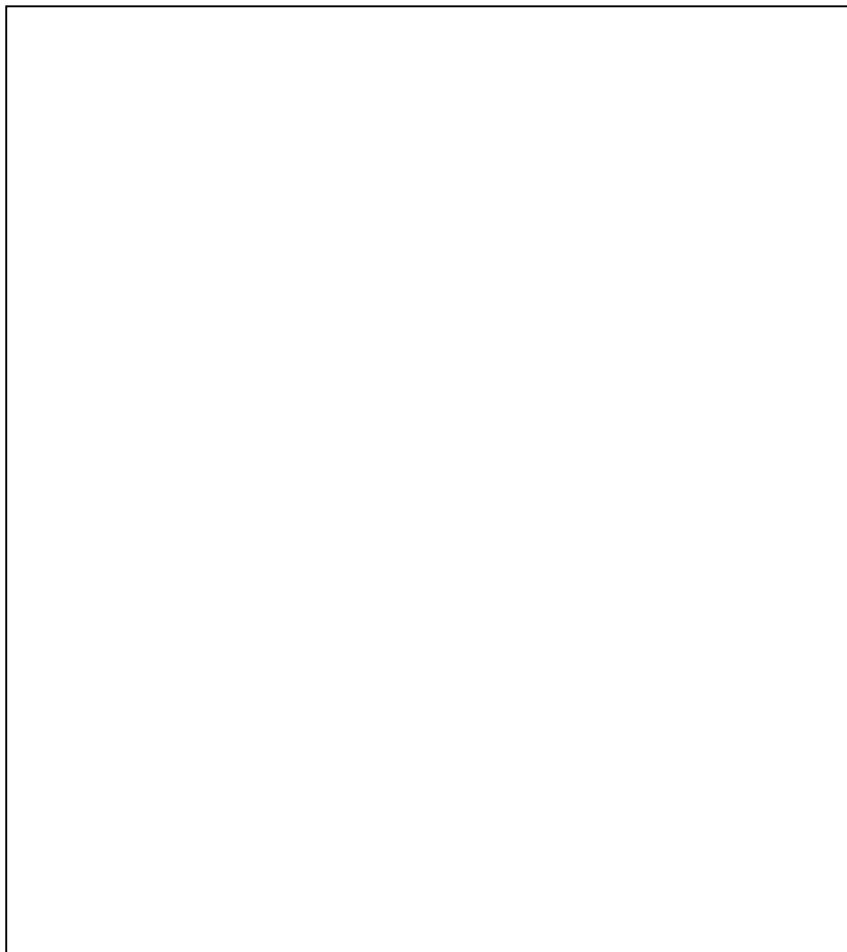
³⁷ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 769.

Al obrar de esta manera, tenía su finalidad: quería formar una parroquia modelo. Pronto veremos cómo para la mayor parte de los habitantes de Ars, «el domingo llegó a ser verdaderamente el *día del Señor*»³⁸.

³⁸ Baronesa de BELVEY. *Proceso del Ordinario*, p. 226.

Esta es «La Providencia», vista desde el lado de la capilla. El Cura de Ars fundó La Providencia para acudir en ayuda de los huérfanos pobres. Compró una casa pequeña, aun sin tener dinero para pagarla, y recogió en ella a unas niñas necesitadas; después también se abrió una escuela gratuita. «Yo misma oí decir al señor Cura —escribe Catalina Lassagne, que fue la primera directora de La Providencia— que solamente el día del juicio nos enteraríamos del bien que se hizo en esta casa».

Hoy en La Providencia se alojan en un agradable ambiente familiar los peregrinos que acuden a visitar Ars.



V. POR LA CONVERSIÓN DE ARS

IV. LA LUCHA CONTRA EL BAILE

Una cuestión de principio: huir de la ocasión del pecado.—Contra el vicio impuro.—Diez años de predicación.—La acción directa.—Las primeras conversiones.—La absolución denegada a los entregados al baile.—Grandes y pequeños por el mismo rasero.—Los padres responsables.—Una victoria muy cara.—Las modas deshonestas.—El Cura de Ars, arbitro de la moda.—Escotes y miriñaques.

El modo como el Rdo. Vianney hizo desaparecer de su parroquia los bailes ha pasado a la posteridad como algo muy célebre. En esto venció en toda la línea, pero el combate fue de larga duración: el baile había arraigado hasta convertirse en una costumbre local y fueron menester veinticinco años para desterrarlo del todo. «En algunos, se ha dicho, era una especie de embriaguez y de locura»¹. Verdaderos paganos e inconscientes de su flaqueza, los aficionados al baile proclamaban en alta voz los placeres inocentes, y por consiguiente permitidos, de esta diversión². Se trataba, pues, de arrancarles la venda de los ojos.

Una joven apasionada por el baile no podrá gustar de los goces sencillos y puros; no tendrá espíritu cristiano. Su familia, si se lo aprueba, no será una familia en la que se haga el debido honor a las prácticas piadosas. Esta joven y los suyos no tendrán una religión seria sino renunciando a sus ide-

¹ Rdo. RAYMOND. *Vida* manuscrita, p. 93.

² Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 880. Véase también *Sermones*, t. IV, p. 203.

as y a sus costumbres mundanas; quien quiere evitar el pecado ha de huir de la ocasión... El Cura de Ars era hombre de principios e iba recto a su objeto. El dulce San Francisco de Sales hablaba como con guantes al condenar los bailes por sus daños y perniciosas secuelas; San Juan-María Vianney, que acabó por igualarle en suavidad, no creyó necesario ponérselos. Fue inexorable y juntó bajo un mismo anatema el pecado y la ocasión.

Lo que él sabía ver y lo que atacaba al mismo tiempo que la *danza* era la pasión impura a la que da lugar. De aquí sus invectivas contra las veladas tal como se practicaban en Ars, y contra los regocijos que se permitía la gente moza con ocasión de los sponsales. Los campesinos de Ars, para pasar con menos aburrimiento las largas noches de invierno, se reunían, a falta de salones, en los establos, donde la temperatura es más tibia; y allí, «delante de los padres callados o cómplices, renovaban algunas prácticas que hubieran causado horror al paganismo»³. La ignorancia y la inconsciencia eran tal vez alguna excusa para aquellas pobres gentes. Sea de ello lo que fuere, tan vergonzosos desórdenes comenzaron a cesar cuando el señor Vianney los estigmatizó y los declaró infames desde el pulpito.

En este punto, la resistencia fue muy tenaz y el terreno no fue conquistado sino palmo a palmo. Durante más de diez años, el Cura de Ars hubo de volver sin cesar al mismo tema en sus prédicas.

No hay un solo mandamiento de la ley de Dios, que el baile no haga quebrantar...

Dicen con frecuencia las madres: «¡Oh!, yo velo por mis hijos.» Veláis por sus atavíos; pero no podéis velar por su corazón. Id, padres y madres reprobos; id al infierno, donde la ira de Dios os aguarda, a vosotros y a las buenas obras que habéis hecho, dejando correr a sus anchas a vuestros hijos; id, ellos no tardarán en juntarse con vosotros, puesto que tan bien les habéis mostrado el camino. Entonces veréis si vuestro pastor estaba acertado al prohibiros estos goces infernales...

• Vid. *Sermón* sobre la santificación del cristiano, t. I, p. 136-139.

¡Dios mío!, ¿es posible que estén en esto tan cegados, que lleguen a creer que no hay peligro en el baile, siendo así que es la maroma con que el demonio arrastra más almas al infierno?⁴.

El demonio da vueltas alrededor de un baile, como un muro rodea un jardín...

Las personas que entran en un baile dejan a su ángel de la guarda en la puerta, y el demonio lo sustituye; así resulta que en la sala hay tantos demonios como danzantes.

Pero de las palabras pasaba el Cura de Ars a las obras. Un día, él mismo salió al encuentro del músico. Quien suprima el violín —dijo para sus adentros—, suprimirá también el baile. Entraba ya el hombre en el pueblo con el instrumento bajo el brazo. «¿Cuánto os dan por tocar?» —le preguntó el Rdo. Vianney—. Yo no sé —dice el Hermano Atanasio, que había oído contar este episodio—, si el músico respondió 5 ó 10 francos. El señor Cura le dio doble cantidad; él se retiró contento y no hubo baile⁵.

Lo mismo hizo un día de feria con el tabernero Bachelard.

—¿Cuánto pensáis *ganar* hoy?

—Tanto, señor Cura.

—¡Bien, tomad esto y no hagáis nada!

El tabernero aceptó y emprendió el regreso⁶.

En cierto domingo, iban a comenzar el baile en la *plaza*; o mejor dicho, preparaban el espectáculo, muy en boga en aquella región, de *correr el asno*, porque una mujer había pegado a su marido⁷. De repente, sale el señor Cura de la casa parroquial y no hace sino cruzar el espacio que la separaba de la iglesia. Todo el mundo se espanta y la plaza queda vacía.

⁴ *Sermones*, t. III, p. 206.

⁵ *Proceso apostólico in genere*, p. 202.

⁶ Juan PICARO, forjador de Ars, *Proceso del Ordinario*, p. 1.311.

⁷ En ciertas comarcas del Ródano y del Ain, cuando un marido había sido públicamente apaleado por su mujer, se organizaba una comitiva burlesca: paseaban por las calles un asno sobre el que iba montado un maniquí —el marido—, al cual una que representaba la esposa daba de bastonazos. Al mismo tiempo, se entonaba una canción alusiva al hecho. Esta costumbre, muy poco a propósito para restablecer la concordia en los hogares, ba desaparecido. totalmente.

«Se escaparon como una banda de palomas» —contaba, riéndose, el reverendo Vianney—. Y así acabó la fiesta⁸.

Felizmente, no todas las muchachas de Ars estaban «locas por el baile»⁹. Había algunas en el pueblo muy bien educadas y juiciosas por temperamento, que se habían librado del contagio. El Rdo. Vianney se esforzaba en preservar del mal a esta porción escogida de su grey. Otras, enzarzadas ya en los placeres, comenzaban a sentir cierta vergüenza. Debido a las oraciones y mortificaciones de un santo, la *gracia* obraba ocultamente en los corazones. Por otra parte, la vida del señor Cura era para todos la predicación por excelencia; en su persona resplandecía algo de evangélico.

Nuestro cura, decían en las reuniones, hace todo lo que dice y practica lo que enseña; nunca le hemos visto tomar parte en ninguna diversión; su único placer es rogar a Dios; debe de haber en ello algún goce, puesto que él sabe encontrarlo; sigamos, pues, sus consejos; no desea sino nuestro bien¹⁰.

El Rdo. Vianney, a la vez que combatía los desórdenes, procuraba —convencido de que sería de gran utilidad para la regeneración de las almas— formar un grupo escogido de personas piadosas. El rezo de las vísperas, antes tan poco concurrido, comenzaba a animarse. Algunas mujeres y jóvenes dedicaban todos los domingos algunos minutos más a sus devociones. Durante la semana, a las ocho de la noche se puso a rezar las oraciones de la noche, con las escasas personas que en aquella hora tardía visitaban al Santísimo Sacramento. Poco a poco se les fueron juntando otras.

Un domingo, después de vísperas, un reducido grupo de muchachas se quedó en la iglesia para confesarse. Eran, sin duda, almas buenas, pero que no se trataban mutuamente. El señor Vianney se sintió inspirado a dirigirles la palabra

⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 202.

⁹ Rdo. RAYMOND, *Vida* manuscrita, p. 93.

¹⁰ Rdo. RENARD, *Notas* manuscritas, p. 5.

para unirlas en un sentimiento común de piedad. «Hijas mías —les dijo—, si queréis, podremos rezar juntas el rosario para que la Santísima Virgen os alcance la gracia de hacer bien lo que vais a hacer.» Entre aquellas jóvenes había una más traviesa que mala. «Se sentía feliz al saber contestar mientras iban rezando.» —Antes del Cura de Ars, sólo se rezaba públicamente el rosario el día de la Anunciación "—. La palabra del santo sacerdote halló todavía eco más profundo en aquella alma pura. «Creo que fue aquel día, aseguraba ella, cuando el señor Cura cambió mi corazón.» Había sido una de las primeras en divertirse y llegó a ser un modelo de piedad. El apóstol acababa de descubrir la buena levadura que había de hacer fermentar toda la masa.

«Esto ocurría el mismo año de su llegada —refiere Catalina Lassagne, una de las almas que él más se complació en cultivar—. Un domingo, después de vísperas, invitó a sus jóvenes penitentes a comer fruta en su jardín. El, en cambio, no iba nunca. A pesar de mis pocos años —Catalina no pasaba de las doce— tuve la audacia de seguirles. El señor cura nos reunió unos instantes. Recuerdo que nos decía: ¿No os sentís más felices que las que están bailando en la plaza? Nos hizo entrar en la cocina de la casa parroquial, donde nos leyó la vida de mi santa patrona; después nos habló de cosas de Dios»¹¹. Aquellas jóvenes y muchas otras, a las que arrastraron con su ejemplo, habían de formar en la aldea la primera asociación piadosa bajo el título de *Cofradía del Santo Rosario* ".

Con las que permanecían rebeldes a sus consejos y amonestaciones, el señor Vianney se mostró excesivamente severo. Partiendo del principio de que no podían ser absueltos los pecadores si no renunciaban a la ocasión de pecar, cuando ésta existía, el Cura de Ars negaba la absolución, aun por una sola falta, hasta la conversión total. Para ello tenía sus

¹¹ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 620.

¹² Sacamos estos pormenores de la *Petit mémoire* de C. LASSAGNE (segunda redacción, p. 9; tercera redacción, p. 12-13.)

" Esta cofradía fue restablecida en la iglesia de Ars el 23 de febrero de 1820. Había sido erigida en tiempo del párroco señor Hescalle juntamente con la del *Santísimo Sacramento* y la del *Escapulario*, por cartas firmadas, en Liónel 7 de febrero de 1727, por el señor Terrasson, vicario general y custodio de la Santa Cruz.

razones¹⁴. De esta manera, buen número de feligreses, sin ser escandalosos, hubieron de aguardar meses, y aun años, antes de ser admitidos a los sacramentos. Una prueba de ello es el siguiente diálogo:

«Estuve seis años sin cumplir con el precepto pascual, decía en marzo de 1895, a Mons. Convert, una venerable anciana cuyo marido iba confirmando sus dichos.

—¡Seis años!

—Sí, de los dieciséis a los veintidós. Cada año iba a casa de mis padres, a la fiesta de Miserieux y allí bailaba un poco. En todo el año, no salía sino en aquella ocasión. En Ars entonces ya no se bailaba —era del 1835 al 1841—. Pues bien; esta única salida, que se renovaba todos los años, era la causa de que no recibiese la absolución.

—¿Iba usted, sin embargo, a confesar?

—Todos los años, por las *buenas fiestas*, el señor Cura me daba solamente la bendición.

—¿Y qué le decía?

—«¡Si no te corriges en esto de ir a bailar, estás condenada!...» Era muy lacónico.

—Pero, ¿es que bailabais en otras ocasiones?

—Jamás.

—Entonces, ¿por qué iba usted a confesar?

—Pensaba yo: «Si Dios me envía la muerte antes de que reciba la absolución, espero que tendrá en cuenta mis deseos de recibirla.» Mi madre preguntó al señor Cura si podría confesarme en otra parte.

—«Como usted quiera, respondióle; pero prefiero que se quede sin cumplir con la parroquia a que se vaya a confesar a otra parte»¹⁵.

La señorita Claudina Tréve cuenta de sí misma que una

¹⁴ El Rdo. Vianney consideraba los bailes de Ars como *ocasiones próximas de pecado*, sobre todo por las perversas relaciones a que daban lugar. Puede decirse que en este particular seguía el principio de teología moral concebido en esta forma: quien se pone *libremente* en ocasión de pecado grave no puede ser absuelto, si no renuncia a dicha ocasión, pues no se halla en las disposiciones debidas. (V. A. ARREGUI, S. J., *Summarium theologiae moralis*, Bilbao, Elexpuru, 1919, n.º 641.)

¹⁵ Mons. CONVERT, *Notas* manuscritas, cuaderno I, n.º 21. El reverendo Vianney decía desde el pulpito, aludiendo a casos por el estilo: «*¡Qué angustias de conciencia!... ¡Si al menos su confesor no fuese tan escrupuloso! ¿Qué harán? Buscarán un confesor benigno que consienta en absolverlos con tal que se esfuercen para emendarse... Y ellos irán en seguida a crucificar a Nuestro Señor con una comunión indigna.*» (*Sermón sobre la tibieza*, t. III, *passim*.)

vez bailó en unas bodas, hacia el mes de febrero. El Cura de Ars difirió absolverla hasta la fiesta de la Ascensión¹⁶.

Durante su juventud, la señora Butillon hubo de esperar, en varias ocasiones, quince días o tres semanas para ser absuelta, por haber ido a la feria de Montmerle. No había bailado, pero «había frecuentado el lugar donde bailaban»¹⁷.

Un padre de familia, que no conocía bien a su pastor, le propuso este sencillo caso de conciencia: «¿Puedo acompañar a mi hija al baile?

—No, amigo mío.

—Es que no la dejaré danzar.

Y el señor Cura de Ars concluyó con esta reflexión llena de profundísima psicología.

— ¡Oh, si ella no baila, ya bailará su corazón!»¹⁸.

El Cura de Ars, en algunos puntos, se mostró menos rígido con los forasteros que con sus feligreses, pero, en cuanto a los bailes, no varió jamás. Algunas personas de mundo, al arrodillarse a sus pies, gustaban de decir que estaban seguras de sí mismas e inmunizadas contra el pecado, mas las faltas perfumadas no hallaban gracia a sus ojos. «No sólo no permitía que se tomase parte en los bailes, pero ni siquiera asistir como simple espectador»¹⁹. Poco tiempo después de su llegada a la parroquia, los señores del castillo organizaron uno o dos bailes en familia; pero muy pronto se abstuvieron de ello «por respeto a su prohibición»²⁰. «No conocía el baile —dice la señorita Cristina de Cibeins—, sino a través de los desórdenes que produce entre las gentes del campo. Sé de una persona piadosa, que obligada por su condición social a tomar parte en algunas diversiones mundanas, se creyó obligada a dejar su confesonario para no tener que contrariar más sus decisiones»²¹.

* * *

Tales fueron, en cuanto al baile, y durante toda su vida,

¹⁶ Mons. CONVERT, *Notas* manuscritas, cuaderno I, n.º 11.

¹⁷ Mons. CONVERT, *Notas* manuscritas, cuaderno II, n.º 9 y 21.

¹⁸ Mona. CONVERT, *Notas* manuscritas, cuaderno I, n.º 3.

¹⁹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 744.

²⁰ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 290.

²¹ *Proceso apostólico continuativo*, p. 143.

las normas del Cura de Ars. Sobre todo tuvo un cuidado extremado en formar la conciencia de los padres acerca de esta materia. Les inculcó profundamente la convicción de que debían a sus hijos un amor tierno, pero recto, el buen ejemplo, la vigilancia y la corrección. Les hacía, además, responsables de las faltas de sus hijos.

Responderéis de sus almas, como de la vuestra, les decía. No sé si hacéis cuanto está de vuestra parte; lo que puedo deciros es que si vuestros hijos se condenan en vuestras casas, es de temer que, por falta de vigilancia, os condenéis también vosotros. Sé muy bien que si no dais un paso más para cumplir con los deberes para con vuestros hijos no os inquietaréis por ello: hasta cierto punto tenéis razón, pues no os faltará tiempo para inquietaros durante toda la eternidad²².

Estas punzantes ironías eran, según es de creer, el lenguaje que más les convenía. Los padres tomaron a la letra los consejos de su pastor. Un domingo, después de vísperas, dos jóvenes hermanas se fueron sin saberlo su padre —al menos así lo pensaban— a ver el baile de la fiesta de Savigneux, que dista dos kilómetros de Ars. No tomaron parte en las danzas, pues tenían prisa para regresar. Mas en su casa su ausencia no pasó inadvertida. El padre tomó un bastón y castigó a ambas duramente²³.

Antonio, uno de los hijos de la familia Cinier, de veinte años de edad, se fue a bailar a uno de los pueblos vecinos. Al llegar a su casa, ya bastante tarde, saludó por dos veces a su madre sin obtener respuesta. Bastante advertido con aquella frialdad desusada, se metió en cama. Mas ello no fue suficiente para su madre; la cual, irritada, tomando una vara le acarició las espaldas²⁴.

Desde el año 1830, los bailes habían desaparecido completamente del centro de Ars²⁵. Una orden del alcalde, Antonio Mandy, no autorizaba los bailes públicos, sino en la parte alta de la población. Para los organizadores de la fiesta mayor fue muy grande el chasco al negárseles la plaza de la

²² *Sermones*, t. III, p. 316.

²³ Mons. CONVERT, *Notas* manuscritas, cuaderno II, n.º 9.

²⁴ Mons. CONVERT, *Notas* manuscritas, cuaderno I, n.º 28.

iglesia. Se acercaba el día de San Sixto. Algunos jóvenes, que todavía miraban con malos ojos al Párroco, acudieron re-sueltos al alcalde, en demanda de autorización para celebrar la fiesta en el lugar de costumbre. El viejo alcalde contestó que, habiendo dado su palabra al señor Cura, no la retiraría. Mas no acabó aquí el asunto: los jóvenes interpusieron recurso ante el subprefecto de Trevoux y éste revocó la orden del alcalde de Ars, quien tuvo que someterse a la voluntad de su superior.

Llegó el día de la fiesta. Aquel domingo, por la tarde, a los acentos de la música aparecieron los bailarores, cantando y dando saltos. ¡Qué de pullas jocosas contra el cura y el alcalde! Mas he aquí que cesan los chistes y comienzan todos a fruncir el ceño. ¿Dónde están las bailadoras? Allí, bajo los nogales, hay dos o tres criadas de las granjas vecinas y algunas forasteras. Las jóvenes de la parroquia han entrado en la iglesia para el canto de vísperas. El baile fue triste y desanimado.

Al toque de la oración de la tarde, el primer magistrado del pueblo, que se había ceñido el fajín en previsión de posibles desórdenes, no tuvo necesidad de intervenir: el pequeño grupo de alegres se dispersó. La iglesia se llenó de fieles y el señor Cura predicó, como de costumbre, la homilía. Lloró y muchos lloraron con él. Varios de aquellos jóvenes ligeros cayeron en la cuenta de su estupidez al ver cómo sus madres y hermanas volvían de la iglesia con los ojos enrojecidos por el llanto. Pidieron ser inscritos en alguna de las cofradías parroquiales y no se preocuparon más del baile²⁶.

En adelante, los domingos por la tarde la plaza de la iglesia no verá sino fieles que acudirán a vísperas, y, después de los oficios, inofensivos jugadores de bolos o de birlos. Los jóvenes que todavía se empeñan en bailar no encontrarán compañera entre las muchachas del pueblo; a lo más conseguirán reclutar algunas pobres «criadas».

Buscad, exclamará en son de triunfo, buscad a tal o cual joven

²⁵ Conde Próspero DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 964

²⁶ Cf. Mons. CONVERT. *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, páginas 219-221.

en las danzas y con otras peores compañías. ¿Qué os responderán? «No la he visto desde hace algún tiempo; creo que, si la queréis encontrar, es necesario que vayáis a la iglesia o a casa de sus padres. Si no la encontráis en su casa, id a la iglesia, la veréis cómo da gracias a Dios por haber operado en ella un cambio tan radical: veréis la modestia reflejada en su frente»²⁷.

Irritados al ver que las jóvenes dejaban el baile por la iglesia, los libertinos de Ars y de los pueblos cercanos se vengaron del Rdo. Vianney. ¿Qué hacer sin bailadoras? Organizaron reuniones a escondidas, en los lugares más apartados. Mas, al saberlo el Santo, tronó tan fuerte desde el pulpito que, a partir de 1832 no se bailó más en todo el término de la parroquia.

¿Quién lo creyera? La victoria no era todavía completa. Algunos se daban cita en las ferias o en los bailes de los pueblos vecinos, y allí, lejos de toda vigilancia, pensaban que podían entregarse impunemente a su diversión favorita. Varias jóvenes se dejaron arrastrar. El Rdo. Vianney se enteró de todo sin inquietarse, y decidido a no dejar la segur hasta haber cortado el mal de raíz, no les dio tregua. «Dios inspira a los santos procedimientos que se salen del camino ordinario»²⁸; puesto que para hacerse oír era menester gritar más fuerte, el Cura de Ars tomó el partido de negar la absolución, hasta que prometiesen seriamente enmendarse, a quienes hubiesen bailado una sola vez. El triunfo no fue completo y definitivo hasta después de una misión que se celebró en aquella parroquia en 1847²⁹.

Si algunos pertinaces, «venidos de fuera», amenazaron una o dos veces con resucitar los bailes de San Sixto, ello no fue sino impotente fanfarronería. El conde Claudio de Garets, elegido alcalde en 1839, tomó por su cuenta aquel asunto e hizo abortar para siempre tales maquinaciones³⁰.

Mucho más tarde, hacia 1855, como los feligreses de Ars se diesen a frecuentar más de lo justo las ferias de los contornos, un joven eclesiástico tuvo ocasión de comprobar «la fuerza que el señor Vianney sabía comunicar a sus palabras

²⁷ *Sermones*, sobre la contrición, t. I, p. 416-417.

²⁸ Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 222.

²⁹ *Traditions locales* de Ars.

³⁰ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 290.

ante los desórdenes que amenazaban con reaparecer. Una tarde —cuenta el Rdo. Pelletier— le oí hablar con tal vehemencia contra la feria de Villefranche, a la que solía acudir gran multitud, atraída por las diversiones profanas, que el auditorio quedó aterrado»³¹.

Por fin, parecióle conveniente hacer a los fieles algunas severas advertencias con motivo de ciertas diversiones, aparentemente inofensivas, pero que el Santo juzgaba indignas de sus feligreses. El día 9 de febrero de 1858 —cuarenta años después, día por día, de la llegada del señor Vianney a Ars— Juan Bautista Mandy se casó con su prima Claudina Tréve. Algunas semanas antes, unos hombres, y por cierto no todos jóvenes, olvidados, sin duda, de los antiguos prejuicios causados con ello en semejantes ocasiones a sus padres, intentaron restaurar el uso ya abolido de las *gallinas*, se fueron a casa de los Mandy y de los Tréve, se apoderaron alegremente de las mejores piezas de los corrales, y, según la antigua costumbre, un sábado hubo gran festín en honor de la futura pareja. El banquete se prolongó hasta más allá de media noche... El Cura de Ars, entonces anciano de setenta y dos años, agotado por las fatigas y los ayunos, supo todavía hallar aquellos acentos de las épocas de lucha, para decir a su pueblo —y a los culpables ya arrepentidos—, el domingo por la mañana, cuánta pena le había causado la escandalosa chiquillada. «Pronto se celebrarán otras bodas en la parroquia —concluyó indignado—; repetirlo y veréis cómo me marchó»³². Y la broma no se repitió.

Las modas indecentes corren parejas con los placeres corruptores. A juzgar por algunos de sus sermones, cuando el Rdo. Vianney llegó a Ars, varias personas faltaban a las leyes más elementales de la modestia. El Santo se indigna contra ellas y contra ciertos padres que idolatran a sus hijas y las precipitan por la pendiente de la coquetería. Hay que oírle cómo los ataca:

³¹ *Proceso apostólico in genere*, p. 390.

³² Relación de los ancianos de la parroquia.

... esta madre que no piensa más que en su hija... y que se preocupa más de mirar si lleva bien puesto el sombrero que de preguntarle si ha dado su corazón a Dios. Le dice que no ha de parecer huraña, que ha de procurar hacerse grata a todo el mundo, para poder entablar relaciones y colocarse bien. Y la hija procura en seguida atravesarse las miradas de todos. Con sus atavíos rebuscados e indecentes, pronto dará a entender que es instrumento del infierno para perder las almas. Sólo en el tribunal de Dios conocerá los pecados de que habrá sido causa³³.

Generalmente, las madres de familia entendieron muy pronto cuáles eran sus deberes. Por lo demás, el señor Cura les ayudó a cumplirlos, ya negando la absolución a las personas inmodestas, ya convirtiéndose él mismo en arbitro de las modas. No dejaba de ser cosa delicada, mas en ello nuestro Santo se proponía una finalidad altísima: aspiraba para sus feligreses a un ideal de perfección, del cual les creía capaces. Por esta causa se metió en unos pormenores que, a primera vista, hubieran podido parecer pueriles.

«Las mujeres y las jóvenes usaban un tocado muy elegante», que hacía lucir su cabellera; el Rdo. Vianney les obligó a dejarlo y «a reemplazarlo por unos gorros que ocultaban mejor los cabellos»³⁴. A Marta Miard, que tenía una tienda junto a la iglesia, le aconsejó que arreglase el suyo porque no era bastante sencillo³⁵. «Parecíamos pequeñas viejas», dice Claudina Tréve, que no tenía nada de coquetona³⁶. «Un día —cuenta Marta Miard— salí más adornada que de costumbre —iba con un vestido de muselina de color bastante llamativo—. En lugar de decirme, según solía: "Buenos días, hija mía", me hizo un saludo muy profundo, y añadió: "Buenos días, señorita." Yo quedé muy avergonzada»³⁷.

La pequeña Juana Lardet exhibía vanidosamente un hermoso collar. «¿Quieres vendérmelo? —le preguntó riendo el Rdo. Vianney—. Te daré cinco sueldos.

³³ *Sermones*, t. III, p. 232.

³⁴ Señorita Cristina DE CIBIENS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 138.

³⁵ *Proceso apostólico continuativo*, p. 835.

³⁶ *Proceso apostólico continuativo*, p. 835.

³⁷ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno II, n.º 6.

—¿Y qué hará con él, señor Cura?

—Se lo pondré a mi gato»³⁸.

No toleró nunca en su iglesia ni los escotes ni los brazos desnudos. No lo permitía ni a los grandes ni a los humildes de este mundo. Durante una visita al castillo, vio el retrato de una señora en traje de velada. «Cualquiera creería que va a la guillotina», dijo señalando con el dedo aquel cuadro de familia. La señorita de Ars entendió la lección y lo quitó³⁹.

Hacia el fin de su vida, se burlará de los miriñaques, aun explicando el catecismo: «El Emperador ha hecho cosas muy buenas; pero ha olvidado una: mandar que se ensanchen las puertas para que puedan pasar los miriñaques.» A pesar de esto, muchas personas de Ars adoptaron tan embarazosa moda.

El Rdo. Vianney no insistió, pues tan sólo le parecía ridícula⁴⁰. Por lo demás, las escasas mujeres de Ars que lo usaban se diluían en la iglesia los domingos y días de fiesta, mezcladas con las numerosas forasteras que en mayor número y más libremente se sacrificaban a las exigencias de las modas de la época.

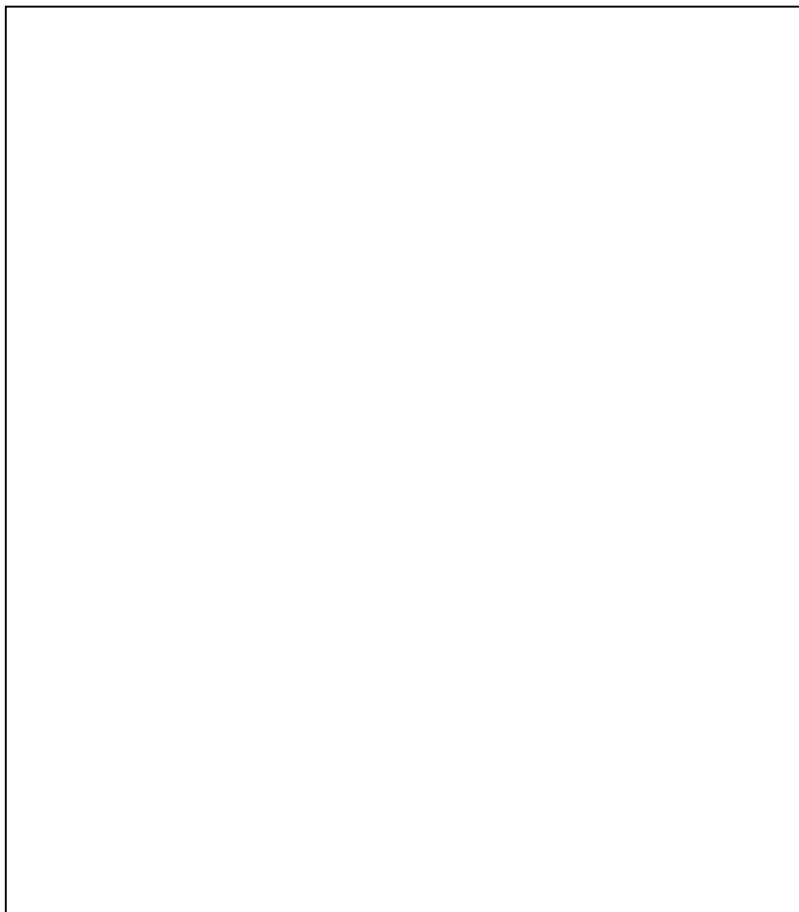
Durante los treinta años que los peregrinos acudieron a Ars, les fue dado admirar en la iglesia, en las calles, en los caminos y en los campos, a las mujeres y a las jóvenes de aquel pueblo, dignas y modestas como monjas.

³⁸ Juana Lardet se casó con el señor Dupuis. Este divertido diálogo lo contó, en noviembre de 1908, a Mons. Convert, la señora Ballofy, hija de la señora Dupuis. (*Notas* manuscritas, cuaderno I, n.º 31.)

³⁹ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 310.

⁴⁰ Relación de la señorita Juana Cinier a Mons. Convert, el 3 de diciembre de 1901. (*Notas* manuscritas, cuaderno I, n.º 30.)

El Rvdo. Vianney amó enseguida aquella antigua iglesia como si fuese su casa paterna. Para embellecerla, comenzó por lo principal, o sea, por el altar, centro y razón de ser de todo el templo. Por respeto a la Sagrada Eucaristía, quiso que fuese lo mejor posible. Para esta primera adquisición no llamó a ninguna puerta. Lo pago de su peculio y con una franca alegría ayudó a los trabajadores a levantar el nuevo altar mayor. Para enriquecerlo más hizo a pie un viaje de ida y vuelta a Li6n y trajo de la ciudad dos cabecitas de 6ngel que coloc6 a ambos lados del Sagrario. Finalmente, deseoso de armonizar el marco con el cuadro, 6l mismo repas6 los z6calos y las molduras. La iglesia gan6 mucho en decencia y novedad.



VI. RESTAURACIÓN DE LA ANTIGUA IGLESIA DE ARS

Nuevos proyectos.—Designación inesperada para la parroquia de Salles en el Beaujolais.—La capellanía de Ars erigida en parroquia.—Reconstrucción del campanario.—Nuevos altares.—Embellecimiento del coro y de la nave.—La generosidad del vizconde de Ars.—El cuadro de la peregrinación.

El amor de Dios y del prójimo espoleaba al Cura de Ars. Su mismo temperamento le incitaba a la acción. La ociosidad forzosa hubiera sido para él una prueba insoportable. Debilitado desde muy joven a fuerza de sobrehumanas penitencias y atormentado por fiebres intermitentes atribuidas al clima malsano de la región de Dombes', no consintió jamás en procurarse una hora de descanso.

El ministerio parroquial no le traía muy ocupado². El Rdo. Vianney buscó manera de dar satisfacción a su celo y a sus ansias de actividad. Mientras dejaba que su huerto se convirtiese en un erial después de haber mandado cortar todos los árboles porque algunos merodeadores, forzando la cerca de espino, robaban la fruta y «ofendían con ello a

¹ J.-B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 595.

² He aquí una estadística sacada de los registros de Ars:

Años	Bautismos	Matrimonios	Entierros
1818	10	2	3
1819	12	0	5
1820	13	4	0
1821	12	1	2
1822	14	2	11
1823	15	2	6
1824	11	8	6
1825	11	8	7

Dios», mientras la casa parroquial iba quedando poco a poco desmantelada en beneficio de los pobres y no le cobijaba sino durante el breve sueño de la noche, el joven párroco empleaba en transformar la modesta iglesia los ratos libres que le dejaban el estudio y la oración. Hemos visto ya cómo restauró el altar mayor y pintó el zócalo del coro. Mas él tenía nuevos proyectos.

Un acontecimiento inesperado le obligó a diferirlo todo. A principios de abril de 1820³, el Rdo. Vianney se enteró, por carta del Arzobispado de Lión —del cual aún dependía—, de que se le nombraba para la parroquia de Salles, situada en el Beaujolais, en el decanato de Villefranche-sur-Saône⁴. Dejaba, pues, el departamento del Ain por el del Ródano.

Enterada, no se sabe por quién, del estado del joven párroco, la autoridad diocesana escogió para él el hermoso pueblecito de Salles, levantado en la ladera de unas verdes colinas, en las cuales se respiraba un aire más sano. Los habitantes de Salles no pasaban de trescientos; eran muy corteses y tenían fama de muy buenos cristianos.

El Rdo. Vianney amaba la humilde aldea de Ars pero, dócil a la voluntad de sus superiores, no opuso ningún reparo y se preparó para la marcha. Hizo poner en un carro sus muebles y sus libros. Al saberse la noticia, la emoción fue muy grande en la porción escogida de sus feligreses. Las madres de familia ya lo habían presentado: «¡Qué felicidad, repetían con frecuencia, si nuestros hijos hicieran la primera comunión dirigidos por este sacerdote! Es un santo... Mas ¡ay! no le dejarán mucho tiempo entre nosotros»⁵... En cuanto a la señorita de Ars, a quien la autoridad eclesiástica no

³ No queda rastro alguno en los archivos del Arzobispado de Lión del traslado del señor Vianney a Salles. Sabemos la fecha aproximada gracias a una carta que el interesado, muy poco aficionado a la correspondencia, escribió en seguida a su hermano mayor Francisco:

Ars, 8 de abril de 1820

*Mi querido hermano:
Dejo la Bresse por el Beaujolais. La semana próxima tendrá lugar mi partida. Me envían a una parroquia que no dista mucho de Villefranche. Espero que pronto iré a verte.*

Salles es notable por su monasterio de puro estilo románico en el que vivieron sucesivamente benedictinos procedentes de Cluny y después unas religiosas benedictinas que se erigieron en noble cabildo de canónigas-condesas. El convento fue saqueado en 1793. Se conserva en parte el claustro de hermosas columnitas.

⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 404.

había consultado, mostró profundísimo disgusto. En una carta íntima, en la que la venerable castellana da rienda suelta a sus sentimientos, habla nada menos que de *estrangular* al vicario general⁶. Era, entiéndase bien, una manera jocosa de expresar su pena.

Con conocimiento del Rdo. Vianney, que se dejó conmo- ver «por el profundo pesar»⁷ de muchos, fue enviada a Lión una embajada de vecinos con el alcalde a la cabeza. «Ars reclamaba a su cura»⁸. «Puesto que así es —respondió el señor Courbon—, puede quedarse allí por cuanto tiempo guste.» Y entregó a los comisionados, llenos de contento, un pliego oficial en el que constaba el nombramiento para la parroquia de Salles. El Rdo. Vianney se quedó, por tanto, en su puesto.

Dios, por su parte, manifestó también su voluntad. El día de su marcha, el «cura nombrado» de Salles llegó con el equipaje a la orilla del Saona, que era forzoso atravesar. El río se había desbordado de tal manera y soplabá un viento tan fuerte, que el batelero no pudo trasladar a los viajeros a la ribera opuesta. —El gran puente colgante de Jassaus ya no existía—. Después de dos inútiles tentativas, el mobiliario y la biblioteca hubieron de volver a la casa parroquial de Ars⁹.

Entretanto, la situación del Cura de Ars era de las más precarias. Simple *capellán*, parecía no hallarse sino de paso en aquel rincón de la parroquia de Miserieux. Apenas transcurridos dos años de su llegada a Ars, cuando comenzaban a apreciarlo, poco faltó para que tuviera que alejarse. Durante aquel mes de alarma (abril de 1820), los buenos cristianos de aquel lugar se preguntaban, con legítima inquietud, si el Arzobispo de Lión llegaría siquiera a nombrarle un sucesor.

⁶ El Rdo. Monnin (*Le curé d'Ars*, t. I, p. 257) habla de una «santa cólera». Por su parte la señorita de Ars escribió al señor Courbon, a quien apreciaba mucho. «Hago lo imposible, respondió él, para conseguir que el Cura d'Ars cambie de régimen de vida, pero no consigo nada. Sus amigos no son más afortunados que yo. Dejad que vaya a Salles. Yo deseo que allí se encuentre mejor de salud, aunque no me atrevo a esperar.» (Carta de 17 de abril de 1820.)

⁷ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 105.

⁸ J.-B. MANDY, *Proceso apostólico in genere*, p. 242.

⁹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 150; Hermano ATANASIO, *id.*, p. 203.

Después de largo tiempo, los castellanos de Ars buscaban la manera de devolver a aquel pequeño núcleo religioso su independencia y su título *de parroquia*. Después de 1806, por contrato celebrado con Francisco Cinier, convertido bajo la Revolución en dueño de la casa parroquial, del huerto y del jardín de que habían disfrutado hasta entonces los curas de Ars, la condesa viuda de Garets lo alquiló todo con la esperanza de poderlo devolver con el tiempo a su primer destino¹⁰. Antes de transcurrir dos años —lo sabemos por una carta del vizconde a su madre (18 de marzo de 1808)— la condesa compraba la casa parroquial con sus dependencias y esta adquisición era a sus ojos «un medio de conservar en Ars la sucursal». Finalmente, el día 19 de junio de 1821, siendo párroco el Rdo. Vianney, el vizconde, dueño, por muerte de su madre, de aquellos bienes sagrados, hizo donación de los mismos a la fábrica de la iglesia. Gracias a esta generosa dádiva, la erección de la capellanía de Ars en parroquia se convirtió en cosa posible ".

Los habitantes de Ars habían dirigido por su cuenta una súplica al rey Luis XVIII, en la que exponían sus legítimas quejas: la excesiva distancia de Mizerieux, su centro parroquial; la imposibilidad de que los niños acudiesen al catecismo en invierno a causa de las crecidas del arroyo y del mal estado de los caminos; sobre todo, el temor de que desapareciera la capellanía, por falta de sacerdote, si no era elevada a la categoría de parroquia independiente... Y añadían aquellas buenas gentes:

¹⁰ Anual de 168 libras de 24 de julio de 1806.

" «Hoy, escribía el vizconde a su hermana el día siguiente de aquella negociación memorable, el Consejo de Estado presentará al Rey el dictamen del ministro en el que se dice que hago la donación bajo la *condición expresa* (él mismo subraya estas palabras) de que *Ars sea erigido en sucursal*. Pongo además esta condición, a saber, que nosotros y los herederos que lleven nuestro nombre conservaremos en la iglesia un banco y la tribuna... Yo permitiré siempre al señor Cura el usufructo del campo vecino a la casa parroquial» (*Carta* de 20 de junio de 1821). Es justo hacer constar que el Ayuntamiento de Ars no se mostró indiferente por la situación religiosa del municipio, de lo que es buena prueba la sesión de 5 de noviembre de 1808, en la que se ofrece a pagar al futuro capellán: «Fijamos para los gastos del sacerdote que venga a administrar nuestra iglesia la suma de 500 francos.» En la sesión de 18 de junio de 1809 el municipio se encarga del cuidado «de la iglesia, del cementerio y de procurar una casa y un huerto al *vicario* (sic), como los vasos sagrados, los ornamentos y en general todo el mobiliario necesario para el ejercicio del culto» (*Archivos* de la alcaldía de Ars).

Los habitantes, deseosos de conservar la fe, las buenas costumbres y celosos por la religión, han querido sufragar los gastos de un sacerdote a sus expensas. Este sacerdote, hombre de altísima virtud, hace un bien inmenso en la parroquia y en sus contornos. Desgraciadamente, este bien puede ser destruido en un momento con la retirada del pastor...¹².

El vizconde, que entonces se hallaba en París, apoyó la súplica de sus paisanos. Y, aunque la aldea no alcanzaba a tener las 500 almas que exigía el decreto de 25 de agosto de 1819, Ars, por disposición real de 20 de junio de 1821, fue declarado *parroquia*¹³. De esta manera Miserieux, sin que apreciase toda la extensión de su pérdida, se vio despojado de su mejor florón. Asimismo, el vicario general, al anular el nombramiento del Rdo. Vianney para la parroquia de Salles, no había podido prever que la de Ars, donde le dejaba de buen grado, sería muy pronto arrebatada a la archidiócesis de León.

Estos acontecimientos, sin importancia en la historia del mundo o de la Iglesia, pero de grandes consecuencias para una humilde aldea, tuvieron lugar cuando el Cura de Ars se consagraba al embellecimiento de la iglesia.

En 1820, la construcción de un nuevo campanario, aunque sencillo, se imponía. La pequeña *jaula de madera*, sacudida por una campana demasiado pesada, amenazaba ruina; aunque nunca la lanzaban al vuelo, la gente temblaba ante el temor de verla desplomarse en medio de las sepulcros del cementerio. En el mes de agosto, a instancias del señor Cura, el alcalde mandó que se diese comienzo a los trabajos. El Rdo. Vianney vio con satisfacción cómo se iba elevando hacia el cielo de Ars un sólido campanario de ladrillo, cuadrado y recio, con simétricos ventanales que encuadraban graciosas columnitas románicas¹⁴. Apenas estaba concluido, cuando

¹² Súplica de 22 de febrero de 1821. (Archivos de la alcaldía de Ars).

¹³ Archivos Nacionales, fol. 19, 662 (n.º 407).

¹⁴ Estas columnitas procedían del claustro de 'alij>. en el Beaujoulais. Eran «viejos materiales» adquiridos por los contratistas de *nh-...; ! ;*, la cuenta de los alba-

una segunda campana, comprada por el Rdo. Vianney, la cual se llamó *campana del Santo Rosario*, comenzó a sonar alegremente¹⁵.

Mientras los andamies se levantaban fuera, se trabajaba activamente en el interior. Al Rdo. Vianney le parecía muy pequeña aquella iglesia. Sin embargo, todavía no había surgido en su mente la idea de demolerla: ¡se ora tan bien en las iglesias antiguas! Además, la construcción de un nuevo templo hubiera acarreado considerables gastos¹⁶.

Junto al comulgatorio, que entonces estaba enclavado a la entrada misma de la sacristía y en la parte de la iglesia situada debajo del campanario, la Santísima Virgen tenía su imagen y su altar, pero la madera estaba carcomida y el pobre templete hacía muy mal efecto, adosado a la pared y con sus cuatro candeleros completamente desdorados¹⁷. El Cura de Ars quiso honrar a María según los deseos de su corazón y concibió la idea de abrir una capilla lateral que le sería dedicada. Los trabajos fueron dirigidos con gran actividad: comenzados en enero de 1820, se terminaron el día 6 de agosto, fiesta patronal de Ars. La nueva capilla, con su techo liso, sus molduras, sus dorados y su imagen policromada, obra todo ello de un yesero y de un pintor de Villefranche, era del gusto de la época. El reverendo Vianney sentirá gran

ñiles que construyeron el campanario de Ars se lee: *6 columnitas de piedra tallada, 36 francos*. No eran caras, ni aun para aquella época.

La torre costó, en total, 1106 francos. La colecta hecha en la parroquia produjo 265 francos. En la lista donde constan los nombres de los cuarenta y cuatro donantes, el Cura de Ars está inscrito por 4 francos; el alcalde Antonio Mandy, Juan Cinier y Dupont por 30. La señorita de Ars, que no figura en la lista, pagó directamente muchos materiales.

¹⁵ Las dos campanas colocadas por el señor Vianney en el nuevo campanario todavía están en él. La primera lleva esta inscripción: *Fui bendecida por el Rdo. J.-M. Vianney; llamada Coloma por F. Gamier, vizconde de Ars, antiguo capitán de dragones, caballero de la orden real y militar de San Luis y por la señorita Coloma Garnier. Ars, año 1819.*

La segunda, que es la *campana del Santo Rosario*: *He sido regalada por el Rdo. Juan-María Vianney. He sido bautizada por el Rdo. Pasquier, cura de Trevoux, y llamada Juana-María-Felicidad por Dionisio-Felicidad Gamier, conde de Garets, caballero de la Legión de Honor, y por María-luana Darest, su esposa, 1820. VOX DILECTI MEI PULSANTIS.*

¹⁶ Cierto que «las sumas gastadas en construir y decorar una tras otra las capillas de la vieja iglesia hubieran bastado para levantar de planta un nuevo edificio, pero los recursos no llegaban sino con intermitencias, y cada vez el Rdo. Vianney se apresuraba a consagrarlos al servicio de Dios». (Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 217).

¹⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 10.

atractivo por este rincón tranquilo y casi escondido de la iglesia; cada sábado, durante cuarenta años, celebrará en él la santa misa ¹⁸.

En 1822, el techo de la nave amenazaba hundirse y fue reparado por cuenta del municipio «mediante un impuesto extraordinario» ¹⁹. Costó 459 francos.

Durante el año 1823, para honrar de una manera digna al Santo que había escogido como patrono de su confirmación, el señor Cura hizo levantar a sus expensas una segunda capilla que dedicó a San Juan Bautista. Fue bendecida e inaugurada el día de la fiesta titular por el Rdo. Matías Loras, antiguo condiscípulo de nuestro Santo en Ecully, entonces superior del seminario menor de Meximieux. Fue una fiesta muy devota y alegre para la mayoría de los feligreses. Los que practicaban eran ya en número muy crecido. Sin embargo, los amantes de los placeres mundanos, mezclados con los demás durante la ceremonia, no pudieron leer sin despecho la inscripción, para ellos muy clara, que el cura había mandado pintar en la arcada de la capilla: Su CABEZA FUE EL PRECIO DE UNA DANZA ²⁰.

Celebrada la fiesta, comenzó a divulgarse la fama de que durante la bendición de la capilla el Rdo. Vianney había sido favorecido por Dios con una visión del porvenir.

Yo no sé, dice Catalina Lassagne, si Dios le dio a entender aquel día lo que había de suceder más tarde; o sea, la conversión de tantas almas; mas he aquí lo que nos dijo un domingo, mientras predicaba: «Hermanos míos, si supieseis lo que pasó en aquella capilla, no osaríais entrar en ella... Yo no digo más...». Y lo repitió varias veces, como si de ello estuviese lleno su espíritu ²¹.

Se supuso que se le había aparecido el santo Precursor y que le había mostrado el famoso confesonario colocado en aquella capilla y la multitud de penitentes arrodillados a sus pies.

¹⁸ «El Rdo. Vianney había también concebido el proyecto de dedicar una capilla a San José.» (Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 17.)

¹⁹ *Archivos municipales*.

²⁰ Alusión al martirio de San Juan Bautista, cuya cabeza exigió la hija de Herodías, Salomé, como premio por haber complacido a Herodes con su danza.

²¹ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 100.

La erección del altar de San Juan Bautista, al par que recogió al Cura de Ars, le causó una *grave* inquietud. Como quiera que había tomado a sus expensas²² la construcción de toda la capilla, debía 500 francos al carpintero y no le quedaba ni un céntimo: su reducida paga de cura y la pensión anual que sobre la parte de su herencia le enviaba su hermano Francisco, habían pasado a manos del albañil. El carpintero le apremiaba y el pobre Cura de Ars «salió de su casa, muy turbado, al objeto de calmar un poco su inquietud. Por el camino, a cierta distancia de la iglesia, salióle al encuentro una mujer desconocida, que le dijo: ¿Es usted el Cura de Ars? Al responder afirmativamente, le dio 600 francos para que los emplease en sus buenas obras»²³. No se crea, empero, que de esta intervención, que le pareció extraordinaria, dedujese que en adelante su tesorero había de ser la Providencia; al contrario, prudente por naturaleza y por virtud, dijo que la lección había sido buena y que no se metería más en situaciones tan embarazosas²⁴. Se acostumbró, salvo en casos excepcionales, a pagar siempre por adelantado²⁵.

Más tarde, las paredes de la humilde iglesia volvieron a ensancharse: una tras otra fueron levantadas tres capillas: en 1837, la que dedicó a Santa Filomena, y en fechas desconocidas la del *Ecce Homo* y otra llamada de los santos Angeles²⁶.

En 1845, el pequeño presbiterio en forma de rotonda, donde apenas cabía el altar mayor, dará lugar a un coro muy prolongado y casi tan amplio como la nave del templo. Una segunda sacristía se abrirá en este nuevo coro, y el Sanio instalará detrás del altar su tercer confesonario, destinado especialmente a oír las confesiones de los sacerdotes.

²² Se lee en los registros comunales: «La construcción y embellecimiento de la capilla (de San Juan Bautista) y la de la Santísima Virgen fueron sufragados por el dig-no cura. Se conserva de él un profundo recuerdo. MANDY, *alcalde*.»

²³ Rdo. RAYMONO. *Proceso del Ordinaria*, p. 345; Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 425.

* Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 114.

¹⁵ Felipe DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 245.

¹⁶ La capilla del *Ecce Homo* hubo de ser construida antes de la de Santa Filomena. De ambas se hace mención en el *informe di la visita pastoral de Mons. Billey, he-tu tu Ars el lunes, 11 de junio de 1838*. Por el contrario, en la enumeración de las C*^pJII*¹ contenidas en este informe no se menciona la de los santos Angeles.

Para satisfacer su piedad y porque había experimentado hasta qué punto las imágenes impresionan e instruyen a las almas buenas y sencillas, el Rdo. Vianney multiplicó en su iglesia los cuadros y las estatuas. San José y San Pedro adornaban el presbiterio; San Sixto, patrón de la parroquia, y San Blas se levantaban a la entrada del coro. Había dos imágenes yacentes: *Cristo en el sepulcro* y Santa Filomena. Metidos en nichos o simplemente adosados a la pared, podían verse *Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa*, una Virgen con el Niño Jesús, San Juan Bautista, San Lorenzo, San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, San Benito Labre; el arcángel San Miguel, el arcángel Gabriel y la Virgen de la Anunciación, el arcángel Rafael y el joven Tobías. La Santa Faz y los instrumentos de la Pasión formaban relieves en la capilla del *Ecce Homo*, donde presidía un gran *Cristo coronado de espinas*. Todo hablaba a los ojos del cristiano en aquella diminuta iglesia.

Muchas veces no se necesita sino la vista de una imagen para conmovernos; con frecuencia hieren casi tan fuertemente como las mismas cosas que representan²⁷.

«Las imágenes de gran tamaño le arrebatában» —decía la condesa de Garets.— «¡Ah!, si tuviésemos fe» —exclamaba llorando delante del *Ecce Homo*²⁸.

En la obra de la restauración y embellecimiento del templo el Rdo. Vianney se vio eficazmente ayudado por un caballero de aquella región, a quien el pueblo de Ars le debe una eterna gratitud: el vizconde Francisco, hermano de la señorita Ana-María Garnier de Garets.

Por conducto de ésta, el vizconde, que residía en París, se enteró de la llegada a la parroquia de un ex vicario de Ecully llamado Vianney. Por la primavera de 1819, fue al castillo de su familia para pasar allí algunas semanas de descanso. En-

27

Sermones, t. IV, p. 155.

28

Proceso del Ordinario, p. 772.

tonces conoció al sacerdote de apenas treinta y seis años cumplidos, demacrado por las vigiliass, los ayunos y los trabajos apostólicos. A la primera entrevista se sintió conquistado y desde entonces puso en el nuevo amigo una confianza sin límites. Nunca escribía a su hermana sin hablarle de su «celoso y respetable Cura».

Entretando la señorita de Ars tenía a su hermano al corriente de los trabajos emprendidos por el señor Vianney. Le decía que sin duda habían comenzado bien, pero que por falta de recursos sería menester detenerse. ¡Qué pena para un sacerdote tan santo! En una palabra, la castellana supo conmover y defender con tanta elocuencia la causa de su pequeña y querida parroquia, que el vizconde se resolvió a continuar la obra del joven párroco. «Jamás —decía en su estilo solemne— la iglesia de Ars será tan suntuosa y tan hermosa como es mi deseo»²⁹.

Inmediatamente, comienza a hacer encargos a las mejores casas de París. El 5 de mayo de 1823 anuncia el primer envío: tres estandartes bordados de plata, «uno del Santísimo Sacramento, otro de la Santísima Virgen y otro de nuestro patrón San Sixto... Todo lo que usted hace por la iglesia de Ars, añade dirigiéndose al señor Vianney, me inspira lo que a mi vez hago por ella; sus feligreses me han escrito que sus santas predicaciones y sus buenos ejemplos les edifican y les arrastran hacia Dios». Después envía ornamentos de seda o de paño bordado en oro para la misa, y «unos ornamentos de terciopelo negro con galones rojos, para las ceremonias del Viernes Santo».

Para el mes de mayo de 1824 le prometió un palio, cuyo tejido escogió el reverendo Vianney: «Como las mejores telas se fabrican en Lión y *también para que sea según su gusto*, usted mismo, mi querido amigo y respetable cura, puede encargarse de adquirirlo». El palio llegó a tiempo; pero, por no tener la puerta de la iglesia la suficiente altura, no pudo salir hasta el año 1826, época en que el vizconde mandó levantar ocho pies la entrada de la iglesia y le dio una nueva

²⁹ Carla del 18 de octubre de 182-i.

fachada, que había de rematar después en una estatua de la Purísima Concepción.

Si hubo persona que se alegrase a la llegada de los regalos del generoso vizconde, ésta era el Cura de Ars. Era un placer verle y oírle al abrir las pesadas cajas que algunos feligreses de buena voluntad iban a buscar a Lión. Reía y lloraba a la vez como un niño. «Madre, decía a una buena anciana que en aquel momento acertaba a pasar, venga, venga a ver una cosa muy hermosa antes de morir»³⁰. Muy pronto un grupo de admiradores se reunía en torno de aquellos tesoros. «Ah, decía, todavía vendrán cosas mejores»³¹.

Aunque la generosidad del vizconde permitió ensanchar la entrada de la iglesia, el acceso a ella era todavía muy incómodo, pues se subía por una escalera de caracol. El caballero tomó la iniciativa de reemplazarla por una gradería precedida de unos tramos espaciosos. Con gusto hubiera hecho allí algo extraordinario.

Deseo que sea muy bella la entrada a la iglesia, escribía al alcalde señor Mandy; esto es absolutamente necesario, pues si el acceso a los palacios de los reyes se distinguen por su magnificencia, con mayor razón los de las iglesias deben de ser suntuosos... No hay que perdonar gasto en ello.

Por fin, en 1828, gracias al concurso de los habitantes de Ars, que acarrearón los materiales, se construyeron los dos tramos y la escalinata actual.

Durante la ejecución de estas obras, el vizconde no permanecía inactivo. El día 15 de marzo de 1827, al alcalde de Ars «le rogaba que dijese al señor cura y a los señores de la junta de obras que hacía donación a la iglesia parroquial: 1.º, una custodia de plata dorada³²; 2.º, de un templete cu-

³⁰ Condesa DES GARETS, (*Proceso del Ordinario*, p. 772).

³¹ Dionisia LANVIS, *Proceso del Ordinario*, p. 1362; María RICOTIER, *id.*, p. 1335.— En efecto, todos los ornamentos adquiridos o recibidos en este tiempo por el Rdo. Vianney eran objetos de precio; ninguno, empero, valía gran cosa desde el punto de vista artístico; solamente el palio, muy rico, estaba bordado con verdadero gusto.

³² Este ostensorio sobredorado, que remataba en una gran cruz, fue arrebatado de la sacristía por un ladrón. El señor Vianney se lamentó más del crimen que del perjuicio material: «Es una pérdida de bienes temporales, que puede repararse.» (Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 773). Acudió a la generosidad de los fieles, que costearon un nuevo ostensorio. «El Rdo. Vianney —decía el conde de Garets— no tenía más que pedir y al instante conseguía cuanto deseaba para la iglesia.» (*Id.* p. 951).

bierto de terciopelo, con la cúpula, las columnas, el ojo y la base de cobre dorado; 3.º, de un tabernáculo asimismo de cobre dorado, proporcionado al templo», etc. El Rdo. Vianney recibió, además, de su «querido bienhechor», unos grandes relicarios que sirvieron para adorno de las capillas de la Santísima Virgen y de San Juan Bautista³³.

La principal recompensa para el vizconde fue el ver constantemente aplaudida su conducta por «su tierna hermana» —así la llama muchas veces en sus cartas— y el complacer al santo Cura de Ars.

Me hablas, escribe a la señorita de Garets, de nuestro respetable señor Vianney; de donde concluyo que *estás muy satisfecha de lo que yo hago y haré por Ars, si Dios me da vida*; pero también que te inclinas a dejarme obrar solo, ya que a ti te atraen otras buenas obras. Te ruego por favor que me escribas con franqueza lo que nuestro señor Cura piensa de todos mis envíos, pues si él está del todo contento, por mi parte el gozo será completo³⁴.

De esta manera en 1828, es decir, diez años tan sólo desde la llegada del santo Cura a la parroquia de Ars, la antigua iglesia era casi, interior y exteriormente, tal cual la vemos hoy. El humilde Cura de Ars había trabajado muy de firme. Entretanto, podían ya comenzar las famosas *peregrinaciones a Ars*, o sea, aquel desfile jamás interrumpido de gentes de todas las naciones, justos y pecadores, que acudirían a buscar la salud, la luz y la conversión de sus corazones, y que, adelantándose al juicio infalible de la Sede Apostólica, le llamarían *el Santo*.

³³ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 772.

³⁴ *Cartas* de 21 de mayo de 1827 y de 25 de marzo de 1828.

VII LAS GRANDES PRUEBAS DE LOS PRIMEROS AÑOS: CALUMNIAS Y TENTACIONES

La prueba inevitable al Apóstol.—«Desagradable»—Quejas y críticas.—El señor Vianney inclinado a dejar la parroquia.—Las calumnias de los libertinos.—La investigación del cura de Trevous.—La actitud del Santo, calumniado.—Una reputación intachable.—La respuesta de las personas honradas.—El fin de la tempestad.—El temor de los juicios de Dios.—El amor a la cruz.—Cansancio y deseos de un cambio.—El nombramiento para la parroquia de Fareins.

El bien no puede practicarse sin el sufrimiento; «no hay redención sin derramamiento de sangre»¹. Los santos no edificaron nada, sino sobre la base del sacrificio. El pastor de Ars conocía de sobra esta doctrina y se azotaba cruelmente y se imponía los ayunos más rigurosos para la conversión de su amada grey. Mas, por especial designio del Señor, otros dolores más acerbos había de sufrir de parte de la malicia más o menos consciente de los hombres.

Es imposible combatir desórdenes inveterados y arraigados vicios sin provocar resistencias. Estas resistencias el Rdo. Vianney las presentía y las aguardaba.

Si un pastor no quiere condenarse, decía, en cuanto se introduce un desorden en la parroquia, es necesario que ponga bajo los pies el respeto humano, el temor de ser despreciado y el odio de los feligreses; aunque esté seguro de que al bajar del pulpito será asesinado, no debe arredrarse. Un pastor que quiera cumplir con su deber siempre ha de estar espada en mano².

¹ Hebreos, IX, 22.

² *Sermones*, Sobre la cólera, t. III, p. 352.

San Pablo ya lo había escrito a los fieles de Corinto: «Gustosísimo me sacrificaré una o más veces por vosotros, aunque amándoos más, sea menos amado»³.

El Cura de Ars «no quería condenarse». Sus feligreses se convencieron bien pronto de ello. Durante muchos meses, los que acudieron al templo oyeron caer sobre ellos, desde el pulpito, reproches, exhortaciones y amenazas casi continuas. El predicador gustaba de repetir, al verles tan flojos y bostezando: «Cuando yo estoy entre vosotros no siento ningún fastidio»⁴. Ellos lo encontraban *ingrato* (*ingrat*), lo que en su modo de hablar equivale a desagradable y provocativo⁵.

«¿Predicaba mucho rato el señor Cura?, dijo al señor Dremieux Mons. Convert.

—Sí, mucho rato y siempre sobre el infierno... Daba frecuentes palmadas y decía: «¡Hijos míos, estáis perdidos!» También se golpeaba el pecho. ¡Qué firmeza tenía!... No falta quienes dicen que no hay infierno. ¡Ahí, él sí que creía en él»⁶.

Más tarde, cuando su parroquia había mejorado sensiblemente, prefería mostrar a sus feligreses los atractivos de la virtud que la fealdad del vicio.

Sin duda, que inconscientemente y arrebatado por el celo, se dejó llevar, al principio de su apostolado, de su carácter sensible, nervioso e impulsivo. «He de deciros, procuraba repetir con frecuencia, que hay una ira santa, que nace de mi celo por los intereses de Dios»⁷. No era partidario de las medianías. Sin embargo, siempre se dejó llevar menos por el temperamento que por el deber. Si nunca fue brusco donde convenía manifestarse conciliador y suave, tampoco jamás se detuvo cuando se imponían las resoluciones enérgicas. A

³ II Cor., XII, 15.

⁴ Juan TETE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 80.

⁵ El primer historiador del Cura de Ars (el Rdo. Monnin) le hace decir «que jamás dirigió a sus feligreses palabras duras». Es sencillamente una candidez contra la que protestan todas las páginas de los sermones del Santo; un error que siempre ha hecho sonreír a los contemporáneos... Sería curioso que los desórdenes que devastaban la parroquia de Ars hubieran caído por sí mismos como Jos muros de Jericó. La verdad es que no ocurrió de esta manera... El Cura de Ars combatió los abusos «con frente de piedra y de diamante» (Jeremías, III, 19), con «la noble audacia» de que habla Tertuliano, la cual todo lo dice «y no teme a nadie» (Mons. CONVERT, *Le Curé d'Ars et les dons du Saint-Esprit*, p. 239).

⁶ Mons. CONVERT, *Notas manuscritasm cuaderno I, n.º 23*.

⁷ *Sermones*, t. III, p. 352.

través del pecador, por el que sentía gran compasión, descubría el pecado, por el cual no tenía misericordia.

Su manera de actuar no era la misma de sus antecesores. Comenzaron las críticas en el seno de las familias: a tal niño no había querido absolverle; su primera comunión había sido diferida hasta el año siguiente. Y todavía peor: «Es porque se trata de *mi hijo*»⁸, decían las madres picadas en su amor propio. Además, aquel nuevo cura ¿no se mostraba demasiado riguroso con los profanadores del domingo, contra los que frecuentaban la taberna y contra los concurrentes al baile?... Naturalmente, se indispuso con todos los taberneros. Si él no quiere vivir como todo el mundo, puesto que es sacerdote, cumple con su deber, ¡pero al menos que deje en paz a los otros! Así hablaban, entre copa y copa, aquellos filósofos de secano.

Y ¡quién lo creyera! Aun a las personas verdaderamente piadosas les costó trabajo acostumbrarse al modo de ser del Rdo. Vianney. Durante casi diez años, «diez años de angustia», la excelente Catalina Lassagne, que andando el tiempo sería una de sus más fervientes admiradoras, «sentirá por él tanto temor como veneración, y pedirá a Dios que aleje de Ars a aquel sacerdote, cuya dirección se le hará insoporable»⁹. Es que la deseaba perfecta y no le dejaba pasar la menor falta.

Tal fue su manera de obrar con las personas que se le mostraron adictas. «Llevó por caminos extremadamente duros» a la abnegada señorita Pignaut, la cual, a pesar de que gozaba de cierto bienestar, había dejado su casa de Lión para vivir al lado de la pobre señora Renard. «No dejaba escapar ocasión de mortificarla y de ejercitarla en una renuncia absoluta de todas las cosas, así grandes como pequeñas, hasta el punto de prohibirle la asistencia al catecismo»¹⁰. No rehusaba, en sus obras de celo, la cooperación de las mujeres, pero quería que fuese desinteresada y sobrenatural.

⁸ *Sermones, Deberes de los padres*, t. III, p. 315; J. PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereani*, p. 837.

⁹ Rdo. G. RENOUD, *Catalina Lassagne*, «Anales de Ars», septiembre de 1920, p. 101.

¹⁰ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, 1.1, p. 469.

Las quejas y los chismes de las personas que había amonestado y de los penitentes a quienes había negado la absolución, llegaban a oídos del austero confesor. Y él no lo ocultaba.

Si un pastor, dijo después de proferir violentas invectivas contra los malos ejempls de los padres, quiere que conozcan sus faltas y las de sus hijos, montan en cólera, le vituperan, hablan mal de él y le hacen objeto de mil contradicciones... ".

Si un *habitante*, prosigue, tiene algo contra su pastor porque le ha dicho alguna cosa para el bien de su alma, en seguida surge la inquina: hablará mal de él; oirá con gusto que otros hablan así, y echará a mala parte cuanto se le diga... Otra vez será una persona a quien habrá negado la absolución; se revolverá contra su confesor y será a sus ojos peor que el demonio¹².

La animosidad, en ciertos hogares, duró largo tiempo. El Rdo. Vianney tuvo ocasión de experimentarlo penosamente durante la revolución de 1830. Causa extrañeza que las *jornadas de julio* hubiesen tenido repercusión en la pequeña aldea de Ars. Y, sin embargo, así fue. «Siete de sus feligreses, a quienes parecía demasiado severo, diéronle a entender que tendría que dejar aquel pueblo»...¹³. Claro está que aquellos hombres no eran los más edificantes de la parroquia. Si bien el Cura de Ars no conservó para con ellos ninguna amargura ni habló jamás de ellos sino con dulzura, y en la intimidad, con todo, la prueba fue para él muy penosa^M.

Otro golpe, asimismo muy terrible, vino a herir su corazón. Hemos visto cómo todas las jóvenes de Ars, dóciles a sus enseñanzas, habían acabado por ponerse bajo el cayado de

¹¹ *Sermones*, t. IV, p. 56.

¹² *Sermones*, t. II, p. 275.

¹³ En 1880, el caso del Rdo. Vianney no fue único. «El saqueo de Larzobispado de París dio alientos a los demoleedores de las provincias, y los espíritus fuertes de los pueblos se apresuraron a valerse de la ocasión para vengarse de los sermones de sus párrocos arrojándoles de sus casas. La diócesis de Belley no se vio libre de tales persecuciones y de otras tropelías que hubo de sufrir el clero. Muchos sacerdotes fueron insultados y maltratados y algunos echados de las casas parroquiales. Las calumnias más absurdas y odiosas se propalaron entre el pueblo... Corrió la noticia de que el nuevo gobierno había mandado derribar todas las cruces, lo cual dio ocasión a algunos atentados sacrílegos.» (J. COGNAT, *Mons. Devie*, t. II, p. 2-3).

¹⁴ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 280.

su pastor. «Algunos individuos perversos, ajenos a la parroquia», y aquellos de entre los jóvenes que no encontraban ya cómplices en sus desórdenes, la emprendieron contra el párroco e intentaron salpicarlo del lodo en que vivían ennegados. Tuvieron la audacia de atribuir su palidez y su flaqueza, no a las terribles maceraciones, sino a una vida ocultamente licenciosa, y mezclaron el nombre Vianney en sus canciones picarescas; le escribieron cartas anónimas repletas de infames injurias; fijaron cartelones del mismo tono en la puerta de la casa parroquial y de noche hubo pitadas y cencerradas al pie de su ventana¹⁵.

Algo peor le aguardaba. Permite a veces Dios que las almas más puras sean víctimas de las más odiosas calumnias y de ello no exceptúa a los ministros del altar. «Con motivo de un hecho escandaloso —una desgraciada joven que había perdido su honor, acababa de ser madre en una casa contigua a la del párroco—, cuatro miserables intentaron empañar la reputación del siervo de Dios... No fue sino un rumor que no hizo fortuna y que su virtud desvaneció al momento, pues nadie jamás había sorprendido en su conducta cosa alguna digna del menor reproche o que diese pie a la menor sospecha»¹⁶. A pesar de esto, cubrieron de inmundicias su puerta y no faltó quien, por espacio de dieciocho meses, le insultase por la noche desde bajo las ventanas, como si se tratase de un hombre de vida disoluta¹⁷.

Parecía que ninguna humillación o sufrimiento moral había de serle perdonado. En 1823 fue restablecida la diócesis de Belley y Ars dejó de pertenecer al arzobispado de Lión. Mons. Devie, su nuevo obispo, no le conocía. Comenzaron a llegar cartas anónimas a manos del prelado, quien creyó un deber «enviar al cura de Trevoux, deán del señor Vianney, para que hiciese una información sobre su conducta»¹⁸. Se ignora de qué manera se hizo, pero lo cierto es que las imputaciones calumniosas quedaron reducidas a la nada.

¹⁵ Guillermo VILLIER, *Proceso del Ordinario*, p. 652; Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 438; Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 70.

¹⁶ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 251; Rdo. DUBOUIS, *id.*, p. 1259.

¹⁷ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 320; *Proceso del Ordinario*, p. 176 y 224.

¹⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 662.

¿No era, acaso, al recordar estos penosos incidentes, cuando decía al fin de su vida: «Si al llegar a Ars hubiese sabido lo que allí había de sufrir, me hubiera muerto del susto»?¹⁹. Vivió, en efecto, horas de verdadera agonía. Hubo un momento, refiere un testigo de su vida, «que llegó a estar tan cansado de los falsos rumores que algunos se atrevieron a propalar sobre su fama, que quiso dejar la parroquia y lo hubiera hecho si una persona de su intimidad no le hubiese convencido de que su partida equivalía a una tácita confirmación de las calumnias»²⁰.

Entonces «se abandonó más en brazos de la Proidencia»²¹, y mientras su corazón se sublevaba contra la ignominia —pues se trataba de su honor sacerdotal— perdonaba a los culpables; más aún: les trataba como amigos. «Si hubiera podido colmarles de bienes lo hubiera hecho gustoso. » Así fue cómo ayudó en un revés de fortuna a una familia que le había perseguido... «Uno de sus miembros murió en un manicomio; mas el reverendo Vianney, a pesar de que sabía de quiénes se trataba, jamás hizo mención de ello y buscó todas las ocasiones para serles útil»²². «Hay que rogar por ellos»²³, decía al alcalde, señor Mandy, indignado ante el proceder de gente tan miserable. A un sacerdote que se lamentaba de ser el blanco de las iras de los malos, le aconsejaba: «Haced como yo: les he dejado decir cuanto han querido, y de esta manera han acabado por callarse»²⁴.

Las almas santas «convierten en suavidad todas las amarguras»²⁵. «Sé —cuenta otro testigo— que el señor Vianney no solamente soporta con paciencia tan indignos tratos, sino que además encuentra en el sufrir un gozo sobrenatural. Más tarde llamaba a esta época *el mejor tiempo de su existencia*. Hubiera deseado que el señor obispo, convencido de su culpabilidad, lo hubiese alejado de su parroquia para darle tiempo de llorar en el retiro *su pobre vida*»²⁶. En febre-

¹⁹ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 468.

²⁰ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 747.

²¹ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 804.

²² Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 662.

²³ J.-B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 581.

²⁴ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico in genere*, p. 432.

²⁵ Santa TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. XII.

²⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 662.

ro de 1843 hacía a muchas personas atónitas estas confianzas: «Pensaba que vendría un tiempo en que me echarían de Ars a palos, o que el señor obispo me quitaría las licencias, o que acabaría mis días en una cárcel... Veo que no merezco estas gracias»²⁷. Y después de la información del deán de Trevoux, al ver que Mons. Devie, lejos de retirarle de la parroquia, le conservaba gustoso en ella, decía: «Me dejan aquí como un perrito en el lazo. ¡Me conocen demasiado!»²⁸.

¡He aquí al Santo! El Cura de Ars llegó al grado más heroico de humildad: no solamente a un completo despeggo de los honores, sino al desprecio de su reputación. El sufrimiento moral, lejos de abatirle, fue para él un estímulo; fue en su alma el auxiliar de Dios que le modeló, como el escultor con el cincel modela la estatua al esculpir el mármol.

El Rdo. Vianney hubiera podido defenderse públicamente, ya que públicamente le atacaban. Más de una vez le aconsejaron que así lo hiciera; pero él prefirió llorar delante de Dios y guardar silencio. Por dicha suya, su vida, ya admirable, hablaba muy alto en favor de su virtud, y la mayor parte de sus feligreses —citaremos varios testimonios— le juzgaban digno de todo respeto. El, que en su juventud se había negado por un exceso de delicadeza «a abrazar a su propia madre»²⁹, era tan modesto y recatado que ni siquiera tocaba a los niños³⁰. Cuando las jovencitas del castillo se acercaban a él en compañía de sus hermanos, acariciaba a éstos alguna que otra vez, pero jamás a aquéllas³¹. «Su miramiento en este punto era tal, que reprendió en cierta ocasión a unas niñas que se habían permitido tocar la mano de un eclesiástico forastero»³².

«Durante sus enfermedades, no quiso ser asistido sino por hombres»³³. Con las mujeres admitidas alguna vez a su servicio, «se conducía de manera que supiesen hacer única-

²⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, p. 16.

²⁸ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 174.

²⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 442.

³⁰ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 223.

³¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 777; señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 310.

³² Conde Félix DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 415.

³³ Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 310.

mente por Dios lo que hacían por él»³⁴. «Casi no me atrevía a mirarle ni a hablarle. Cuando le presté algún servicio, lo hice, en cuanto me es dado creerlo, tan sólo por amor de Dios y sin afección natural alguna. Al llevarle alguna cosa, me disponía de antemano a ser despedida»³⁵. Así se explica el porqué jamás tuvo sirvienta³⁶. «Las piadosas mujeres que se ocupaban alguna vez en el arreglo de la casa parroquial, tenían orden de no hacerlo sino en su ausencia»³⁷. Por lo demás, «la reputación de estas devotas estaba por encima de toda sospecha»³⁸.

En presencia de las señoras que le visitaban, «a juzgar por la gravedad de sus palabras, la modestia de sus ojos y lo grave de su continente —nunca se sentaba delante de ellas—, se le hubiera tomado por un ángel en cuerpo mortal»³⁹. De él podía decir una de sus más asiduas penitentes: «Su primera mirada llegaba hasta el fondo del alma, pero después ya no os miraba más. La *individualidad* no era nada para él; no veía sino almas que guiar hacia Dios»⁴⁰. «No había, sin embargo, en el señor Vianney, nada de afectación ni lo que podría llamarse gazmoñería»⁴¹.

Finalmente, él mismo aseguraba que si no hubiese sido sacerdote, y sacerdote confesor, no hubiera conocido el mal y que si se había enterado de él, lo debía a las confesiones de sus penitentes⁴².

Nada tiene, pues, de extraordinario, después de lo dicho, «que las calumnias propaladas contra él y contra su buena fe por personas mal intencionadas, no hubiesen jamás hallado el menor crédito en la parte sana de la población»⁴³. Sus colegas en el sacerdocio, si bien no siempre tuvieron de él un

³⁴ Catalina LASSAGNE. *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 88.

³⁵ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p. 121.

³⁶ En el informe de la visita episcopal del 10 de octubre de 1829, solamente dos preguntas quedaron sin respuesta: *Quo modo nuncupatur Ancilla Pastoris?* ¿Cómo se llama la criada del párroco? *Quo loco, quo anno et quo die est nata?* ¿Lugar, año y día de su nacimiento?

³⁷ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 176.

³⁸ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 329.

³⁹ Juan TETE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 95.

⁴⁰ Señorita Cristina de CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, página 156.

⁴¹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 918.

⁴² Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 521.

⁴³ *Ibidem*, p. 216.

concepto justo, al menos nunca se complacieron en oír tan detestables infamias. Desde 1822, el señor Vianney comenzó a tener entre el clero reputación de santo⁴⁴. Los buenos feligreses no perdían ocasión de defenderle. «Algunas veces —cuenta Antonio Mandy, hijo del alcalde— me decían los malos: «¡Bah! ¡vuestro cura... es como los demás!» Yo les respondía: «Os equivocáis de plano; hace mucho tiempo que le observo; nuestro cura es un santo»⁴⁵. Más aún: el sacerdote tan indignamente calumniado encontró, hasta en los incrédulos, resueltos defensores. El doctor Thiébaud, médico de Trevoux, que más tarde había de convertirse, había visto al reverendo Vianney y no ignoraba las causas de su extenuación. Este señor tuvo la lealtad de defenderle públicamente en un café de Trevoux, contra unos «espíritus fuertes» que le recriminaban⁴⁶.

La tempestad cesó, para no volver más. El Cura de Ars había deseado para sí la humillación; eso era cosa suya. Mas Dios, que levanta al pobre de las afrentas inmerecidas, no quiso que la calumnia manchase por más tiempo la reputación de aquel sacerdote que había de esparcir mejor que nadie el buen olor de Cristo entre los hombres. Nunca, desde que se estableció aquella famosa corriente de peregrinos, nadie se atrevió a poner en duda su perfecta virtud; bastaba para convencerse de ello contemplar el puro candor de sus ojos azules. Por el contrario, algunos hechos bastante significativos comenzaron a llamar la atención de la multitud.

Un día de 1853, la madre de un sacerdote, cuya relación conservamos, la señora Gauthey, de Montchanin, en el Saône-et-Loire, rezaba en la iglesia de Ars, no lejos del confesionario del Santo. Entonces «vio, no sin emoción, a una mujer, que, a pesar de sus esfuerzos, no podía acercarse al Rdo. Vianney. Era, según le dijeron, una mujer de mala vida. A pesar de sus gritos y lágrimas, no podía llegar al confesionario»⁴⁷.

⁴⁴ Mons. MERMOUD, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 573.

⁴⁵ Antonio MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 1358.

⁴⁶ Condesa DESGARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 918; señorita Marta, su hija, *Proceso apostólico in genere*, p. 310.

⁴⁷ Memoria del Rdo. Marcelo GAUTHEY, sacerdote retirado de Chauffailles (Saone-et-Loire), 20 de diciembre de 1901, p. 7.

Veinticinco años después, ocurrió otro hecho, que tuvo todas las apariencias de una maravilla y de un símbolo.

Cada año la señorita de Garets tenía la costumbre de ofrecer al señor Cura, por la fiesta de San Juan Bautista, un ramillete de flores de lis. No habiendo podido en cierta ocasión ofrecérselo la víspera como solía, se lo dio el mismo día de San Juan en la sacristía. El Rdo. Vianney tomó el ramillete, admiró su frescura y disposición y lo puso en la ventana, la cual mira al mediodía y en la que el sol ardiente de aquella estación batía a todas horas. Pasados ocho días, las flores conservaban su hermosura y su perfume ⁴⁸.

Aquellas flores, que conservaron por tanto tiempo y bajo los rigores de un sol de estío la blancura de su corola y la rigidez de sus largos pistilos de oro, ¿no fueron un símbolo magnífico de una reputación inmaculada que la malicia in noble jamás pudo empañar?

Las injurias de los hombres no fueron las únicas pruebas que el señor Vianney hubo de soportar durante los primeros años de su vida apostólica. Mientras que por de fuera le asediaba la malquerencia, en su interior sufría angustias de otra especie.

A pesar de su gran fe en la Providencia, la vista de lo que él llamaba su profunda miseria y las obligaciones de su cargo le inspiraban un gran temor de los juicios divinos... Llegó al punto de sentir como tentaciones de desesperación. «¡Dios mío! —exclamaba entre gemidos—, haced que sufra cuanto os pluguiere, pero concededme la gracia de que no caiga en el infierno!». Y pasaba del temor a la esperanza y de la esperanza al temor ⁴⁹.

Vióse en aquellas terribles situaciones de espíritu «en las que el alma no recibe consolación ni de las cosas de la tierra, a las que no tiene apego, ni de las cosas del cielo, donde no vive todavía»; esas horas de cruz, en las que se cree «aban-

⁴⁸ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 182; Magdalena MANDY-SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 278.

⁴⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 486; J. PERTINAND, *id.*, p. 361.

donada de Dios totalmente y para siempre»⁵⁰. Era entonces sobre todo cuando deseaba huir e irse a cualquier soledad «a llorar su pobre vida».

En verdad que la cruz que llevaba era muy dura. Mas después que comenzó a amarla, ¡cuan ligera le pareció!

«Sufrir amando, decía, no es sufrir... Huir de la cruz, por el contrario, es querer ser aplastado... Hemos de pedir el amor a las cruces; entonces es cuando son dulces. Yo lo he probado durante cuatro o cinco años; he sido muy calumniado y objeto de contradicción. ¡Ah! Llevaba cruces, tal vez más de las que podía. Entonces pedí el amor a la cruz y fui dichoso; ahora me digo: verdaderamente no hay felicidad sino en eso»⁵¹.

De esta manera, aunque las más furiosas tempestades hubiesen asaltado su alma, no hubieran podido llegar a aquella cumbre, morada de la confianza y de la paz.

Un día, cuenta el Rdo. Alfredo Monnin, entonces misionero, le pregunté si sus penas le habían hecho perder alguna vez la paz: «¡La cruz, dijo con celestial expresión, la cruz ha de hacernos perder la paz!... Si precisamente es ella la que ha de infundirla en nuestros corazones. Todos nuestros males provienen de que no la amamos»⁵².

A esta fe inquebrantable debió el Cura de Ars no sólo el no haber sucumbido ni el haberse desalentado, sino también el haber realizado obras que otros sacerdotes humanamente mejor dotados que él, pero menos sobrenaturales, no se hubieran atrevido a emprender. Demostrando con los hechos qué grandeza moral —y qué méritos— pueden derivarse de las humillaciones terrenas, continuó trabajando únicamente por Dios, sin esperar de los hombres recompensa alguna. «Cuando se hacen las cosas sin placer y sin gusto, decía, se trabaja mucho más por Dios. Es posible que me saquen de aquí; entretanto procedo como si hubiese de estar siempre»⁵³.

Sin embargo, en el Rdo. Vianney la espada iba desgastan-

⁵⁰ SANTA TERESA, *Vida*, Cap. XX; SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura*, lib. H, cap.

VI.

⁵¹ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 206; Rdo. MONNIN, *id.*, 1098.

⁵² *Proceso del Ordinario*, p. 1124.

⁵³ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 502.

do la vaina. Gustaba de triunfar a fuerza de paciencia, pero estas luchas internas le minaban. Durante el verano de 1827, consintió en ir al castillo para entrevistarse con un médico. El doctor Timécourt se mostró severo y prescribió al heroico penitente «un mejor régimen a fin de prevenir las afecciones nerviosas, a las cuales era propenso y que podían hacerse crónicas».

Además de las medicinas que le he recetado, decía el meticuloso médico, el señor Cura ha de tomar guisado con manteca o leche, pollo, ternera, cerveza, fruta cruda o cocida, con pan fresco, tostadas con manteca y miel, té o leche azucarados y muchas uvas bien maduras.

Nadie, de cuantos rodeaban al Rdo. Vianney, ha sabido decir cómo cumplió las prescripciones del facultativo. Es de creer que no las tuvo muy en cuenta. Solamente consintió, después de aquella consulta gratuita, en aceptar de manos de la señorita de Ars un paquete de hojas de té⁵⁴.

No pasaba de los cuarenta años, y se sentía agotado. Todos los días tenía fiebre. Fuese por esta fatiga física o por los sufrimientos morales, a fines de 1827 o a comienzos de 1828 pidió ser trasladado a otra parte. Los señores del castillo se conmovieron vivamente y, para conservar a su cura, hicieron varias gestiones ante monseñor Devie, cuya respuesta se hizo esperar.

No creo, escribía el 1.º de abril de 1828 el señor Gillet de Valbreuse a su prima de Garets, que su Excelencia conceda el traslado al Rdo. Vianney sin antes asegurarse de los motivos de semejante proceder. Además, ¿qué será de la escuela?

La escuela en cuestión era la «casa de la *Providencia*», obra de grandes alientos, que el joven cura parecía tener grabada en su corazón. El castillo se interesaba también por ella y temían que la partida del fundador comprometiese su existencia.

A pesar de esto, Mons. Devie no desatendió la petición del Rdo. Vianney y le propuso el curato de Fareins. Por de pron-

⁵⁴ Las prescripciones del Dr. Timécourt son del día 28 de julio de 1827; la señorita de Ars añadió lo que se refiere al té.

to, era un ascenso y una respuesta a los calumniadores de antaño. En aquella parroquia, vecina de Ars, pero cinco veces mayor⁵⁵, el santo varón podría ser más útil y fundar otra *Providencia* en la que podría recogerse mayor número de huérfanos. Al principio dudó, pero después creyó preferible aceptar. Mas de repente se fijó en «su pobre miseria» y cambió de parecer. «¡Cuan desgraciado soy! —dijo a las directoras de la escuela—. ¡Consentía en marchar a una parroquia mayor, yo que apenas puedo sostenerme contra el desaliento en una que es pequeña!» Y escribió al señor obispo para ponerle al corriente de su nueva determinación⁵⁶.

El obispo de Belley, que ya conocía el celo del Cura de Ars, había tenido sus razones al ofrecerle la parroquia de Fareins. En el siglo xviii esta importante villa del Ain había pasado por pruebas poco comunes, y la fe de sus habitantes, hasta entonces buenos católicos, había sido profundamente perturbada. Poco antes de la Revolución, una secta extraña se había formado allí bajo la inspiración de dos sucesivos curas jansenistas, los hermanos Claudio y Francisco Bonjour: esta secta se llamó de los *Fareinitas*. Estos exaltados, con las mujeres a la cabeza, sobrepasaron los excesos de los antiguos *Flagelantes*. Ponían la felicidad en hacerse azotar hasta derramar sangre. Una joven, Estefanía Thomasson, cediendo a fanáticas sugerencias, consintió en dejarse crucificar en la misma iglesia...⁵⁷. Ya se ve que semejantes locuras no podían conducir sino a la inmoralidad y al escepticismo.

En 1828, la mitad de la parroquia de Fareins continuaba adherida a las doctrinas de los hermanos Bonjour⁵⁸ y preci-

⁵⁵ 1186 habitantes (Estadísticas del registro parroquial de Fareins).

⁵⁶ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 80.

⁵⁷ La historia del *Fareinismo* o *Farinismo* la escribió tan completamente como le fue posible el R. P. Pablo Dudon en una serie de once artículos publicados por la *Revue Gorini*: 1908 (n.º 18-20); 1909 (n.º 21); 1910 (n.º 25); 1913 (n.º 37-40); 1914 (n.º 31-42). La secta se remonta al paso por Fareins de Claudio y después de Francisco Bonjour (1775-1788). Es exacto que, el 12 de octubre de 1787, Estefanía Thomasson fue clavada en una cruz, con sus vestiduras ordinarias, contra la pared de la capilla de la Virgen. Muchas personas se hallaron presentes a esta escena monstruosa... Según Francisco Bonjour y los testigos que firmaron el proceso verbal de la investigación hecha por el Rdo. Joly Clerc, vicario general de Lión —pues la autoridad eclesiástica practicó las debidas diligencias— la joven fue desclavada en seguida y curada de sus heridas. El poder civil intervino por su parte, y los culpables fueron desterrados.

⁵⁸ La estadística parroquial de 1822 señala 600 *jansenistas* entre los 1186 habitan-

sámente para volver al redil de la Iglesia a aquellos hijos tanto tiempo extraviados, Mons. Devie pensó en el Rdo. Vianney. Un vicario le hubiera ayudado y así no habría sentido tanto el peso de su ministerio. No hay, sin embargo, duda de que en Fareins hubiera seguido con sus ayunos y penitencias, y que, por lo mismo, el cambio de lugar poco habría contribuido al restablecimiento de su salud.

¿Por qué, en definitiva, se creyó obligado a rehusar el nuevo destino? Porque tembló ante la idea de no poder cumplir con su cometido. Equivocadamente, pero de buena fe, pensó que cualquier otro podría mejor que él sacar de su obstinación a los *fareinitas*, reputados como inconvertibles. Decía un día al señor Dubouis, el cual, nombrado cura de Fareins en 1834, había de permanecer allí cuarenta y ocho años: «Mons. Devie quería ponerme donde está usted, pero tuve miedo de la *secta*. Los paganos se convierten más fácilmente que los jansenistas. En cierta ocasión, cuatro pobres feligreses de Fareins vinieron a preguntarme si podían salvarse sin ir a la iglesia y quedándose a rezar en casa. Amigos míos —les respondí—, ¿qué pensaríais de un hijo que dijese: "Yo amo mucho a mi padre, pero en cuanto a mi madre, no quiero verla?"»⁵⁹.

Mons. Devie no insistió más cerca del Rdo. Vianney, y sin hacerle nuevas proposiciones le dejó en su pequeña aldea.

tes de Fareins. Los disidentes se llaman así en la parroquia, pero fuera de ella se les llama *farinistas*.

⁵⁹ Extracto de una exhortación titulada *A nos frères separez*, escrita por el reverendo Dubouis en 1864 para intentar reducir a la religión católica a los disidentes de su parroquia.

VIII. LAS CONQUISTAS DEL BIEN Y LAS OBRAS DE APOSTOLADO

La fuerza del grupo escogido.—El «jansenismo» de la señorita de Ars.—Las adoradoras de primera hora.—El feligrés Chaffangeon.—Para conquistar a los jóvenes y a los hombres: la cofradía del Santísimo Sacramento.—Para recristianizar los hogares: la oración en común, las buenas lecturas, el examen de conciencia.—Los secretos de la vida interior enseñados a los campesinos.—Las misiones por los contornos.—En la gran misión de Trevous.—En Saint-Trivier: «¡el señor Cura ha muerto!»—El entusiasmo por el jubileo de San Bernardo.—La «broma» del cura de Limas.—El regreso a tarvés de la nieve.—Para ayudar a sustituir a sus compañeros: bautismos, entierros, visitas a enfermos de las parroquias vecinas.

Las vejaciones que el Rdo. Vianney tuvo que sufrir durante los primeros años de su apostolado no fueron sino obra de algunos espíritus ignorantes, ciegos o pervertidos. Hemos visto ya que no eran únicamente espinas las plantas que brotaban en el campo confiado por Dios a su celo; también se abrían allí flores —flores de inocencia y de piedad—, las cuales no carecían de belleza y de perfume. El Cura de Ars se dedicó a cultivarlas y a multiplicarlas.

Desde los comienzos había procurado reunir un grupo escogido que, formando con el sacerdote el corazón de la parroquia, le ayudase en su obra de penetración y de conquista. El humilde cura rural tuvo como la intuición, mucho antes que los de su tiempo y los de su vecindad —cuyo influjo por otra parte no dejó de sentir—, de que la devoción a la sagrada Eucaristía es y será siempre entre los pueblos el medio más eficaz de renovación cristiana.

La señorita de Ars era una cristiana muy caritativa y de gran temple; sin embargo, no podía decirse que fuese bastante fervorosa. Su piedad era austera y estrecha: hasta entonces le había faltado un director clarividente y seguro. Era, si hay que dar crédito a su primo Juan Félix des Garets, «una de aquellas almas que, bajo las influencias del siglo precedente, se endurecían y se desecaban en los rigores del jansenismo... Habituada a una vida metódica, pero alejada de los sacramentos, fue inducida poco a poco por el señor Vianney a la frecuente comunión y a la práctica de una tierna piedad»¹.

En adelante, vióselas todas las mañanas asistir a misa. Iba a pie en cualquiera época del año, aun en tiempo de nieves, pues prefería alimentar y vestir a los pobres que el lujo de un coche. Por las tardes, volvía al pueblo y sentía gran placer en visitar al Santísimo Sacramento.

A la señorita de Ars se juntaron muchas personas de más humilde condición, las cuales fueron, al lado del Rdo. Vianney, las buenas obreras de que pudo disponer al principio de su vida parroquial: tales fueron la viuda Claudina Renard, madre de un joven sacerdote; la señorita Lacand, mujer discretísima de sesenta años de edad, «de la cual —dice en su lenguaje nativo Catalina Lassagne— se decía que era *monja* porque vestía de negro o quizá porque había vivido en comunidad»²; la señorita Antonieta Pignaut, que atraída por la reputación de santidad del antiguo vicario de Ecully, había fijado su residencia en Ars para edificarse cada día más con el espectáculo de sus admirables virtudes. A estas pocas personas fervorosas se unieron otras; más tarde se les juntaron las jovencitas que el señor Vianney había agrupado en la *Cofradía del Rosario* y después las directoras de la casa de la *Providencia*, a las que pronto veremos trabajar; de suerte que desde 1825, «aun antes de las peregrinaciones, además del señor Cura, que, por decirlo así, se pasaba la vi-

¹ *Proceso apostólico in genere*, p. 413.— Se conserva toda la correspondencia dirigida a la señorita de Ars por sus maestras de Saint-Cyr. No son sino fórmulas mesuradas y de puro cumplimiento sin una palabra de ternura para aquella alma que deseaba expansionarse. Su madre le escribía en el mismo tono.

² *Petit mémoire*, primera redacción, p. 12.— Nacida en Auvernia, la señora Lacand. tenía en Ars un establecimiento de objetos piadosos.

da delante del Santísimo Sacramento, siempre hubo en la iglesia personas en oración... Recuerdo —dice el maestro Pertinand— que jamás entré en ella sin encontrar a alguien que rezase»³. Muchas de estas excelentes cristianas, a las que el Cura de Ars, según frase de la señorita Marta des Garets, había «inflamado en el fuego de su propia caridad», «murieron como unas santas»⁴.

Estas buenas almas, sin que ellas mismas lo supiesen, comenzaban a andar también por los senderos de la mística. En sus largas visitas al Santísimo decían pocas cosas al Señor, ¡pero se sentían tan felices en su presencia! «¡Ea, alma mía, parecían decir, usando las mismas palabras del asceta que estaba allí arrodillado, redoblemos el fervor!, tú eres para adorar a Dios; sus miradas reposan solamente en ti»⁵.

Sin que el Rdo. Vianney se diese al principio cuenta, un excelente agricultor de Ars había seguido el ejemplo de las piadosas mujeres. Luis Chaffangeon formaba parte de la antigua *Cofradía del Santísimo Sacramento*, mas hasta entonces no se había distinguido de los demás, «contentándose con llevar un cirio en la mano» el día de las bendiciones y procesiones⁶. Hombre de fe profunda, pero perdido algún tanto como Job y Tobías entre los gentiles, se dejó conquistar por las vivas exhortaciones de su pastor. Escuchemos cómo el Cura de Ars nos cuenta esta emocionante historia:

Había aquí, en la parroquia, un hombre que murió hace algunos años. Habiendo entrado por la mañana en la iglesia para rezar sus oraciones, antes de irse al campo, dejó sus alforjas en la puerta y se olvidó de sí delante de Dios. Un vecino que trabajaba en el mismo paraje y que solía verle, se extrañó de su ausencia. Volvióse y se le ocurrió entrar en la iglesia, pensando que quizás estaría allí. Encontrólo en efecto y le dijo: «¿Qué haces aquí tanto tiempo?» El otro le respondió: «Yo veo a Dios y Dios me ve a mí.»

A esta relación, que gustaba de repetir y que cada vez le

³ Juan PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 846; Francisco PERTINAND, *id.*, p. 1812.

* Señorita Marta DES GARETS, *Proceso apostólico in genere*, p. 298.

⁵ *Esprit du Curé d'Ars*, p. 129.

⁶ *Sermones*, Sobre el Corpus, t. II, p. 130.

hacía derramar lágrimas, añadía: «El miraba a Dios y Dios le miraba a él. ¡En eso consiste todo, hijos míos!»⁷.

El Rdo. Vianney juzgó muy acertadamente que la parroquia no se entregaría de una manera sería a las prácticas religiosas, hasta el día en que hubiese ganado para Dios a los jóvenes y a los hombres.

Para conquistarlos al culto de la Eucaristía, no innovó nada, sino que se contentó con infundir nueva vida a la *Cofradía del Santísimo Sacramento*, que se extinguía⁸. «Los hombres —decía— tienen como las mujeres un alma que salvar. En todo suelen ser los primeros: ¿por qué no han de serlo también en servir a Dios y en rendir homenaje a Jesucristo en el Sacramento de su amor? La devoción es mucho más influyente cuando ellos la practican...»⁹. Y no os equivocáis —añadía dirigiéndose a los miembros de la asociación eucarística— cuando, *como cofrades*, os habéis obligado a llevar una vida más perfecta que el común de los cristianos»¹⁰.

Es justo confesar que con los jóvenes y los hombres de Ars, el señor Vianney no obtuvo el éxito que deseaba. Quizás llevado de su fogoso celo les exigía demasiado. Se comprende sin esfuerzo que no pudiese conseguir, según lo exigían los estatutos de la cofradía, el que visitasen diariamente al Santísimo Sacramento: los trabajos del campo los traían ocupados de la mañana a la noche. El buen Chaffangeon no encontró, al menos que se sepa, perfectos imitadores. A pesar de todo, el fin de la asociación se consiguió con creces, cuando los hombres comenzaron a acudir con regularidad y unánimemente a los oficios del domingo con aquel porte irreprochable que había de ser la admiración de los forasteros que se detenían allí de paso, y cuando llegó a verse a un

⁷ *Instrucciones de once horas*, manuscrito del señor de la Bastie, p. 58.

⁸ Esta cofradía, establecida en la parroquia el 7 de enero de 1727, fue de nuevo erigida canónicamente por Mons. Devie, obispo de Belley, por acta de 1.º de diciembre de 1824.

⁹ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, 1.1, p. 200.

¹⁰ *Sermones*, t. II, p. 130.

determinado número pasar, después de las vísperas, una hora entera delante del Santísimo expuesto ".

La fiesta del Corpus de 1818 no tuvo nada de particular, pues le faltó tiempo para organizarse; pero en 1819 desplegó en ella «toda la pompa posible». Hizo gastos considerables para vestir de blanco a los niños de la parroquia. «Ea —decíales, mientras él mismo les ponía la túnica—, ahora pensaréis que os halláis delante de Dios y que hacéis las veces de ángeles»¹².

Los niños del lugar quedaron embelesados al desempeñar semejante papel. En cambio, los mayores parecieron menos satisfechos de representar a la Iglesia militante. Esclavos todavía del respeto humano, muchos opusieron dificultades para aceptar un cirio y llevarlo encendido detrás del palio. Prácticamente, según lo testifican los registros parroquiales de 1824 a 1839, sólo unos cincuenta *cofrades* se mostraron fieles a sus compromisos. —Cierto que el Rdo. Vianney no les obligaba en conciencia—. También la *Cofradía del Santísimo Sacramento*, destinada al principio sólo a hombres, admitió más tarde a las mujeres y a las jóvenes, que eran mucho más solícitas. Por el contrario, y no deja de ser curioso, varios hombres y jóvenes consiguieron ser inscritos en la *Cofradía del Santo Rosario*, fundada únicamente para las mujeres, porque sus obligaciones eran más llevaderas. Asimismo, cuando en 17 de diciembre de 1845, el Rdo. Vianney afiliará su parroquia a la *archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias*, instituida en París para la conversión de los pecadores, sesenta hombres o jóvenes solicitarán ser admitidos en ella. Esta devoción no exigía más que el rezo de un *Avemaria* todos los días, y, además, es digno de ser notado, era particularmente agradable a su cura, cuya autoridad y renombre habían llegado a ser incomparables.

El Rdo. Vianney preveía que las obras llamadas parroquiales no llegarían nunca a reunir más que un grupo escogido de feligreses; pero le quedaban otros medios de ejercer su

¹¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 756.

¹² Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1082.

bienhechora influencia. Tuvo siempre gran empeño en hacer que penetrase en cada hogar una vida verdaderamente cristiana, intensa y sólida. Aquellos labriegos que habían de ganarse el pan de cada día no oían misa entre semana, pero ¿no les era posible rezar las oraciones de la mañana y de la tarde, y aun entrar un momento en la iglesia antes del descanso de la noche?

¡Ah! En 1818, apenas si se rezaba en la parroquia. Hay que oír acerca del particular las lamentaciones del joven sacerdote¹³. En las casas se había dejado la hermosa costumbre de la oración en familia, y el señor Vianney trabajó con todas sus fuerzas para restablecer la antigua tradición. Más tarde, como por evolución natural, procurará transformar esta oración privada en ejercicio público. Habrá llegado la hora en la que, a la caída de la tarde, el campanario de Ars, todos los días del año, lanzará su postrer llamamiento y entonces veremos a la gran familia parroquial acudir de todos lados a la iglesia para rezar el rosario y la oración.

Todavía se atreverá a más. Procurará inspirar a aquellos humildes trabajadores algunas prácticas de devoción menos comunes, pero que hacen más perfecta la piedad. De esta manera les aconsejará el examen de conciencia diario y «una breve lectura edificante antes de acostarse, al menos durante el invierno, para grabar más profundamente las verdades de la salvación en sus corazones»¹⁴.

El Cura de Ars nunca pensó que las personas dedicadas a los trabajos agrícolas o a oficios manuales fuesen incapaces de vida interior. A los sencillos campesinos, siempre en presencia de la naturaleza, este libro de Dios les enseña el secreto de meditar y de hacer oración:

Hermanos míos, no son las largas ni las bellas oraciones las que Dios escucha, sino las que salen del fondo del corazón... Nada es más fácil que rogar al buen Dios, ni nada que consuele tanto.

A las almas más delicadas, que sabía distinguir muy bien de entre la multitud —los santos son santamente audaces—, les mostrará alturas insospechadas. El reverendo Vianney no tenía dos

¹³ V. *Sermones*, Sobre la oración, t. II, p. 62.

¹⁴ *Sermones*. t. I, p. 135; t. II, p. 60.

maneras de concebir la vida sobrenatural, una para sí y Otra para los demás, y así derramaba sobre ciertas almas privilegiadas lo que rebosaba de su corazón:

Cuando amamos a alguno, ¿acaso tenemos necesidad de verle para pensar en él? Sin duda, que no. Así pues, si amamos a Dios, la oración nos será tan familiar como la respiración... ¡Oh! cuánto me gustan estas palabras dichas desde la mañana: Hoy quiero hacerlo todo y sufrirlo todo por Dios... Nada por el mundo o por interés; todo para *agradar* a mi Salvador. De esta manera el alma se une con Dios, no *ve* sino a El, no obra sino por El... Decimos con frecuencia— ¡Dios mío, tened piedad de mí!, como un niño dice a su madre: Dadme la mano, dadme pan... Si nos sentimos cargados de algún peso, pensemos en seguida que vamos en pos de Jesucristo que lleva su cruz; unamos nuestras penas a las del divino Salvador.

Muchas personas del pueblo siguieron a la letra estas enseñanzas y los peregrinos pudieron admirar por los caminos de Ars la serenidad de ciertos semblantes, reflejo de la paz profunda de unas almas constantemente unidas con Dios.

Muchas parroquias de los contornos se aprovecharon de tales exhortaciones. El deber y la caridad retenían al Rdo. Vianney en su iglesia; el deber y la caridad le alejaron alguna vez de ella.

En 1820, las ruinas morales acumuladas por la Revolución distaban mucho de haber sido reparadas. ¡Cuánta ignorancia, todavía, cuántos prejuicios y cuánta corrupción por todas partes! Mas la parte del Ain enclavada en la archidiócesis de Lión era un verdadero erial. Tristes símbolos de las almas abandonadas, «los campanarios derribados desde hacía tiempo por el representante Albitte en ninguna parte habían sido restaurados»¹⁵. Durante treinta años, el territorio comprendido en la antigua diócesis de Belley no había recibido más que una vez, en 1813, la visita de su jefe espiritual, el arzobispo de Lión. Por falta de sacerdotes muchas pequeñas parroquias de aquella región continuaban sin pastor, y, muy probablemente, sin el influjo bienhechor de la fa-

¹⁵ J. COGNAT, *Mons. Devie, I.I*, p. 183.

milia des Garets, la diminuta aldea de Ars hubiera corrido la misma suerte.

La mejor, la única manera de sacudir el sopor de aquellas almas, demasiado tiempo descuidadas, ¿no era el predicar frecuentes *misiones*? Con este fin, los sacerdotes de una misma comarca unieron sus esfuerzos, ya que los misioneros de los Chartreux de Lión, llamados a la vez desde todas partes, no bastaban para tal empresa. Así fue cómo el Cura de Ars hubo de ejercer en muchas parroquias de los contornos las funciones de confesor y predicador: tomó parte en las misiones o en los jubileos de Trevoux, de Saint-Trivier-sur-Moignans, de Montmerle, de Chañéis, de Limas y de Saint-Bernard. Ya fuese por invitación ya por mandato del obispo, el señor Vianney se entregaba al ministerio de las almas con toda alegría y entusiasmo. Los sacerdotes que le vieron actuar, pudieron al principio dudar de su ciencia y de su talento; pero no tardaron en tenerle en gran estimación: la austeridad de su vida, su devoción y, quién lo creyera, su misma elocuencia, libre de todo artificio, le ganaron la confianza y la admiración de todos.

En la gran misión de Trevoux, que se abrió a principios de 1823, obtuvo un éxito muy estimulante. «La capilla donde oía confesiones nunca quedaba vacía»¹⁶. Se hospedaba en casa de un antiguo discípulo de Verrières, llamado M. Morel¹⁷. Por la tarde, su buen amigo le aguardaba en vano para comer. Muchos días, después de media noche, tuvo que ir por él a la iglesia y lo encontraba atendiendo a los fieles. La noche que precedió a la clausura de la misión fueron tales las aperturas en torno al Cura de Ars, que poco faltó para que la multitud, atrepellándose, arrastrara confesor y confesonario. Este episodio de Trevoux era el único que gustaba de recordar y se reía de ello muy de veras. «Los señores de la subprefectura y del juzgado acudieron a él»¹⁸ para las cosas de su conciencia. Por su parte, cumplió su delicado ministerio con una independencia enteramente apostólica, sin distinción de personas. En adelante el subprefecto

¹⁶ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1082.

¹⁷ J.-B. MANDY, *Proceso apostólico in genere*, p. 241.

¹⁸ Hermano ATAN ASIÓ, *Proceso apostólico in genere*, p. 203.

no hablaba de él sino con admiración. Y si bien se hacía lenguas de la sabiduría y la dulce firmeza de sus consejos, aseguraba con un sentimiento de tristeza sumisa y resignada «que lo había hallado implacable con respecto a las veladas y bailes de la subprefectura»¹⁹. Época privilegiada en la que los subprefectos recibían la dirección de un santo²⁰.

En aquellos tiempos, al terminar la misión, se celebraba delante de los fieles reunidos una ceremonia, en la que los sacerdotes renovaban las promesas de la ordenación. En Trevoux, fue el Rdo. Vianney quien presentó los Evangelios a cada uno de sus colegas y pronunció las palabras del ritual: *¿Creéis en el santo evangelio de Nuestro Señor Jesucristo?* Lo hizo con tanta unción, que su continente y el tono de su voz produjeron una profunda emoción en todos los sacerdotes»²¹.

Cuando el Rdo. Vianney se ausentó de Ars por espacio de quince días, durante la misión de Saint-Trivier, una terrible nueva conmovió a sus parroquianos. Corrió la voz de que su cura había muerto de fatiga en el confesonario. El rumor, que no carecía de fundamento, fue pronto desmentido. Provenía del hecho de que al marchar a Saint-Trivier, había partido en ayunas, se había extraviado entre las nieves y había caído en tierra, desvanecido... Para confesarse con él acudieron de todas las parroquias vecinas. Muy de mañana se iba a la iglesia y oía a los penitentes hasta el mediodía. La iglesia era glacial y le llevaron un brasero para los pies; él lo aceptó por cumplimiento, pero lo dejó a un lado, sin hacer ningún uso²².

En Montmerle, durante el jubileo de 1826, por falta de lugar en la casa parroquial se alojó en casa de la señora Montdésert, que vivía en la calle de los Mínimos, junto a la iglesia. Apenas instalado en casa de esta venerable sexagena-

¹⁹ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1082.

²⁰ «Entre las misiones en las cuales tomó parte el Rdo. Vianney y que no puedo enumerar por completo, la de Trevoux fue una de aquellas en las cuales se hizo más célebre que nadie. Ciertamente no predicó, pero el confesonario le ocupó asiduamente. Las personas más influyentes se confiaron a él.» (Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 748.)

²¹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 748.

²² Dionisia LANVIS, criada del cura de Saint-Trivier, *Proceso del Ordinario*, p. 1361.

ría, que ejercía sin ninguna retribución las funciones de sacristana, el Cura de Ars pidió en secreto a la criada que le hirviera un puchero de patatas y se lo subiera al cuarto. Acabado el jubileo, el párroco de Montmerle fue a dar las gracias a la complaciente señora y a abonarle los gastos que le hubiera ocasionado su huésped. «¡Ah!, señor cura, por un par de trapillos, no vale la pena...

—¿Pero y la alimentación? En la casa parroquial no ha comido.

—Aquí tampoco ha comido nada —replicó la señora Montdésert—. Solamente estaba aquí cinco minutos hacia el mediodía.»

Entonces intervino la criada y refirió lo que queda dicho. Subieron a su cuarto y encontraron la olla completamente vacía detrás de la campana de la chimenea. El Rdo. Vianney, durante los diez días que estuvo en Montmerle, sin dejar, por decirlo así, la iglesia, no había comido más que aquellas patatas. El cura de Montmerle hizo una investigación en su parroquia. Su santo colega no había comido ni una vez en casa de persona alguna²³.

Durante el jubileo de San Bernardo, sólo él se presentó para ayudar al cura de esta parroquia. Todo el mundo se dirigía al Cura de Ars y su compañero no se ofendía de semejante deserción. A unos colegas que fueron a visitarle les decía: «Tengo un buen obrero: trabaja bien y no come nada.» Todo el pueblo en masa acudía a oírle. Los trabajadores y las mozas de las granjas no querían perder palabra de sus sermones, dejaban los campos y corrían a la iglesia. «Si hemos de pagar el tiempo perdido —decían a sus atónitos dueños—, lo pagaremos, pero también nosotros hemos de oír al Cura de Ars»²⁴. En San Bernardo hizo un bien considerable y de larga duración.

²³ Relación de la señora Sevre, de Lión, sobrina tercera de la señora Montdésert, a Mons. Convert (cuaderno II, n.º 15). Los herederos de la señora Montdésert (muerta en 1849, a la edad de 86 años) conservan todavía la cama donde durmió el Cura de Ars durante este jubileo de 1826.

²⁴ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 407.

²⁵ «Se había reunido allí, refiere el señor Monnin, lo mejor de la sociedad de Villefranche. El Rdo. Vianney se t'jrbó y temió que iba a faltarle la palabra.» (*Proceso del Ordinario*, p. 1082).

Por aquel tiempo, fue invitado por el cura de Limas a predicar las Cuarenta Horas. «Allí, contaba él, me prepararon una broma. Excusábame de ir, porque me sentía incapaz de hablar bien delante de un auditorio distinguido; pero el señor Cura me dijo que se trataba de una parroquia rural. Fui, pues... Al entrar en la iglesia vi el coro lleno de eclesiásticos y la iglesia repleta de personas de toda condición social²⁵. Aquello me intimidó para comenzar. Sin embargo, me lancé a predicar sobre el amor de Dios, y parece que *no fue del todo mal*: todos lloraban»²⁶.

Antes de partir para estos trabajos evangélicos, tenía cuidado de asegurar el servicio de su parroquia, y al efecto rogaba a algún cura vecino, especialmente al de Savigneux, distante dos kilómetros de Ars, que le reemplazase, si ocurría algo²⁷. El, sin embargo, todas las semanas visitaba sin falta a su querida grey, en medio de la cual pasaba el domingo. Durante la misión de Trevoux, en pleno mes de enero, el heroico pastor, terminadas las confesiones, andaba a pie y de noche por aquellos caminos las dos leguas que le separaban de su parroquia. El alcalde, señor Mandy, intranquilo por su cura, solía mandarle, los sábados, a su hijo Antonio para que le acompañara de regreso.

«Aun los días de nieve y frío, cuenta Antonio Mandy, raramente seguíamos el camino más corto y mejor trillado. El señor Cura siempre tenía que ejercer su ministerio cerca de algún enfermo. El trayecto, empero, no se me hacía largo, pues el siervo de Dios sabía hacerlo corto, amenizándolo con hechos interesantes de las vidas de los Santos. Si alguna vez hacía yo algún comentario sobre la crudeza del frío o dificultad de los caminos, su respuesta estaba siempre pronta: «Los Santos, amigo mío, sufrieron mucho más. Ofrecamos esto a Dios.» Cuando cesaba de hablar de cosas espirituales, se ponía a rezar el rosario. Todavía tengo el regusto del edificante recuerdo de aquellas conversaciones»²⁸.

²⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 204.

²⁷ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico in genere*, p. 431.

²⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1368.— Antonio Mandy, nacido el 14 de mayo de 1799, contaba este hecho en el Proceso de canonización en 1864.

El Cura de Ars, que en toda su vida de sacerdote no hizo jamás un solo viaje por puro recreo²⁹, sabía salir de su vida ordinaria —y ello hasta en sus últimos años— para prestar ayuda a sus compañeros. Puesto que, por sobrenatural complacencia, no se negaba a nada, siempre le hallaban dispuesto a todo. Como santo que era, *se dejó explotar para el bien*. «Es cierto, como lo ha dicho una santa, que se siente menos reparo en pedir auxilio a los que siempre se manifiestan dispuestos a complacer»³⁰.

Una parroquia quedaba vacante, como ocurrió en Raneé y en Saint-Jean-de-Thurigneux: el Rdo. Vianney se encargaba de ella interinamente; algunos pobres curas, viejos o enfermos, tales como los de Villeneuve y Mizerieux, no podían cumplir bien con su ministerio: espontáneamente su compañero de Ars se ponía a sus órdenes, dispuesto a acudir al primer aviso, tanto de noche como de día. «Iba de noche a visitar a los enfermos de Raneé, de Saint-Jean-de-Thurigneux, de Savigneux y de Ambérieux-en-Dombes. Si le llamaban en domingo, partía en seguida, después de la misa mayor, sin entrar en su casa, y volvía en ayunas al tiempo de vísperas»³¹.

El Rdo. Julián Ducreux, antiguo superior del seminario menor de San Juan en Lión y cura, desde 1808, de Mizerieux, Toussieux, Sainte-Euphémie y Saint-Didier-de-Formans, estaba agotado de cansancio³². Según parece, el Cura de Ars tenía especial amistad con el buen anciano, su vecino. Tal vez el señor Ducreux había sido amigo del muy querido y llorado señor Balley. Sea de ello lo que fuere, consta por los registros de Mizerieux que, de abril a mayo de 1820, el Cura de Ars recorrió muchas veces los tres kilómetros que separan los dos pequeños centros parroquiales para bautizar, casar o enterrar a los feligreses del señor Ducreux. Fue allí para un entierro un día que hacía un frío terrible. «Al regresar parecía que estaba helado.» Otra vez, después de haber ejer-

²⁹ Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 954.

³⁰ Santa TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Histoire d'une ame*, cap. IX.

³¹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 57.

³² El señor Ducroux estuvo en Mizerieux hasta 1828, época en que se retiró a Lión, al barrio de Fourvière. Era un anciano que pasaba de los ochenta años y no tardó en morir.

cido su ministerio en semejantes circunstancias, se metió de noche por unos caminos llenos de agua y de lodo. «Llegó a Ars en un estado que daba compasión, pero no se quejó; al contrario, daba muestras de contento»³³.

Un día «que se encontraba muy mal, se fue a pie a casa de un enfermo de Savigneux para oír su confesión. Estaba tan decaído que hubo de regresar en coche»³⁴. Lo mismo le acaeció, un día lluvioso de otoño, al ser solicitado su ministerio por una familia de Raneé. Calado hasta los huesos, temblando de fiebre, le fue forzoso tenderse en la misma cama del enfermo. En esta postura le confesó. «Estaba más enfermo que el enfermo» —decía al regresar³⁵.

Otro hecho que hallamos en los registros de Savigneux. El día 15 de julio de 1823, el Rdo. Vianney fue a dicho pueblo para bautizar a un niño, hijo de Pedro Lassagne y de Francisca Thomas, del caserío de Juys. Sin duda que, en esta ocasión, quiso atender a una familia emparentada con unos buenos cristianos de su parroquia: la madrina era Catalina Lassagne, que entonces tenía diecisiete años, y se preparaba para ser maestra de escuela en su pueblo natal.

Jamás se negó, sino a lo imposible, y se dio siempre a los demás sin interés alguno. La señorita Bernard, de Fareins, enferma de un cáncer, deseaba antes de morir tener el consuelo de ver por última vez al Cura de Ars, de quien oía contar maravillas. El reverendo Dubouis le escribió cuatro palabras para comunicarle los deseos de la enferma. —¡Era el día del Jueves Santo de 1837 y el siervo de Dios, según su costumbre, había de pasar toda la noche en la iglesia!—. Partió en seguida para Fareins, pero habiéndose extraviado en el camino, llegó cubierto de barro y muerto de fatiga. No quiso aceptar ni un vaso de agua. Era ya tal su reputación de santo, que el vecindario salió en tropel para verle. El humilde sacerdote, después de haber bendecido y confortado a la

³³ Juan-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 701.

³⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 57.

³⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico in genere*, p. 203; Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 701.

pobre cancerosa, se apresuró a volver a su parroquia, sin querer aceptar un coche que le ofrecieron³⁶.

En 1852, dice el Rdo. Beau, cura de Jassans y confesor ordinario del señor Vianney durante trece años, caí gravemente enfermo. Mi amigo vino a visitarme. —Era por la tarde del día del Corpus, el 11 de junio—. Hizo el viaje a pie, con un fuerte calor y después de haber presidido en Ars la procesión del Santísimo Sacramento³⁷.

¡Cuántos rasgos por el estilo han quedado olvidados! Muchos de ellos eran superiores a las fuerzas humanas y no se explican sino por un celo para el bien llevado hasta el heroísmo. «Así era —exclama Catalina Lassagne— cómo nuestro santo Cura se sacrificaba por las almas»³⁸.

³⁶ Rdo. DUBOIS, cura de Fareins, *Proceso del Ordinario*, p. 1242; Sor SAN LÁZARO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 765.

³⁷ *Proceso del Ordinario*, p. 1202.

³⁸ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 57.

IX. LA «PROVIDENCIA» DE ARS

Proyecto de una escuela para niñas.—Las jóvenes maestras.—Instalación y comienzos.—Creación de una casa de Providencia.—El Cura de Ars, limosnero y mendigo.—Las horas críticas.—El milagro del granero.—El milagro del pan.—La Providencia, obra benéfica de primer orden.—Algunas muertes admirables.—Una escuela original.—«Un modelo de educación popular».—La obra predilecta del Santo.—Los catecismos de la Providencia.—Nueva capilla y deseos de retiro.

Ars no poseía escuelas dignas de este nombre. «No había ni maestro, ni maestra; en invierno, llamaban a un preceptor forastero, y todos, niñas y niños, acudían a una misma clase. Esto disgustaba mucho al señor Cura»¹. Así fue, que muy pronto tomó la resolución: en el pueblo habría dos escuelas.

De acuerdo con el excelente alcalde Antonio Mandy, se puso a buscar un «maestro valioso y conocido»², que se instalase de modo permanente en el local que el municipio pondría a su disposición y que se ocuparía solamente de los niños. Le habría gustado encontrar en la parroquia al maestro soñado; pero esta esperanza no se realizaría hasta 1838, como veremos. Fue un forastero, un buen cristiano, llamado Gaillard, quien se encargó de los niños. Por cierto, que le costó mucho esfuerzo, durante los primeros años, recoger a to-

¹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, redacción, p. 14.

² Muy pronto se estableció en Ars un maestro, pero es probable que durante el buen tiempo se dedicase a los trabajos del campo, pues sabemos que entonces la escuela solamente se abría en invierno. (En el registro parroquial de 1827 se encuentra, con fecha 4 de julio, entre los testigos de un acta matrimonial: *Gaillard, profesor de Ars.*).

dos los niños, salvo durante el mal tiempo para los trabajos del campo.

¿Pero qué iba a pasar con las niñas? De 1820 a 1823, mientras algunas buenas personas del pueblo se ofrecieron para recogerlas y enseñarles lo más elemental, el Rdo. Vianney maduró su proyecto y allegó algunos recursos. Buscó en la misma parroquia las futuras profesoras y escogió para cargo tan delicado a dos jóvenes sencillas y piadosas. Catalina Lassagne³ y Benita Lardet. Dedicadas hasta entonces a los trabajos del campo, no abundaban en ciencia ni experiencia, pero poseían un espíritu muy fino y gran sentido común, aparte de un carácter a la vez enérgico y simpático. A principios de 1823, el reverendo Vianney las envió a Fareins, a la casa de las religiosas de San José y corrieron a su cuenta los gastos de la pensión⁴. Allí, no solamente cursaron los estudios primarios, sino que se iniciaron en sus futuras ocupaciones dando clase a las alumnas más jóvenes de aquel colegio.

En marzo del mismo año, el Cura de Ars adquirió una casa nueva, llamada en los documentos *maison Givre*, y edificada junto al crucero de la iglesia. Para comprarla recurrió a la caridad de los fieles y aportó todo lo que pudo de sus bienes particulares⁵. Quería «establecer allí un colegio», como lo hace notar en el registro municipal el excelente alcalde Antonio Mandy⁶. La casa no era ni lujosa ni grande: una única sala, en la planta baja —donde se daba la clase—, y en el piso, dos pequeñas habitaciones; mas en conjunto era suficiente para contener una veintena de niñas y hospedar a sus maestras. Por otra parte, las otras escuelas de la aldea no eran de mayor capacidad. Dicha casa gustaba al señor Cura porque se hallaba situada en el centro de Ars y cerca de

³ Por una coincidencia curiosa, Catalina Lassagne, cuyo papel en la vida del Cura de Ars fue tan notable, tenía veinte años justos menos que él, pues había nacido el 8 de mayo de 1806.

⁴ Juan TETE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 77.

⁵ Mateo Vianney, padre de nuestro santo, murió en Dardilly a la edad de sesenta y cinco años, el 8 de julio de 1819, y el Cura de Ars heredó algunos bienes.

⁶ «El Rdo. Vianney compró una casa en marzo de 1824, para tener en ella un colegio. Costóle 2.400 francos.» (Registro del municipio de Ars.)

la iglesia. Al pagarla, quedóse tan falto de dinero que no tuvo «con qué hacer la escritura» ante el notario⁷.

La escuela gratuita para niñas⁸ se abrió en noviembre de 1824, bajo la dirección conjunta de Catalina Lassagne y de Benita Lardet. Juana-María Chanay, de Jassans, que tenía veintiséis años y a la que el reverendo Vianney con sus consejos había curado de ciertos resabios mundanos, fue a Ars, desde los primeros días, para ayudar a las jóvenes directoras. Menos instruida y menos delicada que sus compañeras, había nacido para los trabajos manuales. El señor Cura le hizo dar lecciones de costura. Juana-María será sucesivamente la cocinera, la panadera y la lavandera de aquel pequeño monasterio al aire libre.

A estas profesoras el Rdo. Vianney no les prescribió ninguna vestimenta especial, ni les impuso reglas escritas; ni quiso obligarlas con voto, mas sin convertirlas en religiosas, las indujo a la práctica de la virtud. Catalina Lassagne había de estar veintidós años al frente de la nueva fundación y se mostró siempre digna de la absoluta confianza que en ella puso el Cura de Ars. Alma sencilla y de fe arraigada, aprendió de él a soportar sin queja las privaciones, las angustias y un rudo trabajo. Juana-María Chanay, si bien muy abnegada, había de poner a prueba todos los días, con su carácter quisquilloso, la paciencia de Catalina. En 1830, la joven directora sufrió el inmenso dolor de ver morir a su piadosa y dulce amiga Benita Lardet. La que fue a reemplazar a Benita, María Filliat, de Mizerieux, costurera de oficio, fue, sin quererlo, una cruz muy pesada para la pobre Catalina, a causa de su temperamento imperioso y propenso a contradecir. Dios lo permitía así, y esto después de haber hecho oración el Cura de Ars, antes de escogerla⁹. Era necesario que Catalina hermosease su corona; era, además, conveniente

⁷ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 12.

⁸ La escuela para niños, cuyo local había servido antes para niños y niñas a la vez, continuó existiendo, pero independientemente de la dirección del señor Vianney. Dicha escuela era municipal y continuó, aun después de haberse establecido en Ars los Hermanos, en 1849, pero entonces, como veremos, el Cura de Ars la tomó casi del todo a su cargo.

⁹ Catalina y María Filliat vivieron juntas hasta 1882, o sea, casi medio siglo.

que al lado de esta joven indulgente hubiese otras educadoras severas, con más cabeza que corazón.

Digamos también, en honor de todas las personas que el Rdo. Vianney reclutó para su obra, que sin excepción trabajaron con el mayor desinterés: no tuvieron otro salario que los alimentos y lo necesario para los gastos ordinarios de la vida, ni otra recompensa en este mundo que la satisfacción de hacer el bien¹⁰.

El día de San Martín, de 1824, Catalina y Benita, después de haber preparado los enseres indispensables, se instalaron en la escuela. Todo era en ella extremadamente pobre. El Rdo. Vianney había prometido asegurar a las profesoras manutención y techo, pero ellas no encontraron nada con que hacer la primera comida. Limpiaron la casa y después se les ocurrió la idea de volver a sus hogares para comer. «Mas no, se dijeron; ¡quedémonos! Si quieren, ya nos enviarán algo...» Y he aquí que sus respectivas madres llegaron con provisiones para sus hijas. —Desde el primer momento, aquella casa merecía el hermoso nombre de la *Providencia*, que había de hacerla célebre.

Al día siguiente, por la mañana, las niñas de la aldea se reunieron en torno de las jóvenes maestras. «Pero bien pronto —dice Catalina—, por ser la escuela enteramente gratuita, las parroquias vecinas quisieron aprovecharse y nos enviaron niñas de Miserieux, de Savigneux, de Villeneuve, etc. Fue necesario transformar el desván en dormitorio. El primer año (1825-1826), alojamos a dieciséis alumnas.» Así, de una manera imprevista, se fundó un pequeño pensionado. No se exigía ninguna retribución en metálico —el señor Cura no lo quería bajo ningún concepto—. Los padres procuraron las camas y las ropas y tomaron la costumbre de llevar provisiones... Poco a poco todo acabó por arreglarse".

¹⁰ Debemos rendir homenaje a otras personas que ayudaron mucho al Rdo. Vianney en la fundación y buena marcha de esta obra educativa: la señorita Berger, de Lión «que, sin que quisiese quedarse en la escuela, se encargó de los gastos del ajuar»; la señora Guillermet, «una excelente viuda de Chaleins, que fue muy útil en los comienzos a Catalina y a Benita». (*Petit mémoire* de C LASSAGNE, tercera redacción, p. 12-13); las señoritas Ricotier, que pusieron a su disposición su modesta fortuna y compraron varios inmuebles, de cuyas rentas se fueron cobrando para la *Providencia*.

¹¹ Los pormenores que acabamos de dar sobre los comienzos de la *Providencia* de

Cuando el Rdo. Vianney vio que se iba llenando de esta suerte su modesta escuela, tuvo una nueva inspiración. Este buen pastor había encontrado por el pueblo y por los campos de los contornos varias infelices criaturas, huérfanas sin hogar, hijas de padres desnaturalizados o excesivamente indigentes que las dejaban mendigar y las colocaban, siendo aún muy niñas, como criadas en casas sin religión. Nada sabían de las cosas de Dios y casi no aprendían más que el vicio. El corazón tan compasivo del Cura de Ars no pudo sufrirlo y resolvió establecer en la misma escuela un refugio que llevaría el significativo nombre *de Providencia*. Aquella casa, en efecto, no tendría otro proveedor que «el Padre que está en los cielos». Con todo, nuestro Santo temió tentar a Dios con una empresa tan temeraria y un domingo de 1827 rogó a sus feligreses que se uniesen con él en una novena a la Santísima Virgen para conocer la voluntad de lo Alto. Confirmóse en su resolución y puso manos a la obra.

Era necesario, ante todo, ensanchar la casa. A este fin, el Rdo. Vianney compró un poco de terreno. El mismo trazó los planos del nuevo edificio y después, haciéndose todo a todos, al objeto de animar a los obreros y darles prisa en los trabajos, se convirtió en peón de albañil y *en* carpintero, ayudó a cubrir, preparó las piedras, revolvió la argamasa y transportó materiales...

Una vez acabadas las obras, exigió que la casa no admitiese como pensionistas sino a las pobres abandonadas. Las niñas de Ars continuarían acudiendo en calidad de externas. Las niñas acomodadas de los pueblos vecinos dejaron, pues, de ser admitidas desde principios de 1827. «Para comenzar —dice Catalina Lassagne—, recogimos a dos o tres pequeñas desgraciadas; mas el número fue poco a poco en aumento hasta tal punto, que la casa fue algunas veces estrecha para cobijarlas.»

Ars los hemos sacado de los escritos y testimonios de C. Lassagne (las tres redacciones diferentes de su *Mémoire*; sus declaraciones en el *Proceso del Ordinario*, p. 465-466; 494-495), y de los testimonios de Juana-María Chanay (*Proceso del Ordinario*, p. 676 y 692) y de María Filliat (*ibid.*, p. 1.303).

Las *huérfanas* —este nombre es el que la gente se acostumbró a dar a las niñas de la *Providencia*— «no eran, de ordinario, admitidas antes de los ocho años, y no se les dejaba partir sino después de la primera comunión. Si se presentaban algunas pobres muchachas de quince, dieciocho y aun de veinte años, el señor Cura las recogía con gusto». Estas *magdalenas* necesitaban, tal vez más que las otras, una madre y un hogar. «Con frecuencia, cuenta María Chanay, llegaban medio desnudas y todas cubiertas de parásitos... Nada igualaba la tierna compasión que nuestro Santo Cura sentía por estas pobres abandonadas.»

A algunas «las encontró por los caminos». Otras, completamente desamparadas, llevaban en la cabeza repugnantes llagas¹². Jamás, mientras hubo un rinconcito disponible, se rechazó a ninguna de estas desgraciadas. Un día, el Santo acompañó a una que había encontrado perdida.

«Recibe —dijo a Catalina— a esta niña, que Dios nos la envía.

—¡Pero, señor Cura, no queda ni una cama!

—¡Siempre queda la tuya!»

La joven directora no había dudado sino un instante en la *Providencia*. Con un vivo arrepentimiento, abrió los brazos a la desgraciada y la estrechó contra su corazón.

De esta manera la compasión del Rdo. Vianney por la infancia abandonada, lejos de ser estéril y de puro lamento, era activa y fecunda.

Acontecióme, refiere Juana-María Chanay, que un día encontré en la puerta de la iglesia un niño recién nacido. El señor Cura nos mandó que lo recogiésemos y que después de haberle preparado un pequeño equipo lo entregásemos a una nodriza... Otra vez, habiéndose enterado de que en una parroquia vecina se estaba muriendo una mujer muy desgraciada, me envió a su casa con una de mis compañeras, para que nos hiciésemos cargo de su hijito, de cuya educación cuidamos nosotras¹³.

Nunca el Rdo. Vianney quiso percibir un céntimo a costa de las niñas recogidas en la *Providencia*, a pesar de que algu-

¹² Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 853.

¹³ *Proceso del Ordinario*, p. 692-693.

nas, ya crecidas, habían trabajado en las granjas y habían ganado algún dinero y de que otras tenían dentro de su parentela personas a quienes se les habría podido pedir alguna retribución. Monseñor Mermod, difunto cura de Gex, se lo hizo notar un día.

«En la *Providencia* son recibidas gratuitamente algunas jóvenes que podrían pagar.

—¡Oh! —respondió él—; esto no me importa. Toda mi ambición consiste en procurarles una buena educación y hacer de ellas buenas cristianas»¹⁴.

El orfanato costó a su fundador todo linaje de inquietudes. En primer lugar, quedaron allí sepultados todos sus bienes personales. Cuando su hermano Francisco llegó de Dardilly para entregarle el dinero heredado de su padre, el alcalde de Ars se encontraba en la casa parroquial. «Cuenta esto con el señor Mandy» —dijo Juan-María a su hermano—. Y en seguida dispuso de toda la cantidad en favor de su *Providencia*¹⁵.

Confiaba que sus feligreses le ayudarían con los productos de la tierra: a este propósito hizo una colecta que le produjo en total... un saco de patatas. Resolvió no repetirlo y prefirió desde entonces acudir a ciertas fortunas bienhechoras. «Decía riendo que poseía el *bastón de la Providencia*. Cuando la caja estaba vacía, iba a dar una vuelta para procurar dinero»¹⁶. Se armaba de valor y llamaba a la puerta de los castellanos; asimismo hizo a pie un viaje a Lión, donde conocía especialmente a las familias Laporte y Jaricot¹⁷. Muchas veces, recurría a la caridad de aquellos penitentes o penitentas cuya generosidad le era conocida.

«Mi buena señorita, escribía a la baronesa Alix de Belvey, os pido tener parte en vuestra caridad, para *mis hijos*, pues sé que vuestro corazón es muy bueno para los pobres... Os doy las gracias

¹⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 1.036.

¹⁵ J.-B. MANDY, *Proceso apostólico in genere*, p. 244.

¹⁶ María FILUAT, *Proceso del Ordinario*, p. 1.303.

¹⁷ En el capítulo sobre el *Vicario de Ecully*, hemos conocido ya a la familia Jaricot. Se encuentran siete cartas escritas por el Rdo. Vianney al señor Laporte, *negociante de Lión*. De 1835 a 1849, el Santo solicitó de él socorros para su «casa de la *Providencia*».

por anticipado, ofreciéndoois mis humildes respetos y encomendándome a vuestras oraciones»¹⁸.

Había fijado en la pared de la iglesia, junto a la sacristía, un letrero con esta promesa del Evangelio: *Dad y se os dará*¹⁹.

Por un momento, se le ocurrió la idea de hacerse propietario. Comenzó a allegar recursos y, cuando la cantidad fue bastante crecida, «compró bosques y tierras con intento de dotar a su *Providencia*²⁰. Mas en seguida, enojado, las cedió al conde de Cibeins, quien en adelante pagaría las rentas»²¹. Esta renta «anual y perpetua» era de 500 francos. Además, el conde de Cibeins había prometido que enviaría al orfanato la cantidad de leña necesaria —quinientos haces valorados en 100 francos—. Todos los años, sin falta, el Rdo. Vianney enviaba a Catalina Lassagne para el cobro de la pequeña renta y para recordar «la buena costumbre que habían tomado en el castillo de procurar la calefacción a la *Providencia de Ars*»²².

En realidad, no fue sino después de esta venta cuando el Rdo. Vianney, viéndose algo más rico, comenzó a admitir mayor número de huérfanas. Desde 1830, o sea, durante casi veinte años, la casa no dejó nunca de estar repleta. En algunas épocas, se encontraban reunidas en ella sesenta niñas, y aún más. Las directoras, al igual que las cluecas, las cuales no se entretienen en contar sus polluelos, se preocupaban muy poco de llevar estadísticas. «Preguntadas por una persona muy digna y afecta a la obra sobre el número de las huérfanas, respondieron con la mayor candidez: «No sabemos nada.

—¡Cómo!, ¿no sabéis nada?

—No, ciertamente; Dios lo sabe y esto nos basta.

—Pero, ¿si alguna se escapara?

¹⁸ Carla sin fecha.

¹⁹ SAN LUCAS, VI, 38.

²⁰ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 1.469. Por escritura de venta otorgada en 27 de julio de 1828, en el despacho del señor Raffin, notario de Trevoux, el conde de Cibeins adquirió del Rdo. Vianney siete parcelas de tierra así en Ars como en Savigneux.

²¹ Señorita Cristina DE CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 153.

²² *Ibidem*.

—¡Oh!, las conocemos demasiado y nos cuidamos demasiado de ellas, para no darnos cuenta en seguida»²³.

Con tan escasos medios, fueron menester prodigios de economía, de ingenio y de fe para que la *Providencia* de Ars subsistiese y prosperase. El Rdo. Vianney, que llevaba sobre sí toda la responsabilidad, tenía que alimentar y vestir a sesenta criaturas, cuyo trabajo no reportaba casi nada a la casa. Además, todas aquellas bocas menudas tenían gran apetito y era necesario asegurar a lo menos pan moreno para aquellos pajaritos caídos o arrojados de sus nidos. Solamente para esto, se gastaban cien fanegas de trigo cada mes²⁴. El padre adoptivo de aquellas pobres huérfanas hubiera vivido en continuas angustias, si no hubiese confiado en la bondad de Dios, «con aquella sublime imprevisión propia de los santos, que nunca sale fallida»²⁵.

No faltaron a veces momentos críticos. El Cura de Ars hubo de implorar la caridad y vender algunos muebles y enseres de su ajuar²⁶; en muchas ocasiones faltó lo más indispensable para las huérfanas. En tales horas, las directoras, menos confiadas, pasaron angustias crueles. El siervo de Dios las reprendió «severamente»²⁷ por su falta de fe.

Un día, cuenta Catalina Lassagne, con su simplicidad acostumbrada, estábamos descontentas de que nos confiase tantas niñas: nos parecía que era trabajo superior a nuestras fuerzas; fue la primera vez que se nos escaparon algunas frases de murmuración. Juana-María fue entonces a la casa parroquial a llevar una cosa al señor Cura. Lo halló contrariado y le dijo que no nos hallábamos en las mismas buenas disposiciones que al principio; que no éramos tan sumisas a la voluntad de Dios. Juana-María respondió: «En cuanto a mí, pase, pero las demás no se quejan».

—«Las tres sois iguales», replicó el párroco.

Juana-María, ya de vuelta, lo refirió todo. Ciertamente, había si-

²³ Cf. Rdo. MONNIN, *Vie*, 1.1, p. 321-322; canónigo BÉREZIAT, *Notice historique sur la Providence d'Ars*, en el mismo manuscrito, p. 75.

²⁴ Juan TETE, *Proceso apostólico continuativo*, p. 82. «De ordinario el Cura de Ars pagaba al contado.» (J. TETE, *ibíd.*, p. 88.) «Si compraba a crédito procuraba pagar al (lia siguiente.» (J.-B. MANDY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 185.)

²⁵ Manuel de BROGLIE, *Saint Vincent du Paul*, París, Lecoffre, 1903, p. 107.

²⁶ «Hice todas las ventas imaginables», decía más tarde el señor Vianney al Hermano Atanasio. (*Proceso del Ordinario*, p. 831.)

²⁷ Juana-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 184.

do durante su ausencia cuando Benita y yo nos habíamos permitido algunas palabras de queja. Entonces resolvimos no quejarnos jamás²⁸.

Pero él, asceta de la resignación silenciosa, ¿no participaba del mismo tormento? En la iglesia, en la soledad de la casa parroquial, yendo de camino, oraba sin interrupción y, cuando tardaba en llegar la respuesta del cielo, según su expresión pintoresca, «quebraba la cabeza de sus santos»²⁹.

Fue en una de estas ocasiones, cuando Dios intervino directamente en su favor por medio del milagro. Acerca del particular, podemos también oír testigos contemporáneos del señor Vianney y dignos de toda fe.

Muy probablemente, durante el curso de 1829, la provisión de trigo, que se guardaba entonces en el granero de la casa parroquial, quedó reducida a cuatro puñados esparcidos sobre el pavimento³⁰. Nada podía esperarse de los feligreses, pues la cosecha había sido mala; la caritativa castellana estaba allí, pero sus haberes se resentían de la común escasez; por otra parte, ¡la señorita de Ars había sido ya tantas veces requerida!... En una palabra: el Rdo. Vianney pensó en reintegrar a sus hogares una parte de las huérfanas³¹.

¡Qué tristeza para su corazón tan inclinado a aquellas desgraciadas! ¡Pobres niñas! ¿Volverían a caer en la miseria y en los peligros de alma y cuerpo? No pudiendo esperar nada de los hombres, el Cura de Ars quiso hacer una prueba suprema: por intercesión de aquel Santo que de un modo tan palpable le había sacado de apuros durante sus estudios, pidió un verdadero milagro. Reunió en un solo montón en medio del granero todo el trigo disperso por el suelo, y ocultó en él una reliquia de San Francisco de Regis, el taumaturgo de la Louvex, y después de haber recomendado a las huérfanas que se uniesen a él para pedir a Dios «el pan de cada día», se puso en oración, y ya tranquilizado, esperó.

²⁸ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 101-102.

²⁹ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 916.

³⁰ Este hecho debe ser referido a los primeros años de la *Providencia*. María Filliat, que nos hablará como testigo ocular del milagro de la multiplicación de la pasta para pan, declara que sus compañeras le explicaron, después de su llegada en 1830 el *milagro del trigo*. (*Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.093.)

³¹ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 385.

«Vete al granero a preparar el trigo que nos queda» —dijo a Juana-María Chanay—. Juana-María era la panadera de la *Providencia*, y quizás acababa de recordarle que el desván estaba vacío. —¡Agradable sorpresa! La puerta apenas se entreabre, y de la estrecha rendija sale un chorro de trigo. Juana-María desciende al piso del señor Cura. «Pero, ¿es que ha querido usted probar mi obediencia? —le dice—. El granero está lleno.

—¿Cómo, está lleno?

—Sí, rebosa; venga y verá.»

Subieron ambos y echaron de ver que el color de aquel trigo era diferente del que tenía del otro³².

Nunca el granero había estado tan lleno. Se maravillaron de que la viga maestra, algún tanto carcomida, así como el pavimento, no se vinieran abajo³³. El montón de trigo tenía la forma de un cono y cubría toda la superficie. Al visitar un día Mons. Devie aquel lugar con el Rdo. Vianney, preguntó a quemarropa: «El trigo llegaba hasta allí, ¿no es esto?» El obispo señalaba con el dedo un punto bastante elevado de la pared.

—«No, Monseñor, más arriba... Hasta allí»³⁴.

Algo más tarde³⁵ tuvo lugar en Ars otro prodigio, que hizo célebre la amasadora de la *Providencia*. La sequía desolaba la comarca³⁶. La harina era escasa y cara y no quedaba en la casa sino para tres panes.

Nos hallábamos en un gran apuro a causa de nuestras niñas,

³² Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 335.

³³ El granero del Rdo. Vianney estaba dividido en tres partes y en la más alejada de su habitación y sobre un cuarto desamueblado se guardaba el trigo. Mucho tiempo después de la muerte del Santo, todavía se encontraban granos en las ranuras del pavimento.

³⁴ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 254. He aquí cómo el Cura de Ars contaba el milagro al Rdo. Toccanier: «Tenía muchas huérfanas que alimentar y en el granero no había ni un puñado de trigo. Pensé que San Francisco de Regis, que había alimentado milagrosamente a los pobres durante su vida, lo haría también después de su muerte. Conservaba una reliquia del Santo y la oculté dentro del poco trigo que quedaba: las niñas rezaron, y el granero se llenó». (*Proceso apostólico ne pereant*, p. 291.)

³⁵ Aconteción sin lugar a duda después de la llegada, en 1830, de María Filliat. Es (a dice, en efecto: «No teníamos sino un poco de harina...») Estaba, pues, en Ars cuando se realizó el *milagro de la artesa*.

³⁶ Los registros de la alcaidía de Ars hablan de una gran sequía en 1834». Quizás corresponde a este año el hecho que vamos a referir.

cuenta Juana-María Chanay. Catalina y yo pensábamos, que si el señor Cura lo pedía a Dios, conseguiría que aquella harina alcanzase para una jornada. Fuimos a su encuentro para exponerle nuestra angustia. «Hay que amasar», nos dijo.

Puse manos a la obra, no sin cierta aprensión. Al principio eché un poco de agua y la harina en la amasadora, mas noté que era muy espesa; volví a echar agua y harina, sin agotar la pequeña provisión, y entonces se llenó de pasta como los días que vaciábamos un saco entero. Hicimos diez grandes panes, cada uno de los cuales pesaba de 20 a 22 libras, y el horno se llenó como de ordinario con gran admiración de cuantos fueron testigos³⁷.

Contamos lo ocurrido al señor Cura, el cual nos respondió: «¡Nuestro Señor es muy bueno! ¡Cómo cuida de sus pobres!»³⁸.

La creación de la *Providencia* de Ars fue un notable beneficio. «Oí decir con frecuencia al señor Cura —refiere Catalina Lassagne—, que hasta el día del juicio no se podría ver el bien que se hizo en aquella casa»³⁹. Efectivamente, la obra del Santo salvaguardó la virtud de cientos de jóvenes, que aprendieron en aquel asilo a ganarse el sustento de una manera honesta. Si algunas no perseveraron, «otras, en cambio, se aprovecharon admirablemente de los consejos del Rdo. Vianney; llegaron a ser excelentes madres de familia o buenas doncellas, y muchas abrazaron el estado religioso»⁴⁰.

Su delicadeza de conciencia se hizo proverbial. Un hombre llamado Lacôte, conocido en el pueblo por su avaricia, tenía una viña. Todos los años, por la vendimia, en las témporas de septiembre, deseaba ser ayudado por las huérfanas, seguro de que no comerían ni un grano de uva⁴¹.

Aquellas muchachas, a las cuales el Cura de Ars «había hecho salir como de otro mundo»⁴², las asociaba a su solicitud y a sus penitencias por los pecadores.

Quando el señor Cura, refiere Catalina, nos decía que Dios había sido ofendido por los escándalos en las fiestas y en los bailes, las

³⁷ C. LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 97.

³⁸ María FILLIAT, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.093.

³⁹ *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 15.

⁴⁰ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 1.469.

⁴¹ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, p. 17.

⁴² C. LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 15.

mayores pedían permiso para pasar la noche en oración, a fin de pedir perdón para los culpables. Se ponían de acuerdo y se relevaban cada hora. Y todo esto sin el menor ruido, de suerte que las que no estaban en vela, no se daban cuenta de ello⁴³.

Cuando aquellas niñas iban de paseo, arrancaban ortigas y se frotaban con ellas el rostro. El Rdo. Vianney les había dicho que era necesario padecer por los pecadores⁴⁴.

El Santo gozaba en el orfanato de un prestigio maravilloso, y conseguía de aquellas criaturas cuanto deseaba. Una de las pequeñas, *adoraba* a una muñeca, por otra parte fea y muy mal hecha, pero a la cual quería con toda su alma, hasta llevarla consigo a todas partes. El Rdo. Vianney le exigió un sacrificio y la movió... a que la echase al fuego. —La cosa pasó en la cocina del orfanato—. La pobre niña pareció de momento desconcertada. De repente, se decidió, y resueltamente echó su ídolo a las llamas. Fue sencillamente heroico⁴⁵.

Muchas jóvenes tuvieron un fin admirable, tal que podría escribirse una *Leyenda de oro*,

Unas se alegraban de morir porque iban al cielo; otras cantaban o pedían que se cantase un cántico de acción de gracias. Una, que siempre había temblado ante la idea de la muerte, exclamaba antes de morir: «¡Oh, qué contenta estoy! ¡Cuan grande es la felicidad que se encuentra en la religión!». Y mientras cantaban en torno suyo un himno que le gustaba mucho, unía con todas sus fuerzas su voz a la de sus compañeras.

Una de las profesoras —Benita Lardet, enterrada el 5 de octubre de 1830— murió también de un modo muy edificante. A su hermana, que lloraba al verla tan enferma, le decía: «Eres bien tonta. ¿Quisieras, acaso, que me quedase en este mundo? Todavía no me he acostumbrado a vivir en él.» «¡Qué gozo, exclamó, cuando supo del médico que su enfermedad era mortal, qué gozo! ¡voy a ver a mi Dios!»⁴⁶.

⁴³ *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 13-14.

⁴⁴ En los libros del Rdo. Vianney se encuentran varias hojas de ortiga. ¿No puede deducirse de esto que había usado de este original instrumento de penitencia mucho antes que sus huérfanas?

⁴⁵ Cf. Canónigo BÉRÉZIAT. *Notice historique*, etc., p. 148-149.

⁴⁶ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, segunda redacción, p. 17.

Al llevar las niñas de la *Providencia* la virtud a tal grado de heroísmo, el Cura de Ars podía estar bien satisfecho de ver cumplidas sus intenciones y conseguido el fin que pretendía. No se había preocupado lo más mínimo de convertir en «mujeres sabias» a aquellas huérfanas arrancadas de la miseria. ¿Podía, por lo demás, tener una idea equivocada sobre la capacidad de las profesoras? La caprichosa ortografía de Catalina de ninguna manera le escandalizaba. Más aún: a nuestro asceta, que vivía de lo que hubiera hecho morir a muchos, y cuya casa, dejada a la buena de Dios, parecía, más que otra cosa, la morada de un espíritu, las cuestiones de higiene le parecieron siempre de muy poca monta. En su excesiva bondad consintió en alojar sesenta niñas allí donde treinta no hubieran podido vivir sin incomodidad. Por otra parte, lo reducido del local obligaba a todas las alumnas —huérfanas y niñas de Ars— a estar en una misma clase. Cuando las pequeñas deletreaban el abecedario, las medianas repasaban la lección y las mayores escuchaban las explicaciones, aquello era una alegre algarabía⁴⁷.

Los forasteros, después de haber visitado la *Providencia*, si iban con la impresión de que aquella casa no era como las demás.

La existencia del orfanato creado por el Rdo. Vianney, escribe un abogado de Lión que en 1841 vio de cerca aquella obra, me pareció por sí misma una cosa bastante maravillosa. Aquel establecimiento contenía cincuenta o sesenta muchachas de doce, quince y dieciocho años. Venidas de todas partes y recibidas sin dinero, permanecían allí un tiempo indeterminado y después eran colocadas en las granjas de la comarca. Durante su estancia allí aprendían a conocer, a amar y a servir a Dios más que a todas las cosas. Era una especie de familia, en la cual los mayores daban ejemplo, consejo y enseñanza. La instrucción era poco extensa, pero reinaba una fe, una devoción y una docilidad admirables. No era una institución ordinaria, sino una verdadera emanación de la santidad de su fundador. Recursos, vida, espíritu, gobierno, todo dimanaba de él. Obra de carácter sobrenatural, no podía vivir sino bajo el influjo del alma eminente que la había levantado¹⁸.

⁴⁷ La sala principal donde entonces se hacía todo, y que se ha conservado casi tal cual era, mide 11 metros de largo, 6 de ancho y 2,5 de alto.

⁴⁸ Pablo BRAC DE LA PERRIÈRE, *Souvenirs de deux pèlerinages*, opúsculo cit., p. 6.

Como se ve, a los ojos del Cura de Ars \aeducacion estuvo siempre por encima de la *instrucción*. Sin embargo, según testimonio de los contemporáneos, la mayor parte de las huérfanas adquirían en la *Providencia* la instrucción elemental necesaria; además, se las formaba en trabajos de orden doméstico y práctico y sabían hacer calceta, coser, lavar y planchar. ¿Podía exigirse más a unas niñas destinadas en su mayor parte a vivir en algún pueblo rural ? Pero ante todo, adquirían en aquel ambiente singular la virtud y la piedad necesarias para afrontar los peligros morales y salir airosas de las pruebas de toda suerte que las aguardaban⁴⁹. Fue en este aspecto cómo Pío X, de santa memoria, consideró la *Providencia* de Ars, cuando dijo de ella que era «un modelo de educación popular»⁵⁰.

La *Providencia* de Ars fue la obra predilecta del Rdo. Vian-

ney. «Amaba esta casa —dice la baronesa de Belvey, que fue su bienhechora— porque estaba consagrada a las niñas»⁵¹. Cuando la cosa estuvo en marcha, o sea, desde 1827, le pareció bien desembarazarse de un cuidado que se le hacía molesto: la preparación de su comida. Padre nutricio de una numerosa familia, durante veinte años, les pidió la limosna diaria de un vaso de leche. Era inútil que se la quisieran servir: tomaba en un rincón del hogar el vaso de barro vidriado que contenía su alimento para todo el día. Cinco minutos le bastaban para despachar aquel ligero desayuno y más de una vez, cuando tenía prisa, se lo llevaba y lo apuraba en el trayecto de la *Providencia* a la iglesia.

De ordinario, empero, el Cura de Ars se complacía en pasar algunos instantes, después de su comida, en el patio donde tenían el recreo sus hijas adoptivas. Leía en sus ojos el candor de sus almas, y este espectáculo de inocencia le hacía olvidar un momento la fealdad del pecado y la malicia de los

⁴⁹ Un inspector de primera enseñanza decía en su relación: «Es cierto que las jóvenes que están al frente del establecimiento no son muy instruidas, pero tienen algo que suple la ciencia y que vale más que ella: la virtud... Las niñas que se forman a su lado se les parecen. Al salir de aquella casa, forzosamente han de llegar a ser excelentes madres de familia.» (Citado por A. MONNIN, *Vida*, 1.1, p. 319.)

⁵⁰ *Causa belleisiana de beatificación y canonización de I venerable siervo de Dios J.*

M. B. Vianney, Cura de Ars. Decreto de 21 de febrero de 1904.

⁵¹ Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinaria*, p. 241-242.

hombres. Conocíalas todas, se interesaba por todas, les hacía preguntas, las alentaba con su deliciosa sonrisa, les daba lecciones de educación y les enseñaba la manera de conducirse en la mesa.

Cuando quería conseguir alguna gracia, les hacía orar, y «en tales casos —decía— siempre había sido escuchado»⁵². Experimentaba, según su propia palabra, que las oraciones de los niños llegan al cielo embalsamadas de inocencia⁵³.

Hizo plantar en el jardín del orfanato una parra, que la erección de una estatua de María Inmaculada convirtió muy pronto en oratorio campestre. Las niñas la adornaban con flores, y, cuando hacía buen tiempo, se reunían allí todas las tardes para rezar las letanías de la Virgen y cantar un himno en su honor.

La mayor parte de las huérfanas no dejaban la *Providencia* hasta la edad de diez y nueve o veinte años. Algunas, sin embargo, iban de sirvientas a las granjas de aquella región, pero tan sólo durante los trabajos de invierno. Cuando partían, no por esto las abandonaba el Rdo. Vianney: les había buscado ya colocación conveniente; más tarde les aconsejaba para el matrimonio, les daba algún dinero y les procuraba ropas para casarse. De un modo especial seguía con sus consejos y sus oraciones la vida de las que habían entrado en religión; jamás padre alguno se mostró más padre y fue más amado.

En la *Providencia* y en la sala destinada a las clases, se inauguraron aquellos famosos catecismos conocidos por *catecismos de Ars*. Los comienzos fueron muy humildes. En esto, el Rdo. Vianney no innovó nada, pues todo pastor consciente de sus deberes ha de dar a su rebaño la leche de la doctrina.

Hemos visto cómo, desde Todos los Santos hasta el tiempo de las primeras comuniones, el santo Cura catequizaba,

⁵² *Ibidem*.

⁵³ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 780.

desde las seis, a los niños reunidos en la iglesia. Hubiera podido instruir al mismo tiempo a las niñas de la *Providencia*, pero prefirió enseñarles aparte, durante un tiempo más largo y todo el año, para mejor penetrarlas de la vida cristiana.

La clase de la mañana acababa con el rezo de las *letanías de la Providencia*. Después de unos minutos de recogimiento, se abría suavemente la puerta y entraba el señor Cura.

Al principio, asistían únicamente las profesoras y las niñas. Todavía a nadie llamaban la atención las idas y venidas del Rdo. Vianney. Pero los peregrinos, al comenzar a afluir y a buscarle en aquella hora, bajaron hacia el orfanato... Al principio se arriesgaron a estacionarse fuera, junto a la ventana; después, se atrevieron a algo más y se quedaron en el umbral, y un día, en que quedó dentro algún espacio libre, se metieron en la sala. Así se hizo hasta 1845. Por otra parte, todo se hacía en familia.

Estaban allí, cuenta el canónigo Champenois de Bourg, que fue testigo de la escena en 1842 ó 1843, las niñas de la casa, mujeres que hilaban con sus ruecas —las mismas profesoras se ocupaban en algo durante los raros momentos de descanso— y, si no recuerdo mal, unas gallinas encaramadas sobre la mesa. El señor Cura entra revestido de sobrepelliz, toma un catecismo y, apoyado en la amasadora, comienza así: «Hijos míos, nos quedamos ayer en la lección del *matrimonio*». Lee en seguida la pregunta: *¿Cuáles la causa ordinaria de los matrimonios desgraciados?* Sigue la respuesta que explica en seguida:

«¡Ah, cuando dos esposos son recién casados, no se cansan de mirarse: se encuentran tan simpáticos, tan llenos de buenas cualidades! Se admiran y se hacen mil monerías. Mas la *luna de miel* no dura siempre... Llega un momento en que se echan al olvido las buenas prendas que se habían descubierto; y he aquí que salen los defectos que no se habían visto. Entonces hay esposos que no pueden soportarse, y el marido dice a su mujer: *gandula, no sirves para nada, etc.*».

Yo, prosigue el canónigo Champenois, estaba estupefacto de esta familiaridad, de esta casi desenvoltura. Miré hacia el auditorio y todo el mundo escuchaba con religioso silencio. Ni siquiera se veía una sonrisa⁵⁴.

⁵⁴ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 46,

A partir de 1845, la afluencia cada día creciente de peregrinos obligó al Rdo. Vianney a explicar el catecismo en la iglesia. «Una señora de Bourg que había asistido cuando tenía lugar en la *Providencia*, me hablaba de ello con entusiasmo, pero se quejaba de que hubiese sido llevado a la iglesia, porque en la sala de las clases, veía mejor y más de cerca al siervo de Dios»⁵⁵. Sin embargo, el traslado fue de muy felices consecuencias. Un número mayor de peregrinos pedía oír al Rdo. Vianney, y éste, sin dejar el tono familiar, hablaba con aliento, y dejaba escapar con más frecuencia aquellas llamas de amor que abrasaban su corazón. Para hablar se ponía muy cerca del sagrario.

Muy pronto, con la aprobación de Mons. Devie, el Cura de Ars concibió el proyecto de levantar una capilla en el orfanato⁵⁶. Podría preguntarse qué finalidad había de tener un oratorio edificado a pocos metros de la iglesia. Mas el Santo tenía sus planes, y fundaba en el modesto santuario de la *Providencia* esperanzas que, felizmente, no se realizaron. Atormentado del deseo de soledad, quería dejar ya la cura de almas, y, en su mente, se veía ya retirado en la *Providencia*, donde «podría estar en *perpetua adoración*, si tal era la voluntad de Dios»⁵⁷.

El municipio cedió el terreno necesario, y la soñada capilla se construyó. Pero entonces manifestóse «la voluntad de Dios». No estaba aún terminada la capilla, cuando la *Providencia* dejó de existir en la forma que el Rdo. Vianney la había fundado. Quedóse, pues, en la casa parroquial y allí fue, hasta el fin de su vida, *Cura de Ars*.

⁵⁵ *Proceso apostólico in genere*, p. 339.

⁵⁶ El Rdo. Vianney levantó aquel sencillo monumento aconsejado por su obispo: «El señor Cura, escribía la señora Des Garets el 20 de septiembre de 1843, está muy preocupado por una idea que le ha inspirado Monseñor: a saber, la de construir una capilla en la *Providencia*, la cual, por consiguiente, podría servirle de lugar de retiro».

⁵⁷ Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 1.470.

X. «¡ARS YA NO ES ARS!»

Después de cinco años de ministerio.—Una peregrinación a Fourvière.—La misión de 1827: un grito de victoria.—El trabajo santificado y las virtudes cristianas.—En las familias regeneradas.—Honradez que llega a ser proverbial.—El afecto del Rdo. Vianney a sus feligreses.—Las buenas familias de Ars.—Un domingo en la aldea.—La tregua de Dios.—Las fiestas de devoción.—La práctica de los sacramentos.—Hermosas ceremonias.—El sentido litúrgico de un Santo.—Dos vidas edificantes y dos santas muertes.—Ars protegido contra las calamidades.

El día 7 de mayo de 1820, un mes después de la designación del Rdo. Vianney para el curato de Salles en el Beaujolais, el Rdo. Renard, entonces diácono de San Ireneo de Lión, ignorando que había sido dejada sin efecto, escribía a la castellana de Ars, su bienhechora:

Me he enterado con tanta pena como tristeza de que ha perdido usted su santo Cura. La Providencia le había confiado esa parroquia para que floreciese en ella la piedad. Deseo con todas veras que el sacerdote que vaya a sustituirle sea *capaz* de conservar el fervor que reina en Ars.

Este testimonio es de gran valor: Ars podía ya ser considerado como una parroquia *fervorosa*, y el Rdo. Vianney no llevaba en ella más de dos años.

Pasados tres y medio desde aquella fecha, el 7 de noviembre de 1823, en una carta dirigida a la «señora viuda de Fayot», de Noés, el cura de Ars lanza el primer grito de triunfo:

Me encuentro, le escribía, en una parroquia muy religiosa, que sirve a Dios de todo corazón.

Claro está que al trazar estas líneas para su «buena madre», el Rdo. Vianney no intentaba darle una idea absolutamente exacta del estado de su parroquia, pues al lado de grandes virtudes, habían aún en Ars algunas miserias; y sin duda que todavía no se hubiera atrevido a emitir desde el pulpito, y en presencia de los fieles, una apreciación tan halagüeña. Mas sea de ello lo que fuere, esta frase señala ya verdaderos progresos. Ars había mudado visiblemente de aspecto; en conjunto había pasado del vicio a la virtud y de una piedad rudimentaria a un verdadero fervor¹.

A ello había contribuido no poco una reciente peregrinación a Nuestra Señora de Fourvière. Los antepasados tenían gran afición a esta clase de excursiones piadosas a algún santuario más o menos célebre. Antes de la Revolución, las gentes de Ars iban a Lión todos los años para rezar a la Virgen en su antigua capilla. El Rdo. Vianney se propuso restablecer en su antiguo rango tan santa costumbre. Oigamos cómo Guillermo Villier, excelente agricultor, que entonces tenía veinticuatro años de edad², nos cuenta el edificante viaje:

El día 6 de octubre de 1823, día de la fiesta patronal, el bueno del señor Cura nos acompañó en procesión a Nuestra Señora de Fourvière. Puedo hablar de esta romería, pues tomé parte en ella. Con este acto solemne, el Rdo. Vianney quiso manifestar a la Santísima Virgen nuestra gratitud por los magníficos ornamentos regalados por el señor vizconde de Ars.

Dos curas de las parroquias vecinas nos acompañaron: el señor Martin, cura de Lavigneux, y el señor Robert, cura de Santa Eufemia; este último tenía unos ochenta años.

Salimos de casa después de media noche. Creo que los dos tercios de los feligreses iban en la peregrinación... Anduvimos procesionalmente hasta Trevoux, precedidos de nuestras tres hermosas banderas, cantando himnos y rezando el rosario. Al hacerse de día estábamos en Trevoux, y nos metimos en las grandes barcas arrastradas por caballos³.

Desembarcamos en Lión, algo más arriba de Vaise, y de allí nos

¹ Cf. Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 5.

² Había nacido en Ars, el 26 de diciembre de 1799.

³ Este pormenor procede del artículo 206 del Postulador. (*Proceso del Ordinario*, p. 69.)

dirigimos en procesión a Fourvière. El Cura de Ars celebró la santa Misa, que oímos con devoción, y muchos comulgaron de su mano.

Descendimos en seguida con el mismo orden que a la subida. Las gentes se apiñaban a nuestro paso y mostraban su admiración.

El Rdo. Vianney, cuando hubimos llegado a las dos barcas, fue uno de los primeros en embarcarse con un cierto número de sus feligreses; mas como los otros tardasen en llegar, los bateleros, hombres rudos y mal educados, comenzaron a blasfemar. El Rdo. Vianney desembarcó en seguida con algunos de los que iban con él y fue andando hasta Neuville. Pasadas algunas horas nos reunimos con él los que habíamos hecho el viaje por el Saona. De Neuville fuimos a Ars en procesión. Cuando pasábamos por delante de las iglesias, tocaban las campanas ⁴. No estuvimos de regreso hasta cerrada ya la noche⁵.

De esta simpática relación, no queremos sacar la consecuencia de que todos los habitantes de Ars eran ya perfectos cristianos. Algunos no practicaban de un modo regular, y, cuando el trabajo apremiaba, no tenían escrúpulo en remover los forrajes o en entrar la cosecha después de las vísperas del domingo; sobre todo, el frenesí por el baile parecía estar inoculado en la sangre de aquella juventud campesina. Pero, gracias a Dios, el jubileo de 1826 conmovió muchos corazones, y la misión de 1827 fue un acontecimiento feliz en las gentes de aquella parroquia.

La gracia era tan fuerte que bien pocos podían resistir... Casi todo el mundo se empeñaba con todas sus fuerzas en salir del pecado. El respeto humano se había vuelto del revés: tenían vergüenza de no hacer el bien y de no practicar la religión. Los hombres andaban serios y pensativos y algunos de ellos, que desde mucho tiempo no se habían acercado al santo Tribunal, decían en voz alta por las calles: «¡Yo quiero confesarme!» Todos se hallaban en las más santas disposiciones. El señor Cura, en una de sus pláticas, les dijo estas palabras: «Hermanos míos, *Ars ya no es Ars*. He confesado en jubileos y en misiones, pero no he encontrado nada que se asemeje a lo de aquí.» Eso ocurría en 1827.

Sin embargo, el mal espíritu no se había dado aún por vencido en ciertas familias: prueba de ello, los siete feligreses que en 1830 dijeron brutalmente al santo Cura que tenía

⁴ Este pormenor nos lo da el Hermano Jerónimo, *Proceso del Ordinario*, p. 545.

⁵ Guillermo VILLIER, *Proceso de! Ordinario*, p. 644.

que marcharse. Pero su afirmación no halló eco en ninguna parte, y se hizo patente que todo el pueblo reprochaba paso tan absurdo: Ars no podía resignarse a quedar sin sacerdote y quería conservar al Rdo. Vianney.

En 1832, cuando Juan Picard abrió en la aldea su taller de veterinario herrador, encontró, según expresión suya, «el aspecto de Ars del todo cambiado». Había visto otras veces «aquella parroquia que se parecía a las parroquias vecinas», y entonces, gracias a «su Cura que era tenido ya por Santo», Ars estaba desconocido⁶. «La parroquia estaba, sin comparación posible, por encima de todas las demás»⁷; era un oasis de santidad adonde tantas almas acudían en busca de la resurrección o del secreto de una vida más perfecta.

Era de ver en Ars, los días laborables, cómo andaban los hombres, con el rosario entre los dedos, al frente de sus yuntas. Por la noche, la campana tocaba a oración. Todos los que podían entraban en la iglesia y los que tenían que quedarse en casa se arrodillaban delante de las imágenes; todos los hogares eran, en aquella hora de paz, una continuación del altar.

En las afueras, pequeñas cruces formadas por dos troncos atados se elevaban a la entrada de los campos o remataban los montones de gavillas en tiempo de la siega. Los trabajadores se animaban a sus faenas lanzando al aire ecos de inocentes canciones, y ello no era en detrimento de su jovialidad. Ni una copla picaresca, ni una palabra menos oportuna, ni una blasfemia.

Solía pasear por los campos durante las recolecciones, refiere la señorita Alix de Belvey, y jamás oí una blasfemia. Lo hice notar con cierta admiración a un campesino, el cual me contestó: «¡Ah! nosotros no somos mejores que los demás; pero sentiríamos gran vergüenza de cometer tales pecados al lado de un Santo»⁸.

La primera tarde que pasé en Ars, cuenta un viajero llegado de León, fui testigo de una escena, que me dio alta idea del ascendiente

⁶ Juan PICARO (nacido en Montereayx el 5 de julio de 1795), *Proceso del Ordinario*, p. 1,311.

⁷ Rdo. PELLETIER, *Proceso apostólico in genere*, p. 390.

⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 266.

del párroco de Ars. Tres hombres, que conducían dos caballos unidos a un gran árbol sin raíces, llegaron junto a un arroyo (el Fontblin) al mismo tiempo que yo. Intentaron hacerles franquear el vado. Uno de los caballos se encabritó, dio un paso en falso y cayó en forma que podía haberse causado grave daño. Los hombres se lanzaron al vado y sacaron al animal de su penosa situación. Y, notable por menor, que no pude ver sin sorpresa, los tres hombres no dieron la menor muestra de cólera, ni se reprocharon mutuamente, ni profirieron imprecaciones, ni golpearon al caballo. Tan gran dominio de sí mismo, en unos labriegos amenazados en sus intereses, era para mí algo desconocido⁹.

El cura de Ars recomendaba a sus feligreses la *bendición* y la *acción de gracias para antes y después de las comidas* y el *rezo del ángelus* tres veces al día, dondequiera que se hallasen, sin respeto humano: cuando las tres campanadas resonaban por el valle y se dejaban oír por las humildes colinas, cesaba el trabajo, los hombres se descubrían, las mujeres juntaban las manos y todos rezaban las oraciones prescritas. Lo mismo ocurría en los caminos y en las calles del pueblo. Más aún: el Rdo. Vianney mandó poner en el campanario un reloj con un cuadrante muy visible: cuando daba la hora, todos los habitantes, siguiendo el ejemplo de su cura, la *bendecían*, es decir, interrumpían sus tareas con el rezo de un *Avemaria*¹⁰.

Era costumbre, en primavera, plantar cruces benditas para obtener, por los méritos de Jesucristo, el verse preservados de los azotes a que están expuestas las cosechas. En el momento en que las espigas empezaban a caer bajo la hoz de los segadores, descubrían una de las cruces, todos los trabajadores se prosternaban, rezaban un *Padrenuestro* y un *Avemaria* o entonaban *O Crux ave* ".

Esta conducta les valía bastantes mofas por parte de los vecinos aldeanos: «Si hacéis caso de vuestro cura, decían en son de burla, os convertirá en *capuchinos*». Pero estas pullas no hacían mella en el ánimo de aquellas buenas gentes, las

⁹ Pablo BRAC DE LA PERRIÈRE, *Souvenirs de deux pèlerinages à Ars*, Lión, 1863, p. 3.

¹⁰ Recuerdos de los viejos de Ars.

¹¹ Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 342.

cuales sabían responder: «Nuestro Cura es un Santo y le debemos obediencia»¹².

De esta manera, aun en su aspecto exterior, Ars había cambiado.

Lo que más me llamó la atención, prosigue el peregrino lionés citado antes, fue la calma y la paz de aquellos lugares. En aquella tierra se respiraba un aire más puro que en otras partes... Los moradores nos saludaban con amabilidad y nos indicaban solícitos el camino. La hospitalidad cristiana y el espíritu fraternal parecían habituales en todos. Las casas estaban adornadas con imágenes de la Virgen y de los santos¹³.

El Rdo. Vianney visitaba, de cuando en cuando, las familias, a fin de que mejor arraigasen en ellas las costumbres religiosas. Llegaba de improviso durante la comida del mediodía, y llamaba desde fuera al jefe de la casa. Venerado como un santo en vida, era recibido en todas partes con gozosa solicitud. De pie, sin otro apoyo que la pared o el filo de un mueble, dirigía la palabra ora a uno ora a otro, se interesaba por la salud de los padres y de los hijos, por sus trabajos, por las cosechas¹⁴, pero, muy pronto, sin perder el tono familiar, pronunciaba palabras piadosas, de aquellas que dan alas y comunican ideal a nuestros humildes trabajos de la tierra. De esta manera hacía discretamente un examen de conciencia de toda la familia. ¿Rezaban la oración, oían misa, guardaban el descanso los días de precepto? ¿Obedecían los hijos a sus padres? ¿Aprendían el catecismo...? Tenía particular cuidado con las pequeñas criadas, muchachas tímidas, contratadas en los pueblos vecinos, a las cuales quería que se tratase como a los hijos de la casa: por lo mismo, debían también instruir las en las cosas de religión y mandarlas los domingos a misa y a las vísperas.

En mi casa, dice Catalina Lassagne, era un placer para todos el recibirle...¹⁵. Alguna vez comió en casa de mi padre, añade Antonio Mandy, hijo del viejo alcalde, pero nunca previamente invitado.

¹² Recuerdos de los viejos de Ars.

¹³ Pablo BRAC DE LA PERRIERE, *Souvenirs de deux pèlerinages, etc.*, p. 2.

¹⁴ «Les hablaba de sus trabajos, que le eran bien conocidos.» (Condesa DES GA-RETS. *Proceso del Ordinario*, p. 791.)

¹⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 490.

Comparecía durante la comida, y tomaba parte en ella con gran jovialidad. Comía algunas patatas, y no rehusaba tomar un poco de vino que solía brindar a la salud de toda la familia¹⁶.

Tales visitas, hechas de esta manera, reportaban grandes ventajas: después de haber hablado desde el pulpito a todos los fieles reunidos, el Cura de Ars daba, en la intimidad de cada casa, aquellos avisos y aun aquellas reprensiones que le parecían necesarias.

Cuando el cuidado de las almas absorbió todos los instantes del Rdo. Vianney, aquellas apariciones inesperadas en los hogares escasearon cada vez más y *al fin* cesaron por completo. «Esto fue motivo de gran sentimiento para las familias de Ars»¹⁷.

Mons. Convert, nombrado cura de la parroquia en 1889, tuvo la dicha de conocer los últimos supervivientes de aquellas familias honradas con la visita del Santo.

En su rostro, escribe, llevaban grabado un selfo de santidad que raras veces hemos visto en grado tan subido; la calma, la serenidad y una especie de beatitud que se reflejaba permitían distinguirlos entre mil¹⁸.

¿Acaso un Santo no había convertido a sus padres y sus madres en modelos de virtudes domésticas? Aquellos agricultores —en su mayoría acomodados, pues sin dejar de ser caritativos con los pobres, eran laboriosos y sobrios— eran la admiración de los forasteros. Sus reflexiones rebosaban sentido común; corazones ennoblecidos por la gracia y por la fe, tenían una educación *a su manera*, sencilla e ingenua, pero mezclada, como en los antiguos patriarcas, de una distinción y una delicadeza poco comunes. La religión había sido su gran educadora.

Catalina Lassagne, a la edad de ochenta años, gustaba de recordar las escenas de su infancia. Siempre veía en ellas a dos figuras queridas entre todas, la de su Santo Cura y la de su madre. Claudina Lassagne era basátante buena cristiana cuando en 1818 se puso bajo la dirección del Cura de

¹⁶ Antonio MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 1.358.

¹⁷ Juana-María CHANA Y, *Proceso del Ordinario*, p. 690.

¹⁸ *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 301.

Ars. Su hija mayor, nada torpe, a pesar de haber ido con más frecuencia a guardar los animales en los campos que a instruirse en los bancos de la escuela, echó de ver un cambio muy rápido en las costumbres de su madre¹⁹.

Al principio, cuenta Catalina, no acababa nunca de vestirme y de peinarme. Empleaba una infinidad de tiempo en arreglarme. Pero apenas transcurridas algunas semanas desde la llegada del Rdo. Vianney a Ars, todo cambió. En un cerrar y abrir de ojos, estaba compuesta, y nos íbamos a la iglesia.

Una vez allí, Claudina «se abismaba en la oración como el pez en el agua»²⁰. Parecía que el tiempo no existía para ella. «¡Madre, vayámonos!» —decía impaciente la menor de las hijas, mientras tiraba de las faldas—. Mas ella no se meneaba; hubiérase dicho que no oía. Durante toda la Cuaresma, nunca permitió a sus hijas comer la menor cosa, fuera de las horas de costumbre. Cuando un indulto de Roma permitió el uso de carnes los sábados, Claudina Lassagne obligó a toda la familia a que guardase la antigua observancia. «¿Pero no está permitido comer carne los sábados? —le dijo un día una de sus hijas—. ¿Acaso está *mandado*? —replicó—. No, madre. —Pues haced penitencia». Por la noche, esta cristiana admirable, que no había cesado de estar en oración mientras trabajaba, hacía que todos rezasen. Antes de acostarse, se inclinaba sobre la cabecera de Catalina, para preguntarle dulcemente: «¿Has dicho el *visitad*?» *Visitad* es la primera palabra con que terminan las últimas preces de las Completas, que es la oración litúrgica de la noche.

La honradez arraigada de los vecinos de Ars se hizo proverbial, y presidía todas sus relaciones. Antes —los sermones harto realistas del Rdo. Vianney dan fe de ello— la virtud de la justicia no les preocupaba mucho. «Según ellos mismos afirmaban, hacían como los demás.» En las ventas, disimulaban hábilmente los defectos de los animales, vendían como fresca la manteca rancia, y también huevos pasados²¹. El sastre guardaba el hilo bueno y empleaba el

¹⁹ Cf. Rdo. RENOUD, *Catalina Lassagne, Anales de Ars*, junto 1920, p. 15-16.

²⁰ *Esprit du Curé d'Ars*, p. 112.

²¹ *Sermón sobre la restitución*, t. III, págs. 379-380-382.

mediocre; la hiladora metía el cáñamo en algún rincón húmedo, con lo que aumentaba el peso»²². Se regresaba de los campos con el delantal lleno de hortalizas o de frutas robadas. Los padres recibían, riéndose, a los hijos que entraban en casa con las manos repletas. «¡Ea, esto va bien!»²³ —exclamaban—. Después, en Ars ya transfigurado, tenían escrúpulo del más leve latrocinio. Un día el pequeño Benito Treve —el cual, ya anciano, lo contaba a Monseñor Convert— cogió una pera en el puesto de un vendedor; después, sin pensar más en ello, se fue a su casa para comerla. Su madre quiso enterarse de la procedencia de la fruta. Benito confesó su falta; aquélla atóle las manos atrás y abofeteándole lo acompañó hasta la casa del vendedor. Allí lo desató y el niño devolvió la pera y pidió perdón²⁴.

Aunque el Rdo. Vianney acogía a todos con igual benignidad, amaba con amor de predilección a sus feligreses. Cuando las confesiones le retenían a todas horas en la iglesia, no podía ver tanto como antes a «sus queridos hijos»; pero mientras los peregrinos tenían que aguardar días enteros para hablarle durante unos minutos, todos los sábados reservaba algunas horas especiales a los habitantes de Ars; los demás días, en cuanto se daba cuenta de que deseaban algo, los hacía llamar junto a sí; tanto que las gentes del pueblo que querían prolongar su preparación para confesar se veían obligadas a ocultarse²⁵.

Hasta el fin de su vida, les dio pruebas de «una abnegación extraordinaria». En medio de la mayor afluencia de forasteros, «lo dejaba todo» para acudir a casa de los enfermos²⁶. Siempre estaba a su disposición. Un día, hacia las once de la noche, Magdalena Scipiot fue a buscarle porque su madre se hallaba gravemente indispueta... Llamóle

²² *Ibidem*.

²³ *Sermón sobre la restitución*, t. III, p. 381.

²⁴ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 34.

²⁵ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 834.

²⁶ Antonio MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 359.

dos o tres veces desde fuera. Despertóse el santo Cura, entreabrió la ventana y «voy al instante, hija mía», respondió. La señora Scipiot se excusó por haberle molestado. «¡Oh, no, esto no es nada, dijo, todavía no he dado mi sangre por vosotros!»²⁷. En el invierno de 1823, durante el jubileo de Trevous, regresó una noche a su parroquia, a pesar del frío y de la nieve, para visitar a una mujer enferma. Llegó agotado de cansancio, blanco de la escharcha y transido de frío²⁸. Nada le arredraba para el bien de las almas de los suyos.

Mas al propio tiempo, ¡qué gozo para su corazón al ver su docilidad y buen espíritu! En medio de Ars, el Rdo. Vianney, «amado como un padre»²⁹, era el rey. Su influencia se extendía sobre todos y en todas las cosas.

En el pulpito y en el confesonario, había proclamado el rigor y las dulzuras de las santas leyes del matrimonio. Había sido escuchado y entendido. Sobre los hogares de Ars, había descendido la bendición de Dios. Como en los tiempos bíblicos, «la esposa crecía como viña fecunda en el interior de su casa», y «los hijos como jóvenes pimpollos de olivo en torno de la mesa»³⁰ del padre. Frente a la iglesia, vivían los Cinier, que tenían diez hijos; el señor Mandy, de Tonneau, tenía doce; doce hijos asimismo formaban la hermosa corona de los propietarios del castillo, el conde y la condesa de Garets; las familias Pertinand y Fleury Treve tenían quince. La población de Ars se dobló durante el curato del Rdo. Vianney³¹. Baste decir que de 1818 a 1824 hubo en tan reducida parroquia 98 bautizos por 40 defunciones.

Los padres y las madres tenían sobre sus hijos ya mayores una autoridad considerable, y no toleraban que en nada fuese menoscabada. Estaba prohibido así a los niños como a las niñas andar por las calles sin razón, y permanecer inactivos en casa. «Cuando las niñas volvían de la escuela, cuenta

²⁷ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 42.

²⁸ Miguel TOURNASSOUD, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.127.

²⁹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 831.

³⁰ Salmo CXXVII, 3.

³¹ La población de Ars, que en 1818 era de 220 habitantes, llegaba a 300 en 1829. (*Proceso verbal de la visita pastoral* de 10 de octubre de 1829.) En 1855, se elevaba a 500. (*Carta del señor de Castellane*, subprefecto de Trevous, en fecha 29 de junio de 1855.) Es cierto que entre éstos había algunos forasteros; pero la población indígena formaba la mayoría de los habitantes.

Anita Scipiot, que fue educada según este sistema, en lugar de dejarlas jugar se las ocupaba en hacer calceta o en trabajos domésticos. Si habían de salir, se les preguntaba a la vuelta cómo se habían comportado y a quiénes habían encontrado...»³². El domingo, las jóvenes no salían sino con sus madres. Algunas veces Juana Cinier, que no sentía vocación para monja de clausura, decía, suspirando: «Hoy, al salir de vísperas, vayamos a dar un paseo; me fastidia estar todo el día encerrada.» Y su madre la llevaba por los campos. Un día, empero, burlando la vigilancia materna, se dejó arrastrar por una joven, juntamente con las señoritas Scipiot, hasta el bosque de la Papisa. Allí charlarían y cogrían avellanas. De repente, comenzaron a resonar gritos por los extremos de aquel soto: eran los jóvenes de Miserieux que salían al encuentro de los de Ars, y ambos grupos daban la señal convenida. Las comedoras de avellanas escaparon a todo correr. «Como si todas las serpientes del bosque —decía Juana Cinier— las hubiesen perseguido.» No hay para qué decir que quedaron bien curadas de su desobediencia³³.

La intensidad con que entonces fueron cultivadas las almas en Ars no parece que hubiese dado lugar, de un modo notable, a que se suscitasen vocaciones religiosas y sacerdotales³⁴. El Rdo. Vianney, para encaminar a alguno hacia el altar o hacia el claustro, no se decidía sino sobre indicios muy seguros. Un día de 1824, al encontrar en la plaza a uno de los jóvenes feligreses, cuya piedad le había parecido superior a la ordinaria, le dijo: «¿Quieres ir al seminario, hijo mío? —¡Oh, señor Cura! he de ayudar necesariamente a mi padre; no es posible dejarle.» Esta respuesta detuvo al Cura de Ars acerca de un porvenir que él había creído mejor para aquel muchacho. «En este caso, respondió, bien, quédate.»³⁵. En cambio, en otras circunstancias,

³² Mons. CONVERT, *Notas* manuscritas, cuaderno II, n.º 4.

³³ *Ibid.*, II, n. 1.

³⁴ El primer hijo de la parroquia que el Santo envió al seminario de Lión parece haber sido Miguel Lacote, nacido en Ars el día 2 de febrero de 1808, mencionado como estudiante eclesiástico en un *estado de almas* de 1829.

³⁵ Nos referimos a Juan Tete, quien, viejo ya, declaró en el Proceso de canonización. (*Proceso apostólico continuativo*, p. 77.) Fue agricultor toda su vida, se casó y tuvo hijos.

aconsejaba a los que dudaban que entrasen inmediatamente en un convento o en el seminario.

Muchos peregrinos se arreglaban las cosas de manera que pudiesen pasar en Ars el domingo.

Allí, refiere uno de los penitentes más afectos a nuestro Santo, gracias al celo del Rdo. Vianney, el domingo, tan profanado antes de su llegada, llegó a ser de verdad *el día del Señor*. Las comuniones eran muy numerosas. La iglesia no quedaba ni un momento vacía; la afluencia de gente a las funciones religiosas, que se sucedían a cortos intervalos, era considerable. El señor Cura explicaba el catecismo a la una de la tarde; la asistencia era casi igual que a la misa. A las vísperas seguían las completas... Después se rezaba el rosario, en el que tomaba parte todo el mundo. Al caer de la tarde, la campana llamaba por tercera vez a la iglesia y por tercera vez la parroquia respondía al llamamiento. El Rdo. Vianney salía entonces del confesonario, rezaba las oraciones de la noche y cerraba los actos del domingo con una de aquellas emocionantes homilias que tuve la dicha de escuchar... El porte de aquellos buenos cristianos me impresionaba mucho, principalmente la compostura que las madres exigían a los pequeñuelos³⁶.

Mi estancia en Ars, dice otro testigo, se prolongó hasta el domingo. El oficio comenzó a las ocho y duró hasta las once. Antes de la misa, hubo procesión y sermón después del Evangelio. La iglesia estaba del todo llena. Reinaba en ella un recogimiento extraordinario³⁷.

Aquello era una escena de la Iglesia primitiva, una reunión de los primeros cristianos.

La única falta que el Rdo. Vianney podía echar en cara a sus feligreses era que con cierta frecuencia llegaban tarde a los divinos oficios. Este descuido era un defecto inveterado de todos los de la región de Dombes. En 1850, no había aún podido obtener en este punto una victoria completa. «Encargó al Hermano Jerónimo, su sacristán, que, antes de la aspersión de la misa mayor, diese una vuelta por los alrede-

³⁶ Baronesa DE BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 265.

³⁷ Pablo BRAC DE LA PERRIÈRE, *Souvenirs de deux pèlerinages*, etc., p.

res de la iglesia, y que practicase con toda suavidad el *cotn-pelle intrare*³⁸. El Hermano Jerónimo recorría la plaza, y rogaba a cada uno de los rezagados que entrase. Al principio, hacían el remolón, pero pronto se acostumbraron a entrar a tiempo, y el señor Cura tuvo la satisfacción de verles a todos reunidos antes de empezar»³⁹.

Mientras el Santo varón alababa a Dios, todo holgaba en las huertas y en los campos. Si, en tiempo de siega, había algunos que violaban la fiesta, eran muy escasos, y no trabajaban sino a hurtadillas y el menor tiempo posible⁴⁰. «Entre nosotros, decía un buen cristiano, el respeto humano se ha vuelto del revés»⁴¹.

Además de lo dicho, no se hacía en el pueblo ninguna compra los días festivos. El Rdo. Vianney no permitía que los establecimientos permaneciesen abiertos y se negaba a bendecir los objetos adquiridos furtivamente en tales días⁴².

Asimismo, fuera de existir una razón seria, tal como un entierro, una visita a un enfermo grave, los feligreses de Ars se abstendían de todo viaje. Ningún estrépito discordante, ni siquiera el rodar de un coche, turbaba la paz del día del Señor.

Nunca, refiere Francisco Pertinand, posadero y recadero de Ars, nuestro santo Cura me autorizó para marchar en domingo o día de precepto, y los demás cocheros tampoco enganchaban. Después del establecimiento del ferrocarril, la Compañía, con la cual tenía yo billetes combinados, me exigió que no interrumpiese el servicio. Entonces el Rdo. Vianney no quiso que los coches entrasen en el pueblo, ni que saliesen del centro mismo en los días de fiesta. Sin embargo, sin permitírmelo directamente, consintió en que los viajeros montasen en el coche o se apeasen más allá de las primeras casas del lugar⁴³.

Un hecho extraordinario y que metió gran ruido, pareció

³⁸ *Oblígales a entrar.* (San Lucas, XIV, 23.)

³⁹ Mons. CONVERT, *A l'école du Bienheureux Curé d'Ars*, p. 44-45.

⁴⁰ «Llegó a conseguir que cesase casi del todo el trabajo en domingo.» (J.-B.

MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 597.)

⁴¹ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, I, 1, p. 203.

⁴² Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativa*, p. 756; B. de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 203.

⁴³ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 813.

una confirmación celestial de las prescripciones del Cura de Ars.

Recuerdo, escribe el Rdo. Monnin, que en 1856, el domingo *infra octava* de Corpus, durante la misa mayor, una diligencia avanzó hasta delante de la iglesia, cuyas puertas abiertas de par en par dejaban ver en el interior al Santísimo Sacramento expuesto. Los caballos, que corrían al galope, se detuvieron en seco y, a pesar de la obstinación del cochero en pegarles, se mantuvieron firmes bajo el látigo como la burra de Balaán bajo el palo del profeta. Fue necesario retroceder y regresar a la posada⁴⁴.

Así era como todos los domingos la aldea de Ars parecía, a causa de su recogimiento, un monasterio; sólo el piadoso tañido de la campana interrumpía el silencio⁴⁵. No se oía el estrépito de las fiestas de otros pueblos⁴⁶, ni se veían hombres ebrios, bulliciosos o que anduviesen tambaleándose. «Un señor que detestaba las gentes de tal ralea, decía: Me encuentro muy bien en Ars: nunca encuentro allí borrachos»⁴⁷.

Los ratos de ocio que las funciones religiosas dejaban a los habitantes de Ars los empleaban en visitas de amistad y en diversiones llenas de cordialidad. Los hombres jugaban a los birlos y a los bolos. Algunos buenos ancianos permanecían en el umbral de su casa, apacibles, con la mirada puesta tranquilamente sobre los horizontes de la campiña. Así lo hizo por mucho tiempo Fleury Treve, patriarca de una familia de quince hijos. Sentado sobre la grada del portal, todos los domingos, después de vísperas, se rezaba el rosario⁴⁸.

El Rdo. Vianney estableció la costumbre de celebrar ciertas fiestas *de nueva devoción*, tales como los lunes de Pascua y de Pentecostés, el jueves del Corpus, los días de San Pedro y San Pablo, de San Juan Bautista, de San Sixto y «de su querida pequeña, Santa Filomena...»⁴⁹. En estas fiestas, las gen-

⁴⁴ *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 223-224.

⁴⁵ «La parroquia se había convertido en una comunidad. Nunca he visto cosa igual.» (Baronesa de BELVEY, *Proceso del Ordinario*, p. 194.)

⁴⁶ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 840.

⁴⁷ Baronesa de Belvey, *Proceso del Ordinario*, p. 195.

⁴⁸ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, cuaderno II, n.º 3.

⁴⁹ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 756.

tes de Ars llenaban el templo durante la misa, las vísperas y el sermón de la tarde. Nadie, por celebrarlas padeció daño en sus bienes. Sin embargo, el santo Cura tenía buen cuidado en no proclamarlas como obligatorias: quien tenía necesidad de trabajar lo hacía sin reparo, pero por lo general se abstendían de ello. «Me gustan mucho estas fiestas —decía el reverendo Vianney—, pues la gente acude sin ser forzada, sino movida por un sentimiento de amor más perfecto»⁵⁰.

Aun durante la semana, en los días laborables, unas cincuenta mujeres y unos cincuenta hombres iban a la misa matinal. En muchas familias, se las apañaban de manera que cada día pudiese oír misa uno de la casa. Los cofrades del Santísimo Sacramento acudían con fidelidad a llevar el cirio en las procesiones y cumplían muy bien con la hora de adoración cada domingo⁵¹. Algunos imitadores del buen Chaf-fangeon, de santa memoria, gustaban de saludar al Señor antes o después del trabajo. Era cosa que impresionaba ver los instrumentos de labranza apoyados contra el muro de la iglesia, durante la oración de aquellos campesinos.

El Cura de Ars no pudo obtener iguales éxitos cuando, después de un largo período de severidad —quizá de veinte años—, quiso inducir a sus feligreses a una mayor frecuencia de sacramentos. No habiendo podido en este punto ver realizados plenamente sus deseos (la comunión mensual y aun dominical) pensó que un número reducido de comuniones bien recibidas bastaría no sólo para mantener, sino además para hacer progresar en la virtud a los hombres y a los jóvenes de su parroquia. «He hecho cuanto he podido —decía hacía el fin de su vida— para mover a los hombres a comulgar cuatro veces al año; los que *me* hayan escuchado serán santos»⁵². Para conseguir este resultado, exhortó, pre-

⁵⁰ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 261.

⁵¹ Rdo. ROUGEMMONT, *Proceso apostólico continuativo*, p. 756.

⁵² Rdo. TOCCANIER, *apostólico ne pereant*, p. 282. Salve raras excepciones —según el Rdo. Dufour, misionero (*Proceso apostólico in genere*, p. 338)—. Ars contaba en 1855 siete u ocho que no cumplían con la Iglesia; todos los demás hombres y jóvenes comulgaban durante el tiempo pascual. Por Todos los Santos, no se acercaban a la sagrada mesa, sino veintitrés o veinticinco; en cambio, por Navidad, comulgaban casi todos. El Cura de Ars hubo de contentarse con estos resultados, muy inferiores a sus deseos... En cuanto a las mujeres, en su mayor parte recibían la Eucaristía al menos una vez al mes; algunas solamente en las grandes solemnidades. Un buen grupo

dicó, y su celo le sugirió ingeniosos procedimientos: sugería a los mejor dispuestos que celebrasen recibiendo al Señor alguno de los grandes aniversarios de su vida: el bautismo, la primera comunión, el matrimonio. Deseaba que comulgasen antes de ser padrinos o madrinas⁵³. La mayor felicidad del Rdo. Vianney, durante su vida, fue distribuir las sagradas hostias. Hubiera pasado todo el día en este santo ministerio, y, con frecuencia, lo ejercitaba con los ojos arrasados en lágrimas.

Para atraer con más eficacia a su pueblo hacia la Eucaristía, el Cura de Ars se esforzó en comunicarle el gusto por las cosas santas, a que él había ya llegado. Todos los domingos sacaba a las miradas de aquellas buenas gentes los estandartes más hermosos y los ornamentos más ricos⁵⁴. Durante mucho tiempo, el Santo en persona ensayó a los niños del coro y los preparó maravillosamente; y él mismo «en las sagradas ceremonias, ¿no cumplía cuidadosamente con sólo su actitud grave y digna»⁵¹ todas las reglas prescritas por el ritual lionés, entonces vigente en la diócesis de Belley? Cuando el hermano Atanasio, a partir de 1849, se encargó de la dirección del ceremonial, la actitud de los coristas no fue menos admirable.

Su sentido litúrgico era tan fino y ensayaba a los niños con tanta precisión y buen gusto, que Mons, de Langalerie, en un retiro de párrocos, lo propuso como modelo al clero de su diócesis: «¿Queréis ver una iglesia donde se observan a la letra todas las ceremonias?

de fervorosos cristianos era admitido a la comunión frecuente y diaria. (Pormenores procedentes de la señora Butillon, de Ars, y de la señora Colombier, su hija, recogidos por Mons. Convert. (*Notas manuscritas*, cuaderno I, n.º 38.)

⁵³ Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 360.

⁵⁴ Se lee en el *Informe de la visita pastoral de Mons, el Obispo de Belley, hecha en Ars el lunes 11 de junio de 1838*: «Monseñor se ha limitado, después de la Santa Misa y de la Confirmación, a dar la bendición con el Santísimo Sacramento y a rezar el responso de difuntos; no ha juzgado necesario visitar el interior de la iglesia, las capillas, ¡os ornamentos y los vasos sagrados, porque todo es tan hermoso y tan rico que no hay más que admirarlo».

⁵¹ Marta MIARD, *Proceso apóstol'co continuativo*, p. 754.

Id a Ars; el Hermano Atanasio es una ceremonia viviente e impecable. Su ejemplo os dirá lo que podéis conseguir, si queréis»⁵⁶.

En ciertos días, la compostura de los feligreses de Ars edificaba particularmente a los peregrinos. Todos los años por la solemnidad del Jueves Santo, para conmemorar la institución de la Eucaristía en el Cenáculo, «el Rdo. Vianney —dice el canónigo Pelletier— procuraba que el monumento fuese espléndido, y disfrutaba contemplando los adornos que realzan la majestad del tabernáculo. Todo el coro —que había hecho ensanchar considerablemente en 1845— estaba tapizado de estandartes. Una iluminación muy bien distribuida resplandecía con mil luces. Todo ello se hacía para no turbar y para ayudar el recogimiento de los fieles»⁵⁷. Efectivamente, aquel día toda la parroquia estaba en perpetua adoración. Por la noche, se celebraba el ejercicio de la *hora santa*⁵⁸. El señor Cura estaba de rodillas, sin que se sentara un solo instante, la noche del jueves al viernes santo⁵⁹.

En aquel pueblo, la fiesta del Corpus Christi era la fiesta de las fiestas. Era un espectáculo verdaderamente único; en otras partes podían desplegar mayor pompa, pero en ningún lugar se hacía una mayor manifestación de fe y de amor. Esta solemnidad arrebatava al santo Cura, y le comunicaba una expansión y una candida alegría de niño. «Ya en el modo de anunciarla, se echaba de ver que era para él una fiesta especialmente agradable»⁶⁰. Aquel día daba gusto verle. El confesonario podía al fin descansar algunas horas. ¡El Santo respiraba, se dilatava, vivía sus vacaciones!

Pasaba por la casa parroquial, donde se vestía a los monaguillos. —Nunca le parecía que estuviesen bastante bien—. «Una vez, contaba el señor Lardet (yo tenía entonces de doce a trece años), aguardaba con los demás niños en el patio de su casa. Llega el señor Cura. «¡Oh, hijos míos! —nos dice yendo de unos a otros—, ¡si tuvieseis el alma tan blanca como vuestro sobrepelliz!»⁶¹. «Animaba a las jóvenes a que

⁵⁶ Mons. CONVERT, *Le Frère A thanase*, Trevoux, Jeannin, 1912, p. 4.

⁵⁷ *Proceso apostólico in genere*, p. 395.

⁵⁸ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 840.

⁵⁹ Baronesa DE BELVEY, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 194.

⁶⁰ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 726.

⁶¹ Mons. CONVERT, *Notas manuscritas*, Cuaderno I, n.º 19.

se vistiesen de blanco, escribe Catalina Lassagne, y las de la *Providencia* no eran en ello las últimas»⁶².

Pedía que en el recorrido de la procesión se levantasen muchos altares, a fin de poder dar con el Santísimo el mayor número posible de bendiciones. Con el corazón lleno de gozo e irradiando alegría atravesaba las calles, bajaba hasta el castillo, alentaba a los trabajadores, él mismo ponía manos a la obra, y, antes de la procesión, todavía encontraba tiempo para volver a la iglesia, donde le aguardaban los peregrinos, para confesar a algunas personas⁶³.

La ceremonia se celebraba en medio del mayor concurso, pues tenía lugar el día señalado por la liturgia, o sea, el jueves después de la Santísima Trinidad, y los habitantes de las parroquias vecinas podían, por lo mismo, asistir a la procesión. Nadie faltaba a ella. El Rdo. Vianney no toleraba que los curiosos formasen filas a lo largo del recorrido, y no quedaba otro recurso que unirse al cortejo⁶⁴.

El Cura de Ars, que en todo lo demás buscaba siempre el último lugar entre sus compañeros, no cedía a nadie el honor de llevar aquel día el Santísimo Sacramento⁶⁵. Bajo el palio regalado por el vizconde de Ars, avanzaba, revestido de sus magníficos ornamentos, con una majestad que impresionaba; y los ojos fijos en la sagrada Hostia, rezaba y lloraba. Una especie de pasmo impedía todo comentario en los labios de la multitud. Detrás del palio seguía un río de gente del que no se elevaban sino cánticos o murmullos de plegarias. ¡Era de verdad la *Fiesta de Dios!**

Un testigo de aquellas espléndidas manifestaciones ha dejado una relación, en aquel estilo ampuloso puesto entonces de moda por el *Genio del Cristianismo*.

Era una hermosa tarde del mes de junio de 1847. Lo recuerdo muy bien. El sol se reclinaba sobre una nube de oro y púrpura; el aire tibio estaba impregnado de embriagadores aromas... Yo había venido a través de los campos, triste, alicaído, en busca de la sole-

⁶² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 39-40.

⁶³ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 668.

⁶⁴ Señora Cristina DE CIBEINS, *Proceso apostólico continuativo*, p. 118.

⁶⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso del Ordinario*, p. 118.

* Así es como se llama —*Fête-Dieu*— popularmente en Francia a la fiesta del *Corpas Christi* (N. de la E.).

dad, y sin que me diese cuenta me encontré en el valle de Ars. Habiéndome sentado en una loma, al borde de las praderas que se extendían a mis pies como un mar de verdura, dejé caer la cabeza entre mis maños, y quedé sumida en profundo sueño.

He aquí que, de repente, unos disparos de artillería retumban por el norte del valle; una triple descarga responde por el sur⁶⁶. A esta señal, las campanas son lanzadas al vuelo, y mis ojos, atraídos hacia Ars, ven de lejos una gran multitud que se agita en torno de la iglesia, demasiado pequeña para contenerla, y, por los caminos cercanos, caballos jadeantes que aceleran su marcha hacia la fiesta; contemplo asimismo unas banderas que ondean en lo alto del castillo y otras que se agitan en el campanario.

Era —por fin caí en la cuenta— la fiesta del Corpus, que se celebraba en aquellos valles después de pasados veinte años⁶⁷. Descendí al valle, y me dirigí hacia las voces que vibraban a coro. ¡Qué pompa se ofreció a mis ojos, sorprendidos! Una procesión inmensa, compuesta de peregrinos de todas las comarcas, avanzaba con diferentes estandartes y se encaminaba a la campiña.

Cada minuto, las salvas del pueblo retumban majestuosas, a las que contestan, del otro lado del valle, las detonaciones que parten del castillo. La procesión avanza; el palio, de tisú de oro⁶⁸, el viril dorado y las capas de brocado, relucen a los rayos del sol que pasaba por entre las hojas de los árboles; el anciano, el venerable Cura del lugar camina llevando en sus manos al Dios de todos.

Entretanto, en el límite entre el término municipal y las tierras del castillo, se ha levantado un gracioso templete. Los incensarios humean; el palio se detiene; dos mil personas, postradas en í jerra, inclinan sus frentes hasta el suelo, y el sacerdote, con mano temblorosa, levanta despacio la custodia.

La multitud se ha puesto en pie. Nuevas descargas han respondido al nuevo *aleluya*; mas el lugar de la escena ha cambiado; estamos ya en los dominios del castillo y la campana comienza a tañer más de prisa; diez disparos de pólvora responden y la procesión *avanza* por la pradera.

¡Qué visión de la *Edad Media*! Un puente ha de ser atravesado;

⁶⁶ El conde des Garets, alcalde de Ars, hacia disparar durante la procesión «salvas» de pólvora. (Cf. Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 773.)

⁶⁷ La fama del Corpus de Ars se extendió rápidamente. Desde 1819, un año después de su llegada a la parroquia, el Rdo. Vianney lo celebró ya «con toda la pompa posible». (Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.087.)

⁶⁸ En realidad, como escribía el mismo donante en 1824, «los cuatro flecos de este palio son de terciopelo carmesí», y aparecen bordadas en cada uno de ellos unas inscripciones de oro muy subido. El resplandor de estas letras hizo creer al autor de esta narración, muy excusable en su error, que todo el palio estaba cubierto de oro.

está adornado con banderas y gallardetes de vivos colores; el pendón de la casa de Ars lanza al viento sus ínfulas triangulares; cada árbol está ceñido por un ramillete en su tronco... En fin, la verja de hierro del castillo aparece entrelazada con flores naturales, y la avenida cubierta de arena. Los granos de ésta son menos numerosos que las hojas de rosa que una mano piadosa ha esparcido por el suelo. La torre del homenaje está adornada con tapicerías antiguas. La procesión, en medio de una hilera de limoneros, se extiende por el parque y marcha serpenteando hacia la capilla del castillo.

Un himno entusiasta, sonoro, salido de aquellos pechos robustos, se eleva en un formidable *crescendo*, y se extingue de repente al son de una argentina campana. El señor Cura de Ars, con voz temblorosa, bendice de lejos su rebaño. Apenas han sonado las últimas palabras del sacerdote, estalla un *hosanna* en la capilla; corre con la velocidad del rayo, a lo largo de aquella procesión arrodillada en el parque, y mezclándose al ruido de las salvas, va rodando de eco en eco hasta las profundidades del valle⁶⁹.

Al leer esta entusiasta narración, podría creerse que la fiesta del Corpus revestía en Ars cierto carácter guerrero. Pero ¡cuánto disfrutaban aquellos excelentes campesinos, sobre todo los ancianos, que recordaban la pobreza con que se celebraba en otros tiempos! Más que todos, empero, era el señor Párroco quien quedaba embelesado al oír aquellos «fervorosos cantos» de la multitud y el «estampido general de los disparos». Por el Corpus de 1859, el último a que asistió, pues le quedaban cuarenta días de vida, el conde des Garets hizo, sin que él lo supera, que la banda del colegio de Mongré fuese a la procesión. Cuando los metales resonaron, el Rdo. Vianney «saltaba de alegría»⁷⁰. Después de la procesión, no sabía qué hacer para dar las gracias a los Padres Jesuitas, directores del pensionado, que le habían procurado tan agradable sorpresa.

Aquel año, por estar muy fatigado, no pudo, muy a pesar suyo, llevar el Santísimo Sacramento, sino al acercarse a los temples. Pero el año anterior sostuvo, durante un par de horas, la pesada custodia, con tener setenta y dos años cumplidos, y cuando subía las gradas de aquellos altares

⁶⁹ Extracto del *Álbum du pèlerinage d'Ars*, ilustrado con 14 grabados, texto de Ad. C., Lión, Brunet, p. 1.852.

⁷⁰ Conde DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 789.

campestres «parecía tener la agilidad de un joven»⁷¹. Otras veces, es cierto, «titubeaba, inclinándose a derecha e izquierda; entonces algunos temían que se cayese»⁷². Pero este temor sólo podían concebirlo los forasteros; sus feligreses tenían confianza, pues estaban acostumbrados a contemplarle siempre firme aun en medio de los trabajos más aplastantes. El mismo, con el corazón embebido, no sentía ninguna inquietud. «Un día del Corpus, cuenta el Hermano Atanasio, le preguntamos al verle llegar empapado en sudor: ¿Se habrá cansado mucho, señor Cura? —¡Oh, cómo queréis que esté cansado si Aquel a quien yo llevaba me llevaba también a mí!»⁷³.

Ars se había convertido en un verdadero hogar que irradiaba santidad por todas partes. Para sentir tan saludables influencias, muchas personas fervorosas se habían establecido o pasaban allí largas temporadas: las señoritas Pignaut, Lacand, Berger, de Belvey; las hermanas Ricotier, Marta Miard; los señores Faure de la Bastie y Pedro Oriol, Hipólito Pagés (de Beaucaire), Juan Claudio Viret (de Consance, en el Jura), Sionnet (de Mantés), Sánchez Remón (oficial carlista desterrado de España). Muchos se habían retirado a aquella humilde aldea, con la esperanza de ser consolados por el santo Cura en sus últimos momentos: en efecto, si era dulce vivir en aquella parroquia privilegiada, mucho más dulce había de ser morir en ella.

Durante el ministerio parroquial del Rdo. Vianney, hubo muertes particularmente serenas, edificantes, como aureoladas de una alegría divina.

El último día de octubre de 1825, Luis Chaffangeon, anciano de setenta y cinco años, el hombre de las adoraciones silenciosas, cantaba durante su agonía con los ojos radiantes de esperanza:

¡Yo la veré a la madre querida!

Por Navidades, la señora Ana Coloma des Garets, de setenta y ocho años, moría con señales de predestinación⁷⁴.

⁷¹ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.088.

⁷² Mons. CONVERT, *Notas*, cuaderno I, n.º 6.

⁷³ *Proceso apostólico in genere*, p. 214.

⁷⁴ *Recuerdos de los viejos de Ars*. El registro parroquial dice: «Luis Chaffangeon,

Hemos visto de qué manera sabían morir en el orfanato de la *Providencia*. Asistidos por su amado Pastor, los buenos feligreses dejaban esta vida de manera que se decía en torno suyo: ¡Ojalá yo pudiese partir así! Es esto tan cierto, que en los alrededores de Ars todo el mundo deseaba recibir de sus manos los últimos sacramentos, y una persona se hizo conducir allí para tener esta dicha⁷⁵. Del nuevo cementerio inaugurado en 1855, a trescientos metros de la iglesia y bendecido por él, el Cura de Ars gustaba de repetir: «¡Es un *relicario!*»⁷⁶. Había ayudado a bien morir a cuantos en él reposaban, aun a ciertos pecadores, de los cuales, según testimonio de los ancianos del pueblo, ninguno se le escapaba en aquel terrible trance, por lo que el Santo los creía a todos en salvo.

El diablo en persona lo dio a entender a su manera. El perfume sobrenatural que exhalaba aquella reducida aldea le tenía furioso. «¡Qué asquerosa comarca ésta de Ars, gritaba un día por boca de un poseso al que agitaba espantosamente!, ¡qué mal huele todo aquí!... En Ars, todo el mundo huele mal... ¡ah, habladme de la *Rotonda* (lugar de tertulia de ciertos barrios de Lión)... ¡La *Rotonda* sí que huele bien»⁷⁷.

Aun desde el punto de vista material, Ars parecía estar bajo una singular protección.

Oí decir a mi madre, cuenta Magdalena Mandy Scipiot, que después del año 1825, época en que llegó a la parroquia, hasta la muerte del Rdo. Vianney, no había granizado jamás, lo cual atribuía a la intercesión del Santo, tanto más cuanto que él mismo pedía oraciones para apartar del pueblo el terrible azote⁷⁸.

Se ha hecho notar, dice la señorita Marta des Garets, que durante su ministerio ningún temporal asoló aquel municipio. Mi madre escribía después de cierta tempestad: «La tormenta no ha sido para nosotros sino una voz que se ha ido extinguiendo.»

entregado el 1.º de noviembre de 1825, a la edad, aproximadamente, de setenta y cinco años».

⁷⁵ Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 773.

⁷⁶ Mons. CONVERT, *Le Curé d'Ars et les dons du Saint-Esprít*. Lión, Vitte, 1.923, p. 284.

⁷⁷ Cf. Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 440.

⁷⁸ *Proceso apostólico in genere*, p. 277.

El señor Cura había pasado la noche en oración⁷⁹.

Nada tiene de extraño, después de esto, que tantos forasteros que no podían detenerse en Ars sino por breve tiempo quedasen tan afectos a aquella aldea bendita. Los que se hablan podido compenetrar bien del espíritu que allí reinaba, y habían logrado gozar profundamente de la verdadera paz, gustaban de volver, y hubiérase dicho que su pueblo natal era para ellos un destierro.

No fue sin gran sentimiento como nos alejamos de Ars, cuenta uno de estos peregrinos. ¿Cómo nos aficionamos tan presto?... Es que, en aquella tierra sin lustre, habíamos encontrado aquella paz que convierte en patria el lugar donde se gusta. Vueltos al bullicio y a la agitación de la ciudad, no podíamos sustraernos al malestar y a la tristeza. Los hombres nos parecían groseros y enemigos; las conversaciones, los gritos y aun el aspecto del trabajo argüían desequilibrio y dolor. La atmósfera de paz y de armonía cristianas que acabábamos de perder nos había hecho más impresionables a las miserias humanas. En adelante tendremos que refugiarnos en nuestros recuerdos de Ars como en un santuario, y habremos de reudtar en nuestra alma la santa figura del Rdo. Vianney, para que nos aliente y consuele de nuevo⁸⁰.

El Rdo. Toccanier, que disfrutaba del insigne favor de ayudar a nuestro Santo, recibía de una persona de insigne piedad estas líneas bañadas en lágrimas:

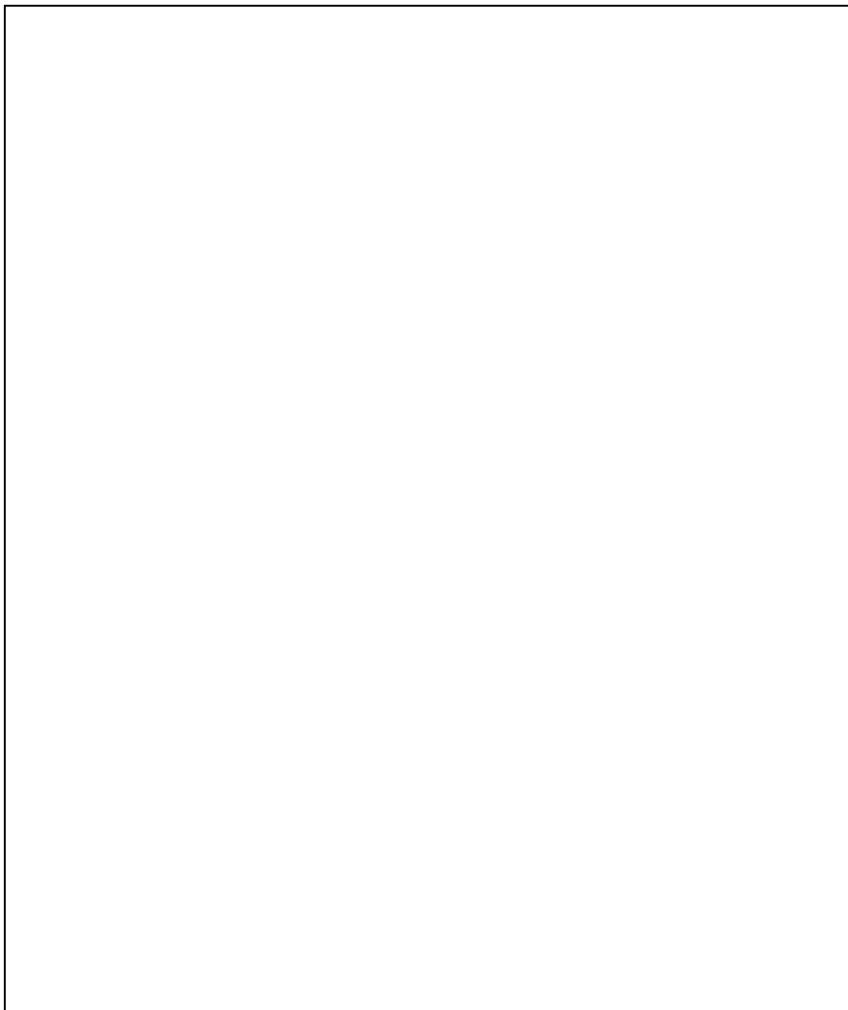
¡Oh, Ars!, si yo pudiese trasladarme ahí como mi pensamiento, me veríais todos los días. Apenas he partido y mi alma desearía volver... Todavía sueño en la felicidad de aquellos días que ya han pasado, de aquellos días que estuve en vuestra bendita aldea... ¡Qué feliz es usted!⁸¹.

⁷⁹⁾ *Proceso apostólico in genere*, p. 327.

*^o BRAC DE LA PERRIÈRE, *Souvenirs de deux pèlerinages á Ars*, op. cit., p. 10.

*^o Baronesa DE BELVEY, *Cartas* de 17 de diciembre de 1855 y de 19 de noviembre tfr 1856.

Dormitorio del Cura de Ars, según un grabado antiguo y tal como se conserva hoy día. En esta cama falleció el Santo. En la mesa que se ve en el centro de la habitación escribía aplicadamente sus homilías.



XI. EL CURA DE ARS Y EL DEMONIO'

La finalidad de las persecuciones diabólicas.—Los primeros ataques nocturnos.—Andrés Verchére y su fusil.—La identidad del misterioso asaltante.—«Está furioso: ¡tanto mejor!»—Las horas de insomnio y de combate.—Las tretas y las violencias del demonio.—Un viaje infernal por el camino de Saint-Trivier.—Los testigos que vieron u oyeron.—El lecho quemado.—Una noche toledana en la casa parroquial de Montmerle.—El atormentador atormentado.—El poder del Cura de Ars sobre los demonios.—Algunas liberaciones de posesos.—Una escena fantástica.—Contra el ocultismo y el espiritismo.—La aventura del conde Julio de Maubou.—En casa del capitán Monluisant.—El fin de las obsesiones diabólicas.—La derrota de Satán.

Que hay un infierno y unos ángeles caídos condenados a él es un dogma de nuestra santa fe católica. Según ella, el demonio es un ser personal y viviente, y no una ficción de ensueño. Es cierto que su acción en el mundo permanece oculta; pero a veces, por permisión del Cielo, se manifiesta exteriormente. Es que, sin duda, ve amenazada su influencia en tal o cual punto de la tierra, y como no puede habérselas directamente con Dios, se esfuerza, oscuro malhechor, en esterilizar los trabajos de los obreros evangélicos.

' En este capítulo, como también en los demás donde se habla de hechos que trascienden el orden natural, la misión del autor se limita a reunir los testimonios contemporáneos seios y dignos de fe. Para la explicación de estos hechos remitimos al lector a las obras técnicas, tales como *Des grâces d'oraison, traite de théologie mystique*, por el P. Agustín POULAIN (10.^a edición revisada). Beauchêne, 1922: *L'état mystique et tes jaïts extraordinaires de la vie spirituelle*, por el canónigo SAUDREAU, Amat, 1921: *Précis de théologie ascétique et mystique*, por Ad. TANQUERÉY, Desclée, 1922.

Durante cerca de treinta y cinco años —de 1824 a 1858— el Cura de Ars fue el blanco de las persecuciones exteriores del maligno. ¡Si Satanás hubiese podido, quitándole el sueño y el reposo, hacerle desabrida la oración, las austeridades y los trabajos apostólicos y obligarle a dejar el ministerio de las almas!... Pero el enemigo de nuestra salvación fue descubierto y vencido. «Las luchas con el demonio, dice Catalina Lassagne, hicieron al Rdo. Vianney más caritativo y desinteresado»². El muy astuto no esperaba este resultado.

Las persecuciones infernales «comenzaron cuando el santo Cura meditaba el plan de la *Providencia*, para la cual acababa de adquirir una casa»³, es decir, durante el invierno de 1824 a 1825. No fueron sino la continuación de violentas tentaciones interiores. Durante el curso de una enfermedad bastante grave, debida tal vez a lo que él llamaba sus «locuras de juventud», el Rdo. Vianney, combatido por pensamientos de desesperación, se creía próximo a la muerte. Parecía oír, dentro de sí mismo y repetidamente, una voz que le decía: «Ahora caerás en el infierno»⁴. Mas el Santo halló la paz del alma avivando su confianza en Dios.

Para turbar su quietud exterior, comenzó el demonio con tretas muy insignificantes. Todas las noches, el pobre Cura de Ars oía rasgarse el pabellón de su cama. Pensó que se trataba de vulgares roedores. Colgó una horquilla en la cabeza, pero todo en vano: cuanto más sacudía las cortinas para echar los ratones, tanto mayor era el ruido de las rasgadas, y al día siguiente, cuando pensaba ver las cortinas hechas pedazos, las encontraba intactas. Estas maniobras duraron algún tiempo⁵.

² Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 490.

³ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 424.

⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 81.

⁵ Según Catalina LASSAGNE, *Proceso del Ordinario*, p. 481. He aquí, sobre tan extrañas pruebas, algunas nociones teológicas:

Las largas vejaciones que durante largo tiempo el demonio, por especial permisión de Dios, infligió al Cura de Ars, han de ser colocadas entre los *hechos preternaturales extraordinarios*.

Existen, dice el canónigo Saudreau, que es una autoridad en esta materia, dos clases de operaciones diabólicas: las ordinarias y las extraordinarias.

«El demonio nos tienta a todos y nadie escapa a estos asaltos: estas son las operaciones ordinarias.

»En otros casos, mucho más raros, los demonios hacen acto de presencia mediante vejaciones penosas, más espantosas que dolorosas: meten ruido, revuelven, trasla-

El Cura de Ars no pensó al principio que se tratase del espíritu de las tinieblas. «No era nada crédulo y difícilmente daba fe a los hechos extraordinarios»⁶; tanto es así, que, cuando más tarde se le ofrecieron casos de posesión diabólica, se conducía siempre con la mayor prudencia. «Pregúntele un día, refiere el señor Dufour, misionero de Belley, qué pensaba de una persona que parecía presa de furor en presencia de un sacerdote o de un crucifijo. Me respondió: Hay algo de nervios, algo de locura y algo del *vellaco*»⁷ —*Vellaco** era el mote con el que habitualmente el Cura de Ars nombraba al demonio—.

En cuanto a él, al conservar un perfecto dominio de sí mismo en medio de los trabajos más enojosos, no podía ser tenido como un alucinado⁸. Demasiado serio y enemigo de la

dan, derriban y aún rompen determinados objetos: esto es lo que se llama *infestación*.

»La infestación es la primera de las operaciones diabólicas extraordinarias. Es la que casi únicamente tuvo que padecer el Cura de Ars. En efecto, no fue víctima, sino muy raras veces, de la *obsesión exterior*, durante la cual el demonio arremete contra la persona, golpea o hiere. Jamás se quejó de haber sufrido la *obsesión interior*, por medio de la cual el ángel maldito, influyendo sobre la imaginación, parece que comunica a la pobre alma algo de sus infernales sentimientos; ni la *posesión* propiamente dicha, por la que Satanás se apodera del organismo humano, dispone de sus miembros, de la lengua, de todo el cuerpo, que mueve como quiere.» (Cf. A. SAUDREAU, ' *L'état mystique et les faits extraordinaires de la vie spirituelle*, p. 270-271.)

El Cura de Ars, durante su apostolado, fue testigo de casos de actuación diabólica en otras personas, y, en muchas ocasiones, libró las almas y los cuerpos de los ataques del maligno espíritu.

⁶ Rdo. TOCCANJER, *Proceso del Ordinario*, p. 360.

⁷ *Proceso apostólico in genere*, p. 360.

* La palabra en francés es *grappin*, que, en realidad es intraducible para este caso; por eso, al revisar esta traducción, hemos adoptado la palabra *vellaco* (N. de la E.).

⁸ El doctor J. B. Saunier, que durante diecisiete años fue el médico del Cura de Ars, ha dejado esta nota técnica sobre el perfecto equilibrio psíquico y moral de su ilustre cliente.

«Solamente hemos de decir una palabra acerca de las llamadas explicaciones sicológicas de los fenómenos de esta naturaleza. Se habló con el doctor sobre los ruidos nocturnos de la casa parroquial de Ars, y se había pronunciado la palabra alucinación. Si estas explicaciones pueden ser admitidas cuando se trata de dar razón de ' hechos envueltos en circunstancias patológicas que revelan su naturaleza y que por lo regular nunca faltan (estupidez, convulsiones, locura), es imposible atribuirles la misma causa cuando van unidos, como en el caso del reverendo Vianney, a un equilibrio tan regular de todas las funciones del organismo, a aquella serenidad de ideas, a aquella delicadeza de percepción, a aquella rectitud de juicio y de miras, a aquella plenitud de dominio de sí mismo, a la conservación milagrosa de una salud que no conocía el desfallecimiento en medio de la incansante serie de trabajos que absorbían su existencia.» Declaración en el *Proceso del Ordinario*, f. 112.)

Por su parte, el doctor Amado Michel, de Coligny (Ain), llamado a declarar en el mismo proceso el 31 de mayo de 1864, hacía la siguiente declaración (p. 1.283):

«Todo cuanto he visto y he oído decir del señor Cura de Ars demuestra que poseía un perfecto dominio de sí mismo, una gran seguridad de juicio, y nada puede inducir-

mentira para inventar sandeces, jamás habría hablado de obsesiones del diablo, si no hubiesen sido reales. Tal era, por otra parte, el convencimiento de cuantos se acercaban a él⁹. Pronto, en medio del silencio de la noche, fueron golpeadas las puertas, y se oyeron gritos en el patio de la casa parroquial. ¿Serían, acaso, ladrones, que codiciaban los preciosos regalos del vizconde de Ars, guardados en un cofre, en el granero? El Rdo. Vianney bajó precipitadamente, y no vio nada. Sin embargo, las noches siguientes temió quedarse solo.

Hacía muchos días, refiere Andrés Verchère¹⁰, carretero del pueblo, un robusto muchachote de veintiocho años, que el reverendo Vianney oía en su casa un ruido extraordinario. Una tarde vino a mi encuentro y me dijo: «No sé si son ladrones... ¿Quieres dormir en la casa parroquial?»

—Con mucho gusto, señor Cura. Voy a cargar mi fusil.»

Llegada la noche, me dirigía a la casa parroquial. Estuve hablando con el señor Cura, junto al fuego, hasta cosa de las diez. Entonces me dijo: «Vayamos a acostarnos.» Cedióme su habitación, y él se entró en la contigua. Yo no podía dormir. Hacia la una oí que sacudían con violencia la empuñadura y el picaporte de la entrada del patio. A la vez, contra la misma puerta, resonaban golpes de maza, mientras dentro, la casa se llenaba de un ruido atronador, como el rodar de varios coches.

Tomé mi fusil, y me precipité a la ventana, que abrí con violencia. Miré y no vi nada. La casa tembló durante un cuarto de hora. Mis piernas hicieron lo mismo, y me resentí de ello por espacio de ocho días. Cuando el estrépito comenzó, el señor Cura encendió una lámpara y se vino conmigo.

«—¿Has oído *algo*?, me dijo.

—Claro está, puesto que me he levantado, y me ve usted con el fusil.»

me a pensar que hubiese sido víctima de ilusiones o alucinaciones. He oído hablar de ataques del demonio, y si el Rdo. Vianney lo ha afirmado, creo que han tenido efecto.»

* «Todo el mundo en Ars estaba convencido de que aquellos ruidos eran obra del demonio. Yo mismo jamás he dudado, y ni la edad ni la reflexión han mudado mi criterio en este punto. No puede admitirse superchería alguna. Si algún mal bromista o personas interesadas en ello hubiesen intervenido en tales hechos, pronto hubieran sido desenmascarados.» (Rdo. CHALAND, *Proceso continuativo*, p. 650.)

¹⁰ Juntamos aquí dos testimonios de Andrés Verchère, de fecha 4 de junio de 1864 (*Proceso del Ordinario*, p. 1.328) y otro de 2 de octubre de 1876 (*Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.089). Andrés Verchère nació en Savigneux el 1 de septiembre de 1798 y murió en Ars en 1879, a la edad de ochenta y un años.

La casa se conmovía como si temblase el suelo.

«—¿Tienes miedo?, preguntóme.

—No, no tengo miedo, pero siento que se me doblan las piernas, "reo que se hunde la casa.

—¿Qué piensas de esto?

—Creo que es el diablo.»

Cuando hubo cesado el ruido, nos volvimos a la cama. El señor Cura, a la noche siguiente, me rogó que volviese con él. «¡Señor Cura, le dije, ya tengo bastante!»

Después, en la *Providencia* de Ars, el Rdo. Vianney, comentando los apuros del primero de sus guardianes, «se reía muy de veras de su espanto». «Mi pobre Verchére —decía a las profesoras— temblaba de pies a cabeza con su fusil... ¡Ni siquiera se daba cuenta de que lo tuviese!»¹.

Ante la negativa del carretero, el señor Cura se dirigió al alcalde, quien envió a la casa parroquial a su hijo Antonio, buen muchacho de veintiséis años, al que dio por compañero de armas a Juan Cotton, jardinero del castillo de Ars, que tenía diez años menos. Después de la oración de la tarde, se iban a la casa parroquial, donde durmieron unas doce noches. «No oímos ningún ruido —dice Juan Cotton—. No así el señor Cura, que dormía en el cuarto de al lado. Más de una vez, su sueño fue perturbado y entonces nos preguntaba: «¿Muchachos, no habéis oído algo?». Nosotros le respondíamos que ningún ruido llegaba hasta nosotros. Sin embargo, por un momento, percibí un sonido semejante al que se produciría si con la hoja de un cuchillo se golpease un vaso de agua. Habíamos colgado nuestros relojes junto al espejo de su cuarto. «Estoy maravillado —nos dijo el señor Cura— de que vuestros relojes no estén hechos añicos»².

Muchos otros jóvenes, entre ellos Edmo Scipiot, administrador del castillo, se apostaron de centinelas en el campanario. Tampoco ellos oyeron ruido alguno que fés infundiese sospechas; solamente, según dice Magdalena Scipiot, hija de Edmo, «vieron una noche como una lengua de fuego que se precipitaba sobre la casa del señor Cura»³.

¹ Juan-María CHANAY, *Proceso del Ordinario*, p. 685.

² *Proceso del Ordinario*, p. 1.382.

³ Magdalena MANDY SCIPIOT, *Proceso apostólico in genere*, p. 269.

¿De dónde, pues, procedían los ruidos misteriosos? El Rdo. Vianney, intranquilo, pero prudente, no osaba todavía emitir su opinión. En una noche en que la nieve cubría el suelo, resonaron gritos en el patio. «Era como un ejército de austríacos o de cosacos que hablasen confusamente un lenguaje que no entendía»¹⁴. El Cura de Ars abrió la puerta. Al pálido reflejo de la nieve, que aun en las noches sin luna suele iluminar débilmente, no vio rastro de nadie. No había lugar a duda. No se trataba de voces humanas; tampoco era cosa de ángeles o divina, puesto que era horrible, infernal. Además, los escalofríos de miedo que sentía ¿no revelaban lo bastante la presencia del misterioso personaje? «Creí que era el demonio, porque tenía miedo, y Dios nunca da miedo —decía a Monseñor Devie»¹⁵. Convencido, pues, de que ni palos ni fusiles podrían nada contra el enemigo, «despidió a sus guardianes y se quedó sólo en el combate»¹⁶.

Efectivamente, fue una verdadera batalla, y, para sostenerla, el santo Cura no tenía más recursos que su paciencia y la oración. «Pregúntele una vez, refiere su confesor, cómo se las arreglaba para rechazar estos ataques. Respondióme: Me vuelvo hacia Dios; hago la señal de la cruz y digo algunas palabras de desprecio al demonio. Por lo demás, he advertido que el estruendo es mucho mayor y los saltos se multiplican cuando, al día siguiente, ha de venir algún gran pecador»¹⁷.

Esto le consolaba mucho en sus insomnios. «Al principio, tenía miedo —decía confidencialmente al señor Mermod, uno de sus mejores amigos y más afectos penitentes—; yo no sabía lo que era aquello; pero ahora estoy contento. Es muy buena señal: se prepara una buena cosecha»¹⁸. «El demonio me ha molestado mucho esta noche, añadía; mañana acudirá mucha gente...»¹⁹. El *vellaco* es muy torpe: él mismo me

¹⁴ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 93.

¹⁵ Condesa DESGARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 783.

¹⁶ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 92.

¹⁷ Rdo. BEAU, *Proceso del Ordinario*, p. 1.191.

¹⁸ Mons. MERMOD, *ibid.*, p. 1.034.

¹⁹ Rdo. MONNIN, *Proceso apostólico ne pereant*; p. 967.

²⁰ Juan PERTINAND, *ibid.*, p. 852.

anuncia la llegada de grandes pecadores...²⁰. Está rabioso; ¡tanto mejor!»²¹.

Había llegado aquel tiempo de trabajo sobrehumano, cuando el Rdo. Vianney pasaba la mayor parte del día en el confesonario. Llegada la noche, a pesar de sentirse extenuado, no se acostaba sin antes leer algunas páginas de las *Vidas de los Santos*. Entonces, interrumpidas por breves intervalos, se afligía con sangrientas disciplinas... Hecho esto, se tendía sobre su jergón, y procuraba dormir. Comenzaba ya a conciliar el sueño, cuando de súbito se sobresaltaba y era sacado de su reposo por unos gritos, lúgubres voces y golpes formidables. Hubiérase dicho que el mazo de algún herrero hacia astillas la puerta de la casa. De repente, sin que se moviese un pestillo, el Cura de Ars se daba cuenta, con horror, de que el demonio estaba junto a él «Yo no le decía que entrase —contaba medio en broma y medio en serio—, pero él entraba como si se lo hubiese dicho»²².

La zambra iba a empezar. El espíritu del mal permanecía invisible, pero su presencia se dejaba sentir. Tumbaba las sillas, sacudía los muebles de la habitación²³, y gritaba con voz horrible: *Vianney, Vianney!... ¡Comedor de trufas!... M. ¡Ah, todavía no estás muerto!... ¡Ya te cogeré!* A veces, imitando a los animales, gruñía como un oso y aullaba como un perro, y arrojándose contra las cortinas las sacudía con furor²⁵.

Otras veces, cuenta el Hermano Atanasio, según sus propios recuerdos y las relaciones de Catalina Lassagne, el demonio «imitaba el ruido que hace el martillo cuando se clavan clavos en la pared, o cuando se rodea un tonel con los

²¹ J.-B. MANDY, *Proceso del Ordinario*, p. 590.

²² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 93.

²³ «Un día dijo al Rdo. Thailhades, que me lo repitió: «Veis este mueble; pues no sé cómo no se ha hecho pedazos.» (Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 783.)

²⁴ En la comarca de Lión, la gente del campo llama *trufas* a las patatas. El Cura de Ars empleaba también este término. (*Sermones*, t. II, p. 222, *carta* al conde des Garets de 2 de noviembre, sin consignar el año.)

²⁵ Estos pormenores y los siguientes están sacados en su mayor parte de las declaraciones del Hermano Atanasio en el *Proceso del Ordinario* (p. 807-809). Estos hechos han sido casi todos consignados por Catalina Lassagne, de día en día, desde 1841 a 1842, en la primera redacción de la *Petit mémoire* (p. 16-20).

aros de hierro; tocaba el tambor sobre la mesa, sobre la chimenea y sobre la palangana. A veces, cantaba con una voz muy áspera, y el señor Cura nos decía burlándose: ¡qué voz más fea tiene el *vellacoll*».

También sentía como si le pasasen una mano por la cara, como si ratones corriesen sobre su cuerpo.

Una noche oyó el ruido de un enjambre de abejas; se levantó y encendió una vela, pero al ir a correr la cortina no vio nada.

Otra vez, el *vellaco* intentó sacarle del lecho tirando al suelo el jergón. El Rdo. Vianney, más asustado que otras veces, hizo la señal de la cruz, y le dejó tranquilo.

«Una noche, poco después de haberse acostado, le pareció que el lecho se iba reblandeciendo por momentos y que se hundía como en un diván. Al mismo tiempo, una voz ronca repetía: "*¡Ea, ea!... ¡Vamos, vamos!*" y "con otras palabras irónicas, le inducía a la sensualidad"²⁶. El Rdo. Vianney se santiguó y se acabó todo»²⁷.

Agudo en inventar bromas lúgubres, el espíritu de las tinieblas parecía multiplicarse o correr por toda la casa. En la habitación, una bandada espantosa de murciélagos reposaba en las vigas y se aferraba a las cortinas de la cama. En el granero, durante horas enteras, parecía como si pasase un rebaño de ovejas; sobre el cuarto, en el comedor, se oía el ruido de un caballo que hubiese saltado hasta el techo para caer con sus cuatro herraduras sobre el pavimento.

Las tretas infernales cansaron al pobre Cura de Ars, pero nunca le abatieron. A pesar de sus terribles insomnios, cuando en el reloj del campanario daban las doce de la noche, el Rdo. Vianney pensaba en sus penitentes, que se renovaban sin cesar y que le estaban aguardando. Se levantaba en seguida y se dirigía a la iglesia. Pero ¡a costa de qué esfuerzo! «Solía venir a nuestros ensayos de canto para alentarnos, dice una de sus feligreses. Algunas veces llegaba completamente pálido. Le preguntábamos si estaba enfermo. No,

²⁶ *Proceso del Ordinario*, p. 807-809.

²⁷ Rdo. BEAU. confesor del Santo, *Proceso del Ordinario*, p. 1.191.

respondía, pero el *vellaco* me ha hecho tantas, que esta noche no he dormido»²⁸.

A veces, el siniestro compañero hacía al Rdo. Vianney muy mala compañía. «Un día, cuenta un misionero de Pont d'Ain, el señor Cura, que me hacía ir delante de él en la escalera, me decía: Amigo mío, esto no es como ayer; era el *vellaco* quien subía delante de mí; hubiérase dicho que llevaba zuecos »^M.

Una mañana de 1826, antes de amanecer, el Cura de Ars marchaba a pie hacia Saint-Trivier-sur-Moignans donde había de predicar los ejercicios del jubileo. Iba «rezando el rosario. El aire en torno suyo se iluminaba con siniestra claridad; la atmósfera estaba como abrasada, y, a cada lado del camino, los matorrales le parecían de fuego. Era Satanás, que previendo el fruto que el Rdo. Vianney había de hacer en las almas, le seguía los pasos envuelto en el fluido ardiente que le consume, para infundirle espanto y desalentarle. El, sin embargo, continuaba su camino»³⁰.

El Rdo. Vianney, que callaba todas aquellas cosas naturales que podían acarrearle elogios, refería con gusto, aun en la iglesia durante el catecismo, las bromas que le jugaba el Maligno. Sabemos que era incapaz de la más leve mentira y que, a pesar de su labor aplastante, conservó siempre el más perfecto dominio de sí mismo. Sin embargo, más de uno, aun entre sus familiares, hubiera podido exigir otras pruebas que la palabra del siervo de Dios y el testimonio ya lejano del carretero Verchére. El Rdo. Raymond, que durante ocho años fue su auxiliar, y el Rdo. Toccanier, que lo fue seis, no oyeron jamás los ruidos extraordinarios. «Oíd al *vellaco*» —decía algunas veces al Rdo. Raymond—. Mas éste no notaba nada³¹. ¿Por qué sólo el Cura de Ars percibía en-

²⁸ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 843.

²⁹ Rdo. DUFOR, *Proceso apostólico in genere*, p. 359.

³⁰ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t.1, p. 420. De Ars a Saint Trivier la distancia es de doce kilómetros.

³¹ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 291.

tonces los ruidos infernales? ¿Por qué las vejaciones del diablo no iban sino para él?

Con todo, en circunstancias excepcionales otras personas, dignas de todo crédito, pudieron comprobar por sí mismas estos ataques del enemigo.

Hacia 1820, el Rdo. Vianney había transportado de su iglesia a la casa parroquial un viejo lienzo que representaba la *Anunciación*. El cuadro estaba apoyado junto a la escalera. Entonces Satanás se ensañó en aquella pura imagen y la llenó de inmundicias. Tuvieron que sacarla de aquel sitio. «Muchos —afirma Monnín— fueron testigos de tan odiosas profanaciones, o al menos pudieron ver sensibles señales de ellas. El Rdo. Renard dice haber visto aquella pintura indignamente manchada; la figura de la Virgen no podía ser reconocida»³².

Margarita Vianney, la *Gothon* de los días de la infancia, iba de vez en cuando a visitar a su hermano. Durante una de las noches que pasó en la casa parroquial, oyó al Cura de Ars que salía de su cuarto antes de la una, para irse a la iglesia. «Pocos momentos después, cuenta ella misma, estalló junto a mi cama un estruendo muy violento, como si cinco o seis hombres golpearan la mesa o el armario... Yo tuve miedo; me levanté, encendí la lámpara, y vi que todo estaba en perfecto orden. Quizás soñaba, pensé. Me acosté otra vez y, apenas estaba sobre la cama, cuando el estrépito se renovó. Entonces el susto fue mucho mayor. Vestíme a toda prisa, y corrí a la iglesia. Cuando mi hermano regresó a la casa parroquial, le dije lo que me había ocurrido. «Hija mía, replíco, no hay por qué tener miedo: es el *vellaco*.

»No puede nada contigo; a mí también me atormenta algunas veces, me coge de los pies y me arrastra por el cuarto. Esto lo hace porque convierto almas a Dios»³³.

La señorita María Ricotier, de Glizé, en el Lyonnais, que había fijado su residencia en Ars, oía desde su casa ciertos

³² Rdo. MONNÍN, *Le Curé d'Ars*, 1.1, p. 421, y también *Notas* del Rdo. Renard, con la primera redacción de la *Petit mémoire* de Catalina Lassagne, p. 35. Un pintor se llevó este cuadro de Ars para sacar una copia (colocada actualmente en la capilla de la *Providencia*). Pero el indelicado artista no restituyó el original.

³³ *Proceso del Ordinario*, p. 1.026.

rumores que le parecían proceder de la casa parroquial. Un día, en el que la cosa le pareció más extraordinaria, fue muy de mañana a hablar con el Rdo. Vianney. «También lo he oído yo, respondió. Serían los pecadores que se dirigen a Ars»³⁴.

El señor Amiel, escultor de Montmerle, decía al famoso posadero Francisco Pertinand: «Yo no sé por qué duermen en una casa donde se oyen ruidos tan espantosos. Yo me hospedé allí varias noches, cuando hacía las imágenes a cuenta del Rdo. Vianney»³⁵.

Dionisio Chaland, de Bouligneux, joven estudiante de filosofía, un día de junio de 1838 fue a confesarse con el Cura de Ars. Fue recibido, por favor, en la misma habitación del Santo. «Arrodíleme en su reclinatorio, cuenta el mismo estudiante. Entonces, hacia la mitad de la confesión, un temblor general agitó toda la casa; mi reclinatorio se conmovía como todo lo demás. Levánteme, presa de terror, y el señor Cura me cogió por el brazo. «¡No es nada, dijo, es el demonio!» Al fin de esta confesión, el Rdo. Vianney decidió sobre mi porvenir: «Tenéis que ser sacerdote.» Mi emoción se conservó extremadamente viva, y he de manifestar que no volví a confesarme con el Cura de Ars»³⁶.

El mismo Dionisio Chaland había sido, unos diez años, «pensionista en casa del maestro de escuela de Ars». Algunas noches la curiosidad podía más que el miedo, y con algunos de sus condiscípulos iba a aplicar el oído a la puerta de la casa parroquial para escuchar el estrépito, que, según era fama, hacía el demonio. Pues bien, aquellos muchachos «oyeron más de veinte veces, por lo regular hacia media noche, una voz gutural que repetía: ¡Vianney, Vianney!»³⁷.

En 1842, un gendarme de Messimy, el aposentador mayor Napoly, que pasaba por grandes pruebas, quiso consultar al Cura de Ars. Llegó a la aldea muy entrada la noche. Como estuviese aguardando junto a la puerta de la casa parro-

³⁴ María RICOTIER, *Proceso del Ordinario*, p. 1.335.

³⁵ Francisco PERTINAND, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 816.

³⁶ Rdo. Dionisio CHALAND, cura de Marlieux, *Proceso apostólico continuativo*, p.

6.

³⁷ Rdo. CHALAND, *Proceso apostólico continuativo*, p. 655.

qual, oyó también en el silencio de la noche, el horripilante llamamiento, renovado varias veces. La habitación del Santo se iluminó débilmente, y él salió en seguida a la luz de la linterna. «Señor Cura, parece que os atacan, gritó el bueno de Napoly... Pero yo estoy aquí para defenderos.

—¡Ah, no es nada, amigo... es el *vellacol*»

Mientras decía esto, cogió la mano de Napoly, que estaba temblando. «Ven conmigo», añadió, y condujo al defensor de ocasión a la sacristía, «donde, sin duda, como dice el Hermano Atanasio, todo acabó muy bien. Supe después que aquel hombre se había convertido en fervoroso cristiano. El señor Cura repetía después que no era muy valiente, para ser gendarme»³⁸.

En marzo de 1852, una joven religiosa de la congregación del Niño Jesús, llamada Sor Clotilde —en el mundo Juana Coiffet, de Leigneux (Loire)— quiso confesarse con el Santo sacerdote. Pasó un día, y llegada la noche, como muchos otros penitentes, hubo de cobijarse en el vestíbulo, junto al campanario. Hacia la una y media de la madrugada, el Rdo. Vianney abre la puerta. Todos se precipitan tras él. Mas, de repente, se vuelve y señalando con el dedo a la religiosa desconocida, que tímidamente se había quedado en el rincón más oscuro: «Dejad que venga aquella joven», dice. Sor Clotilde le sigue. Apenas el Santo se adelanta hacia la nave, óyense extraños rumores, como una disputa de hombres montados en cólera. «No es nada, murmura el Cura de Ars al oído de la pobre hermana temblorosa: es el demonio quien hace esto»³⁹.

Un hecho, que en rigor podría atribuirse a causas naturales⁴⁰, pero en el que el Rdo. Vianney y la multitud vieron una agresión más notable del demonio, conmovió a

³⁸ * *Proceso apostólico in genere*, p. 209-210.

³⁹ Testimonio de Sor Clotilde recogido por M. Ball el 21 de noviembre de 1878. (Archivos de la casa parroquial.)

⁴⁰ En *Ars et son pasteur*, publicado en Ars —sin autorización, ciertamente, del Rdo. Vianney— el mismo año del acontecimiento. Miguel Givre cuenta que un fósforo que el Cura de Ars frotó para encender su linterna pudo haber causado el incendio que vamos a referir. En este caso el referido incendio hubiera estado incubándose sin dar señales, por espacio de más de cinco horas. Sea de ello lo que fuere, todo intento criminal ha de ser rechazado, pues la habitación estaba cerrada, y el Rdo. Vianney se habla llevado la llave en el bolsillo.

los peregrinos, y les confirmó» en la convicción de que el espíritu maligno atacaba exteriormente al Cura de Ars. Era el lunes o el martes de las Cuarenta Horas —el 23 o el 24 de febrero de 1857—. El Santo, aquella mañana, se había puesto a oír confesiones antes que de ordinario, pues era muy grande la multitud en la iglesia, donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento. Poco antes de las siete, las personas que pasaban por delante de la casa parroquial vieron cómo salían llamas del cuarto -del Rdo. Vianney. Corrieron a avisarle en el momento en qu«e dejaba el confesonario, para celebrar la santa Misa. «¡Parece, padre mío, que el fuego está en vuestra cámara!». El, mientras les daba la llave para que fueran a apagarlo, contentóse con responder sin inmutarse: «Este despreciable *vellaco* no ha podido coger el pájaro y ha quemado la jaula»⁴¹.

Salió, empero, de la iglesia, entró en el patio de su casa, y encontróse con unos hombres que sacaban los restos humeantes de su pobre lecho. No les preguntó nada; volvióse a la iglesia y entró en la sacristía. Como es natural, entre los penitentes que se hallaban en la nave, se produjo un cierto movimiento. El Hermano Jerónimo, el solícito sacristán, pensó que el Santo ignoraba todavía el motivo. «Señor Cura, le digo, es vuestra cama que acaba de quemarse. —¡Ya!», replicó el interesado con tono indiferente; y tranquilo como de costumbre se fue a celebrar la Misa⁴².

El Rdo. Alfredo Monnin, joven misionero de Pont-d'Ain, sustituto del Rdo. Toccanier, que había salido de misión para Massigneux, junto a Belley, entró precipitadamente en la habitación incendiada. En seguida notó los caracteres del misterioso fuego.

La cama, refiere, el pabellón, las cortinas y cuanto había en derredor, todo estaba consumido. El fuego no se detuvo sino ante la vitrina de Santa Filomena, puesta sobre una cómoda, y, a partir exactamente de este sitio, trazó, con precisión geométrica, una línea

⁴¹ Marta MIARD, *Proceso apostólico continuativo*, p. 843. Condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 784.

⁴² Hermano JERÓNIMO, *Proceso del Ordinario*, p. 564.

⁴³ El pequeño relicario todavía está en el mismo lugar que entonces. Las señales

recta de arriba abajo, destruyendo cuanto había de la parte de acá de la reliquia y destruyendo todo lo de la parte de allá⁴³.

Tal como se produjo este incendio, o sea sin causa aparente, así también se extinguió; y es digno de notarse, y en cierta manera prodigioso, que no se comunicase por las tupidas cortinas de sarga al techo, «muy bajo, viejo y seco»⁴⁴, que hubiera ardido como paja.

Al mediodía, cuando me visitó en la *Providencia*, hablamos de ello.

Yo le dije que la opinión general lo atribuía a una broma pesada del demonio, y le pregunté si creía que el maligno espíritu había tenido parte. «¡Ah, amigo mío, es bien manifiesto!... Está furioso; esto es buena señal; vendrán pecadores.» En efecto, durante aquellos días hubo en Ars un movimiento extraordinario⁴⁵.

Unos treinta años antes, otro hecho, sobre el cual no es posible dudar, había impresionado de un modo especial al clero de los alrededores. En 1826, durante una misión en Montmerle, se habían producido los ruidos misteriosos en la casa parroquial por haber «arrastrado el demonio, a través del cuarto, la cama del Cura de Ars»⁴⁶. Se rieron de ello, y la historia no halló sino incrédulos. Pero durante el invierno que siguió, fue ya otra cosa.

Se predicaba el jubileo en Saint-Trivier-sur-Moignans. El Rdo. Vianney fue llamado a aportar su concurso, lo que hizo de muy buena gana. Desde la primera noche, unos rumores insólitos se dejaron oír en la casa del párroco de Saint-Trivier, muy tranquila por lo regular. Los sacerdotes alojados bajo el cuarto del Cura de Ars se le quejaron; apenas se había acostado, los ruidos procedían de allí. «Es el *vellaco* —respondió el Cura de Ars— que está enojado por el bien que aquí se hace». Pero sus compañeros se negaron a creerlo: «Usted no come, ni duerme, le decían; ¡es la cabeza que le bulle y los ratones que corren por su cerebro!» Otros días los reproches de los compañeros fueron más vivos, y esta vez, el siervo de Dios no respondió nada⁴⁷.

del incendio son aún muy visibles sobre las vigas, sobre las cuales trazan un rectángulo muy regular.

⁴⁴ Nos hemos permitido añadir a la relación del Rdo. Monnin este pormenor que procede de la condesa DES GARETS, *Proceso del Ordinario*, p. 784.

⁴⁵ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 426-428.

⁴⁶ Hermano ATANASIO, *Proceso del Ordinario*, p. 807.

⁴⁷ Sacamos estas noticias de la relación de Mons. Mermod, al cual, nombrado re-

En la noche siguiente, se oyó como el ruido de un carro que hacía temblar el suelo. Hubiérase dicho que la casa se venía abajo. Todo el mundo se levantó sobresaltado, el señor Grangier, cura de Saint-Trivier, el señor Benoit, el vicario, el señor Chevalon, «antiguo soldado de la República y misionero de la diócesis» y la criada Dionisia Lanvis. Se armó entonces en el cuarto del Cura de Ars una tal algarabía que el señor Benoit gritó: «¡Asesinan al Rdo. Vianney!». Todos corrieron hacia allá. Mas ¿qué vieron? El Santo varón estaba acostado tranquilamente en su lecho, que unas manos invisibles habían arrastrado hasta el centro de la pieza. «Es el *vellaco*, dijo, que me ha arrastrado hasta aquí, y ha causado todo este desorden. No es nada... Siento no haberles prevenido. Pero es buena señal; mañana caerá un pez gordo.»

¿Quién iba a ser ese *pez gordo*? Evidentemente que por medio de esta frase, que le era familiar, quería indicar la conversión de algún gran pecador. A pesar de todo, sus compañeros dudaron todavía, «creyendo en una alucinación». Hicieron, pues, vigilar las proximidades de cierto confesionario." Hasta la noche, no ocurrió nada de extraordinario. «El reverendo Vianney había padecido, pues, una ilusión.» Mas ¿cuál no fue la alegre sorpresa del párroco y del misionero, «cuando vieron, después del sermón, al señor de Murs, noble caballero, el cual atravesaba la iglesia y se dirigía al Cura de Ars pidiéndole que le confesara! Aquel caballero tenía descuidados los deberes religiosos desde hacía mucho tiempo.. Su ejemplo causó profunda impresión en los habitantes de Saint-Trivier»⁴⁸. Después de este episodio, el señor Chevalon, que había sido quizás uno de los primeros en burlarse, «miró al Cura de Ars como un gran Santo»⁴⁹.

En algunas ocasiones, emprendióla también el diablo con la obra de la *Providencia*. Las profesoras y las huérfanas fueron despertadas algunas noches por ruidos extraños. Al-

t ientemente cura de Chaleins, parecieron al principio «inc reñbles aquellos ruidos, pero mudó de parecer al lado del Rdo. Benoit, vicario de Saint-Trivier» (*Proceso del Orjmarío*, p. 1.033-1.034); del Hermano Atanasio, que «conocía los hechos por el mismo Cura de Ars» (*¿Wd.*, p. 807); del Rdo. Monnin (*ibid.*, p. 1.111); de Dionisia Lanvis (*ibid.*, p. I 362); de Catalina Lassagne (*Petit mémoire*, tercera redacción, p. 66).

⁴⁸ Mons. MERMOD, *Proceso del Ordinario*, p. 1.034.

⁴⁹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 66.

gunas veces, el espíritu del mal intentó también perturbar sus espíritus.

Un día, cuenta María Filliat, después de haber fregado bien la olla, eché en ella agua para hacer la sopa. Vi que en el agua había unos pedacitos de carne. Era día de vigilia. Vacíe bien la olla, la lavé de nuevo, y puse otra vez agua. Cuando la sopa estuvo ya para ser servida, vi mezclados otra vez en ella pedacitos de carne. Lo dije al Reverendo Vianney, y me respondió: «Es el demonio, quien hace todo esto. Pero tú sirve la sopa»⁵⁰.

El furor de Satanás se agotaba inútilmente. Por lo demás, el Rdo. Vianney había acabado por acostumbrarse a sus vistas. «¿Tenéis, sin duda, miedo?, le preguntaba el Rdo. Toccanier, aludiendo a tan desagradable trato.

—Uno se habitúa a todo, amigo, replicó el amable Santo. *El vellaco y yo somos casi compañeros*»⁵¹.

El 4 de diciembre de 1841, decía a los directores del orfanato: «El demonio estuvo anoche en mi cuarto, mientras yo rezaba el breviario, soplabá muy fuerte y parecía vomitar no sé qué (trigo u otros granos) sobre las baldosas. Yo le dije: Voy a ir a la *Providencia* a contar lo que haces, para que te desprecien. Y se calló en seguida»⁵².

Una noche en que el Cura de Ars procuraba dormirse, el infernal enemigo hizo acto de presencia con estas voces: «¡Vianney, Vianney! ¡yo te cogeré, yo te cogeré!...». Y el pobre Santo replicaba, desde el rincón donde estaba su cama: «No te temo nada»⁵³.

Se concibe fácilmente, después de lo apuntado, que ciertas gentes utilizasen el dominio que el siervo de Dios había adquirido sobre el mal espíritu, para conseguir por su medio librar a los posesos. Mons. Devie había autorizado al Cura de Ars para valerse de su poder de exorcista, cada vez que las circunstancias lo exigiesen. Acerca del particular abundan

⁵⁰ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.094.

⁵¹ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 292.

⁵² Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, primera redacción, p. 20.

⁵³ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 729.

también los testimonios. Juan Picard, veterinario y herrador del pueblo, estuvo presente a varias escenas extrañas. Una desgraciada mujer había sido conducida de lejos por su marido. Estaba furiosa y lanzaba gritos inarticulados. La mandaron al señor Cura, el cual, después de haberla examinado, declaró que era necesario llevarla al obispo de su diócesis. «¡Bien, bien —respondió la mujer, que había recobrado de repente la palabra, aunque el timbre de la voz hacía temblar—, la *criatura* se volverá! ¡Ah!, si yo tuviese el poder de Jesucristo, os engulliría a todos en el infierno.

—¡Tate, tú conoces a Jesucristo! ¡Ea, bien! Llevad a esta mujer al pie del altar.»

Cuatro hombres la condujeron allí, a pesar de sus resistencias. El Rdo. Vianney puso entonces su relicario⁵⁴ sobre la cabeza de la posesa y ella permaneció como muerta. Poco después, sin embargo, se levantó por sí misma y con paso ligero ganó la puerta de la iglesia. Al cabo de una hora, volvió muy tranquila, tomó agua bendita y se puso de rodillas. Estaba completamente curada, y durante tres días fue la edificación de los peregrinos⁵⁵.

Una pobre vieja de los alrededores de Clermont-Ferrand excitó especialmente la compasión del señor Pedro Oriol, uno de los «guardias de corps» de nuestro Santo. La pobre infeliz, cuenta aquél, estuvo todo el día bailando y cantando en la plaza de la iglesia. Hiciéronle beber algunas gotas de agua bendita. De repente, presa de furor, se puso a morder las paredes. Su hijo estaba con ella, pero no sabía qué partido tomar. Un sacerdote forastero los puso entre la iglesia y la casa parroquial, por donde había de pasar el reverendo Vianney. El Santo apareció, en efecto. Bendijo sencillamente a la infeliz, cuya boca sangraba, y al momento quedó del todo tranquila. Su hijo refirió que hacía cuarenta años que se encontraba en aquel triste estado, y que nunca se había mostrado ni tan furiosa ni tan sosegada. Se la creía poseída

⁵⁴ «El Cura de Ars llevaba constantemente en el bolsillo un gran relicario de plata con muchas reliquias de la Pasión, y también, según creo, de los Santos». (Rdo.

TAILHADES, *Proceso del Ordinario*, p. 1.508.)

⁵⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 1.312.

del demonio. Lo cierto es que las terribles crisis no se repitieron más⁵⁶.

Por la noche del 27 de diciembre de 1857, un vicario de San Pedro de Aviñón y la Superiora de las Franciscanas de Orange, acompañaron a Ars a una joven institutriz con todas las señales de posesión diabólica. El arzobispo de Aviñón en persona había estudiado el caso y les había dado el consejo de presentarla al reverendo Vianney. Al día siguiente, por la mañana, la llevaron a la sacristía, cuando el Santo se disponía a revestirse para celebrar el santo sacrificio. Mas, de repente, la posesora buscó la puerta para escapar. «Hay demasiada gente aquí, gritaba. ¿Hay demasiada gente?, repitió el siervo de Dios; pues bien, ahora saldrán.» A una señal que les hizo, los asistentes se eclipsaron y él se quedó solo con la pobre víctima de Satanás.

Desde la iglesia, no se oía al principio más que un murmullo confuso de palabras. De repente, fue subiendo el tono. El vicario de Aviñón, que se había quedado junto a la puerta de la sacristía, cogió una parte del diálogo: «¿Quieres, pues, salir de una vez?», preguntaba el Cura de Ars.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque estoy con un hombre a quien no amo.

E irónicamente el Rdo. Vianney prosiguió: ¿No me quieres?

Un *no* estridente fue toda la respuesta del espíritu que habitaba en aquella pobre joven.

Casi al momento, se abrió la puerta de la sacristía. El poder del Santo había triunfado. Recogida y modesta, llorando de gozo y con una expresión de agradecimiento infinito, la institutriz apareció en el umbral. Sin embargo, por unos segundos, el temor se dibujó en su rostro. Volvió al Rdo. Vianney. «Tengo miedo de que vuelva, le dijo ella. —No, no, hija mía.» De hecho, *él* no volvió, y la joven pudo reanudar sus ocupaciones de institutriz en la ciudad de Orange⁵⁷.

El 25 de julio de 1859, víspera del día en que el Santo de

⁵⁶ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 751.

⁵⁷ Archivos del despacho parroquial de Ars, año 1904.

Ars había de tenderse para no levantarse más, le llevaron con gran trabajo, hacia las ocho de la noche, «una mujer que pasaba por posesa». Su marido la acompañaba, y entró solo con ella en el patio de la casa parroquial, adonde el Rdo. Vianney les siguió. Entretanto, el señor Oriol y un gran número de forasteros estaban de pie junto a la puerta. Al instante en que esta mujer salió libre y contenta, «se oyó un ruido en el patio, semejante al de ramas de árbol violentamente quebradas. Fue tal el estrépito, que los presentes fueron presa del espanto. Además, añade el señor Oriol, cuando entré en la casa después de la oración de la noche, vi que los saúcos estaban intactos»⁵⁸.

Hubo otra desgraciada a la que no fue posible llevar hasta la iglesia, tal era su resistencia, y mostraba gran repulsión por el Cura de Ars. Llamaron al Santo, para que fuera a la casa donde se hospedaba, pero en su ausencia, esperó que llegase en una sala contigua. Naturalmente, la posesa no estaba enterada de cosa alguna. De repente, al acercarse a la casa, fue agitada de violentas convulsiones. «El *botarate* no está lejos», decía como aullando. También esta vez desempeñó el Santo su papel de libertador⁵⁹.

El día 23 de febrero de 1840, hacia el mediodía, aconteció algo fantástico en el mismo confesonario del Rdo. Vianney. Una mujer venida de las inmediaciones de Puy-en-Velay, en la cual, al principio, nada de extraño se echaba de ver, se arrodilló a los pies del Santo. En aquel momento, unas diez personas, entre ellas María Boyat y Genoveva Filliat, de Ars, estaban agrupadas junto a la capilla de San Juan Bautista, aguardando turno para confesarse: sin ver nada, lo oyeron todo. Como la mujer estaba callada, el Santo le daba prisa repetidamente para que comenzara la acusación de sus faltas. De repente, se oyó una voz agria y fuerte:

«No he cometido ningún pecado, y hago partícipes de este fruto a todos cuantos quieren... Levanta la mano y absuélveme. ¡Ah! tú la levantas muchas veces por mí; pues yo estoy con frecuencia junto a (i, en el confesonario.

⁵⁸ Pedro ORIOL, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.108.

⁵⁹ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoire*, tercera redacción, p. 96.

—¿*Tu quis es?* (¿Quién eres?), preguntó el Santo.

—*Magister capul* (Maestro cabeza, es decir, un jefe), respondió el demonio, y después repitió en francés la respuesta.

—¡Ah, sapo negro, cuánto me haces sufrir! Siempre dices que te quieres marchar. ¿Por qué no lo haces?... Hay otros sapos negros que me hacen sufrir menos que tú.

—Voy a escribir a Monseñor para que te haga salir.

—Sí, pero yo haré que tiemble tu mano y que no puedas escribir... ¡Ya te cogeré! He ganado a otros más fuertes que tú. Y tú, aún no has muerto. Sin ésta... (aquí, con una palabra repugnante y grosera se refería a la Virgen) que está allí arriba ya te poseeríamos; mas ella te protege, con este *gran dragón* (San Miguel) que está a la puerta de la iglesia... Di, ¿por qué te levantas tan de mañana? Desobedeces al *vestido violado* (a tu obispo). ¿Por qué predicas con tanta sencillez? Por esto eres considerado todavía como un ignorante. ¿Por qué no predicas pomposamente como se hace en las ciudades?»⁶⁰.

Las invectivas diabólicas continuaron aún por espacio de algunos minutos, refiriéndose sucesivamente al obispo de Belley, Mons. Devie, y al obispo de Puy, Mons, Bonald, que se hallaba en vísperas de ser nombrado arzobispo de Lión; a diversas categorías de sacerdotes, y, finalmente, de nuevo al mismo Cura de Ars. El espíritu del mal, que hallaba algo que reprender en la conducta de todos, se vio obligado, a pesar suyo, como se dice de Cristo en el Evangelio, a proclamar la intachable virtud del siervo de Dios.

El Cura de Ars, cuya mirada penetraba el mundo de lo misterioso, demostró gran severidad con los que profesaban el espiritismo y el ocultismo. «¿Quién es el que hace hablar o dar vueltas a las mesas?», preguntaba un día a una desgraciada energúmena que injuriaba a los transeúntes en la plaza del pueblo. «¡Soy yo!, respondió la mujer, a la que atormentaba un espíritu... ¡Todo esto es obra mía!»⁶¹. El Cura de

⁶⁰ Sacamos esta parte del diálogo de la relación que ha dejado Catalina LASSAGNE en la tercera redacción de su *Petit mémoire*, p. 95.

⁶¹ Cf. Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. I, p. 441.

Ars vio aquel día que el infernal engañador había dicho la verdad.

El conde julio de Maubou, que poseía unas fincas en Beaujolais, cerca de Villefranche, pero que vivía en París una gran parte del año, gustaba de tratar con el Rdo. Vianney. Era su penitente y su amigo.

Era hacia el año 1850. En aquel tiempo —la historia es un continuo comenzar— estaban muy de moda los espíritus, los médiums y las mesas giratorias. En la alta sociedad parisienne, y aun las familias creyentes y practicantes, se entregaban a estos pasatiempos reputados de buen tono. El conde de Maubou, convidado a una velada en casa de unos parientes, no creyó del caso declinar la invitación, y tomó parte en diversos experimentos; los fenómenos de costumbre se ofrecieron a sus ojos: la mesa se levantó y respondió varias veces golpeando el suelo.

Dos días después, nuestro caballero, habiendo emprendido el viaje a Beaujolais, se encaminó hacia Ars, muy contento de ver a su venerable y santo director. Precisamente al punto en que llegaba, el Rdo. Vianney aparecía en el umbral de la iglesia. Sonriendo y alargándole la mano, el señor Maubou corrió hacia él. ¡Dolorosa sorpresa! Sin casi devolverle el saludo, deteniéndole con un ademán, díjole con acento triste y severo:

«Julio, ¡deténgase usted! Anteayer tuvo usted trato con el diablo! ¡Venga a confesarse!»

Así lo hizo, dócilmente, el joven conde y prometió no tomar parte jamás en una diversión de tal manera calificada y condenada.

Algún tiempo después, de vuelta a París, se encontraba en otro salón. Le rogaron también que les ayudase a hacer girar una mesa. Sin más rodeos tomó la palabra y se mostró inflexible. Los invitados decidieron apartarse un poco, y el escrupuloso conde quedó solo en su rincón. Pero en el interior de su alma protestaba contra el juego que se hacía contra su voluntad. La resistencia de la mesa a maniobrar fue tal y tan inesperada, que el médium no pudo menos de decir: «No entiendo nada. Debe de haber aquí alguna fuerza superior que paraliza nuestra acción»⁶².

Por la misma época, el señor Carlos de Montluisant, joven capitán *que* había de morir siendo general de división retirado en su castillo de Marsanne (Drôme), pudo experimentar si el Rdo. Vianney conocía o no algo de los misterios del más allá. Habiendo oído hablar de las maravillas de Ars, determinóse, con otros tres oficiales, a darse cuenta exacta de lo que allí pasaba. Por el camino, sus amigos convinieron en que cada uno de ellos haría una pregunta al Rdo. Vianney. El capitán Montluisant manifestó sin ambages que, «como no tenía nada que preguntarle, nada le diría».

Llegada la hora de la entrevista, entró en la sacristía detrás de sus compañeros y bien decidido a mantenerse callado, cuando uno de ellos, presentándole al Cura de Ars, dijo: «Señor Cura, he aquí al señor Montluisant, joven capitán de porvenir, que quiere haceros una pregunta.» Cogido desprevenido, mantúvose, sin embargo, en actitud correcta y con cierto tonillo de broma, dijo: «Vamos a ver, señor Cura, a estas historias de diabluras que hacen correr acerca de usted, debemos no darles crédito, ¿no es verdad? ¿Son cosas de la imaginación?» El Rdo. Vianney miró fijamente a los ojos del oficial, y después soltó la respuesta, breve y cortante: «Ah, amigo mío, usted ya sabe algo de esto... Sin lo que hizo, no hubiera podido librarse.» El señor de Montluisant, con gran admiración de sus compañeros, guardó silencio.

Ya de regreso, fue menester explicarse. Ó bien el Cura de Ars había hablado al acaso bien... Pero, ¿qué era lo que había pasado? El capitán tuvo que manifestar que, estando en París cursando sus estudios, se había afiliado a un grupo, filantrópico en apariencia, pero que en realidad era una sociedad de espiritistas.

«Un día, dijo, al entrar en mi cuarto, sentí la impresión de que no me hallaba solo. Inquieto por una impresión tan extraña, miro y busco por todas partes. Nada. Al día siguiente, lo mismo. Además, parecíame como si una mano invisible me apretara la garganta... Yo tenía fe. Fui a buscar agua ben-

⁶² Esta narración se basa enteramente en unas *notas* escritas, el 16 de mayo de 1922, en la casa parroquial de Ars, por el señor Freminville de Bourg, sobrino segundo del señor Maubou. El señor Freminville ha autorizado al autor para citar su nombre y el de su tío.

dita a Saint-Germain-l'Auxerrois, que era mi parroquia. Rocié la habitación por todos los rincones, y, a partir de aquel momento, cesó toda impresión de una presencia extranatural. Después, no puse más los pies en casa de los espiritistas... No dudo de que el Cura de Ars acababa de aludir a este incidente.»

Ningún comentario siguió a esta explicación. Muy pronto los oficiales hablaron de otra cosa⁶³.

Conforme envejecía el Cura de Ars, las obsesiones diabólicas iban disminuyendo en número y en intensidad⁶⁴. El espíritu del mal, que no pudo desalentar aquella alma heroica, acabó por desalentarse él mismo; poco a poco, fue dejando la lucha; o, mejor dicho, Dios quiso que una existencia tan hermosa, tan pura, aparentemente tan tranquila, pero en *el fondo* tan afligida, se extinguiese en medio de una profunda paz.

Desde 1855 hasta su muerte, el Rdo. Vianney no fue apenas hostigado por el demonio. Y, sin embargo, el sueño se le había hecho casi imposible: a falta del *vellaco*, una tos persistente la tenía en vela. A pesar de esto, continuaba sus interminables sesiones en el confesonario. «Puesto que durante el día puedo dormir media hora o una hora, puedo volver a mi trabajo»⁶⁵. Esta hora o esta media hora la pasaba en su cuarto después de la comida del mediodía. Se tendía sobre el jergón, y procuraba dormirse. Este fue el tiempo en que alguna vez se aprovechó todavía el demonio para inquietarle.

La señorita María de Lamartine, de Grau-du-Roi, en el Gard, esperaba un día, en compañía del señor Pagés, que el Rdo. Vianney saliera de su casa. Había pasado como una hora desde la comida. «De repente, oímos unos gritos y gemidos. «Es el diablo, díjome el señor Pagés, que hace de las suyas; y el bueno del señor Cura está poniéndole en su sitio»⁶⁶.

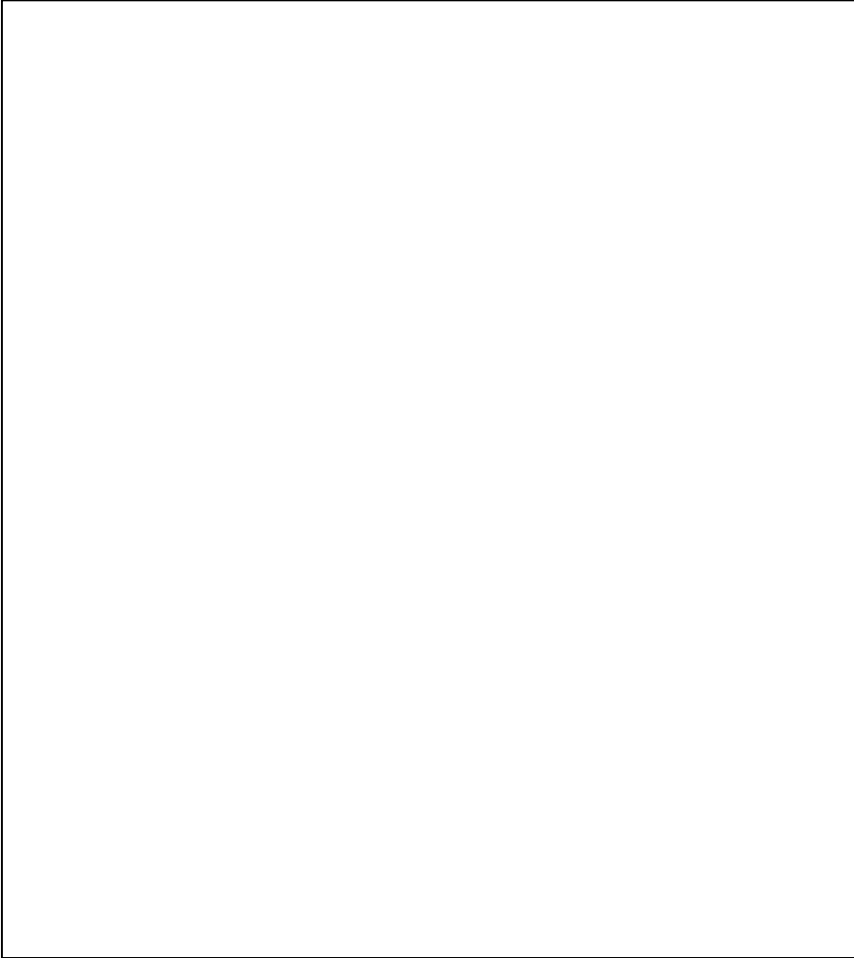
⁶³ La aventura del capitán está consignada en los *archivos* parroquiales de Ars. El lirural Montluisant murió muy cristianamente en 1.º de mayo de 1894.

⁶⁵ Rdo. TOCCANIER, *Proceso apostólico nepereant*, p. 315.

⁶⁶ Carta de 18 de septiembre de 1907 (Archivos de la casa parroquial de Ars).

⁶⁴ Rdo. MONNIN, *Proceso del Ordinario*, p. 1.113.

Finalmente, el maligno espíritu no volvió, y el Cura de Ars vio partir, sin disgusto, a un compañero de tal calaña. En su agonía, no le turbó en lo más mínimo, como se ha visto en otros santos. Aun antes de terminar su prueba terrestre, el Cura de Ars había inflingido a Satanás una derrota definitiva.



XII. LAS PEREGRINACIONES A ARS

1. LOS ORÍGENES Y SANTA FILOMENA

Los humildes comienzos de una fama mundial.—Después de la misión de Trévoux.—El atractivo que mueve a las multitudes hacia Ars.—Los primeros rumores de milagros.—A la sombra de la querida Santa Filomena.—La breve historia de Filomena.—La celeste amiga.

Que un hombre en vida sea visitado en peregrinación, que las multitudes acudan a venerarle como a una reliquia, es un hecho muy raras veces presenciado, es una reproducción de lo ocurrido a los *Padres del desierto* en su lejana Tebaida. Durante treinta años, la humilde aldea de Ars fue testigo de una tal maravilla: multitudes, que sin cesar se iban renovando, se postraban de rodillas ante un Santo. Desde 1827 a 1959, la iglesia no estuvo un momento vacía.

Sin embargo, «fueron personas sencillas y devotas, y no otras, las que comenzaron a divulgar su fama. Estos rumores hallaron más tarde eco en las personas más graves por su carácter, edad y situación». El Rdo. Vianney había dejado en Dardilly, su pueblo natal, y en Ecully, de donde había sido vicario por espacio de tres años, «un recuerdo de santidad»². Varias personas de estos pueblos comenzaron a acudir a Ars desde 1818, y fueron llegando otros de Noés, que anduvieron cien kilómetros para ver otra vez al señor *Jerónimo* convertido en sacerdote y en párroco. La mayor parte hicieron bajo

¹ Pedro ORIOL, *Proceso del Ordinario*, p. 757.

² *Proceso apostólico ne pereant*, p. 573; *Proceso del Ordinario*, página 1032.

su dirección los ejercicios espirituales; tres o cuatro acabaron por residir definitivamente en Ars. Desde entonces, la reputación del párroco Vianney se extendió cada día más.

En 1822, cuenta Mons. Mermod, estaba yo de profesor en el seminario menor de Meximieux. El párroco Vianney vino un día para hacer una visita al Rdo. Loras, su antiguo condiscípulo, y entonces superior de la casa. Atravesó nuestro patio de recreo y se dirigió ante todo a la capilla para adorar al Santísimo Sacramento; después visitó al superior. En cuanto apareció en el patio, un alumno que le conocía, Antonio Raymond, su futuro auxiliar, exclamó: «*¡Es el santo Cura de Ars!*» Como por ensalmo, cesaron los juegos y todas las miradas se fijaron en él.

Antonio Raymond, que era de Fareins, tenía entonces dieciséis años³. Había oído hablar del Cura de Ars en su pueblo natal. Los ataques pérfidos y violentos de ciertos habitantes de Ars y los elogios de otros no habían podido menos de hallar eco en los lugares vecinos. Todos deseaban conocer a un cura de quien tan bien, o tan mal, hablaban sus feligreses. Quien no estuviese corrompido hasta los tuétanos, fácilmente adivinaba de qué lado estaban la verdad y la buena fe.

Trevoux, capital de la región de Dombes, no tardó en formar sobre el Cura de Ars el más favorable concepto. Hemos visto ya cómo, durante la misión general de 1823, las tres cuartas partes de los penitentes asediaron su confesonario. Lo mismo ocurrió en 1826, con ocasión del jubileo universal concedido por el papa León XII. Los sacerdotes de Savigneux, de Montmerle, de Saint-Trivier, de Chaleins, de Saint-Bernard, y otros, a quienes el Cura de Ars ayudó en el ministerio de la confesión y predicación, sorprendidos del éxito, no podían menos de proclamar su gran virtud. Pero todavía no les era dado prever que en las vísperas de los festivos, y aun con más frecuencia, personas de sus parroquias y de las más calificadas, harían viajes a Ars, para pedir al párroco Vianney que continuara dirigiéndolas.

Llegó un momento (en 1827) en que ya comenzaron a

³ Este joven, que tan gran papel había de desempeñar en la vida del Rdo. Vianney, nació el 29 de julio de 1805.

acudir gentes desde lejos en busca de las luces del santo varón. «Este año —dice Mons. Mermod— fui nombrado cura de Chaleins. En todas partes se hablaba de la santidad del Rdo. Vianney. Muchas personas de mi parroquia iban a confesarse con el siervo de Dios. Debo decir que edificaban a todos»⁴. En 1827, según refiere Juan Pertinad, Ars veía llegar todos los días unos veinte forasteros⁵. Durante la octava del Corpus, la joven condesa Laura des Garets pasaba su primera temporada en aquel viejo castillo que había de ocupar definitivamente en 1834. Cada tarde, asistía a la «bendición». La pequeña iglesia de Ars, escribía al señor de Colombier su padre, «estaba llena de fieles, entre los cuales eran muchos los forasteros... Las paredes recubiertas de colgaduras y banderas, el altar con sus dorados resplandecientes, la custodia radiante de pedrería, una multitud de velas y un sacerdote demacrado por los ayunos y vigili­as, que repetía con voz apagada una oración que exhalaba amor: tal era el interesante cuadro, concluía la piadosa dama, que diariamente se presentaba a mi vista por la tarde».

Sabemos, por testimonio de los ancianos, que «el concurso era muy numeroso en 1828»⁶. Al año siguiente, el santo Cura era ya el prisionero de las almas; sólo la muerte había de librarle de tan santa esclavitud. El Rdo. Mermod, cura de Chaleins⁷, iba a visitarle de vez en cuando. «Vuestro ángel, le dijo un día el Rdo. Vianney, os inspira bien al hacer que ven­gáis a verme. El otro le respondió: Parece que el vuestro jamás os inspira que me devolváis las visitas. —No puedo, estoy todo el día ocupado»⁸.

No todos iban a Ars para confesarse. La curiosidad tenía su parte en este movimiento. ¿No se decía, acaso-, que el Cura de Ars leía en las conciencias, y que obraba milagros ? Así, pues, en un rincón de Francia había un *Santo* de verdad... Para contemplarle, las turbas se removieron. Se ha dicho «que aun los hombres incrédulos, sienten una necesidad de santi-

⁴ *Proceso del Ordinario*, p. 1032.

⁵ *Proceso del Ordinario*, p. 368.

⁶ Rdo. ROUGEMONT, *Proceso continuativo*, p. 750.

⁷ Lo fue de 1827a 1835.

* *Proceso del Ordinario*, p. 1035.

dad tal, que corren allí donde la advierten»⁹. Mas la gracia de Dios tiene sus caminos para insinuarse en las almas. Muchos fueron los curiosos en los primeros tiempos; pero no pocos se volvieron confesados y convertidos. Por lo demás, si había pecadores que se sentían arrastrados hacia Ars por un atractivo que ellos mismos no sabían explicar, había otros que acudían con la esperanza de encontrar a los pies del Santo el valor para confesar sus miserias, y el remedio para sanarlas.

«Señor Cura, le decía ingenuamente Catalina Lassagne, los demás misioneros corren tras los pecadores aun por tierras lejanas, pero aquí los pecadores corren detrás de usted.» Y sobrenaturalmente gozoso de esta afirmación, contestó en el mismo tono: «Casi es verdad»¹⁰. Muy pronto, tuvo de ello evidentes pruebas. Una tarde de 1828 ó 1829, después de la oración de la tarde, el Cura de Ars acababa de subir a su habitación. De repente, un recio puñetazo conmueve la puerta del patio. Después de dos o tres sacudidas a cuál más violenta, el Cura se decide a bajar y abrir. Un carretero le está aguardando. Ha dejado las caballerías delante de la iglesia. «Venid, le dice, es un asunto delicado; quiero confesarme y enseguida» ".

¿En qué época comenzó a atribuirse un poder milagroso a las oraciones del párroco Vianney? Sin duda alguna, los dos primeros prodigios de Ars —la multiplicación del trigo y de la harina—, que tuvieron lugar hacia el año 1830, fueron muy pronto conocidos de los habitantes y también de los peregrinos que acudían ya en gran número. El ruido que metieron estos dos hechos extraordinarios molestó al joven párroco: temía que atribuyesen a él la gloria.

Pronto se vieron entre multitudes gentes delicadas y enfermas. Muchos, después de haberse encomendado a las oraciones del Cura de Ars, obtuvieron algún alivio en sus dolencias, en realidad la curación. Naturalmente, se hablaba de ello. «Pero, según dice el profesor Pertinand, el Rdo. Vianney recomendaba el silencio y la gente temía darle pena si publicaba

⁹ Rene BAZIN, *Pèlerinage á Ars*, «Anales de Ars», abril de 1908, pág. 322.

¹⁰ Catalina LASSAGNE, *Petit mémoirk*, tercera redacción, p. 56.

¹¹ Cf. Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars.it.* I, págs. 13-14.

las gracias alcanzadas. No fue así, empero, cuando se inauguró en la parroquia el culto de santa Filomena. El siervo de Dios comenzó a atribuir a la Santa toda la gloria de las maravillas que allí se realizaban y le gustaba proclamarlas. Cargó a su cuenta todos los prodigios que hicieron célebres las peregrinaciones a Ars. Gracias a él, el culto de la joven Santa se extendió rápidamente, no sólo en las comarcas vecinas, sino en todo el resto de Francia»¹².

Es, en efecto, muy probable, que si el Cura de Ars no hubiese proclamado por espacio de treinta años sus alabanzas, no habría alcanzado el renombre que alcanzó en el siglo XIX¹³. Antes de 1830, bien poco se hablaba de ella. Tan sólo en 1803, el 24 de mayo, un obrero ocupado en quitar los escombros de una *galería*, en la catacumba romana de Santa Priscila, descubrió su sepultura: un *loculus* excavado en la pared de tierra y cerrado con tres ladrillos, en el que se leía la siguiente inscripción pintada en minio:

PAX TECUM, FILUMENA¹⁴

Los huesos eran los de una muchacha de catorce a quince años. Junto a la cabeza, se encontró, roto en varios fragmentos, un frasquito de barro que sin duda había contenido algunas gotas de sangre y que la Iglesia considera como una de las pruebas del martirio. Los restos de *Filumena* fueron trasladados a la *Custodia de las santas reliquias*. Allí habían de permanecer como olvidadas, hasta el mes de junio de 1805, fecha en que las recibió un misionero de Mugnano, Francisco de Lucía. En Mugnano, pequeña aldea del reino de Nápoles, *Filumena*, cuya llegada había sido objeto de grandes festejos por parte de todo el pueblo, dio enseguida pruebas de su valimiento por medio de estupendos prodigios.

Sin embargo, no fue sino hacia 1815, cuando en Francia co-

¹² Juan PERTINAND, *Proceso del Ordinario*, p. 357.— Así lo testifican en términos idénticos el Rdo. TOCCANIER (*id.*, p. 159); la baronesa de BELVEY (*id.*, p. 236).

¹³ Sobre la extraordinaria devoción del Cura de Ars a esta Santa, véase nuestro libro *Sunile Phüoméne*, cap. VI.

¹⁴ *La paz sea contigo, Filomena*.

menzaron a contarse estas mavarillas. Los *Benfratelli* o hermanos de San Juan de Dios, expulsados por la tormenta revolucionaria, recorrieron de pueblo en pueblo el territorio francés. Para atender a las necesidades de sus obras se habían convertido en verdaderos mendigos y mientras pedían limosna cantaban los *gozos de santa Filomena*. Su superior, el Padre Mongallón, pasó por Lión, donde recibió hospitalidad en casa de la familia Jaricot.

El eminente religioso, cediendo a los deseos de Paulina, que entonces tenía diecisiete años, le dio una reliquia que había traído de Mugnano. De esta reliquia, el Rdo. Vianney pudo obtener una partecita¹⁵. Así fue cómo la joven Filomena entró humildemente en Ars.

Allí había de desempeñar doble papel: uno público y otro privado. No solamente sería ella, a los ojos de la multitud, la celeste taumaturga cuya intercesión conseguiría cualquier milagro, sino que entre ella y el Santo se establecería un casto y misterioso amor: ella sería «su Beatriz, su ideal, su dulce estrella, su guía, su consoladora, su luz pura»¹⁶. Y esta intimidad mística llegaría a ser tan viva y tan profunda, que pudo ser descrita con estas palabras que causan admiración:

Desde el principio la querida Santa respondió a la afición del siervo de Dios; pero sus razones fueron uniéndose cada vez más, hasta el punto de crearse entre ellos, en los últimos años, no ya una relación distanciada, sino un trato inmediato y directo; desde entonces, aquel Santo en vida tuvo con la Bienaventurada la familiaridad más dulce y más íntima. De una parte, consistía en una continuada invocación, y de otra, en un socorro sensible y en una especie de presencia real¹⁷.

Este amor «ardiente y casi caballeresco»¹⁸ no podrá quedar oculto en el fondo del corazón. La turba de peregrinos tendrá noticia de ello y recogerá los beneficios. Muchas

¹⁵ Recuerdan algunos que hacia el año 1816, bajo las frondas del pueblo de Tassin, durante el vicariato en Ecully del Rdo. Vianney, aprendió éste a conocer a santa Filomena por medio de la señorita Jaricot.

¹⁶ Canónigo POLÍN, *Les Parfums d'Ars*, «Anales de Ars», agosto de 1922, p. 78.

¹⁷ Rdo. MONNIN, *Le Curé d'Ars*, t. II, p. 594.

¹⁸ *Ibidem*.

veces al día, en el pulpito, en el confesonario, en la plaza de la iglesia, el Rdo. Vianney aconsejará *que se invoque a la querida santita, su cónsul, su responsable, su encargada de los asuntos delante de Dios.*

Y mientras le afligirán la incomprensión y las contradicciones de los hombres, mientras le atormentarán las obsesiones del infierno, veremos al Cura de Ars visitado y confor-
tado por su inmortal amiga, conservar, hasta bajo el peso de la edad, aquella alegría, aquel vigor moral, aquella juventud
Je corazón que es presagio de la inmutable juventud de los silbidos.